EDITORIAL
CLARIDAD

$ 2.50 m/n.

KONRAD HEIDEN

ADOLFO HITLER

EDITORIAL CLARIDAD

EDITORIAL CLARIDAD

BUENOS AIRES

KONRAD HEIDEN

Adolfo Hitler

LA VIDA DE UN DICTADOR

EDITORIAL CLARIDAD

EDITORIAL
CLARIDAD
1641 - SAN JOSE - 1646
BUENOS AIRES

E. Medina

KONRAD HEIDEN

Adolfo Hitler

LA VIDA DE UN DICTADOR. — LA EPOCA DE LA IRRESPONSABILIDAD

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN PARA CLARIDAD POR POLITOR

EDITORIAL CLARIDAD
Dirección General: ANTONIO ZAMORA
SAN JOSE 1641|45 -- BUENOS AIRES

BIBLIOTECA DE OBRAS FAMOSAS. - VOL. 18

Derechos reservados para toda la América Latina.
Impreso en la Argentina. -- Printed in Argentina.
Copyright by EDITORIAL CLARIDAD in 1938.

PRIMERA PARTE

Incapaz de Vivir Como Hombre

CAPITULO I

PATRIA Y ORIGEN

EL ODIO NACIONAL EN AUSTRIA

Adolfo Hitler nació en el país del romanticismo. Verde es el Danubio, que levanta espuma al abrirse camino a través de las negras selvas, desde Passau hasta Linz; resplandecen albos los monasterios y castillos de la Alta Austria, y en las cumbres se van descomponiendo ruinas grises. A lo largo de este río —cuya cultura nació en los mismos tiempos remotos que la del Rhin, y cuya historia es de la misma trascendencia que la de aquél— marcharon ostrogodos y hunos, longobardos y bávaros, húngaros y suavos, cruzados, turcos, suecos, franceses y, durante la guerra mundial, los soldados alemanes. En el siglo XII, bardos de esas regiones escribieron en vitela, en ritmos sublimes, las sagas de la época de la Invasión de los Bárbaros, las cuales se iban perdiendo, y conservaron así, en la poesía, al país "de los bosques y del río", el glorioso nombre de "Vía de los Nibelungos". En el siglo XVI, los nobles regaron aquellas tierras con la sangre de campesinos rebeldes; rodaron cabezas por las praderas y en los árboles se clavaron las vísceras. Catedrales y castillos de recreo están esparcidos sobre la seria faz del país como una sonrisa de blancas, finas piedras. Mientras que los albañiles trabajaban en ellos, los caballeros armados del obispo expulsaban de la patria a millares de hijos del país, por su confesión protestante. En el siglo XVIII, los granaderos de las dinastías de los Habsburgo y de los Wittelsbach se disputaron a balazos aquel palmo de tierra: triunfaron los Habsburgo. En el siglo XIX surge, a orillas del Danubio, aquel imperio colonial, de una sombría elegancia, que llamaron la Monarquía Austro-Húngara. Brindó al mundo el vals vienés y la guerra mundial, y se desmembró en el año 1918.

Los soberanos imperaban con poder absoluto sobre seis

grandes y algunos pequeños pueblos fundamentalmente distintos por su origen, su lengua, su mentalidad y su grado de civilización, y los cuales procuraban tiranizar uno a otro o librarse uno de otro. Las más adelantadas de estas naciones, la alemana y la checa, se disputaban la hegemonía en las antiguas comarcas de Austria. Los soberanos y la alta burocracia reprimían, hasta cierto punto, la influencia que desde un principio habían ejercido los alemanes, y trataban de favorecer a la floreciente nación checa, sin poder, por otra parte, corresponder a los deseos naturales de los checos. Así, los alemanes del antiguo país de los Nibelungos, los de la Alta Austria y de Wachau, concibieron un profundo odio nacional contra los Habsburgo, que se distanciaban de la nación alemana, contra la monarquía en su totalidad, y, sobre todo y particularmente, contra la Iglesia Católica, que estaba estrechamente unida a aquélla. El movimiento anticlerical (Los-von-Rom), organizado por el caballero Georg von Schoenerer y su compañero Wolf, reclutó sus secuaces entre los burgueses cultos. Ese movimiento estaba impregnado de entusiasmo por el imperio vecino que, bajo Bismarck y los Hohenzollern, iba viento en popa. Se exigió la abolición de la monarquía de los Habsburgo y el "Anschluss" de las regiones alemanas al Reich. En Austria, la clase media observaba con envidia el progreso económico del Reich bajo los Hohenzollern y los poderosos adelantos de la industria alemana en el mercado mundial; los fabricantes de Reichenbach y de Steyr veían con envidia las utilidades que rendía la navegación marítima alemana, la política colonial coronada de éxitos comerciales, y los fondos públicos que, por conducto de esos ramos de la vida económica, pasaban a manos de comerciantes hábiles. De ahí que el nacionalismo, cada día más imperioso, de los alemanes residentes en Austria tuviera en qué fundarse. Empero, ocurrió con bastante frecuencia que el odio nacional pasaba por alto todos los cálculos económicos, sobre todo en la apasionada lucha entre alemanes y checos. Tales sentimientos predominaban, como siempre, en la clase media; en el proletariado, que está integrado por elementos de todas las naciones, no se presentaron tan impetuosos, y menos aún en la alta aristocracia. Las federaciones gimnásticas, las sociedades de tiro, los colegios y los festivales líricos fueron los semilleros de ese nacionalismo. De noche, en las terrazas emparradas, a orillas del Danubio, señores de edad, con gafas de oro, cantaban:

Y cuando del reluciente borde de la copa
Caiga la última gota del añejo vino,
Diré: ¡Wachau, patria mía,
Alemana serás para siempre!

Entre aquellos pequeños pueblos figuraban los judíos, que en algunas partes del país formaban poblaciones particulares; habían quedado retrasados y ostentaban en muchas ocasiones una cultura intelectual muy singular, absolutamente no-europea. En las regiones donde predominaban los elementos alemán o checo, se asimilaban con más rapidez y alcanzaron, por ejemplo en Praga, tal grado de cultura refinada, que por poco se podría señalarles como modelos y ejemplos de ser imitados por los de su ambiente; en Galitzia se conservó el antiguo tipo de hombre del ghetto. En Viena se combinaban esos distintos grados de civilización y resultó una amalgama no siempre halagüeña. De vez en cuando, cierto tipo de judío intelectual, no el judío como tal, llegaba a ejercer una influencia quizá excesiva sobre el comercio y la industria, más aún sobre el periodismo y la literatura. Ello es que aquella gente había corrido mundo y sabía lo que hacía falta a todas las clases y pueblos del imperio. Rodeados de un maremágnum de pueblos inquietos, los judíos no fueron absorbidos definitivamente por ninguna nación, pasaban de un bando a otro, recibiendo continuamente, desde los ghettos de Galitzia, refuerzos con rasgos característicos nacionales, en virtud de todo lo cual, como conjunto, no se asimilaban tan pronto como en otros países. Así se formó una clase intermedia, perseguida por todos los pueblos de Austria, y que —salvo algunos hombres acomodados, envidiados y difamados—, integró el proletariado.

El movimiento anticlerical era también netamente antisemita, pues declaró que los judíos eran el símbolo de aquella amalgama de pueblos en Austria donde los alemanes terminarían por ser sofocados. Este antisemitismo del siglo XIX interesaba, tanto en Austria como en Alemania, únicamente a los círculos dirigentes de la burguesía, los que, por su parte, seguían las ideas de la aristocracia y apoyaban así, inconscientemente, los fines del feudalismo. Es que el judío era el símbolo de la emancipación de la clase burguesa: intelectuales judíos contribuyeron a abrir brecha en aquellos muros políticos que el sistema feudal había levantado entre las clases y mediante los cuales había trabado la evolución de la burguesía. El antise-

mitismo fué filtrándose de arriba abajo. Al nacer Adolfo Hitler, aquél no había llegado aún a los aldeanos ni a los burgueses, ni mucho menos al proletariado. El padre de Hitler —el mismo hijo lo dice— habría considerado el antisemitismo como un síntoma de incultura; y con razón, puesto que persigue a las víctimas en vez de combatir las causas del mal.

LOS ANTEPASADOS

El padre de Adolfo Hitler es hijo natural de una labriega pobre. La tabla genealógica que va adjunta —y que se basa, por una parte, en estudios de Karl Friedrich von Frank, genealogo de Viena, y, por otra, en distintas investigaciones efectuadas en registros parroquiales—, ilustrará las curiosas relaciones de la familia de Hitler.

En este trozo de árbol genealógico se ve cómo, de una mezcla de sonidos y grafías diferentes, el apellido Hitler llega sólo tarde a tener su forma actual. Es un hecho comprobado que entre los portadores de este apellido hay muchos judíos, y esta homonimia —el apellido es, por lo demás, poco común— fué motivo para buscar la inyección de sangre judía en la ascendencia. Es un error. Se pretendió que una tal Klara Hitler, hija de padres judíos, que nació el 12 de octubre de 1821 en Polna, Bohemia, y quien, bautizada en Viena, viviera más tarde en Spital, habría sido tía abuela judía de Adolfo Hitler. Pero no se ha podido comprobar la estada de Klara Hitler en Spital. Es, en cambio, un hecho que Johanna Huetler, abuela de Adolfo, era hija de Johann von Nepomuk Huetler, católico, campesino, natural de Spital. De todos modos, es curiosa la analogía que existe entre los apellidos; llama la atención el hecho de que hay relativamente poca distancia de Spital a Polna; y es muy extraño que precisamente con motivo del traslado de Walterschlag a Spital, el apellido Hiedler se modificara en Huettler, ya que ésta es exactamente la forma en que el apellido está grabado en la lápida de una tal Rosalie Huettler de Mueller, en el cementerio israelita de Polna. En la parte del cementerio central de Viena, que está reservada a los israelitas, se encuentran lápidas en que aparece ya la forma "Hitler". De ello resulta que, tanto en la familia cristiana como en la israelita, se produjo una transformación paralela. ¿Es que este paralelismo —el que, por lo demás, se observa en muchos casos— se explica simplemente por el hecho de que entre los lugares en

cuestión no hay gran distancia, o indica una relación no aclarada hasta el día de hoy? Estas preguntas encontrarían más fácil contestación, si el significado del apellido fuese menos ambiguo. La forma común entre los judíos ha sido deducida de *Hut* (sombrero; Hitler = sombrerero); la corriente entre los cristianos, de *Huette* (choza); y se consideraba también como posible raíz la palabra checa *hidlar;* y un investigador, residente en el lugar natal de Hitler, deriva el apellido de *Hueter* (guardián), o *Hirt* (pastor), lo cual equivaldría, si se quiere, a *Fuehrer* (conductor). Mencionamos que entre los antepasados paternos figura, en el siglo XVII, un tal Johann Salomon, campesino, residente en Nieder-Ploettbach (partido de Zwettl, en la Baja Austria); es abuelo de un tatarabuelo de Adolfo Hitler.

La vida sedentaria es el rasgo característico de los ascendientes maternos. Desde que se le encuentra por primera vez, el apellido Poelzl no varía de forma y, hasta la madre de Adolfo Hitler, estos antepasados no se mudan, durante cuatro generaciones, de Spital, donde viven en la propiedad que lleva el número 37.

La inconstancia casi vagorosa de la línea paterna es todo lo contrario. Sus integrantes no sólo modifican repetidamente su apellido, sino que cambian también de domicilio en tres generaciones sucesivas: Walterschlag, Spital, Strones y Leonding. Cada uno de ellos vive una vida verdaderamente agitada, manifestación de cierta inquietud. Johann Georg Hiedler, abuelo del que más tarde llegó a ser canciller, pasa su vida en distintos lugares de la Baja Austria, ya como *"Bestandmueller"* (uno que toma en arrendamiento un molino), ya como oficial molinero "vacante". En el año 1824 contrae por primera vez matrimonio; al cabo de 5 meses nace un hijo; la madre y el hijo mueren de sobreparto (registros de casamientos, bautizos y defunciones del curato de Hoheneich, cerca de Gmuend, en la Baja Austria). Trece años más tarde encontramos a Hiedler trabajando de molinero en Doellersheim, también en el partido de Gmuend. En Strones, población vecina, Anna Maria Schicklgruber, hija de labradores, da a luz —el 7 de junio de 1837— un hijo, a quien ponen el nombre de Alois. Cinco años más tarde, ella, que tiene entonces cuarenta y siete años, se casa en la iglesia parroquial de Doellersheim con Johann Georg Hiedler, quincuagenario, que, según consta en el registro de casamientos del curato de Doellersheim, trabaja entonces de

oficial molinero en Duerenthal. En el año 1847, Maria Anna Hiedler muere en Strones. Johann Georg Hiedler desaparece luego por algún tiempo. De todos modos, Alois no lleva su apellido, sino el que la madre llevaba de soltera: Schicklgruber.

ALOIS SCHICKLGRUBER - HITLER

Aunque las circunstancias exteriores no nos permiten afirmar con absoluta certeza que Georg Hiedler haya sido padre de Alois, hay razones intrínsecas que dan a esta paternidad un alto grado de probabilidad. La inquietud, rasgo característico de la vida de Georg Hiedler, reaparece y aumenta en Alois. Este se sale, lo mismo que Georg Hiedler, de la esfera de la vida rústica: aspira a más. Nada se sabe acerca de los últimos años de la vida de Georg Hiedler. Parece que la carrera de funcionario, en la que se había iniciado con impaciencia, no satisfizo plenamente a Alois; se jubila antes de tiempo. El desasosiego le hace pasar de un lugar a otro; compra y vende, ora acá, ora allá, pequeñas propiedades. Contrae tres matrimonios.

Se cría en Spital, donde Johann von Nepomuk Hiedler, hermano de Georg Hiedler, lleva su vida de campesino. Entra de aprendiz en la casa de un tal Ledermueller, zapatero. De aquella época se ha conservado una anécdota: un día, el joven tomó, rabioso, su portamonedas, que contenía todo el dinero para gastos particulares —un "kreutzer"— y lo arrojó por la ventana, diciendo que si no poseía más, tampoco le hacía falta ese "kreutzer".

En Viena trabajó, durante algún tiempo, de zapatero. A partir de entonces tenemos datos precisos: su hoja de servicios. En 1855 entró en el servicio de la Inspección de Hacienda, en Saalfelden, partido de Salzburgo, y en 1864 fué ascendido a funcionario asistente de 11º grado en la Dirección de Aduanas de Braunau del Inn; este empleo aseguraba su posición social. A los once días de haber sido promovido, se casó con la hija de uno de sus superiores: Anna, hija adoptiva de Josef Hoerer, recaudador de impuestos en Radstadt, e hija natural de Josef Glasl, empleado en contribuciones, residente en Theresienfeld. En Leonding, donde pasaba sus últimos años, Alois Hitler tenía amigos que declaran haberle oído decir que los suegros, gente bien acomodada, le permitían vivir una vida placentera.

Anna Glasl - Hoerer, que había nacido en el año 1823, le

llevaba a su marido catorce años. El matrimonio fué estéril. A los dieciséis años de estar casados, el juzgado del distrito de Braunau les divorció, el 7 de noviembre de 1880 (hoja de servicios).

Informes verbales de parte de gente anciana residente en Braunau, dan un poco de vida a esos datos. En cuanto al carácter de Alois Hitler, unos le señalan como amable y complaciente, otros, como reservado y algo gruñón. De todos modos, estaba dominado por el afán de cultura, "sabía escribir bien y leía mucho". El dinero de los suegros adoptivos le permitía, además de cierto trato social, el lujo de comprar libros y de emprender viajes.

Para distraer y ayudar a su mujer, estéril y enfermiza, Alois Schicklgruber acogió en su casa a Klara Poelzl, hija de una prima. Todos la consideraban como a hija de la familia y, después que Alois Schicklgruber había cambiado de apellido, la llamaban "Hitler-Klarerl".

Ello es que en el año 1876 Alois Schicklgruber cambió su apellido en Hitler. El más interesante entre los distintos documentos que existen sobre este proceso, es un informe despachado por el episcopado de St. Poelten, con fecha del 29 de marzo de 1932. De investigaciones hechas en el archivo que se encuentra allí, resulta que el 6 de junio de 1876 Georg Hitler (así se escribía entonces) se presentó ante la notaría de Weitra. Reaparece aquel hombre de quien, a partir del año 1842, no se ha tenido noticia alguna; ignoramos la vida que llevaba de aquel año acá, y todavía no han sido averiguados el día de la muerte ni el lugar donde ésta ocurrió; sólo sabemos —lo que consta en otro documento— que en el año 1883 ya estaba muerto. Aquel anciano, que tenía a la sazón ochenta y cuatro años, declaró ante el notario de Weitra, en presencia de los testigos Rameder, Breiteneder y Pautsch, que era padre de Alois Schicklgruber, nacido fuera de matrimonio el 7 de junio de 1837. De los distintos documentos no se puede inferir la razón por la que no le legitimó al casarse con la madre; nada se dice con respecto a las circunstancias en que lo hizo en el año 1876; nada acerca de cómo vivía en aquel entonces, cómo se llevaba con su hijo; ni nada respecto de lo que le indujo a la legitimación tardía. Esta fué confirmada por el curato de Doellersheim, a donde habían remitido la declaración hecha por Georg Hiedler ante el notario en Weitra. Josef Zahnschirm, cura en Doellersheim, cambia en el registro de bautizos —con poco es-

mero, y dando así margen a las dudas que surgieron más tarde —el apellido de Alois Schicklgruber en Hitler (23 de noviembre de 1876). Ello fué, desde el punto de vista jurídico, un acto que debió realizarse ya en el año 1842, con motivo del casamiento, pero que, evidentemente por descuido, fué omitido; en la terminología jurídica se dice: *legitimatio per matrimonium subsequens.*

Los coetáneos nos dirán lo que no consta en autos. El cambio de apellido fué motivado —así lo recuerda uno de aquellos amigos de Georg Hiedler en Leonding— por un asunto de herencia. Johann von Nepomuk Huetler, de Spital, hermano de Georg Hiedler —tío de Alois y, a la vez, abuelo de aquella mujer con quien Alois se casó más tarde en terceras nupcias—, no tenía más que dos hijas. Como deseaba que el apellido no desapareciese, dejó una dote al sobrino, poniendo por condición el cambio de apellido.

UNA FAMILIA RARA

Parece que el matrimonio que Alois había contraído con aquella mujer, la cual le llevaba catorce años, fué para los dos difícil de sobrellevar, cuanto más que el estado de salud de la mujer se agravaba de día en día. Alois Hitler traba relaciones amorosas con la joven Franziska Matzelsberger, cocinera en una fonda. Se divorcia de su primera esposa; según las leyes que rigen en la Austria de aquella época, ello significa: separación de lecho y mesa; imposibilidad de contraer nuevo matrimonio. Anna Hitler va a vivir en una casa propia; Klara Poelzl, su hija adoptiva, que a la sazón tiene veinte años, se va a Viena para buscar una colocación. Franziska Matzelsberger cuida de la casa de Alois Hitler y, el 13 de enero de 1882, le da —viviendo aún la primera esposa— un hijo, que recibió en la pila el nombre de Alois, y más tarde, mediante la legitimación, el apellido Hitler. Después de la muerte de la primera esposa —muere de "consunción", el 6 de abril de 1883—, Alois Hitler se casa, ya el 22 de mayo de 1883, con Franziska Matzelsberger, que, el 28 de julio del mismo año, da a luz una hija, a quien ponen el nombre de Angela. Los colegas de Alois Hitler y las esposas de ellos pasan por alto a la nueva consorte. Al poco tiempo de estar casados, Franziska enferma también de los pulmones y muere el 10 de agosto de 1884, de tuberculosis, según el certificado de defunción.

Ella había pasado sus últimos meses en Ranshofen, cerca de Braunau. Durante este período, Klara Poelzl había vuelto de Viena para cuidar de la casa de Alois Hitler. A los seis meses de haber muerto la segunda esposa, Alois Hitler contrae, el 7 de enero de 1885, el tercer matrimonio.

Klara Poelzl era no sólo hija adoptiva de su marido, sino también hija de una prima, y, por lo tanto, el suyo era, según el derecho canónico, un *"parentesco colateral de tercer grado, afectando al segundo"*. Fué menester dirigir al obispo una solicitud de dispensa, para que pudiesen contraer matrimonio. En la vida de Adolfo Hitler llegaremos a conocer una situación que hace pensar en el tercer matrimonio del padre.

De este matrimonio nacieron cinco hijos; tres de ellos murieron en tierna edad. Dos varones: Gustav, nació en 1885, murió en 1887; Edmund, nació en 1894, murió en 1900. Una mujer: Ida, nació en 1886, murió en 1888. Paula, otra hermana, que nació en 1896, se dedica al arte industrial y se establece más tarde en Viena. Angela, hermana consanguínea de Adolfo Hitler, la que nació en 1883, se casó en Linz con un tal Raubal, funcionario público; muerto éste, ella se fué a Viena, donde consiguió colocarse de inspectora de comedores económicos. Durante algún tiempo trabajó también en un comedor mantenido por la Congregación Israelita; más adelante hablaremos de su vida a partir de esa época. Alois, hermano consanguíneo, camarero de profesión, llevaba una vida muy agitada. En 1900 fué condenado a cinco meses de cárcel, por ratería; en 1902, a ocho meses, también por ratería. Parece que más tarde se fué a Alemania. El 7 de marzo de 1924, el juzgado de primera instancia en Hamburgo le condenó a seis meses de prisión, por bigamia. Luego desapareció y se fué —según dicen— a Inglaterra. En 1934 existía en Berlín-Wilmersdorf un restaurante entre cuyos parroquianos se contaban muchos miembros de la SA (tropas de asalto); el propietario se llamaba Alois Hitler y era —según dicen— hermano del canciller.

Coetáneos y vecinos de casa relatan que en la casa paterna de Adolfo Hitler reinaba una alegre armonía. Una anciana de Braunau, quien vivió de criada en la casa de Alois Hitler, encomia aquella armonía, que no fué turbada sino por "una hermana de la señora Klara; aquélla era altiva, reacia al trabajo, y no estaba en su cabal juicio"; vino a menudo a ayudar en los quehaceres domésticos y siempre trajo consigo "algo desagradable".

¿Acaso existe una relación entre lo "desagradable" y el mencionado asunto de herencia? Parece que sí, puesto que en el año 1888, Alois Hitler compra de improviso —en el pueblo de Woernharts, cerca de Weitra —una pequeña propiedad, que hace administrar por su cuñada, Johanna Poelzl, soltera. En 1892 vuelve a venderla. Se siente, con todo, atraído por la tierra; quiere ser propietario. Sin embargo, pasa todavía dos años de servicio en Passau, Baviera (de 1892 a 1894); solicita que se le traslade a Linz, capital de la Alta Austria, lo que significa, por lo visto, un aumento de sueldo y el retiro; y a los 58 años de edad, el 25 de junio de 1895, se jubila con el título de oficial superior de aduanas. Y entonces va en busca de una propiedad; pero se parece más bien a un tratante en propiedades que a un hombre deseoso de vivir una vida sedentaria. En 1895 se afinca en el pueblo de Hafeld, en la Alta Austria, y en 1897 se avecinda en la pequeña ciudad de Lambach, donde tampoco se radica. En 1899 se traslada a Leonding, suburbio de Linz, donde posee una casa contigua al Ayuntamiento. Allí se pasea por las calles, con el bonete de borde dorado casi siempre en la mano; mira por sus abejas y, arrimado contra un seto, charla con los vecinos. Observa a un amigo que construye un pequeño aserradero, y, filosofando sobre el curso del mundo, opina que viven en una época en que la gente pobre se eleva, mientras que los ricos van decayendo. Padece de una enfermedad de las vías respiratorias; está acatarrado y, de vez en cuando, expectora sangre. Cuando se habla de política, él no disimula "lo antipáticos que le son los prusianos"; "es que era verdaderamente *k. u. k.*", recuerda un testigo auditivo (k. u. k. = kaiserlich und koeniglich = imperial y real. Con estas iniciales se caracterizaba a los imperialistas austríacos).

En la mañana del 3 de enero de 1903, poco antes de las 10, se desmaya en medio de la calle, durante su cotidiano paseo matinal. Un amigo le recoge y le lleva a la cercana fonda. La fondista corre hacia la cocina a buscar vino y agua, y en aquel momento la boca de Alois Hitler se llena de sangre. Muere, rápida y serenamente, en brazos de Ransmaier, vecino suyo. En el registro de defunciones de Leonding está asentado: "Murió repentinamente, de hemoptisis".

Klara Hitler, viuda, se muda de Leonding a Urfahr, suburbio de Linz, donde vive en la Bluetenstrasse; se trata, en realidad, de un cambio de domicilio dentro del radio de una misma

ciudad. Ella también está enferma. Muere el 21 de diciembre de 1908, por causa desconocida. Los cónyuges están sepultados en Leonding.

HERENCIA ONEROSA

¿Es que la historia de esta familia aclara tal o cual punto? Haremos bien en resumir los rasgos esenciales, imponiéndonos cierta reserva con respecto a las posibles conclusiones.

La "región cubierta de bosques" donde nacieron los Hitler y los Poelzl, es un paisaje serio, apartado, no rico que digamos; como muchas comarcas similares, está llena de superstición e historias de aparecidos. Parece que los antepasados fueron aldeanos pobres; en los registros parroquiales figuran frecuentemente como *Kleinhaeusler* (trabajadores que no poseen fincas). Hemos hablado de la intercadencia de los Hitler y de la constancia de los Poelzl, que llegan a unirse en la casa paterna de Adolfo Hitler. Si se tiene presente la situación en que se encontraba aquella región, Georg Hiedler, abuelo, debe de haber pasado por figura verdaderamente novelesca; Alois Hitler manifiesta también un temperamento muy singular. Se resentía —según dice el hijo— del oficio de zapatero que había tenido que aprender y que le parecía una degradación; se inició, muy joven, en la carrera de funcionario público, pero es probable que no lo hizo por tener vocación precisamente para ella, sino porque de otra manera le era imposible realizar su deseo: llegar a ser, cuanto antes, "algo mejor". ¡La leyenda de la elevación del hombre del pueblo! En uno de los retratos, Alois Hitler se parece mucho al viejo Hindenburg: precisamente el mismo bigote, los mismos ojos, mejillas, boca y barba; no se puede desconocer que tienen la misma cabeza cuadrada. Debe haber mediado algo de especulativo en aquel hombre que, entrado en años, compra y vende finca tras finca y quien, cuando joven, se casó con una muchacha de familia acomodada, sin importarle que le llevara catorce años. En la ascendencia de Adolfo Hitler se registran tres casos análogos. En cambio, la última esposa, madre de Adolfo Hitler, tiene 23 años menos que su marido.

Es notable la vitalidad en la línea paterna. Alois Hitler tiene siete hijos legítimos, pero los escasos datos que tenemos de Georg Hiedler permiten ya toda clase de conjeturas. Alois Hitler contrajo tres matrimonios; tenía 52 años al nacer Adolfo,

y 57 al nacer su último hijo. El hecho de que tres hijos del tercer matrimonio murieran en tierna edad, induce a suponer una astenia congénita transmitida, evidentemente, por la madre; el retrato de ella representa a una joven mujer de tipo delicado. Llama la atención el hecho de que una misma enfermedad atacara a casi todos los miembros de la familia: la primera y la segunda esposa de Alois Hitler mueren de tuberculosis y él también muere de una afección pulmonar.

¿Podemos diagnosticar una tara hereditaria? Una tía materna de Adolfo Hitler era —dice una vecina— "reacia al trabajo y no estaba en su cabal juicio"; pero claro está que tal declaración no es suficiente. Un hijo del segundo matrimonio de Alois Hitler se desliza por la pendiente; pero Angela, su hermana, que tiene los mismos padres, es —según dicen— mujer capaz, de carácter normal, y que tiene rasgos simpáticos. La historia de esta familia consigna muchos hechos notables, que, sin embargo, arrojan poca nueva luz sobre el conocido retrato de Adolfo Hitler.

Adolfo Hitler hizo del árbol genealógico un instrumento de la alta política. Por eso consignamos aquí el suyo.

CAPITULO II

EL FRACASO DEL ADOLESCENTE

LOS PRIMEROS DATOS

El 20 de abril de 1889, a las 6.30 de la tarde, nació un hijo de Alois Hitler, oficial en la Dirección de Aduanas, residente en Braunau del Inn, Vorstadt 219 (Hotel "Zum Pommer"). Dos días después, a las 3.15 de la tarde, la criatura recibió en la pila bautismal el nombre de Adolfus.

Fué el cuarto hijo de Alois Hitler, y el segundo de su esposa Klara; nació a los nueve años de estar casados aquéllos. El padrino y la madrina fueron un tal Prinz y su esposa, residentes en Viena, Loewengasse.

Alois Hitler vivía hacía ya muchos años en Braunau. Su familia —tanto en la línea masculina como en la femenina— era originaria de la Baja Austria; pero él fué remontando el Danubio. Era un "emigrado". Y la Alta Austria llegó a ser la patria de Adolfo Hitler.

Otra información, de fuente auténtica, sobre la vida del niño data del año 1895. El 2 de abril de aquel año es matriculado en la escuela de primera enseñanza de Fischlham, cerca de Hafeld. Dos años más tarde cambia de escuela; se le manda a la escuela del convento en Lambach. Uno de los profesores se acuerda de haber relegado a aquel alumno al poco tiempo, porque le había encontrado fumando en el jardín del convento. En Leonding cursa el último grado; consta en las hojas de estudio de aquel período que —con excepción de canto, dibujo y ejercicios físicos— fué aprobado siempre con nota de sobresaliente. Es, por eso, muy extraño que cayera en el otro extremo después de haber ingresado, en septiembre de 1900, en el Colegio Nacional de Linz. Durante el primer año sus trabajos son tales que debe repetir el curso. Más tarde hay períodos en que sigue mejor; las notas son las siguientes: Historia, a menudo sobresaliente; idioma francés, suficiente o aplazado; idioma alemán, casi siempre suficiente. Al año de haber muerto el padre,

Adolfo se traslada, por razones desconocidas, de Linz a Steyr, en la Alta Austria, donde vive en casa de un tal von Cichini, empleado de justicia. Ingresa en el colegio nacional local y sale de él después de cursado el cuarto año. Su última libreta de clasificaciones, con fecha del 16 de septiembre de 1905, caracterizará mejor al alumno Adolfo Hitler:

	Primer semestre	*Segundo semestre*
	—	—
Conducta	Regular	Regular
Aplicación	Inconstante	Suficiente
Catequismo	Suficiente	Regular
Idioma alemán	Aplazado	Suficiente
Geografía e Historia	Suficiente	Regular
Matemáticas	Aplazado	Suficiente
Ciencias químicas	Suficiente	Suficiente
Ciencias físicas	Regular	Suficiente
Geometría y Dibujo lineal		Aplazado (1)
Geometría descriptiva	Suficiente	Suficiente (2)
Dibujo a pulso	Distinguido	Sobresaliente
Ejercicios físicos	Sobresaliente	Sobresaliente
Taquigrafía	Aplazado	—
Canto	—	Regular
Aseo	Regular	Regular

(1) Se permite la repetición.
(2) A causa de la repetición.

ADOLESCENCIA Y ESCUELA

¿Qué es lo que el mismo Hitler dice acerca de su educación escolar? El padre quiere hacerlo estudiar, para que después pueda seguir la carrera de funcionario de mayor categoría. Adolfo no quiere: *Me causaba náuseas la idea de tener que permanecer en una oficina, de no poder disponer libremente de mi tiempo, y de estar obligado a invertir en formularios el contenido de toda una vida.* Esta aversión al trabajo metódico sigue siendo característica de él. No osa, sin embargo, oponerse francamente al padre: *Podía, hasta cierto punto, disimular mis ideas; no debía oponerme siempre. Me contentaba con mi firme decisión de no hacerme funcionario.* ¡Mosca muerta!

No sabría decir cómo sucedió: cierto día vi con toda claridad que me haría pintor, artista. El padre se opone con energía: "¿Pintor artista? ¡Nunca, mientras viva yo!". El hijo recurre a la resistencia pasiva: *Me aventuré a declarar que entonces estaba decidido a no aprender ya absolutamente nada. Claro está que con tales declaraciones no mejoraba mi situación, ya que mi padre iba a imponer su voluntad sin guardar miramientos; conque, me callé* —otra vez se amedrenta ante los palos del padre—, *pero realicé mis amenazas. Creía que mi padre, luego de darse cuenta de lo poco que adelantaba en el colegio, consentiría, bien o mal, en dejarme correr tras aquello con que estaba soñando.*

En otros términos: de puro entusiasmo por el arte, el alumno Adolfo Hitler empieza a ser perezoso. *El medio más eficaz era, por lo pronto, las malas notas. Aprendía lo que me interesaba, y, particularmente, todo cuanto creía útil para la futura profesión de pintor. Descuidaba todo lo que, desde ese punto de vista, me parecía de poca importancia, como también otras materias que no me interesaban tanto. Mis hojas de estudios de aquella época son, según la materia y su apreciación, verdaderos extremos. Al lado de "distinguido" y "sobresaliente" figura "suficiente" o también "aplazado". Era fuerte en geografía, y aún más, en historia universal.*

Son evocaciones muy glorificadoras. En realidad, esas clasificaciones son las de un chico inteligente, de una fantasía muy viva, insubordinado, y que se interesaba por las materias sugestivas y fáciles de comprender, mientras que pasaba por alto las que le costaban esfuerzos. Existen muchos informes facilitados por profesores, condiscípulos, inquilinos de la misma casa y vecinos, que casi todos convienen en que el muchacho fué en aquella época un verdadero "indio", pendenciero y "caudillo", que, dotado de una voz potente, llevaba siempre la palabra; en compañía de sus amigos proyectaba un viaje alrededor del mundo; llevaba a la escuela instrumentos mortíferos, tales como "cuchillos Bowie" y "tomahawks", y en clase leía libros de Karl May (1). Cuando recibe una paliza, no debe quejarse de ello al padre: tiene que defenderse por sí solo. Pues bien, todo ello es muy natural en un muchacho de tal edad; pero cuando adulto, el hombre juicioso no debe buscar una interpretación para cosas que no existen.

(1) Famoso autor de novelas de aventuras entre indios, muy leído por la juventud de habla alemana. (N. del T.).

El no haber aprovechado la escuela, no habla en contra de persona alguna; el no haber aprendido bien el alemán, no compromete de por sí al futuro orador y escritor. El mismo Hitler es el que toma muy en serio esas cosas, que gravitan sobre él mucho más de lo que corresponde a su peso normal. Achaca el fracaso de su carrera burguesa a no haber adelantado en la escuela; y que —en contraste a millares de autodidactas— en el curso de su vida no lograra llenar los vacíos, se debe hasta el día de hoy —dice él— a aquella vida de "indio" que durante algunos años llevaba en Linz y Steyr. Los certificados escolares reducen esta autoconmiseración a su justa medida. La facilidad de comprensión y el disgusto que le causa el trabajo, son los rasgos característicos del muchacho e imprimen su sello también a la mente del adulto, hasta en sus más recónditos recovecos.

No se puede desconocer que tiene cierto talento para el dibujo. No sólo lo comprueban las notas en la escuela, sino que también sus dibujos demuestran que sabe trazar una línea, escorzar y distribuir las sombras; pero en todo ello se nota la falta de expresión, y la combinación de sus colores chillones da por resultado unas disonancias terribles.

Sus inclinaciones artísticas tomaron incremento cuando empezó a frecuentar el teatro de Linz: *Cuando tenía doce años, fuí por primera vez al teatro para asistir a una representación de "Guillermo Tell". A los pocos meses conocí la primera ópera: "Lohengrin". De un golpe me cautivó el Maestro de Bayreuth. El entusiasmo juvenil sobrepasó todos los límites. Sus obras me atraían cada vez más.*

Al mismo tiempo llega a conocer y experimentar la lucha que sostienen los nacionalistas alemanes residentes en Austria. Le entusiasma una obra en dos tomos, edición de gran lujo, con profusión de grabados: "La guerra franco-prusiana de 1870". La sangre se le sube a la cabeza al leer los episodios de Weissenburg y Woerth, el relato acerca de cómo se hizo prisionero a Napoleón en Sedán, y la descripción de la entrada triunfal a París. ¿Por qué no participamos de ello "nosotros", los austríacos? El señor Ploetsch, profesor del Colegio Nacional de Linz, nacionalista alemán, enseña a sus alumnos a conocer y odiar el destino trágico de los alemanes residentes en Austria. Adolfo Hitler se convierte lo mismo que sus compañeros, en nacionalista.

Mientras tanto, aumenta, de día en día, su rémora como

alumno, y el conflicto entre el padre y él se agrava visiblemente. Alois Hitler padece un ataque apoplético, cuando el hijo tiene doce años: *Pareció que no había logrado lo que más anhelaba: ayudar a su hijo a crearse una posición, para preservarlo de las amarguras de su propia vida.* Alois Hitler murió dudando de la buena crianza del hijo.

EL ARTE Y LA ENFERMEDAD

La madre quiere que prosiga sus estudios, pero: *Me tornaba indiferente a medida que la escuela se apartaba de mi ideal en lo que se refiere a las materias de enseñanza y a la educación. Sobrevino una enfermedad que me sacó del apuro.* Esta enfermedad es una afección pulmonar, que le incapacita también para el servicio militar; más tarde, ella se repite a consecuencia de una intoxicación por los gases y provoca de vez en cuando una debilitación de la voz; por algún tiempo sigue latente, pero parece que se exacerba a la edad de cuarenta y cinco años.

Durante los años que siguieron a la muerte del padre, Adolf, la madre y Paula, su hermana menor, estaban a menudo de visita en Spital, lugar natal de la madre. Adolfo pasaba allí sus vacaciones en casa de su tía Therese Schmidt. Era en aquella época —según relatan— mozo alto, flaco y pálido. Parece que en Spital recrudeció su enfermedad. Consultaron al doctor Karl Keiss, médico de Weitra, quien le sometió a un tratamiento; pero advirtió a la tía Therese: "Adolfo ya no se restablecerá de esta enfermedad".

¿Ha heredado la enfermedad del padre? Se le parece a éste en muchos aspectos, también en la altivez con que trataba a los parientes, y en el disgusto que le causaba el ambiente lugareño. Al despedirse, en el año 1908, de su tía Therese, dijo que no volvería a Spital hasta haber llegado a ser "algo".

Sigue firme en su resolución de hacerse pintor. No va más al colegio. Sale de éste definitivamente en otoño de 1905, sin graduarse de bachiller y sin presentarse siquiera al examen de fin de curso. No lo hace por apremiantes razones financieras, puesto que la cuota había sido pagada hasta aquella fecha, y, por otra parte, sus familiares nunca habían procurado conseguir una beca a su favor. En su biografía pasa por alto con obscuras palabras los últimos años precedentes a la muerte de la madre: no dice lo que hizo ni dónde vivió en aquella

época. Parece que entonces fué la primera vez que se detuvo algunos meses en Alemania. Ex alumnos de la escuela particular de pintura del profesor Groeber, Munich, Bluetenstrasse, se acuerdan de un compañero que se llamó Hitler. Existen también dos fotografías en las que aparece, rodeado de compañeros y compañeras, un joven que se parece mucho al Hitler de unos retratos tomados poco después. Dicen que, en general, era tranquilo y reservado, casi tímido; pero había ocasiones en que se animaba: alborotaba y promovía jaleo. Solía hacer muchos ademanes; pero lo que más llamaba la atención eran los angulosos movimientos convulsivos y bruscos que hacía con la cabeza, rasgos característicos que —algunos años más tarde— extrañaban también a sus compañeros en Viena. Uno de los camaradas de Hitler durante aquella estada en Munich, dijo —muchos años después— a una compañera que le recordó al ex condiscípulo: "¿Cómo? ¿Nuestro adolescente tímido sería ahora Hitler?"

Parece que entonces no sólo tenía recursos para vivir, sino que también vivía con bastante holgura.

En Linz frecuenta la casa de un compañero de clase cuyo padre es un alto funcionario. Allí da con una biblioteca muy buena; le interesan, sobre todo, los escritos en prosa de Ricardo Wagner. El compañero tiene una hermana. Hitler la adora en secreto. No se atreve a declararse, porque —así cuenta más tarde— ella era hija de un alto funcionario, y él nada más que hijo de un oficial de aduanas: tenía miedo de recibir una negativa. Por lo demás, le extraña que aquella gente decente le dejara frecuentar su casa.

REPROBADO

Con la ayuda de la madre y otros parientes, vive, a partir del mes de octubre de 1907, en Viena, donde se prepara para el ingreso en la Academia de Pintura, gozando, por lo demás, de la gran ciudad de una manera pueril, visitando teatros, museos y el Parlamento. El se dice estudiante o pintor, porque está convencido de que dentro de poco tiempo será alumno de la Escuela de Pintura incorporada a la Academia de Artes Plásticas.

No lo será. En octubre de 1907 se inscribe en la Academia para el examen de ingreso en la Escuela de Pintura. El resultado de este examen consta en la "lista de clasificaciones" de la Academia para el año escolar de 1907-08:

Temas para los candidatos. 1er. día: la expulsión del Paraíso, etcétera. 2º día: episodio del Diluvio, etc...

No fueron aprobados o no fueron admitidos a la prueba, los señores .....; Adolf Hitler, Braunau del Inn, 20 de abril de 1889, alemán, católico, 4 cursos; padre, oficial mayor. Pocas aptitudes. Reprobado.

Conque: rechazado. Parece que a los suyos no les dijo nada del fracaso, que no menciona tampoco en su biografía. Se queda en Viena, donde vive en la Stumpergasse 31, y más tarde, en la Felberstrasse, en el 15º distrito. Está resuelto a presentarse otra vez en otoño del año siguiente. El resultado es todavía más deprimente, porque esta vez la "lista de clasificaciones" reza así:

No fueron aprobados o no fueron admitidos a la prueba, los señores .....; 24º Adolf Hitler, Braunau del Inn, 20 de abril de 1889, alemán, católico, 4 cursos; padre, oficial mayor. No fué admitido a la prueba.

Esto quiere decir: los dibujos que había traído para someterlos al juicio de los examinadores eran tales, que aquéllos prescindieron de la prueba. Este fué el segundo y definitivo rechazo, que le hirió talmente, que no pudo menos que hablar de aquel suceso en su autobiografía. Se presenta —según su relato— al rector y le pide explicaciones; éste le dice que, teniéndose presente su talento peculiar, la profesión más indicada para él sería la de arquitecto. Empero, le resultó imposible ingresar en la Escuela de Arquitectura, puesto que no se había graduado de bachiller. A este respecto, Hitler está equivocado. En los estatutos se dice expresamente que en el caso de que se presentase un "gran talento", se podría prescindir del certificado de bachiller. Y para los profesores Wagner y Ohmann, que eran a la sazón los directores de la Escuela de Arquitectura, la falta de tal o cual certificado nunca habría sido motivo de poner trabas al verdadero talento. Parece, sin embargo, que Hitler no trató de aprovecharse de aquel "expediente".

Deprimido, vuelve a casa, donde la madre está enferma. Siguen meses durante los cuales no cobra fuerza para resolver nada. Es evidente que pronto va a dejarlo la madre, en cuya casa, desde la muerte del padre, vivía —según sus propias palabras— una vida de "hijo mimado", cediendo a la "estéril holganza" y repantigándose "entre blandos edredones". La juventud de un hombre juguetón y soñador está a punto de ter-

minar. Klara Hitler muere el 21 de diciembre de 1908. Adolfo Hitler, mozo mimado de 19 años, que no aprendió nada, que no logró nada y que no sabe hacer nada, se ve solo ante la nada.

PRIMER ENCUENTRO CON EL OBRERO

Aquella "nada" equivale a cuatro años de miseria en Viena.

El mismo relata que durante aquella primera estada en Viena se ganó la vida trabajando de peón de albañil o llevando cargas de ladrillos. La relación que hace de aquella época es tan característica de él, que la reproducimos, aunque existen muchas contradicciones.

Tenía todavía prendas de vestir más o menos buenas, ponía mucho cuidado en hablar bien y observaba cierta reserva. Iba a trabajar por el solo motivo de no morir de hambre, a fin de tener la posibilidad de perfeccionarme, aunque fuese cuestión de esperar mucho tiempo. No habría hecho caso de mi ambiente... — si éste no hubiera hecho caso de él.

Los colegas le exigen que se inscriba en el sindicato. Contesta que no se deja constreñir. Este joven, de buenos modales y relativamente bien vestido, se sienta aparte, callado y huraño, y bebe su botella de leche. Pero aguza el oído cuando los colegas hablan de política. Esas son cosas muy distintas de "Lohengrin", muy distintas de las apasionadas conferencias sobre Bismarck y los emperadores que el profesor Poetsch dictaba en Linz. ¿Cómo fué lo del aniversario de la batalla de Sedán, cuando paseaban por la calle central, con la cinta negra, blanca y roja en el ojal, en señal de protesta contra el rector, contra el ministro Badeni y contra el "italianófilo" anciano en la "Hofburg" de Viena? Aunque aquellos paseos vespertinos de los colegiales y otros hijos de burgueses de Linz eran dirigidos contra los Habsburgo y su imperio, los jóvenes se entusiasmaban también por la "Gran Patria" más allá del Inn, por su dios germano que estaba más allá de las religiones, y por su raza germana, que —según decían— se había conservado vigorosa y limpia en medio de la ponzoñosa mezcla de pueblos en Austria. Pero esos desgraciados obreros de Viena *lo negaban todo* —dice Hitler—: *la nación, por ser un invento de la clase capitalista; la patria, por ser un instrumento de que la burguesía se vale para explotar a los obreros; la autoridad de las leyes, porque no sirve más que para la subyugación del proletariado; la escuela, porque es un instituto preparatorio para esclavos; la religión, por ser medio para el entontecimiento del pueblo; y la moral, por ser característica de borricones.*

¡El ronco lenguaje de los explotados y desesperados! Hasta allá no se han filtrado las gotas del vino dorado de la Wachau, hasta allá no han penetrado los rayos que despide aquella obra magnífica en la cual se relata la guerra del año 1870. Demasiado gruesa es la capa aisladora formada por la miseria. Y el hijo de burgueses de Linz no vislumbra la fe en el porvenir que el socialismo nutre en el fondo de aquel abismo.

LA PSEUDOERUDICION ES PODER

Hitler trata de hacer oposición y experimenta una sorpresa desagradable: los obreros saben más que él. Lo ponen fuera de combate: *Entonces me di cuenta de que era absolutamente inútil oponerme, a menos que no adquiriera ciertos conocimientos positivos en las materias discutidas.*

Empieza, por eso, a leer *libro tras libro, folleto tras folleto,* así como tal o cual joven inteligente se embebe de conocimientos. Acerca del arte de leer ha escrito algunas frases sutiles, que, por otra parte, dejan entrever muchas cosas. Pone en ridículo a la gente que lee muchos libros y cuyo cerebro no es capaz de archivar los conocimientos adquiridos por la lectura, de modo que con cada libro aumenta la carga inútil, y con cada aumento de tales conocimientos, aquéllos se apartan más de la realidad y van a parar en un sanatorio o, como políticos, en un parlamento. No así Hitler: cuando él lee un libro, una revista o un folleto, su sentido común *le advierte instantáneamente todo cuanto, por serle útil o digno de saberse como tal, le conviene, según su opinión, retener en la memoria.* Así, lo leído *entra debidamente en la imagen que la fantasía formó de tal o cual cosa y que siempre ya existe de alguna manera.* Allí *ello obrará como correctivo o complemento, dando a aquélla mayor precisión o nitidez.* Si no se procede de tal manera, la lectura no sirve para nada, puesto que, *por ejemplo, un orador que no suministre así a su intelecto todos los requisitos, nunca podrá, al encontrar oposición, sostener concluyentemente su punto de vista. Su memoria fallará en todas las discusiones.*

Frases sutiles, en cuanto que las escribe un orador, pero que dejan entrever muchas cosas, en cuanto que las escribe un profeta. Son, tal vez, las palabras más aclaratorias que Hitler haya escrito sobre sí mismo. Ellas revelan algo más que las arti-

mañas de un pendenciero coleccionista de citas con qué desarmar a los adversarios, en la mesa de tertulia o ante las muchedumbres. En ellas habla la fanática voluntad de estupidez, que no quiere aprender más que lo que ya sabe, y que rehuye el conocimiento doloroso para entregarse a un ergotismo agradable. ¡Figurémonos ahora cómo hombre tan dado a las ideas preconcebidas debió desconocer y difamar más tarde a naciones y razas extrañas, puesto que las juzgaba por las impresiones parciales de aquel período de su juventud que había pasado en Viena!

Hitler pone mucho cuidado en no mencionar lo que leyó; pero si se tienen presentes todos sus discursos y todos sus escritos, no cabe duda de que nunca leyó ninguna obra fundamental de Marx ni, mucho menos aún, hizo algún análisis crítico de tal obra; nunca cita algún punto de la ideología marxista, ni para refutarlo siquiera. El mismo Gottfried Feder, fundador de las teorías económicas del nacionalsocialismo, confesó más tarde a un conocido que le asediaba con preguntas, que nunca había leído "El Capital" de Marx (que, por lo demás, no es muy difícil de leer), sino sólo el libro de Eugen Boehm-Bawerk, obra escrita con mucho criterio y excelente como tal. Hitler no habrá leído ni aun aquella obra. Su manera de estudiar el marxismo hay que desglosarla de su libro:

Comencé entonces a familiarizarme con los fundadores de la doctrina, a fin de estudiar los principios en que se basaba el movimiento. ¿Pasó, entonces, semanas enteras estudiando con paciencia los gruesos tomos? *El hecho de que yo lograra mi propósito mucho antes de lo que me hubiera atrevido a esperar, se debió a los conocimientos que ya poseía acerca de la cuestión judía, pero que todavía no eran suficientes, ni mucho menos. Sólo ellos me permitieron establecer un paralelo práctico entre la realidad y los embustes teóricos de los primeros apóstoles de la socialdemocracia...* Esforzándose así sinceramente, estudió el joven erudito la doctrina de la *plusvalía* y la ley de la "disminución de la cuota de beneficio" — *ya que ellos me habían enseñado a comprender la dialéctica del pueblo judío que habla con el fin de ocultar o, por lo menos, encubrir sus ideas* — ¡claro que no vale la pena leer todas aquellas cosas!... — *y sus verdaderos fines no se leen, por consiguiente, en las líneas, sino que se encuentran bien disimulados entre las mismas* — y cierra el libro habiendo llegado, cuando mucho, a la página 50.

Armado de los argumentos que le suministraron los folletos y libelos antisemitas y el *Deutsches Volksblatt*, empieza a discutir con los colegas. Arrastra por el fango sus ideales, así como ellos lo hicieron con los suyos; les ofende y les irrita, al extremo de que —según dice él— le apremian a elegir entre salirse en el acto de las obras o ser arrojado de lo alto del andamio. La causa de esta primera mala experiencia que hizo con los obreros, no residía, pues, en que él se negara a inscribirse en el sindicato.

EL ASILO DE MENDIGOS EN MEIDLING

Así termina el primer encuentro de Adolfo Hitler con los obreros — si podemos dar crédito a la relación que él ha hecho. Pero, ¿es dado suponerlo así? Muchas personas que le conocían bien en aquel período —vecinos de casa, clientes y vendedores de cuadros— dicen que Hitler era entonces demasiado débil para trabajos físicos, y sobre todo para faenas en obras de construcción, donde no se daba trabajo sino a los hombres más robustos. El mismo no hablaba de tales trabajos. Estas dudas no son suficientes como para rebatir sus propias palabras, pero permiten suponer que habrá exagerado mucho. En un folleto titulado "El comienzo de mi vida política", Anton Drexler, cerrajero y verdadero fundador del Partido Obrero Nacionalsocialista, cuenta también cómo los colegas le obligaron a abandonar el trabajo a causa de su actitud hostil hacia los sindicatos; él también dice que entonces nació en él el odio contra la socialdemocracia. En resumen: los relatos de Drexler y de Hitler se parecen tanto, que es de suponer que el uno sea la copia del otro. ¡"El comienzo de mi vida política" apareció en 1920, "Mi lucha" en 1925!...

En aquel entonces Hitler decía a sus patrones que "se preparaba para la profesión de literato". Lo cierto es que no tenía dinero ni trabajo, y que quedó reducido a la más terrible miseria. En noviembre de 1909 tuvo que abandonar su última habitación en la Simon - Denkgasse. Pasa algunas noches sin morada; pernocta, primero en cafés, y luego, con el frío otoñal, sobre los bancos en los paseos públicos, de donde le ahuyentan los vigilantes. Cierta noche pide, desesperado, unos *kreutzer* a un individuo bien vestido, pero borracho. El beodo alza el bastón para pegarle. De esta experiencia se resentía mucho; más tarde se la refiere algunas veces a camaradas, que entonces le pre-

guntan, extrañados, si no sabe que nunca hay que pedir limosna a los beodos.

Tiene ya veintiún años cuando, en su camino descendente, va a parar, a principios de noviembre de 1908, al asilo de mendigos de Meidling. Un duro catre de alambre, una cubierta muy liviana, las propias prendas en lugar del cabezal, poniendo los zapatos debajo de las patas de la cama, a fin de que no le sean robados, flanqueado a diestra y a siniestra por los compañeros de la misma miseria: así pasa Adolfo Hitler los meses siguientes. Todas las mañanas come la sopa gratuita en el convento de la Gumpendorferstrasse, y por la noche los compañeros le regalan un pedazo de embutido de caballo o un pedazo de pan. Cuando empieza a nevar, va cojeando, débil y con los pies desollados, hacia la *Pilgrambruecke* para quitar la nieve de las calles; pero con el frío que hace, y vestido —no tiene sobretodo— con un raído traje de color azul, no puede continuar aquel trabajo fatigoso. Con los compañeros va luego, por la alta nieve, a Erdberg, y de allí a Favoriten. Entran en todos los albergues públicos, donde los que no tienen morada se resguardan del frío y donde se les da un plato de sopa y un pedazo de pan. Aquellos albergues son una donación del barón Koenigswarter, descendiente de judíos; el asilo de Meidling también había sido fundado con dinero de judíos.

De cuando en cuando, Hitler se detiene cerca de la estación ferroviaria del Oeste y por algunos *kreutzer* lleva las valijas de los viajeros. Más tarde, quiere trabajar en las obras de terraplén, cerca de Favoriten; pero uno de sus nuevos amigos le dice que no lo haga: una vez que hubiera empezado con los rudos trabajos manuales, le resultaría muy difícil volver a evolucionar hacia arriba. Hitler sigue este consejo.

EL ASILO DE HOMBRES EN BRIGITTENAU

El amigo que interviene con aquella advertencia característica de hombre experimentado, es Reinhold Hanisch, que después trabajaba de dibujante; tiene algunos años más que Hitler, ha conocido los altibajos de la vida y se encuentra a la sazón en la misma miseria que aquél. Desde el otoño de 1909 hasta el verano de 1910, Hanisch fué íntimo de Hitler; se tuteaban y se consideraban como socios de una empresa común. Sobre los buenos y malos tiempos que pasaba con Hitler, Hanisch escribió

un sugestivo e interesante relato, del cual tomaremos algunos pasajes.

Hasta el fin de año, los dos se quedan en el asilo de mendigos en Meidling. Mientras Hanisch va por todas partes en busca de cualquier trabajo, Hitler permanece meditabundo e inactivo, de modo que el amigo le pregunta qué está esperando. Le contesta que no sabría decírselo. Por Navidad la hermana le envía desde Linz cincuenta coronas que le correspondían como huérfano. Estas sirven para una especie de elevación social. Hitler se muda del asilo de mendigos al asilo de hombres, Meldemannstrasse, 20º distrito. Aunque este último ya es muy diferente del anterior, no es en realidad más que un alojamiento miserable y triste. *Sólo desocupados, alcohólicos y otros similares permanecen en el asilo de hombres,* dice Hanisch, que durante seis meses vivió allí con Hitler.

Hitler dijo a Hanisch que era "pintor académico". Y el amigo, muy hábil en negocios, le aconseja aprovecharse de su arte y pintar tarjetas postales. Hitler contesta que primero quiere descansar una semana de las fatigas anteriores. Hanisch se exaspera por tamaña enervación; más tarde, Hitler objeta que, aun cuando dibujara las tarjetas, no podría venderlas, ya que no podía dejarse ver tan mal vestido como era y, además, tenía miedo de ser arrestado por un policía, si se dedicase al comercio ambulante. Hanisch no llega a comprender semejante pusilanimidad. Insiste en que Hitler trabaje, se encarga de sus dibujos y los vende en los restaurantes. Más tarde Hitler copia pequeños cuadros, que comerciantes en muebles y fabricantes de marcos compran por algunas coronas. Tales cuadros se embutían entonces en los respaldos de sofás.

Existirán todavía centenares de obras de arte que Hitler hizo en aquel período; pero sólo unas pocas se han descubierto en poder de pequeños fabricantes de marcos y de particulares. Son dibujos rígidos, pero exactos, copias de estampas o de litografías: vistas de la ciudad y piezas de arquitectura; las figuras humanas que de vez en cuando aparecen como accesorios insignificantes, se parecen a costales abultados. Una vez, Hanisch quiso determinar al amigo a que dibujara una iglesia del natural; pero fué un absoluto fracaso e Hitler alegó por disculpa que sus dedos habían quedado rígidos de frío.

Descubrióse una pintura grotesca que lleva una rúbrica que no se puede desconocer: A. Hitler. Se trata de un cartel de propaganda hecho evidentemente a pedido de un almacenero

o droguista que ofreció un producto llamado "Polvos Antisudoríficos Teddy". En dicho cartel aparecen las figuras —hechas sin arte alguno— de dos carteros; uno de ellos ya no puede tenerse en pie, de fatiga; se ha quitado un calcetín y lo está torciendo de modo que el sudor cae al suelo en gotas gruesas, representadas por manchas de aguada azul. Los dos conversan:

"—Día tras día diez mil peldaños son una fatiga tremenda.

"—Diez mil peldaños, hermano mío, son un placer con Polvos Teddy."

La idea de hacer tales carteles de propaganda le había sido sugerida a Hitler por otro amigo, Neumann, judío húngaro, que también vivía en el asilo. Neumann, que casi siempre tenía algún dinero efectivo, sacaba a Hitler a menudo del apuro y le regalaba camisas y otras prendas de vestir, como, por ejemplo, un *Ka serrock* (levitón), que Hitler usó durante muchos años. Hitler era un gran admirador de Neumann y decía en muchas ocasiones a Hanisch que aquél era uno de los hombres más honestos que conociera. En 1910, Neumann se fué a Alemania y trató de persuadir a Hitler para ir con él. Hitler vacilaba, pero luego se resolvió a quedarse en Viena. ¡Qué espectáculo habría sido para el mundo ver a Adolfo Hitler entrar en Alemania al lado de un judío húngaro!

ENTRE LOS PERDIDOS

Hitler, Neumann y otro, de nombre Greiner, formaban un grupo que siempre forjaba grandes proyectos comerciales. Ya entonces se manifiestan las facultades características de Hitler. Quiere fundar un "Instituto de Propaganda", con el concurso de todos los asilados: unos harán los esbozos, otros compondrán versos de propaganda, otros se harán cargo de la venta, y alguien confeccionará de alguna manera algún producto, al que Hitler garantizará un éxito formidable. En las revistas ilustradas de aquel entonces, una tal Anna Csillag encarece un infalible regenerador del cabello; en la fotografía aparece la propia señora Csillag con una cabellera que llega hasta los tobillos, y la leyenda empieza con estas palabras que se apegan al oído: "Yo, Anna Csillag...". Hitler dice a Hanisch que lo de la Anna Csillag es un gran embuste que rinde sumas enormes; habría que inventar algo parecido. Por ejemplo: una substancia que se envasaría y que podrían ofrecer a los almaceneros y

droguistas como medio para evitar que el hielo empañase las ventanas. Hanisch objeta que sería un disparate ofrecer tal cosa en verano, ya que los negociantes les dirían que volviesen en el invierno. Hitler responde: *Hay que tener talento oratorio.*

Nada de todo ello puede leerse en "Mi lucha". En vano se buscarán en dicho libro referencias al asilo de hombres, a los carteles de propaganda, al amigo Hanisch y, claro está, a Neumann, el amigo judío. Sólo se ha conservado la atmósfera de aquel período y de aquel ambiente, y en la memoria ella se ha transformado en la ponzoña de que está saturado todo el capítulo en que habla de su estada en Viena.

En el fondo de la caldera humana que es Viena, uno tiene que convivir con las heces de todos los pueblos de Austria. Allí es donde Hitler conoce la escoria de todas las naciones: alemanes, checos, polacos, rutenos, húngaros, italianos y... judíos. Vestido con un levitón regalado, con bozo obscuro debajo de la boca —le han puesto el apodo de "Ohm Paul Krueger", por su parecido con el presidente del Transvaal—, él mismo parece un judío emigrado del Este. En el trato con los asilados en Viena iba formándose su opinión sobre las naciones extrañas, particularmente sobre los judíos. Las sucias figuras de los tugurios le enseñan su sabiduría: se conoce al judío, a ojos cerrados, por el olor que se desprende de él. Por aquellos mezquinos vendedores de tirantes, náufragos de la vida y pequeños trapaceros, llega a juzgar a la raza entera. Cierto que el entendimiento le enseña más tarde a diferenciar los tipos por su aspecto exterior, pero la primera impresión recibida en la juventud se le ha grabado en la memoria y determina todas las experiencias ulteriores. En su casa paterna se desconocía el antisemitismo; la palabra "judío", escribe, nunca fué pronunciada en vida del padre. En Linz había contados judíos; menciona que *con el andar de los siglos se habían convertido, en cuanto al aspecto exterior, en europeos y parecían más humanos;* se ve cómo, muchos años después, su concepción del judaísmo sigue siendo determinada por la impresión que hicieron sobre él los judíos del Este a los cuales conociera en Viena.

Es que no tenía motivo de despreciar a los judíos de Linz. Su médico de cabecera en Linz era judío. Hitler le escribió algunas veces para manifestarle su respeto y su gratitud. En una tarjeta postal para el Año Nuevo dibujó él mismo a un capuchino que alza una copa de vino, diciendo: "¡Salud!"; de-

bajo puso la firma, "A. Hitler", y al dorso está escrito: "Su atento y agradecido Adolf Hitler". Desde Viena también escribió a aquel médico judío.

ENTRE SEMITOFILO Y ANTISEMITA

Sí, en casa, en el seno de una familia tolerante, sentía "cierta aversión" a discusiones antisemitas, que le causaban siempre una "sensación penosa". Pero, ¡en Viena! *Por doquiera que pasaba, no veía más que judíos, y cuanto más les veía, tanto más evidente me resultaba la diferencia que existía entre ellos y las demás gentes. Sobre todo en el centro de la ciudad y en los barrios situados al norte del canal del Danubio, bullía una población que, vista por fuera, no tenía ya ningún parecido con los alemanes.* En este temprano período, el antisemitismo se manifiesta por los síntomas de la manía persecutoria.

En realidad, ese odio que tiene a los judíos no germina sino muy despacio. Al año de estar en Viena, discute todavía pacientemente con judíos sobre asuntos políticos. *Nunca pude disuadir a un judío de su opinión. Era a la sazón aún tan ingenuo como para tratar de evidenciarles lo absurda que era su doctrina, y discutía en mi pequeño círculo hasta enronquecerme, hasta que me dolía la lengua.* Es, por lo demás, ridícula la aserción de que la gente judía del Este que habitaba en los asilos de Viena hubiese sido partidaria de la "doctrina" marxista. Durante muchos años se resentía de las dificultades que encontraba en las disputas con los judíos disertos. *Pasaban, acorralados, hábil y prontamente, a otro asunto; seguían con perogrulladas que, una vez admitidas, aplicaban a alguna cosa esencialmente diferente y, atropellados de nuevo, se valían de subterfugios simulando no saber nada. Uno no sabía qué admirar más: si su desparpajo o su artería para mentir. ¡Cuánto me costó sobreponerme a la dialéctica falaz de esta raza!* Abstracción hecha de los juicios apreciativos, ello no es sino la expresión del rencor que guardaba a los judíos por su superioridad en más de una discusión.

De todos modos, Hitler se mostraba en aquel entonces muy hábil: sus amigos eran judíos, daba a algunos de ellos el título de "muy honestos", aceptaba su ayuda financiera y era, al mismo tiempo, antisemita. Vestido del levitón que le había regalado Neumann, con un sombrero hongo obscuro y muy sucio en la cabeza, los mechones colgando sobre el cuello, y el

bozo tupido sobre la barba, Hitler ofrecía entonces —según dice Hanisch— un aspecto "que, a decir verdad, es muy raro entre nosotros los cristianos". Le dice cínicamente: *Parece que tu padre estuvo una vez ausente de casa.*

Comerciantes que Hitler visitaba en aquellos años, relatan también que nunca le vieron afeitado y que siempre llevaba un traje imposible, parecido a un caftán. Era humilde, casi rastrero en el trato con otras personas. Un comerciante se acuerda de que Hitler no podía mirar a nadie cara a cara, excepto cuando se extasiaba.

Hanisch se burla de Hitler cada vez que éste le dicta una conferencia sobre la cuestión judía. En aquel período, Hitler no admite aún las imputaciones corrientes que se hacen a los judíos. Concede a Heine el dictado de verdadero poeta; dice que las artes y los artistas son internacionales; cree, esto sí, que el Talmud permite que se engañe a los cristianos, pero lo del "asesinato ritual" le parece "un solemne disparate y una difamación del todo infundada". Aprecia también la religiosidad de los judíos, sobre todo su monoteísmo; a Cristo le tiene por hijo de un griego. A la usura judía, tan mal conceptuada, contrapone la usura cristiana; encomia la beneficencia judía, pero luego establece la línea divisoria: los judíos son una raza diferente, con la cual es imposible mezclarse; despiden hasta un olor diferente. *Yo tampoco quisiera tener nada que ver con una judía, puesto que huelen mal.*

En forma ingenua se perfila ya el dogma racista. No se ataca a la religión; dice que todas las religiones son buenas, y en testimonio de ello declama de memoria la "Parábola de los tres anillos" de "Natán El Sabio", el gran drama de Lessing. Le parece, por lo demás, censurable el que se prive a la gente sencilla de su religión sin ofrecerle ningún equivalente; a este respecto se refiere a Voltaire. Por otra parte, lamenta mucho que no les fuese dado a los alemanes reformar su antiguo culto de los dioses, adaptándolo a la vida moderna; en la actualidad, el protestantismo sería, a su juicio, la religión indicada para los alemanes.

LA "MASA INDOLENTE"

Lo que más le tiene preocupado es, con todo, la política actual. Odia a los Papas, porque éstos son casi todos italianos, y como tales, enemigos de los alemanes. Odia la dinastía de los

Habsburgo y teme que el archiduque Francisco Ferdinando, después de su ascensión al trono, vaya a ahogar el elemento alemán en Austria. Ese mismo Francisco Ferdinando fué asesinado en Sarajevo, a raíz de cuyo suceso estalló la guerra mundial. Odia la socialdemocracia, porque parte de sus dirigentes son judíos. Más aún, porque es un partido obrero.

Hitler no lo admitirá nunca, pero el hijo del funcionario de Linz está animado por sentimientos hondamente hostiles hacia los obreros. Con la misma altivez que caracteriza el relato que hace acerca de su primer encuentro con los obreros en las obras de construcción, dice en cierta ocasión a Hanisch: *Los obreros son una masa indolente; no piensan más que en su panza, en el alcohol y en las mujeres.* Cosas por el estilo dijo también más tarde, cuando ya era político. A la objeción de que en el curso de la Historia los obreros han evidenciado su idealismo como exponentes de muchos movimientos revolucionarios, Hitler contesta en tono desdeñoso que la gente ignora que, por ejemplo, la Revolución de 1848 fué obra de estudiantes.

Hanisch, deseoso de rebatir a Hitler, dice: *Tendrías que conocer al verdadero obrero que, después de la jornada, va a casa, donde, como aficionado que es, hace experimentos y pequeños inventos, lee y se perfecciona.* Le dice que no conoce sino a los obreros jóvenes, solteros, los de los asilos; éstos sí son holgazanes, alcohólicos, etcétera; pero el obrero serio tiene su habitación y es casero.

Conversación muy instructiva. El joven Hitler emite —con cierta claridad, precisión y hasta alguna erudición— un juicio que, con lo prolijo, está desacertado en absoluto. Ya en el tono se nota que no piensa, ni con mucho, en la posibilidad de que él ignore algo que, no obstante, existe. Conoció, cuando mozo, obreros; pero no cabe duda que Hanisch tiene razón: no conoce *al* obrero. Los obreros no frecuentaban —según el relato de Hanisch— la biblioteca del asilo y siempre evitaban un encuentro con Hitler, porque sus discusiones les parecían "demasiado estúpidas". A un obrero que el 1º de mayo se pone un clavel rojo en el ojal, Hitler le dice, en alta voz, que si él mandara, le echaría de la fábrica.

Hanisch, que ha sido obrero él mismo, quisiera ilustrar a Hitler. ¿No eran obreros Halske (1) y Krupp? ¿No han llegado a ser algo? Hitler manifiesta, entonces: *Son excepciones. Es que hay hombres dominadores y otros gregarios.* La clase más noble sería, por lo demás, la aristocracia. Hanisch, ofendido, responde que también entre los nobles se encuentran idiotas.

(1) Fundador de una de las mayores empresas alemanas de la industria de la electricidad, Siemens y Halske. (N. del T.).

Pero en cuanto a cuestiones políticas, Hitler no se deja persuadir. El obrero que él cree haber conocido en el asilo no es su compañero, sino que se le transforma en objeto.

LA ESCUELA DE LA DEGENERACION

El asilo reúne a las clases de una manera singular, depravada. Allí se encuentran condes, profesores, grandes industriales, comerciantes, pintores, obreros calificados, peones y "aves nocturnas" — todos ellos "jubilados" o "de reemplazo" o, con un término de aquel ambiente, "tronados". Las clases en forma degenerada. Pero lo que no degenera es la conciencia de clases: el conde "tronado" sigue siendo, respecto de sus sentimientos, conde; el proletario, proletario; y todos ellos no anhelan más que volver allá de donde vinieron. Sí, la miseria les hace compañeros y la caída común puede engendrar esfuerzos comunes, pero los objetivos siguen siendo diferentes, más diferentes en aquel bajo fondo que en ninguna parte. Cada uno de los que se encuentran en aquel abismo busca con afán sus propias estrellas: la falta de solidaridad es el rasgo característico de la gran clase de los "degradados" con quienes Adolfo Hitler traba conocimiento en aquellos lugares y que posteriormente ganarán tanta influencia sobre él. En esa comunidad degenerada todos tienden, de común acuerdo, a los extremos; se ayudan mutuamente a elevarse, luego se empujan unos a otros hacia abajo; obran de común acuerdo y, al fin, el uno engaña al otro. En este horrible ambiente, Hitler se pregunta por primera vez si será posible realizar los sueños nacionalistas que le habían sido sugeridos en el colegio de Linz; se pregunta a sí mismo por los medios, por el material de que se podría formar la unidad alemana y obtener el dominio de Alemania sobre el mundo entero. Esto quiere decir que empieza a formarse en él el concepto de política, allí entre los perdidos del asilo de Viena. Rodeado de aquellos desechos, aprende a concebir al pueblo como objeto de la política; aquella "paja" sirve al joven, de juicio prematuro, para formarse —para toda la vida— sus ideas del valor de los hombres y de la falta de juicio en las masas. No

olvidemos que en un principio tal concepto le fuera inculcado desde arriba: en la Historia, tal como es enseñada en las escuelas alemanas, hay siempre soberanos "iluminados" y pueblos necios, y "plebe" quiere decir: "la gente baja". En el asilo de Viena uno se da cuenta de que aquel profesor tenía razón.

SIGUIENDO LAS PISADAS DE LUEGER

Hay que mencionar un particular de alguna importancia: el antisemitismo y la actitud hostil hacia los socialistas estaban a la sazón muy en boga en los círculos dirigentes de Viena; así lo exigía el buen tono en la burguesía donde Hitler procuraba ser admitido. Como antisocialista y antisemita, pertenecía a la gente "decente". El Parlamento, pero sobre todo el Ayuntamiento de Viena, seguían el curso político del Partido Socialista Cristiano; éste estaba relacionado con la Iglesia, era enemigo mortal de los socialdemócratas y los judíos, y su líder era el burgomaestre de Viena, doctor Karl Lueger. Hitler le llama "el más grande burgomaestre alemán de todos los tiempos"..

Sin embargo, este "gran" hombre no es antisemita consumado. El opina que los convertidos ya no son judíos; su lucha va dirigida contra la confesión, no contra la raza. En su vida privada tiene trato con judíos que persigue en la vida política. Una vez le reprochan a ese autócrata sus tertulias en compañía de un individuo de confesión dudosa; a lo que contesta en tono brusco: "¡Yo decido quién es judío!". Más consecuente es Georg von Schoenerer, jefe del Partido Pangermanista (que no tiene nada que ver con la Unión Pangermanista del Reich). El prevé también con más claridad el ocaso de Austria y hace propaganda en favor del "Anschluss", mientras que Lueger cree todavía en una posible salvación de Austria. Existe, además, un grupo destacado del Partido Pangermanista, cuyos dirigentes son dos diputados por Bohemia, Jung y Knirsch; este grupo no es sólo antisemita, sino que lucha también contra el elevado interés para los préstamos y contra la especulación en tierras; se llama Partido Obrero Alemán y su doctrina es el nacionalsocialismo; en 1913 se discute sobre si el nombre ha de ser cambiado en Partido Obrero Nacional Socialista, y en 1918 lo hacen. Dicho grupo debía ser el que más concordaba con las ideas de Hitler; pero éste no tiene el menor interés por aquél.

Más le atrae, pese a toda la censura posterior, la figura interesante de Lueger. Admira la genial estrategia política del burgomaestre de Viena, presiente el parentesco espiritual; también Lueger era, si bien académico, algo como un advenedizo. En su carácter de líder del Partido Socialista Cristiano, no era sencillamente representante de la clase dirigente, sino creador de un nuevo movimiento popular que vinculaba a una Gran Potencia, la Iglesia, con el fin de servirla y servirse de ella. La palabra "Cristiano", que integra el nombre del Partido, tiene el significado de "antisemita", y con la palabra "Socialista" hacía frente a la socialdemocracia; atraía parte de los obreros católicos, pero en sustancia se apoyaba en la clase media.

El joven Hitler, de puro entusiasmado por Lueger, distribuía entonces volantes de propaganda a favor del Partido Socialista Cristiano. Le impresionaba una creación del venerado burgomaestre: los "hogares para menores". Eran agrupaciones de gentes jóvenes que, vestidas con una especie de uniformes, desfilaban a menudo con bandas y banderas. El futuro "Fuehrer" de la SA no se harta de repetir a sus amigos de entonces lo mucho que él admira aquellos "hogares para menores". Mientras todos los pedagogos convienen en que la juventud no tiene nada que ver con la política, aquél, que tiene a la sazón veintiún años, opina que la educación política de la juventud ha de empezar cuanto antes.

Hay que mirar a Lueger así como lo ve Hitler: su manera de pintar al admirado burgomaestre nos da muchas informaciones sobre él mismo. Lueger *era un buen psicólogo, que se cuidaba de juzgar a los hombres mejores de lo que eran. Sabía presentar conocimientos teóricos en una forma adecuada a la facultad de comprensión de las muchedumbres, que es y será siempre limitada.* La fuerza combativa de los círculos dirigentes de la burguesía *era reducida en la actualidad y no bastaba ya para hacer triunfar un grande y nuevo movimiento.* Por eso —podríamos preguntar por quién quiere luchar Hitler, puesto que, como veremos en seguida, la miseria de las clases y capas no son para él, sino un medio para el fin—, *Lueger ponía su atención principal en ganarse a aquellas capas sociales que, amenazadas de extinción, estaban animadas por un espíritu combativo y no se dejaban desalentar.* Se refiere, evidentemente, a la clase media.

Pero lo principal que Hitler reconoce a Lueger, y que aprende de él para toda la vida, es esto: *Asimismo estaba dispuesto a servirse de todas las fuerzas disponibles y a* ATRAER PODEROSAS

INSTITUCIONES YA EXISTENTES, *con el fin de sacar de tales antiguas fuentes de energía el mayor provecho posible para su propio movimiento.*

¡Ganar las capas sociales amenazadas de extinción!

¡Atraer poderosas instituciones ya existentes!

Siguiendo las pisadas de Lueger, el hijo del oficial de aduanas entra en la esfera que le era adecuada por su origen. Pero sólo cuando esta esfera, disgregada por la guerra y la inflación, ofrece, diez años después, un aspecto millones de veces más triste que el del asilo de Viena — sólo entonces tiene la forma apropiada, para que nuestro colegial reprobado, académico rechazado y mal dibujante de tarjetas postales, pueda asumir el mando político.

ROMPE CON REINHOLD HANISCH

No se contenta, ni mucho menos, con la fundación de institutos de propaganda o la invención de medios contra la escarcha de las ventanas. Un día ve en el cinematógrafo una película en la que un orador popular excita la muchedumbre a la rebelión. Ahora quiere fundar un nuevo Partido Obrero, un instrumento para sus objetos. La organización la aprenderían de los socialdemócratas y harían suyas las consignas más sugestivas de los distintos partidos, puesto que el fin justifica los medios. Mientras que Hanisch anda por la ciudad para vender los dibujos de Hitler, éste está sentado en la biblioteca del asilo y "dicta conferencias". O se sume en la lectura de un diario, teniendo otros debajo del brazo. De vez en cuando trabaja, pero así que entra alguien con un nuevo diario, deja el trabajo y empieza a leer. Ocurre con bastante frecuencia que Hanisch, al regresar por la noche, quita a Hitler la regla de dibujo que éste cimbra por sobre su cabeza, dirigiendo al mismo tiempo una arenga a los presentes. Hanisch le obliga a sentarse y le dice: "¡Trabaja, por fin!". Los otros gritan: "¡Trabaja, Hitler, que viene tu jefe!".

A veces, sí, está deprimido. Sus discursos no han producido ninguna impresión, los compañeros se han reído de él. Una vez le pegan en las espaldas un cartel de contenido irónico, y por la noche, Hanisch tiene que consolar a aquella criatura que se deshace en lágrimas.

De lance en lance, las discusiones en el asilo terminan en alborotos. El inspector aparece en el acto para imponer silencio,

e Hitler ya está sentado a la mesa, modesta y ejemplar, con los brazos junto al cuerpo: no ve más que su dibujo. Hanisch, Hitler y otro asilado han resuelto tomarle el pelo a un vigilante del "Prater" (parque de atracciones de Viena), a quien tienen rabia. Hanisch le pegará un cartel en las espaldas, mientras los otros le distraigan. Hanisch viene por atrás, se acerca al vigilante, le toca; del otro lado, Hitler es en aquel momento el primero en escapar, sobrecogido por el miedo. El hecho de que Hitler no tuviera suerte con las mujeres, Hanisch lo atribuye también a su timidez. En cambio, Hitler relataba, radiante, las riñas de los aldeanos en su patria, la Alta Austria; un amigo, mayor que él, le hizo ver en el Tribunal de Ried una colección de instrumentos mortíferos que habían sido tomados a aldeanos peleadores: aquel día estuvo muy contento. Hanisch, que refiere ese rasgo, añade, ingenuo: *No sé si tales instintos desaparecen con los años. Yo cuento sólo mis experiencias con Hitler, así como lo que he sabido por él mismo.* Su amistad y su comunidad de trabajo empiezan a flaquear. Hanisch trae pedidos de vendedores de cuadros y de particulares, pero Hitler sigue leyendo diarios y no se resuelve a trabajar con puntualidad. Cree en el valor real de sus trabajos: se tiene por un gran artista. Sobre todo, insiste en que un artista no puede prescindir de la inspiración, por lo cual sería imposible trabajar como un negro. Hanisch responde, enojado: *¿Artista? ¡Artista ayunador, cuando más!*, y, por lo demás, sería un pintamonas, holgazán, que no sabe hacer economías. Cuando tiene ganadas algunas coronas, no trabaja más. Durante días enteros permanece en un "café popular" y come, uno tras otro, cuatro o cinco merengues; casi nunca toma bebidas alcohólicas, nunca fuma.

La presunción de Hitler y el enojo de Hanisch, motivado por la haraganería del compañero, deshacen la amistad. Hanisch ha descubierto su propio talento para el dibujo y efectúa por su cuenta los trabajos que Hitler deja de realizar. Este trabajaba algunos días en una copia del edificio del Parlamento; se trataba de un dibujo rígido y trivial, pero que él creía que valía cien coronas. Hanisch procura disuadirlo de ello y vende la copia por diez coronas. Hitler se pone furioso, califica a Hanisch de estafador y encarga a un conocido de hacerle arrestar y demandar. La causa se instruye. Hitler avalora su trabajo en cincuenta coronas. El juez le presta oídos. Hanisch no tiene abogado y se defiende con poca habilidad, por-

que tiene la esperanza de salir bien librado si se muestra transigente. Como que ha cometido un delito —su cédula personal es falsificada—, se encuentra en una situación precaria y es condenado a siete días de arresto, por desfalco. No cabe duda de que fueron injustos con él en cuanto al punto esencial: el avalúo de la obra de arte de Hitler. Dicha copia existe aún hoy, y es imposible que aquel pintarrajo valga ni la mitad de cincuenta coronas; el comprador del dibujo pagó —según dice su viuda— diez coronas.

Aquel pleito evidencia los fuertes y los flacos íntimamente ligados en el carácter de Hitler. Está tan convencido del valor de la propia persona y de su capacidad, que considera su mal éxito como una injusticia, y sin ninguna consideración ataca a otros, aun cuando no tenga razón. Además, el pleito nos interesa porque suministra la prueba documentada de la veracidad de las afirmaciones de Hanisch.

Un asilado judío, de nombre Loeffner, fué aquel a quien Hitler encargó la misión de hacer arrestar a Hanisch. Existen todavía los autos que contienen la declaración de Loeffner; el pasaje que nos interesa reza así:

IMPERIAL Y REAL COMISARIA DE POLICIA DEL DISTRITO DE WIEDEN

Z 18370.
Reinhold Hanisch.
Desfalco, cédula personal falsificada.
Siegfried Loeffner, corredor de plaza, XX Meldemannstrasse 27, declara:

En el asilo me dijo un pintor que el arrestado vendía cuadros por él y que había defraudado el dinero. No conozco el nombre del pintor, a quien encontraba siempre en el asilo, donde estaba constantemente en compañía del arrestado...

Con que: Hitler (el "pintor") "estaba siempre en compañía" de Hanisch (el "arrestado"). La íntima amistad de que Hanisch habla no es, pues, invención.

Otra hoja:

IMPERIAL Y REAL COMISARIA DE POLICIA DEL DISTRITO DE BRIGITTENAU

5 de Agosto de 1910.

Adolf Hitler, pintor artista, 20 de abril de 1889, Braunau, jurisdicción Linz, católico, soltero, dom. XX Meldemannstrasse 27, declara:

No es verdad que yo aconsejara a Hanisch dar parte a la policía bajo el nombre de Walter Fritz. Yo le conozco solamente bajo el nombre de Walter Fritz. Como él estaba sin recursos, yo le daba los cuadros que pintaba, para que los vendiese. Le entregaba siempre la mitad de lo que él cobraba. Desde hace dos semanas, más o menos, Hanisch no ha vuelto al asilo; me ha detentado la copia del Parlamento, que tiene un valor de cincuenta coronas, y una pintura a la acuarela que tiene un valor de nueve coronas. El único documento que he visto en su poder es una libreta de trabajo que está extendida a nombre de Fritz Walter. Conozco a Hanisch del asilo en Meidling, donde le encontré una vez.

Comisario
(Firmado): rúbrica. *(Firmado): Adolf Hitler.*

La hoja lleva la rúbrica que encontramos también en muchos de sus cuadros de aquel período. Hitler confirma que conocía a Hanisch del asilo de mendigos y que éste vendía sus cuadros; pero la declaración de que le diera pena la falta de recursos de Hanisch, no parece muy seria en boca de un asilado. Ante el comisario, Hanisch había declarado que Hitler le había aconsejado dar parte bajo nombre falso; Hitler lo niega y la verdad ya no puede ser comprobada. En la vista que tuvo lugar el 11 de agosto, Hitler modificó su declaración: admitió que Hanisch le había entregado dinero por el otro cuadro, que —como dijo antes— también había sido retenido.

Así se acaba la amistad entre Adolfo Hitler y Reinhold Hanisch. Esta experiencia no deja de impresionar profundamente a Hitler. Transcurridos algunos años, cuenta a nuevos amigos, en Munich, que los judíos de Viena querían robarle el fruto de su producción artística. Hanisch descendía de una familia de obreros católicos, naturales de los Sudeten.

DESPEDIDA DE VIENA

Hitler recibió en los años del asilo, la *enseñanza más dura y más completa de mi vida*, tanto más dura y más triste cuanto que —como dice él mismo— en Linz y en Steyr había vivido una juventud libre de preocupaciones. Dice que los años que pasaba en Viena le tornaron *serio y meditativo*. De hecho, sufre bajo depresiones y muchas veces se le sorprende ensimismado. Una casi hermosa cabeza de artista, con los ojos relampagueantes de éxtasis, y el bigote ancho, cerrado; tiene el talle esbelto, y el andar precipitado, casi saltarín. A menudo habla a sí mismo. Un estrafalario.

Un futuro artista. Todavía no tuvo la experiencia interior de la vocación política, aunque ya hablara de la fundación de un partido. Todos los adolescentes quieren hacer, ora ésto, ora aquéllo.

¿Qué es lo que le induce a partir de Viena? Cierto que no pudo retenerle la miseria del asilo. No dice cuál fué el motivo inmediato de su partida. Se despide de Viena con los términos siguientes:

En aquel tiempo, mi aversión hacia el Estado de los Habsburgo crecía de día en día.

Iba convenciéndome de que aquel llamado Estado no podía más que causar el ocaso de la raza alemana.

Me daba asco la mezcla de razas que imprimía su sello a la capital, me daba asco toda aquella colección de checos, polacos, rutenos, servios, croatas, etcétera; pero, por encima de todo, ese eterno microbio de la humanidad: judíos, y siempre judíos.

Esa gran ciudad me parecía la encarnación del incesto.

Con la expresión, un tanto erótica, de su profundo odio, Hitler termina su relación acerca de los años que pasaba en Viena. Sin dar detalles precisos, dice entre renglones mucho sobre el motivo de su partida.

Y siempre habla la conciencia: Si hubieras aprovechado en la escuela, hoy serías arquitecto, persona estimada y hombre de fortuna. ¡Vagabundo!

CAPITULO III

LA GUERRA COMO ALIVIO

EL SOFA EN MUNICH

A principios del verano de 1913, un joven estudiante de la Escuela Técnica de Viena alquiló una pieza en las inmediaciones de la estación de ferrocarril de Munich. La patrona le dijo que tuvo que desalojar al inquilino que ocupaba la pieza hasta la fecha, porque hacía ya mucho que no pagaba el alquiler. Conversando los dos, llega el pobre desalojado, que —¡coincidencia más extraña!— es también un joven austríaco. Se atreve a pedir al compatriota permiso de dormir, por lo menos, una noche en el sofá que está en la pieza. El "nuevo" es hombre de buen corazón, invita al pobre diablo a tomar con él un vaso de cerveza, y quedan en que viva con él y duerma en el sofá hasta poder pagar la parte que le corresponde como compañero. Durante más de un año, los dos comparten la pieza: el joven ingeniero de Viena y su huésped del sofá: Adolfo Hitler, de Linz, dibujante de propaganda.

Consta en el registro de la policía que Hitler partió de Viena en mayo de 1913. Hasta entonces había vivido en la miseria, vendiendo sus acuarelas. En Munich no se hallaba mucho mejor; dibujaba carteles para tal o cual casa de comercio. Su vida se tornaba aún más solitaria que en Viena; se esconde, rehuye la vida animada de la ciudad hermosa y alegre. Entre los coetáneos, aquel joven de veinticuatro años parece enjuto, enclenque, sin vigor, no deportista. "Al principio antipático, gana en el trato" — así le caracteriza un observador de aquel período.

Lo que más le gusta es ir, con los pocos conocidos que tiene, a la "Schwemme" (despacho de cerveza) del "Hofbraeuhaus" (conocido restaurante de Munich); prefiere los "chorizos blancos de Baviera" servidos en la sopera, lo cual exaspera al amigo de Viena; toma también un vaso de cerveza, si otros

pagan. Saca su álbum y esboza algunos motivos que se le ofrecen en la atmósfera saturada de cerveza de las salas repletas de gente. Otros dos austríacos pertenecen al pequeño grupo: un arquitecto y un escritor; este último se llama Lindmann.

No tiene trato con mujeres. El compañero de cuarto es hombre gozoso de vivir; tiene algunas "novias" y un domingo quiere "colgarle" una a Hitler. Este se pone furioso, se niega categóricamente y reconviene al amigo en forma severa: no debe hacer perder la cabeza a las pobres chicas, porque ellas toman la cosa en serio y después se sienten engañadas.

Otro rasgo, tal vez más característico: no traba amistad con nadie, no tiene ningún amigo íntimo tampoco, como en Viena. Se distancia más y más de la gente; parece que lo hace, no tanto de puro altivo, sino por miedo; no porque fuese ufano, sino porque es incapaz.

Tiene a la sazón conceptos políticos bien definidos, por lo menos en lo que se refiere a la tendencia general. No se podía ir con él a ninguna asamblea de los socialdemócratas, porque él no podía abstenerse de hacer interrupciones. A poco que se hablase de política, empezaba a gritar y a pronunciar discursos de nunca acabar; pero siempre llamaba la atención que su manera de exponer las cosas no careciera de cierta precisión y claridad. Se complacía en profetizar y predecir desarrollos políticos. Y el amigo de Viena hace la triste observación, que confirma las quejas de Hanisch: siempre que se entablaba una conversación política, Hitler dejaba su trabajo, por más urgente que éste fuese. Iba a la "Hofbraeuhausschwemme", hablaba con todos de política y no tardaba en reunir en torno suyo gente que le escuchaba.

¡GRACIAS POR LA GUERRA MUNDIAL!

Aquellas actividades no merecen el calificativo de progreso. El colegial reprobado aún no ha alcanzado, ni con mucho, el grado con que el padre soñaba, y no hablemos de sus propios planes de alto vuelo, a saber: los de hacerse artista. Delante de él ve una vida insignificante, aburrida, insípida. Interviene el Cielo y hace estallar la Guerra Mundial, que constituye un alivio, no sólo para él, sino para muchos que ya no encontraban una salida a su situación. La manera en que Hitler experimenta aquella catástrofe es casi simbólica:

La lucha del año 1914 no fué impuesta, ¡por Dios!, a las masas, sino que era anhelada por la nación entera. ¿Anhelada por la nación entera? No; pero sí por una capa social a que se podría dar el nombre de "capa de los Hitler": *Por lo que toca a mí, experimenté aquellas horas como un alivio de las sensaciones enojosas de la juventud. No tengo vergüenza, ni hoy siquiera, de decir que me arrodillé embargado por el éxtasis y que, con alegría desbordante, di las gracias al cielo...*

¿Por qué cosa dió las gracias? ¡Por la guerra! Así como el joven Aquiles o Alejandro, la anhelaba —escribe él— ya desde niño: *¿Por qué no haber nacido un siglo antes? Me irritaba a menudo la idea de haber venido —según mi opinión— muy tarde a este mundo, y consideraba el tiempo del sosiego y el orden que tenía por delante, como una infamia del destino que no había merecido.* Ahora serán satisfechas las apetencias del muchacho.

Es, con todo ello, extraño que hasta entonces supiera rehuir el servicio militar. Estaba sujeto a reclutamiento, pero no se presentó en 1910, ni en 1911, ni en 1912. En la lista de reclutamiento figuró como "ilegal", en 1913 como "de paradero desconocido". El 5 de febrero de 1914 se presentó ante las autoridades militares de Salzburgo, la ciudad fronteriza más cercana. El examen clínico evidenció su "inaptitud para el servicio militar y el auxiliar; es demasiado débil". Y las autoridades le juzgaron "incapaz de llevar armas".

Claro que la guerra hace cambiar muchas cosas.

Se presenta ante el consulado de Austria. Pero allí debe haber algo que no le conviene. Cambia bruscamente de parecer y se alista como voluntario en un regimiento bávaro. Una solicitud directa dirigida al rey, se despacha favorablemente en el mismo día. Ingresa como voluntario en el Regimiento Bávaro Nº 16 de Infantería de Reserva. Este regimiento, llamado "Regimiento List", con el nombre de su primer coronel, acababa de formarse y estaba integrado por reservistas y voluntarios, entre los cuales se contaban muchos académicos. Cumpliendo con órdenes superiores insensatas, el regimiento sufre terribles bajas ya en el primer día de combate —cerca de Ypres, en noviembre de 1914— y se granjea en Baviera una popularidad dolorosa. Durante toda la guerra queda en el Frente Oeste, el más arduo de todos.

LA CRUZ DE HIERRO

Con respecto a sus experiencias durante la guerra, Hitler vuelve a ser muy parco en palabras. Describe con entusiasmo poético los primeros días de ataque en Flandes; son líneas hermosas. Pero su relación no es muy exacta. Dice acerca del primer día de combate:

Desde lejos llegaban a nuestros oídos los acordes de una canción, sonaban cada vez de más cerca, pasaban de una compañía a otra y justamente en el momento en que la muerte invadió nuestras filas, la canción surgió de entre nosotros y la transmitimos: "¡Deutschland, Deutschland ueber alles, ueber alles in der Welt!".

El editor de la "Historia del Regimiento List", doctor Fridolin Solleder, dice: *En casi todas las publicaciones del año 1915 acá, se reproduce la noticia de que los "Lister" cantaran el "Deutschlandlied" durante la ofensiva de Ypres. Es un error desde el punto de vista histórico. Los "Lister" cantaron el antiguo canto provocador "Die Wacht am Rhein".*

Es, también, una contribución a la psicología de la deposición de testigos — y el testigo se llama Adolfo Hitler.

Hitler era ordenanza en la Plana Mayor, quiere decir: no se encontraba entre los qué estaban en las trincheras. El mismo no dice nada acerca de ello. Según la fuente auténtica que acabamos de citar, la Plana Mayor del "Regimiento List" acusó durante toda la guerra la baja de un solo hombre: el coronel List, que cayó en los primeros combates. Parece que el servicio en la Plana Mayor no ofreció graves peligros.

El coronel von Baligand le atestiguó a Hitler que *cumplió siempre con los arduos deberes de ordenanza, no sólo de buen grado, sino también con distinción.* Las condecoraciones son —según consta en el pasaporte militar— las siguientes: un "diploma" al Mérito extraordinario, la Cruz del Mérito militar de 3ª, el Distintivo de los Heridos de color negro (en 1916 fué herido por un casco de granada) y la Cruz de Hierro de 1ª, con la que fué condecorado el 4 de agosto de 1918. Según las declaraciones de camaradas, la condecoración le fué conferida en recompensa de una acción sobremanera brillante: en el curso de los combates por la posesión de la cabeza de puente de Montdidier, Hitler sorprendió, mientras caminaba en compañía de un camarada para llevar un aviso, unos doce o quince

franceses que estaban en una trinchera; él asestó el fusil, obligó a los franceses a rendirse y les llevó presos ante el jefe del regimiento, barón von Tubeuf. El barón von Tubeuf, que en la "Historia del Regimiento List" relata él mismo los combates en la región de Montdidier, no menciona aquella proeza; otros dicen que no ocurrió en 1918, sino en 1915. De todos modos, tal hazaña debería ser señalada en la "Historia del Regimiento". Pero la "Historia" la pasa en silencio, dando, por otra parte, un relato circunstanciado acerca de tres casos análogos.

La "Historia del Regimiento", que destaca aquellas hazañas, relega al olvido la análoga de Hitler. ¿Por qué? No es que ella no mencione a Hitler. Al contrario; en aquel libro se reproduce hasta una fotografía en la que él aparece corriendo por la calle de un lugar, listo para el combate, con casco de punta, el fusil sobre los hombros; se menciona que, expuesto al fuego nutrido, protegió a su jefe con riesgo de la propia vida, haciéndolo entrar en una hoya; en el prólogo, el editor dice expresamente: *La Historia del Regimiento List quedaría incompleta si no señaláramos el hecho histórico de que entre sus filas se encontró —durante los cuatro años que estuvo en el Frente Oeste— Adolf Hitler, voluntario de guerra, el cual más tarde fundó uno de los más poderosos partidos de Alemania y se erigió en Fuehrer de esta facción.*

Pero nada de quince franceses hechos prisioneros.

En resumen: parece que Adolfo Hitler fué condecorado con la Cruz de Hierro de 1ª. Los quince franceses han de ser relegados al dominio de la leyenda.

EL DESCONOCIDO "FUEHRER"

Goza de pocas simpatías entre los camaradas, a quienes parece demasiado obsequioso para con los superiores. El hecho de que se plantara, de un salto, delante de su jefe, rogándole no se expusiese al peligro, *a fin de preservar al regimiento de perder otra vez su jefe en tan breve lapso,* hace pensar en una crestomatía patriótica. Uno que más tarde se afilió al Partido Nacionalsocialista, relata: *Nunca oí a Hitler murmurar o quejarse de la llamada embustería. Todos echábamos pestes y no podíamos aguantar al "mirlo blanco", que nunca nos hacía coro.*

No podían aguantarle.

En las fotografías en las que aparece en compañía de los camaradas se le ve, parado o sentado, siempre aparte, con la

mirada absorta. *Modesto, y por eso no llama la atención* — dice uno de sus superiores.

No ponemos en duda las condecoraciones, ni su abnegación, ni su buena disposición para el servicio; pero tenemos que formular una pregunta de gran importancia: ¿Por qué no fué ascendido este "Fuehrer" durante cuatro años y medio? ¿Por qué siguió siendo sólo "cabo"? Se sentía la falta de suboficiales, pero el jefe de compañía dijo: *¡A ese histérico nunca le ascenderé a suboficial!*

En cuanto a la subordinación, es de una escrupulosidad casi exagerada: *Estimar al superior, no contradecir a nadie, obedecer ciegamente,* son sus ideales, según en 1924 declarara ante el juez al dar sus antecedentes. Cuando en 1917 fué dado de alta, escribió a su regimiento: *Ruego muy obedientemente que se me reclame sin demora; quisiera reunirme con mi regimiento.* Este celo de cumplir con sus deberes es absolutamente digno de elogio. Pero está un tanto codicioso del elogio; la carta comienza con estos términos: *Hace dos días que me dieron de alta; estoy incorporado al batallón de reserva. Ruego muy obedientemente...* El ayudante ha de saber que, no bien transcurridos dos días, el Frente llama al "cabo" Hitler. La frase final es conmovedora: *No quiero estar en Munich, mientras que mis camaradas hacen frente al enemigo.*

EL FRENTE COMO HOGAR

Quiere reunirse con los camaradas que le insultan y le toman por loco. Una tragedia. Pues el frente es su verdadera patria. ¿Alemania?; ¿el "hinterland"?; ¿la zona de retaguardia? *Durante toda la guerra, Adolf Hitler no recibió ni un solo "donativo patriótico",* dice Josef Berchtold, uno de sus primeros correligionarios. No es así, en el sentido propio de la palabra; se podrían suministrar pruebas documentadas en contra de esa afirmación. Pero "donativos de amor", en el sentido estricto de la palabra, quiere decir: regalos de parte de gente que fuesen amigos de él, tales no habrá recibido.

Es que el soldado Adolf Hitler no tiene en su patria alma viviente: ni madre, ni amiga que le fuese como una madre, ni novia, ni amigo alguno; no tiene ningún contacto personal con el país por el cual lleva los avisos. Nada saben de él las hermanas ni la tía Therese Schmidt, hermana de su madre, allí en Spital. Hace cinco años que ellas no han vuelto a saber de él.

Se pone melancólico cuando los camaradas abren en su presencia las cartas y los paquetes que les trae el correo. Con una profunda tristeza en la voz, dice a un camarada: *Parece que tu "novia" te escribe muchas cartas.*

En la querida ciudad de Munich está en casa como en un museo en los días de entrada libre: admitido, pero no como uno de sus hijos. En octubre de 1916 había sido herido por un casco de granada y permaneció mucho tiempo en un hospital militar en Beelitz, cerca de Berlín. Cuando por unos días se fué de allí a Munich, se le hundió todo un mundo. Aquella gente no ama la guerra; no están entusiasmados, sino, por lo menos, tan amargados como los camaradas en las trincheras. Murmuran contra la "embustería" y, sobre todo, contra los "prusianos", a quienes achacan la culpa de las terribles listas de bajas, de los horrores de los hospitales de sangre, y de la muerte por hambre que amenaza a sus hijos. Todo eso extraña al hombre solitario, falto de alegría: en realidad no debe ser buen psicólogo. Y le pasa lo mismo que en Viena. Por doquier que anda no ve más que judíos — en Munich, donde viven pocos judíos. En el hospital lee un libro de ciencias militares; el médico le dice: *Le creía a usted más juicioso.* Otra vez se revela la Historia Universal: el médico se llama doctor Stettiner y es judío.

En marzo de 1917, Hitler ha vuelto a estar en el frente.

HITLER COMPRENDE MAL LA HISTORIA UNIVERSAL

Entre los soldados experimenta otra vez la comunidad del pueblo que en forma depravada conoció en el asilo. Y otra vez le resulta imposible comunicarse de hombre a hombre, hablar como individuo al individuo, a fin de convencerles. *¡Ya oiréis hablar mucho de mí!,* concluye, exasperado. *En aquel entonces nos reímos de ello,* dice nuestro informante nacionalsocialista. El fracaso en el trato con la gente le induce a despreciarla, tanto más cuanto que se percata de lo fácil que es dirigirles mediante artimañas muy simples. Observa el efecto de unos volantes que el enemigo hace circular entre las tropas alemanas, y al mismo tiempo la ineficacia de la propia propaganda, la "instrucción patriótica" de las tropas. Es en aquella época voz muy corriente que la propaganda guerrera tiene tanta importancia como las municiones, pero en Alemania los hombres responsables no saben cómo se hace esa propaganda. Aquellos

señores no conocen al pueblo, piensa en seguida Adolfo Hitler, que ha pasado por las aguas sucias del asilo vienés. Pero, ¿porqué no lo conocen? El no lo ve o no quiere verlo: porque Alemania no es país democrático, porque los gobernantes nunca se preocuparon del pueblo ni del Parlamento, ni saben ahora dónde le aprieta el zapato a ese pueblo apiñado en las trincheras. Hitler también opina que los soldados no fueron a la guerra para combatir "por el sufragio universal y el voto secreto". Sí, en el fondo fueron por ello; luchan por su propia causa, no por la de su "Kaiser". Por desgracia, la democracia no existió todavía en la historia de Alemania, no hay en Alemania ningún modelo de democracia ni concepto democrático del mundo. Pero en el frente, aquellos soldados —que murmuran, cumplen con sus deberes, se rebelan contra sus oficiales y desprecian a Hitler por su servilismo— se convirtieron todos en demócratas. Esta es la razón por la que la propaganda del enemigo, demócrata, les impresiona más profundamente que la del propio Estado Mayor. Por lo demás, aquella propaganda no es tan intensa como Hitler cree, y no necesita serlo, ya que la malhadada política del gobierno alemán agranda el distanciamiento entre éste y el pueblo alemán. Hitler compara la sobresaliente estrategia política de los adversarios con la chapucería de sus propios dirigentes políticos; mientras que todo el mundo está lleno de odio contra los alemanes —que, según dicen, cortaron las manos a niños belgas y quienes fusilaron, triste es decirlo, a civiles tomados en rehenes—, anexionistas alemanes conciben el plan de poner a un príncipe de Suabia como duque sobre una Gran Austria. ¡Y con tales ideas estrafalarias quieren conquistar moralmente al propio pueblo y aun a los extranjeros!

Adolfo Hitler tiene una experiencia espiritual de suma importancia. Cae en la cuenta de que él sabe una cosa esencial mejor que sus superiores, a los cuales estaba acostumbrado a mirar con profundo respeto. No se trata de una divergencia de opiniones en lo que se refiere a la cosa en sí, ni tampoco de conceptos opuestos del mundo. Se siente, simplemente, superior a sus superiores. El subordinado se transforma en uno que "lo sabe mejor"; el que recibió órdenes sabrá dar otras mejores. Durante muchos años obra en él esa convicción que se cristalizó en esos tiempos de guerra.

Hitler habla, al establecer su comparación, de cómo Wilson, Lloyd George y Clemenceau saben entusiasmar a sus pueblos

por la lucha en pro de la cultura y contra la barbarie. Después de Lueger, conductor democrático, aquellos tres grandes dirigentes de las democracias occidentales serán los que Hitler tomará por modelos. Empieza a comprender la mecánica de la democracia, el atractivo de las grandes ideas que abarcan a pueblos enteros; nadie las había comprendido en Alemania, ni aun la socialdemocracia estaba compenetrada de ellas. Pero aquel individuo que palpaba al pueblo sólo por fuera y que conoce sólo el lado inferior de las masas, no comprende la realidad intrínseca de la democracia: las fuerzas vivas de la libertad, las que hacen al individuo consciente de su responsabilidad y que guían a un pueblo entero con más seguridad que ningún "Kaiser" heroico ni mariscal-presidente. El cree ver a grandes conductores donde en realidad existen grandes sistemas que engendran a sus representantes: normales, en tiempos normales, y grandes, en grandes épocas. Aprende las tretas de la democracia sin concebir su espíritu.

Esta equivocación es el provecho trágico que el estrambótico camarada se lleva de la trinchera. En medio de los compañeros, cuyas flaquezas presiente con ese instinto del hombre malo, y cuyas buenas cualidades no sabe apreciar, él se prepara, altivo y tímido a la vez, para su futuro destino: será una gran figura de la democracia — sin ser demócrata.

Por eso no comprende la revolución alemana que está a punto de estallar. El no ve más que el cataclismo. No ve las fuerzas. La historia brinda una lección formidable, pero Hitler no la escucha.

LO QUE NO HIZO EN PASEWALK

En octubre de 1918, el enemigo usa el gas vesicante . Muchos camaradas mueren, algunos quedan ciegos. Hitler también pierde la vista. Le trasladan a un hospital de Pasewalk, Pomerania. Al cabo de algunos días ha recobrado la vista.

Durante la noche del 5 de noviembre, algunos marineros entran en el hospital, a fin de sublevar a los camaradas. En los acorazados que se encuentran en Kiel y en Wilhelmshafen ha estallado la revolución. Hace ya un mes que Hindenburg y Ludendorff nombraron canciller al príncipe Max von Baden, que tuvo que pedir precipitadamente la suspensión de las hostilidades, en vista de que —según las opiniones de los dos generales— el ejército derrotado no era ya capaz de resistir. Mien-

tras que se está negociando el armisticio, el Estado Mayor de la Armada proyecta, como último remedio, un golpe contra las costas del canal de la Mancha; pero, ahora que Alemania ha perdido definitivamente la guerra, a los marineros tal actividad tardía les parece carente de sentido, máxime si se tiene presente que ellos estuvieron inactivos durante cuatro años. Se oponen. De la oposición nace la revolución. Envían delegados por todo el país. En todas partes, y de un golpe, los soldados se sublevan: contra la guerra, que ya no tiene sentido, y contra el Kaiser, que se ha distanciado de su pueblo.

Ahora el Kaiser podría demostrar que es Kaiser. Podría luchar. Los Hitler esperan que lo haga. Pero él se va a Holanda a vivir en sosegado retiro. El mismo Hindenburg le hizo partir. El feldmariscal tiende la mano a la revolución.

Nadie lucha.

¡Tales fueron los gobernantes del Reich!

Los marineros se llegan también a Hitler. ¿Qué debió hacer? Debió avisar a su superior. Debió delatarles, para que fuesen fusilados. No lo hizo. *No les delaté porque ya entonces presentía la catástrofe.* Esta confesión tan extraña no la hace en su libro, sino en su autoapología del año 1924.

En el hospital de Pasewalk, el histérico, medio ciego, se desconcertó ante la grandeza de los acontecimientos.

SEGUNDA PARTE

La Fuga al Mito

CAPITULO IV

LA SALIDA DEL EMBARRANCADERO

TALENTO ESTERIL

Se ha consumado una juventud de la época de la anteguerra. Su pobreza de experiencia constituye un enigma, cuyo sentido trasciende de lo individual.

Lo enigmático de esa juventud es esto: ¿cómo se explica que el hombre más famoso del presente no logró nada hasta la edad de treinta años? Ese domador de hombres, ¿por qué seguía siendo mendicante en la vida burguesa, y durante la guerra, soldado gris, sin importancia alguna?

El joven Adolfo Hitler no es sino uno en la grey de jóvenes que no pueden conformarse con su ambiente burgués y que, abandonándose a un hondo pesimismo, dejan transcurrir los días sin sacar partido. Antes de la guerra, tales individuos llegaban a ser vagabundos, o "bohemios", o anarquistas ingenuos; después de la guerra, hombres de esa laya reunieron, en la Europa Central, los restos de los ejércitos desbandados y formaron de ellos organizaciones políticas muy extrañas, que más tarde asumieron el poder en varios países. En otra época, Hitler se hubiera hecho, tal vez, fraile mendicante; en otra, pirata. En la Austria del año 1905, para un colegial travieso no hubo otro remedio que el de hacerse "artista", viviendo en una buhardilla con vistas a los palacios, famélico y despreciado representante de los ideales espirituales de la época, quien tenía el privilegio de ser "estéril", recibiendo, en cambio, algo como una limosna. Sólo las nieblas sangrientas del año 1919 ofrecen una nueva probabilidad de obtener éxito: hay que hacerse cabecilla.

El mundo de 1914 era un mundo del orden y la paz; en él no había lugar para aventureros o peleadores. Ese mundo precisaba trabajadores. La seguridad de los intelectuales burgue-

ses, entre los que hay que contar a Hitler, era automática: quien trabajaba podía vivir; los peleadores y aventureros tenían que conformarse con las prisiones. Asentando que la diferencia entre el talento y el genio está en que el talento se adapta al mundo para servirle y que el genio lo modifica obedeciendo sólo a sus propias necesidades, uno debe admitir que en 1935 Hitler es un genio; en 1913 fué, a lo sumo, un talento estéril.

LA ESCALERA QUE CONDUCE A LA NADA

Ese mundo, tan hostil a hombres de la laya de Hitler, estaba a punto de desaparecer. La causa de ello residía en que estaba en contradicción consigo mismo: tendía, como todo orden social, a mantenerse en un estado de equilibrio y modificaba al mismo tiempo, debido a un progreso de la técnica sin igual, sus fundamentos materiales. Aquella sociedad había creado un sistema pedagógico en que el concepto de aventura quedaba sustituído casi completamente por el de carrera: relegó y reprobó lo inesperado, lo extraordinario, y lo sustituyó por el promedio y lo calculable. Estas son las causas del embrutecimiento cultural de la anteguerra, del cual la inteligencia europea no cesa de quejarse, sin hacer caso, por otra parte, del destino del proletario, que es mucho más terrible y mucho más desalentador. Hemos visto que Adolfo Hitler vivía durante años enteros con el elemento proletario, sin que éste le afectara en ningún respecto; nunca se siente, ni en las situaciones más precarias, proletario, sino siempre "bohemio". Es un destino "burgués" con el que tiene que luchar.

Es que Hitler tiene que luchar contra un destino burgués que no le servía para ascender. Moderado, cuando pobre; disipador, cuando las circunstancias se lo permiten; tardo en empezar algo; tenaz en perseguir un fin; sonámbulo y proyectista: tal individuo era demasiado aventurero como para abandonarse a aquel embrutecimiento, demasiado ambicioso como para vivir una vida asegurada, y no tan formal como para cumplir con los deberes de ciudadano. No sigue adelante. Quédase parado en el primer peldaño de una escalera que conduce hacia la nada. Una década después, centenares de millares de hombres a quienes fué fácil dejar atrás a aquél y a sus semejantes, se encuentran con que el extremo superior de esa escalera termina en la nada. La sociedad empieza a decaer, los objetivos desaparecen y las carreras van a ser destruídas. Ello se

llama, ora crisis, ora inflación, ora deflación; en todo caso: desocupación, reducciones y quiebras. Algún joven químico, que tenga suerte, halla, después de haber estudiado durante siete años, una colocación con un sueldo mensual de 90 marcos, y ex oficiales del ejército llegan a conductores de automóviles. El hecho de que a los jóvenes intelectuales de la clase burguesa el mundo burgués les pareciera inseguro, hostil y, en fin, desconsolador, es un suceso de trascendencia mundial. Ya no se trata de un reducido número de espíritus inquietos que están hartos de las abundancias de este mundo, sino del gran ejército de los adocenados que temen tener que sufrir hambre o, por lo menos, perder sus posiciones sociales. Toda esa clase que, según las leyes de la sucesión y la elevación social, parecía destinada para dominar, se ve, de repente, obligada a luchar por su existencia. Desaparece el concepto de la carrera personal, y ante aquellos jóvenes que hasta entonces eran, en el fondo, conservadores, se plantea la cuestión de una reforma de la sociedad entera. A hombres como Hitler, talentos inservibles para la antigua sociedad, se les brinda entonces la oportunidad de transformarse en el genio de una revolución burguesa.

La lucha que los intelectuales sostienen por la conservación de su clase, origina sucesos políticos. Y al defender sus intereses, el espíritu no cumple ya con sus deberes, olvida su responsabilidad y pierde el ascendiente que hasta entonces ejercía sobre la sociedad.

LA HUELGA DEL INDIVIDUO

El individuo vive hoy día bajo la pesadilla de la gigantesca ampliación del mundo que ha venido realizándose en el curso del siglo XIX. El individuo no la comprende y pierde la orientación. Cierto que en todas las épocas el hombre estaba rodeado de misterios. Pero los misterios de tiempos pasados arraigaban, de una manera natural y adecuada, en la conciencia de los hombres y servían para hacer comprensible el mundo, no para ofuscarlo. En el siglo XVI, por ejemplo, todo el mundo sabía que existían brujas y que su existencia explicaba muchas cosas incomprensibles; por otra parte, sabía que no tenía nada que ver con la brujería, y que hacía bien en rehuirla. El hombre moderno sabe que existe la teoría einsteiniana de la relatividad, pero a este saber asocia el sentimiento turbador de ser incapaz de enterarse debidamente de aquella

teoría misteriosa. La discrepancia penosa, propia del racionalismo, finca precisamente en que afirma la comprensibilidad del mundo, dando, sin embargo, lugar a que éste se torne cada vez más incomprensible para la mayoría de los hombres. La teoría de la relatividad es uno entre miles de ejemplos; podríamos hablar también de los métodos modernos de escribir la historia de las ciencias económicas o de la civilización, los cuales han transformado en un caos inconcebible el mundo histórico del hombre sencillo, aquel mundo, hasta entonces tan incomplejo, de reyes, batallas, conquistas y tratados de la paz. En el curso del siglo XIX, el mundo se ha agigantado y complicado, y su gobierno constituye una tarea ante la cual el individuo se desalienta de día en día.

Porque también el Estado y sus manifestaciones se vuelven complicados en la medida en que se complica la visión del mundo. Al individuo le resulta siempre más difícil darse cuenta de las posibles consecuencias de una acción política. Hitler comprendió eso y dijo que la situación enmarañada del Estado moderno se debía a una estratagema particularmente dolosa de las potencias ocultas, es decir: a judíos y francmasones.

Toda nuestra vida pública está supeditada a un proceso de descomposición artificial, dijo en 1929 ante campesinos de Holstein. *Es con intención que la presentan tan complicada: quieren que, ante todo, las muchedumbres no puedan enterarse ya de nada. Se trata de una premeditada confusión de los conceptos, con la intención declarada de hacer dudar a millones de hombres de su sentido común y de su razón natural.*

Claro está que eso de la complicación "artificial" es tan falso como los elogios que H. St. Chamberlain tributa a Hitler como orador, por ser éste un "simplificador genial" de los problemas políticos, aunque tal simplificación es, naturalmente, una falsificación.

Sin embargo, convenimos en que para el ciudadano moderno el mundo es demasiado grande, que hay demasiados deberes, que la responsabilidad se ha tornado muy grave, y que el individuo, aunque sigue yendo a las urnas, no se siente ya muy responsable del Estado. El ir a las urnas sirve, en cierto modo, para descargar la conciencia del ciudadano, como cuando los tibios cristianos comulgan una vez al año. Salta a la vista la enorme diferencia que existe entre la verdadera democracia y su caricatura moderna, si se compara la seriedad de una jornada política en Appenzell (Suiza) con la indiferencia de

un elector moderno, habitante de una gran ciudad, quien, entre el almuerzo y una velada de baile, "cumple con su deber de ciudadano".

Es que hoy día el elector más libre de la república más liberal ya no se siente más que objeto del Estado. Está preparado, mentalmente, para la dictadura, y lo que, tal vez, se oponga a ella son sentimientos que arraigan en cierta tradición. En la práctica, el individuo se declara en huelga ante la política, que para él no tiene ya sentido.

¿O cree alguien que los pueblos comprendan hoy, en parte siquiera, la política exterior de sus gobiernos, es decir, aquel sector de la política que más les interesaba en tiempos pasados? Para saber lo que pasa, uno no tiene más que observar la rapidez con que la mayoría de los lectores vuelven las primeras hojas de los diarios. El ciudadano debe dudar del sentido de la política al leer, por ejemplo, que la guerra mundial estalló contra la voluntad de casi todos los que participaban en ella. Política tan desmayada y estéril no le parece digna de interés, tanto como, por ejemplo, una doctrina económica que no cayera en la cuenta de que no se podrían efectuar los pagos de las reparaciones alemanas, ni los de las deudas de la guerra contraídas por los aliados.

No se trata, sin embargo, de un fenómeno de pura lasitud. La técnica moderna, racionalista, que —mediante canalizaciones, luz eléctrica, conservas y cinematógrafos— ha de garantizar la mayor dicha posible del individuo, quebranta al mismo tiempo, debido a su funcionamiento colectivo, los fundamentos materiales de aquella sociedad individualista. Pues esa técnica se basa en el trabajo colectivo, tanto en lo que toca al trabajo material como respecto de la concepción y la realización de planes. Tal estado de cosas debe confundir a la sociedad, que asociaba, erróneamente, el concepto de libertad individual al de la propiedad particular. Es un hecho que el progreso de la técnica hacía siempre más difícil el mantenimiento del equilibrio dinámico existente entre las distintas clases sociales, y que la muchedumbre, a causa de su mejor ilustración, se enteraba a fondo de esa situación. Esto desbarata los fundamentos de raciocinio del hombre moderno, que, por su mentalidad, es siempre burgués, aunque, materialmente, sea proletario. Cuanto más colectiva sea la organización técnica, tanto menos son de propiedad particular los medios de producción. La mejor instrucción de las masas, que poco a poco hace desapa-

recer la discrepancia entre "arriba" y "abajo" (con excepción de los grandes hombres de ciencia), torna siempre más inconcebible la iniquidad en el reparto de los bienes materiales. O esa sociedad será sometida a una reforma radical, o la gente ya no hará caso de ella, quiere decir, que se apartará del Estado, de la sociedad y de la política.

EL DESPRESTIGIO DE LOS PARTIDOS

El Estado del cual el individuo se aparta, se desmorona.

Aquél había sido el dios del siglo XIX. Todavía no sabemos lo que viene a sustituirlo. Parece que será otra idea de comunidad. ¿Cuál? Del pasado surge la idea de la Iglesia. Los pueblos de la Europa Central luchan por la idea de la Nación. En Alemania se ha convertido en símbolo el concepto de raza, absurdo desde el punto de vista científico, y que está en pugna con concepciones étnicas, incomparablemente más profundas. Con el Estado desaparecen sus carcomidos puntales. Esto se pone de manifiesto, ante todo, en los países de la Europa Central que más fueron azotados. Coronas ruedan por las calles, los partidos políticos son el escarnio de la gente y sólo los ejércitos se mantienen firmes, aunque ya no ocupan, por lo visto, su lugar primitivo en la conciencia nacional de sus pueblos. Lo que más interesa es el desprestigio de los partidos, porque él abrió la brecha por la que Hitler pudo entrar.

Considerando la política interior desde el punto de vista de los partidos, puede decirse que antes de la guerra había en Alemania, en las discusiones sobre política interior, un tema amplio, nunca agotado, de mayor trascendencia que todos los demás, y que justificaba la existencia de los partidos: la defensa o transformación radical de la burguesía. Claro está que todos los partidos de la burguesía abogaban por la defensa; si bien existían entre ellos diferencias internas debidas a intereses materiales, se podía hacerlas pasar por una "disparidad de criterios acerca del mejor método para la defensa del Estado". Sólo la socialdemocracia se oponía y quería revolucionar. Después de la guerra, aquella oposición había dejado de existir: la socialdemocracia tomó el partido de los defensores. Ella fué sustituída por el comunismo, que se hizo cargo del papel de agresor. El comunismo podía ser tomado por inofensivo; en este caso, los demás partidos no tenían ya ningún sentido para el elector burgués; tal concepción exigió la "comunidad del pueblo" que reemplazase a todos los partidos; ideología ésta que pasa por alto, o por lo menos finge que lo hace, los intereses materiales opuestos dentro de la sociedad. O se podía considerar al comunismo como una verdadera fuente de peligros; en tal caso, el conjunto de los partidos burgueses, incluso la socialdemocracia, no eran aptos para hacer frente; se precisaban fuerzas más brutales. Y esa empresa le incumbiría al nacionalsocialismo.

Bajo tales aspectos se le presentaban a la burguesía los hechos históricos de la época de la postguerra. Los obreros, en cambio, presenciaron un suceso político decisivo: el fracaso de los partidos socialistas en la lucha por el advenimiento al poder, de que se habían de servir para la realización del socialismo; es más: algunos ya no querían llegar al poder. Los obreros debieron apartarse del marxismo. Pero la política no es tan lógica. Hasta el último día de la República, durante todo el tiempo que en Alemania se votaba casi libremente, 12 millones de sufragantes se mostraban leales para con los partidos marxistas. Era una lealtad infructuosa. Aquellos secuaces seguían votando, pero ya no lucharon cuando las resoluciones políticas se tomaron en la calle y no en los comicios. En ello, también, se manifiesta el desprestigio de los partidos, el cual, aunque las causas eran diferentes, produjo los mismos efectos, tanto en la izquierda como en la derecha: para el ciudadano no tenían ya ningún sentido los partidos, que hacía mucho que, políticamente, no existían, aunque aparentemente gobernaban.

Hablamos de lo que sucedió en Alemania. Conste que las llamadas grandes democracias se encuentran en la misma situación. ¿No se darán cuenta sino cuando los cadáveres ya estén en las cajas?

Contra tal rebaño de partidos, cuyo principio vital consistía en repartir el poder entre unos y otros, entra en liza otro partido, que pide todo el poder para sí solo. Ello no tenía ningún significado en tanto que el nuevo partido estaba representado por un reducido grupo, pero no dejó de impresionar a los electores cuando el partido, siendo bastante grande como para justificar su derecho a participar en el poder —conforme a la clave en vigor—, rechazó tal participación y exigió el poder absoluto. Claro está que aquella impresión no explica por sí sola el éxito final, si bien contribuyó al mismo.

ILUSIONES CONTRA INTERESES

Si uno pregunta: ¿cómo fué posible que todos aquellos partidos, que defendían intereses reales, fuesen suplantados por otro, solo, que abogaba por una incógnita?; no basta con responder que los antiguos partidos no defendieran suficientemente los intereses de sus correligionarios. Cierto que la escasez, consecuencia de la crisis, no permitió a los partidos proporcionar a sus secuaces tantas ventajas como antes. Pero hay que profundizar. Los grandes partidos modernos formados por las masas —ante todo los fascistas— han redescubierto una antigua verdad histórica, que parecía olvidada durante largo tiempo: es que los hombres a menudo, las masas casi siempre, descuidan sus intereses y corren tras ilusiones. Este hecho no es la expresión de pura necedad o de cierto ofuscamiento, sino que pone de manifiesto algo más grande y más dinámico: el profundo placer que el hombre experimenta en ser abnegado y sacrificarse, lo cual en la historia desempeña un papel tan importante como el hambre y el amor. Hitler no miente cuando dice, con orgullo, que a sus secuaces les pidió solamente sacrificios. No se empequeñece el significado de esta grandiosa sí que perniciosa inclinación del alma humana, si se señala el hecho de que la SA estaba animada, no sólo por la abnegación sino, también, por la vanidad.

El deseo natural de sacrificarse, subordinarse y obedecer debió despertarse imperiosamente cuando, bajo la presión abrumadora del ampliado mundo y el aumento de deberes, se había adormecido la disposición a asumir las responsabilidades. La gente no puede o no quiere admitir que la política sea su destino. El mismo día que el canciller Dollfuss fué asesinado y que la Cancillería fué durante horas enteras el objeto de ataques por parte de los nazis, los vieneses concurrieron en masa a una cancha de fútbol, donde un equipo italiano exhibía su arte. La pasión de las masas modernas por el deporte es cien veces mayor que el interés por la política.

La política no ofrece ya ningún "tema" a las masas.

Desde que los pueblos toman parte activa en la política, la historia está caracterizada por un grandioso "leit motiv": la lucha por la libertad. Esta lucha por la libertad culmina en el movimiento socialista obrero — nadie, por más liberal que fuere, debe negarlo. Espectáculo grandioso, en que la humanidad entera lucha por su libertad, y el globo terrestre es el teatro — tal es el aspecto de la historia desde este punto de vista. Pero la ola del movimiento obrero, que se elevó a demasiada altura, no se rompe, sino que baja y decae: esta es, si prescindimos de Rusia, la impresión que causa la Europa de la época de la postguerra. A larga vista, no será más que una ola dilatada. Empero, la gente vive en el presente, y este presente les hace ver que en la lucha entre el poderío y la libertad, la libertad emprende la retirada. Las capas directoras de la sociedad —esa burguesía heterogénea en cuanto a su estructura, pero en que hasta entonces había casi unanimidad respecto de su liberalismo— toman en serio la amenaza desde abajo y se deciden en favor de la autoridad.

Los obreros alemanes y, sobre todo, sus sindicatos burocráticos nunca habían sido muy liberales. Después del destronamiento del Kaiser y los demás soberanos, aquéllos aprobaron, de puro desorientados, una Constitución basada en principios democráticos extremistas, y con la cual no sabían qué hacer. En Alemania sucedió —caso único en Europa— que, con breve intervalo, tumbaron dos pilares, que eran los más sólidos y en los cuales estribaba el poder de la sociedad: el militarismo prusiano y el movimiento socialista obrero.

Al día siguiente de la huída del Kaiser, el pueblo alemán se vió ante el hecho consumado de que el ejército de Federico el Grande y Guillermo I estaba derrotado y en el mayor desorden, y que la poderosa socialdemocracia se había disgregado, formando dos, temporalmente tres, partidos iguales en fuerza, y que luchaban a muerte el uno contra el otro.

EL FRACASO DE LA REVOLUCION

En Berlín se había constituído un gobierno de seis dirigentes socialistas, que llevaban el título de "comisarios del pueblo". Los moderados, bajo la influencia de Ebert, socialdemócrata —el que, sorprendido por la revolución, ascendió contra su propia voluntad—, querían terminar la revolución lo más pronto posible. Los izquierdistas más progresistas querían continuar la revolución, pero la mayor parte de ellos no sabía cómo hacerlo.

El fracaso de la revolución alemana no se explica por el solo hecho de que hayan fallado los hombres que en aquellos

momentos decidieron del destino de la revolución. Esos hombres —que, en su mayoría, habían sido obreros o empleados, contándose entre ellos sólo un reducido grupo de intelectuales en el sentido propio de la palabra— cumplieron con su indecisión, efectivamente, la voluntad de la clase obrera. Esta clase era, en realidad, no revolucionaria, sino "reformista", y lo evidenciaba por su obra cumbre, el movimiento sindicalista, cuyo propósito declarado era la lucha por el mejoramiento de las condiciones de vida de los obreros dentro del sistema existente — no la creación de un nuevo sistema. Los verdaderos fines de los obreros eran los de la burguesía. El obrero quería convertirse en burgués, y el hecho de que la sociedad no le reconociera como tal, constituía para él la iniquidad con que se le trataba. La abolición del sistema capitalista y la fundación de una sociedad "sin clases" habría significado que el proletario, subordinado, pero exento de responsabilidades, se transformara en hombre independiente, pero responsable: habría tenido que asumir aquella responsabilidad que todos los coetáneos tratan de rehuir. Y todavía ha de nacer la clase que quiera aniquilarse a sí misma y no sobreponerse. Los obreros alemanes de 1919 no intentaron desposeer a sus desposeedores, sino que tenían el único deseo de explotar a sus explotadores.

Por lo demás, no todas las causas de la revolución de 1919 eran de orden social; el motivo principal era el anhelo de la paz. La revolución era un movimiento popular pacifista, no socialista. Es que en ella había oportunidad y lugar para la iniciativa de verdaderos conductores, pero tales no se encontraban entre los "comisarios del pueblo" de 1919. Ebert, que más tarde fué presidente del Reich, no se atrevió a emprender acciones revolucionarias, sino que hizo algo que —emprendido, tal vez, con la mejor intención— raya en la traición. Engañó a sus correligionarios. Hizo instalar una línea telefónica secreta, que le permitió comunicarse, desde su escritorio, con el cuartel general del feldmariscal von Hindenburg, enemigo de la revolución, y pactando con éste, mandó a su correligionario Noske a formar un cuerpo franco de oficiales y soldados desocupados. Estos soldados reprimieron varias intentonas de obreros radicales. Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, dirigentes radicales, fueron asesinados por oficiales. El golpe más rudo fué el que Ebert y Noske, confabulándose con los ex generales, dirigieron, el 2 de mayo de 1919, contra la "República de los Consejos Socialistas de Baviera". Ello ocurrió en Munich, e inmediatamente después

de los combates se estrena en la vida política de esa ciudad, Adolfo Hitler.

Se ve ante un campo apto para ser segado; el darse cuenta de eso, ya denota cierta capacidad política. En aquel breve lapso, los jefes de los partidos obreros revelaron su incapacidad. Parece que los generales han vuelto a tener cierto poder, pero este poder no es nada, no es más que la expresión negativa de la absoluta impotencia e incapacidad de los ministros socialdemócratas. El pueblo no tiene confianza en los generales ni en los jefes de los partidos obreros.

En 1919, Friedrich Ebert, líder del Partido Socialdemócrata, fué elegido presidente del Reich. Conceptuó su deber seguir apoyándose en las antiguas fuerzas del Estado y de la sociedad. No le dieron las gracias, pero él no se desconcertó.

En un banquete estaba sentado al lado de la condesa Holtzendorff, esposa del ministro de Sajonia acreditado en Berlín. La condesa contaba que una vez, cuando, durante una excursión, tuvo que tomar el ferrocarril, subió a propósito a un coche de tercera; le pareció una aventura encantadora. Ebert preguntó: "Dígame, señora condesa, ¿cómo se hallaba usted entre la gente humilde?". La condesa le dió su respuesta: "¡Señor Ebert, exactamente como usted en el coche-salón!".

El presidente proletario se tragó la insolencia.

La autoridad está en la calle. Quien de allí la recoja, obtendrá el poder.

CAPITULO V

SE PONEN EN MARCHA

DIETRICH ECKART BUSCA UN FÜHRER

Quien tuviera la suerte histórica de entrar, en una noche de verano de 1919, en la taberna "La Ortiga" —situada en Schwabing, el barrio de los artistas de Munich—, pudo presenciar la invención de Adolfo Hitler. O la invención del "mito" Hitler.

En aquella taberna de Schwabing se encontraba el poeta Dietrich Eckart. Era hombre gordo, de estatura mediana, con la cabeza calva, impresionante, y los ojos un tanto pequeños; le gustaba el vino, y una de cada tres palabras era una conocida expresión fuerte, que en ningún idioma es tan enjundiosa como en el dialecto bávaro. Antes de la guerra, Dietrich Eckart había sido, durante algún tiempo, redactor del folletín del *Berliner - Lokal - Anzeiger*, diario particularmente adicto a la casa imperial, pero, como bávaro nativo y bohemio nato que era, no se detenía largo rato en Berlín. Más tarde escribía una serie de obras dramáticas, que no gustaban o ni siquiera eran llevadas a escena. Tienen, por lo demás, la misma suerte en la Alemania nacionalsocialista. Eckart es autor, entre otras cosas, de una traducción de *Peer Gynt*, de Ibsen, que llamaba la atención por ser muy "libre", pero que interpretaba —según decían— de una manera incomparable el espíritu "nórdico" del original. Aquel hombre, que sabía vivir, había sido, como muchos literatos, despertado por la guerra; empezaba a interesarse por la política y quería fundar un partido para luchar contra los judíos y los bolcheviques.

Ha de ser un partido de todos los ciudadanos alemanes, dijo a los artistas y estudiantes que le escuchaban en "La Ortiga". *El obrero, con tal de ser compatriota, es también ciudadano. ¿Acaso son capitalistas o gandules todos los ciudadanos sedentarios o los campesinos? Ellos también tienen que trabajar para*

conservar sus bienes. Hay que acabar con esa envidia, pero hay que acabar también con la presunción. Tenemos que volver a ser sencillos.

Luego entró en detalles sobre la organización del nuevo partido:

El jefe debe ser un hombre que no se desconcierte ante una ametralladora. Esa chusma tiene que cagarse de miedo. Un oficial no me sirve; la gente ya no les tiene respeto. Más apto sería un obrero que no tuviese pelos en la lengua. ¡Caramba! Si Noske no fuese tan... —otra expresión vulgar—. *No es necesario que el tal sea muy inteligente; la política es la cosa más estúpida del mundo, y cada verdulera de Munich sabe lo que aquellos en Weimar. Prefiero cualquier pisaverde que sepa contestar enérgicamente a los "rojos" y que no se amedrente cuando se le amenace con una silla alzada, a media docena de profesores eruditos, que con los calzones mojados, se apoyen temblando en los "hechos".*

Y, por último, proclama: *¡Ha de ser soltero! ¡Así ganamos a las mujeres!*

Viven todavía muchos contemporáneos que recuerdan ese retrato profético que Dietrich Eckart trazó de Adolfo Hitler, en una taberna de Schwabing. Eckart es el promotor espiritual del "mito del Führer" en el Partido Nacionalsocialista.

Es, también, el que con más precisión ha formulado el *"Arier - Prinzip"*, es decir: la tesis de que existe una misteriosa raza superior, llamada aria, que en todas las partes del mundo va migrando, desde hace miles de años, en dirección del norte hacia el sur, y la cual tiene que sostener una lucha continua contra los elementos inferiores de la zona tórrida y, en particular, contra los del Mediterráneo; pero en donde, más que en ninguna parte, está en pugna eterna con la raza inferior es en el cuerpo del pueblo alemán y hasta en los individuos que integran a éste. La manifestación más impresionante y el exponente y propagador más funesto de los elementos raciales inferiores, es el judío; éste transmite no sólo, mediante el cruzamiento, su sangre "mala", sino, también, por medio de otros contactos, sus costumbres, su modo de pensar, su visión del mundo, y ésta, precisamente, bajo la forma del cristianismo. En esta ideología —cuyos creadores son el conde Gobineau, de nacionalidad francesa, y Houston Stewart Chamberlain, inglés nativo, que se naturalizó en Alemania— Eckart es apoyado particularmente por un amigo ruso, Alfred Rosenberg, arquitecto

de Reval. Los dos se han encontrado en la "Sociedad Thule", que lleva el nombre del fabuloso archipiélago de la mitología nórdica, y cuyo objeto es la difusión de la doctrina de la raza aria. Son, desde entonces, tan inseparables como los hermanos siameses. Dirigen, de común acuerdo, a Hitler, pero no tanto sus pasos como sus pensamientos. En 1923 muere Dietrich Eckart, y Alfred Rosenberg se encarga del papel de "mentor" de Hitler.

EL "PUÑO DE HIERRO" DE ROEHM

Hacia aquel tiempo, en el "Café Fahrig", cerca del "Karlstor", una banda ejecutaba cada cuarto de hora la llamada "Canción de la Bandera", que todos los escolares de Alemania saben de memoria. Al retumbar el estribillo, cada uno recordaba la letra y se daba cuenta de lo que todo ello había de significar:

"A ella quedaremos fieles,
Fieles hasta la muerte.
¡A ella consagramos nuestra vida,
A la bandera negra, blanca y roja!"

Todos se levantaban. Delante quienquiera que quedara sentado no tardaba en plantarse un individuo bizarro vestido de militar. Era suficiente una muda mirada. ¡Ay del desgraciado que no la comprendiera en el acto! Sin saber cómo, era empujado a la calle y apaleado terriblemente.

De tal manera, una federación de oficiales jóvenes, que se llamaba "Puño de Hierro", propagaba el patriotismo. Andaban de restaurante en restaurante, obligaban a la gente a cantar, levantarse de sus asientos y dar ¡hurras!, y creaban, a la fuerza, una atmósfera de nacionalismo. Esos hombres del "Puño de Hierro" descubrieron —ingenuamente, podría decirse— el gran secreto del futuro nacionalsocialismo, el cual consiste en que todos los ciudadanos tengan que ser de una misma opinión. Durante las horas de ocio, el "Puño de Hierro" se dedicaba a asesinar adversarios políticos.

Su jefe era Ernst Roehm, a la sazón capitán del ejército del Reich.

Por orden del gobierno socialdemócrata de Berlín, por orden de Ebert y de Noske, ese ejército hizo desangrarse, el 2 de mayo

de 1919, la "República de los Consejos de Baviera". Horribles fueron las luchas; más horrible, la venganza. En su avance, las tropas gubernamentales habían recogido algunos sanitarios del "Ejército Rojo" y los habían fusilado sin compasión, ni motivo alguno. Tal procedimiento enfureció a los "Consejos" de Munich. Tomaron presos a algunos miembros de la "Sociedad Thule", quienes habían hecho circular volantes contrarrevolucionarios; quiso la casualidad que no se arrestara a Alfred Rosenberg ni a un tal Rudolf Hess, que más tarde sería amigo y representante del Führer. Mientras reina la anarquía, un fanático, subalterno, manda fusilar, como "rehenes", algunos de los arrestados en el sótano del *Luitpold - Gymnasium*. El poeta Ernst Toller, comandante del "Ejército Rojo", logra salvar algunos de los arrestados, pero ya no puede impedir el fusilamiento de los demás. Las tropas gubernamentales que el 2 de mayo ocupan Munich, establecen un régimen terrorista y fusilan centenares de obreros, entre ellos muchos inocentes, que no habían participado en el motín. La Reichswehr es, desde entonces, la que gobierna en Munich, aunque, nominalmente, existe un gobierno socialdemócrata - burgués. El jefe de la Reichswehr de Munich es el coronel von Epp, que más tarde fué ascendido a general. Su consejero político —el que en realidad instauró el régimen militar— es el capitán Ernst Roehm. Roehm cuenta, con aire modesto, a todo el mundo, que es soldado y nada más. En realidad, es político no menos apasionado; pero su política tiene el sentido y el objeto de asegurar el dominio "al soldado".

Dice que *la primacía en el Estado corresponde "al soldado"*.

El medio para alcanzar esa primacía era, aunque parezca extraño, el Tratado de Versalles. Este tratado, que reducía el ejército alemán a cien mil hombres, era la causa por la que un 90 % de las armas alemanas estuvieran de sobra. Según el texto del tratado, debían ser destruídas, y unas comisiones militares de los aliados trataban de conseguir que se las destruyera; en realidad, la mayor parte de las armas se encontraban intactas en los escondrijos, y el que disponía de estos depósitos clandestinos ejercía, prácticamente, el dominio sobre el Estado. Podía reclutar tropas, puesto que sobraban desocupados; podía dar a esas tropas zapatos y vestimentas, ya que siempre había tal o cual industrial que diera dinero para aquellos fines; y quien poseía las armas tenía el mando.

¿Y quién las poseía? Las más de las veces, un astuto y brutal mayor o teniente coronel. En Baviera, sobre todo en Munich,

Ernst Roehm era dueño de los depósitos clandestinos y, por lo tanto, jefe de los cuerpos francos. Ejercía ese mando de conformidad con algunos miembros de las comisiones militares inglesa e italiana.

Parece inverosímil, pero es un hecho auténtico. Roehm cuenta en su biografía: *Es obvio que los esfuerzos contrarios (contra el desarme) que se hacían en todo el país, no gustaban a los órganos de la "Entente". En muchas ocasiones se hubieran producido conflictos, si no hubiésemos trabajado con el tácito consentimiento y bajo la protección de oficiales de la "Entente", quienes, como caballeros que eran, tenían comprensión para nuestra situación y nos estimaban por nuestra oposición. Sobre todo, algunos representantes italianos, como también algún oficial inglés, desempeñaban su cargo con dignidad y tino. No puedo menos de citar al mayor Grammacini, italiano, como ejemplo de adversario caballeresco.* En tono alegre, como quien dice guiñando los ojos, Roehm prosigue: *De vez en cuando, al excederse nuestras gentes en sus esfuerzos contrarios, el coronel Pallieri, presidente de la Comisión Interaliada de Control Militar, dirigió notas de protesta al jefe del punto de enlace alemán.*

Esa cooperación debe haberse realizado en formas muy singulares: *Claro está que no faltaba la traición. Pero muchos informes de soplones y caballeros alemanes que intentaban denunciar a la "Entente" los depósitos de armas, no llegaron hasta los oficiales de la "Entente", sino sólo hasta nuestros órganos de control. ¡Cuántos honorables ciudadanos, deseosos de presentar personalmente la denuncia, se confiaron a falsos oficiales de la "Entente"! Recibieron su merecido, no en moneda contante y sonante, sino en el presidio.*

Estas revelaciones nos permiten echar una profunda mirada al abismo de donde nació el Partido Nacionalsocialista. Huelga decir que las armas que los oficiales "caballerescos" de la Comisión Interaliada, tácitamente, con un guiño, dejaban al capitán Roehm, ya no estaban destinadas para la guerra contra enemigos exteriores; eran demasiado pocas, anticuadas, e iban estropeándose de año en año. Es seguro que esos oficiales de la "Entente" nunca hubieran dejado al adversario alemán armas para la guerra. Esas armas habían de dirigirse contra el "enemigo interno", estaban destinadas para la guerra civil que Roehm iba preparando.

Porque los principios de Roehm eran éstos:

Yo divido a la gente en dos clases: los unos realizan golpes

de Estado y los otros no lo hacen; hablando con toda claridad, digo que los unos son "hombres" y los otros —para no usar una palabra muy fácil de encontrar— no son "hombres". No puede negarse que estos últimos son los más.

LA "ABOLICION DE LA SERVIDUMBRE IMPUESTA POR EL INTERES"

La tercera figura de aquel círculo era el ingeniero Gottfried Feder, de Bamberg, prototipo de inventor fracasado y proyectista. Antes de la guerra había construído un llamado "buque de hormigón", que iba hundiéndose en algún puerto del Mein; durante la guerra tuvo la idea de que Alemania debería saldar sus deudas de la guerra mediante la bancarrota de la Hacienda nacional, y dirigió un memorándum al gobierno de Baviera, que lo declinó en tono cortés. Más tarde descubrió —quizás en el programa del Partido Nacionalsocialista austríaco, que existía desde algunas décadas—, una exposición, popular y *grosso modo*, de la diferencia que había entre el capital industrial, llamado "productivo", y el bancario, que no servía más que para "tragar intereses", o como lo expresaba Feder: capital productivo y otro acumulativo. Le llamaba la atención el hecho de que Karl Marx y sus discípulos se dirigieran, sobre todo, contra el capital productivo como causante de la explotación, y no reparasen en el capital acumulativo. ¿Por qué? Feder explica esta comprobación —que en realidad carece de fundamento— de una manera fantásticamente sencilla: el capital industrial se encuentra en manos de cristianos, el bancario en las de judíos; como Karl Marx era judío...

La fórmula del "capital acumulativo" no tardaba en divulgarse, gracias a una coincidencia muy rara. Un redactor judío de la *Berliner Illustrierte Zeitung* presentó a sus lectores un tipo, universalmente odiado, de chanchullero y logrero de guerra, sin modales ni cultura, y dió a esta figura el nombre de "señor Raffke" (Raffke es voz derivada de "raffen" y tiene el significado de "acumulador"). Claro está que mediante tal representación gráfica, el concepto de "acumulador" y de "acumular" entró rápidamente en la mente de las masas. Fué en aquel tiempo en que muchos creían que el fundador del bolchevismo era un tal "Bolchev", cuyo lema era: "Hay que dar al traste con todo", mientras que Hitler, ingenuo, declaraba judíos a Lord Northcliffe y a Lord Rothermere, propietarios

de los grandes periódicos ingleses de tendencia antigermánica. El judío "Raffke", el "judío" Rothermere y el judío "Bolchev" se lanzaban sobre los pueblos arios, señaladamente sobre el más egregio, el alemán, para aniquilarlos; el primero lo encadenó con el capital "acumulativo", el segundo incitaba contra Alemania a los ingenuos pueblos del mundo entero, y el último instigaba a las masas proletarias contra los Estados arios. "El judío es el único que se benefició con el triunfo de Francia sobre Alemania", y "mientras que el síndico Moisés Kohn hace dura la cerviz de sus directores, para que no cedan a las reclamaciones de los obreros, Isaac Kohn, hermano de aquél, incita, allá abajo, a esos mismos obreros, para que no dejen de caer en los lazos dorados de la servidumbre impuesta por el interés". Eso dijo Hitler.

La "servidumbre impuesta por el interés" y su "abolición" era la fórmula mágica de Feder. Toda la explotación económica era causada por los intereses. Esa doctrina cautivaba a muchos que, faltos de comprensión para la economía, trabajaban con pequeños capitales ajenos: propietarios de casas, comerciantes, hoteleros y campesinos.

Feder se acerca a los oficiales de los cuerpos francos —y por intermedio de ellos al ejército—, círculos que hasta entonces no se habían interesado por la economía nacional, pero que poco a poco se dan cuenta de su importancia, presintiendo que habrán de afrontar el problema de las reclamaciones socialistas de los obreros y, además, el de las reparaciones, en cuyo pago los aliados insisten. Sin embargo, no tienen ganas de desenmarañar ellos mismos las relaciones íntimas, sino que prefieren que alguien se las exponga de una manera brillante, plausible. El oficial activo y el civil adocenado se coaligan bajo el signo de la seudoerudición.

CAPITULO VI

LOS INTELECTUALES EN LA LUCHA DE CLASES

LA OBSCURA PROFESION DE HITLER

De entre aquel hormiguero de soldados, "bohemios" y medio proletarios, de entre los desechos de todas las clases sociales, surge, vaga y modesta, la figura de Adolfo Hitler.

Le habíamos perdido en el hospital de Pasewalk — soldado desconocido, ciego, angustiado por voces interiores. Antes que los camaradas del frente, está de vuelta en su patria bávara. ¿Patria? Nadie le espera; no tiene allí padres, ni hermanos, ni amigos, ni novia. Las hermanas, que viven en Viena, no saben ni siquiera si vive todavía. Y, sin embargo, esa Munich, que una vez le pareció al fugitivo tan calurosa y bella, y en cuyas cervecerías trababa sus escasas amistades, esa ciudad es la que tiene ansias de volver a ver. El se ha transformado ya en algo como un *lansquenet;* ya que no le recibe ningún hogar, se va a Traunstein, pequeña ciudad de la Alta Baviera, donde el batallón de reserva de su regimiento hace para él las veces de todo: casa, hogar, mujer e hijos. Allí pasa los meses de invierno en compañía de un amigo, cuyo nombre es Schmiedt.

En Munich, durante la "República de los Consejos", toma siempre partido por la socialdemocracia, contra los comunistas; en las acaloradas discusiones con sus amigos, aboga siempre por el gobierno socialdemócrata. Esto le vale la orden de detención; pero no se deja detener, sino que —según cuenta— mostró su carabina a los tres jóvenes que venían a arrestarlo, y éstos no tardaron en desaparecer. Derrocado el "Gobierno de los Consejos", una tropa "blanca" invade el cuartel donde Hitler vive en aparente concordia con una "feroz banda roja" (así se expresa aquel de quien tomamos la cita). Uno de cada diez "rojos" es fusilado, mientras que Hitler había sido apar-

tado de antemano (informe de un testigo ocular). ¿Qué papel desempeñó él en aquel horrible suceso? En su autobiografía habla de ese episodio en términos un tanto enigmáticos:

Pocos días después de la liberación de Munich se me llamó para que me presentara ante la comisión que investigaba los sucesos revolucionarios en el regimiento Nº 2 de infantería. Esta fué mi primera acción más o menos política.

El escritor Adolf-Viktor von Koerber, que en 1923 hizo, a pedido de Hitler, una semblanza de éste, habla más detalladamente acerca de aquellos sucesos: *Las acusatorias que presenta a la comisión de investigación evidencian la indecible infamia con que los dictadores judíos se dedicaban al espionaje militar, durante el gobierno de los "Consejos" de Munich.*

¡Acusatorias! ¿Qué papel desempeña ese cabo? ¿Es fiscal en los tribunales militares? No. Es agente del *Nachrichtendienst* (servicio secreto), expresión eufemista para toda clase de espionaje. En aquel entonces se trataba, ante todo, de informaciones políticas, por lo cual se entendía la delación de partidarios del que fué gobierno de los Consejos, quienes habían de ser fusilados. En ello consistía la actividad de Adolfo Hitler. Ahora sabemos lo que fué durante el gobierno de los Consejos de Munich: agente provocador y verdugo de sus camaradas.

Parece que no tenía horror a tal comercio. Dice a menudo: *No reinará la paz en el país, hasta que no quepa ya nadie en los faroles.*

El que conoce la malhadada vida de este solitario, sabe por qué el odio y la manía de perseguir a la gente dirigen sus primeros pasos políticos. Tiene una fobia contra el mundo y la descarga sobre los culpables y los inocentes. En su voz graznante, su andar elástico y sus ademanes bruscos, habla el odio; lo sienten todos cuantos le miran.

LOS "BURGUESES QUE SE HACEN ILUSIONES"

El "gran asunto" del momento es la contrarrevolución. La revolución, más aceptada que, realizada por el pueblo con una mezcla de temor y esperanza, demostró no constituir ni una gran bendición ni un gran terror. Dejó un inmenso vacío espiritual, que reabsorbe ahora a las almas desencantadas. Pero, ¿qué es, en el fondo, la contrarrevolución?

De cualquier modo, no es la reacción propiamente dicha.

Cierto que los grandes industriales no han sido desposeídos de sus fábricas, ni de sus villas situadas en las colinas a lo largo del Ruhr; los banqueros, tanto los viejos como los jóvenes, ganan, precisamente ahora, sumas enormes mediante sus operaciones bursátiles; los latifundistas, allí en la Prusia Oriental, dan alojamiento a los cuerpos francos y tienen escondidas las ametralladoras; y la República Alemana mantiene más generales que el Imperio Británico en conjunto. Visto por fuera, todo continúa como antes; pero puede ser que, bajo la superficie tersa, la corriente se haya encauzado en otra dirección.

Poco antes de que Adolfo Hitler llegara al poder, un escritor comunista alemán publicó un libro titulado "El Kaiser se fué, pero quedaron los generales". Pero no fué así. Los que después de la revolución tomaron las resoluciones fueron, no los generales, sino los coroneles, mayores o también tenientes coroneles, hombres enérgicos, que eran los verdaderos dirigentes de los estados mayores. La República les había reducido las pagas, el ejército diezmado no les abría perspectivas de ser ascendidos, y ellos no podían sino ganar en otra revolución; eran, además, bastante jóvenes para no estar ya apegados al orden político de la época de la preguerra. Así, los oficiales vienen a tomar parte en la lucha de clases.

Es natural que esa lucha de los oficiales fuese dirigida contra la República; ella había aceptado el tratado de paz que la obligaba a reducir el ejército a cien mil hombres, y ella era, por eso, la que quitaba a los oficiales la posibilidad de seguir su carrera. A los generales no les costaba tanto el conformarse, ya que continuaban, en número excesivo, en servicio, o cobraban su pensión.

Podían conformarse con la República, lo mismo que los grandes industriales que no habían apoyado los distintos motines, ni tampoco, en su mayoría, al nacionalsocialismo.

Los grandes capitalistas tampoco tienen motivo para quejarse. Es que en ese Estado, donde la socialdemocracia ha acabado por imponerse como partido gubernamental, ha aumentado la influencia de los sindicatos; han aumentado los jornales, han disminuído las horas de trabajo, y ello repercute en la cuota de beneficio. Pero durante largos años son compensados por las grandiosas ganancias que sacan de la reconstrucción de Alemania, después de las destrucciones causadas por la guerra, y se benefician también con la formidable racionalización de la industria, que hace necesaria la adquisición

de materias y máquinas nuevas. Las municipalidades empiezan a construir casas de alquiler, canchas y edificios públicos; para ello precisan empréstitos enormes, que en su mayoría son contraídos en el extranjero; tanto las construcciones como las transacciones financieras redundan en provecho de las fábricas y los bancos. Durante la inflación, la industria, los propietarios de casas y las compañías de seguros saldan sus deudas.

Asimismo quedó beneficiada la agricultura, que, sin embargo, empieza a venir a menos con la caída brusca de los precios de los productos agrícolas, a partir del año 1926; la situación era tanto más grave, cuanto que después de la inflación habían contraído nuevas deudas. Sobre todo, los latifundistas del Este, que producen, en primer lugar, centeno y patatas, tienen que competir con el trigo americano, que se vende más fácilmente y más barato que el centeno prusiano. Exigen una amplia protección aduanera, a que la industria se opone, aduciendo que en tal caso se produciría un aumento del costo de la vida y, consecuentemente, el de los sueldos. Así va surgiendo una discrepancia, formándose algo como unas "tijeras" políticas, entre la industria y los latifundistas, y mientras que los "caciques industriales" apoyaban todavía a la República, los "caciques agrícolas" ya trataban de derribarla.

Esencialmente distinta fué la suerte de la burguesía. Esos "burgueses que se hacen ilusiones", y que a causa de esta facultad casi creadora se han convertido en los exponentes de la opinión pública reinante en la sociedad moderna, se encontraban en absoluta dependencia material y eran, en realidad, proletarios. Durante la inflación de 1923 perdieron sus fortunas o gran parte de ellas, y en la crisis de 1930, sus negocios y toda esperanza de poder seguir profesión alguna. Compañero de infortunio en este segundo período era gran parte del proletariado, y en particular los sin trabajo. No es extraño que aquella gente, unida por el destino común, descartara las anticuadas concepciones de clase, o, por lo menos, las consecuencias políticas que de ellas habían sacado. Y la burguesía, que tiene fuerza imaginativa superior, es, desde entonces, la que inspira a aquellas masas.

De lo expuesto resulta que era materialmente imposible volver las cosas a su primitivo estado. Es que la mayoría de los antirrepublicanos no saben oponer a la República otra forma de gobierno que la monarquía, y la crítica de que el pueblo hacía objeto al gobierno se resumía en las palabras:

"antes estábamos mejor". Pero el político creador tenía que seguir más allá, darse cuenta de lo nuevo y ligarse a ello.

¿Qué es lo nuevo?

Condenado por el crimen de alta traición, Roehm, capitán del ejército del rey de Baviera, escribió en la cárcel:

No nos salvará el retorno al pasado; no debemos dejarnos guiar por la "reacción", esas "Excelencias" y generales que agotaron sus fuerzas. Nuestras esperanzas no pueden cifrarse sino en los hombres activos de todas las clases, ante todo en la juventud... La Nueva Alemania no será construída por "consejeros privados", ni por "Excelencias". A ello tendrán que acostumbrarse también los burgueses.

Y en otro pasaje dice:

La guerra durante la cual el más humilde de los hijos de Alemania estaba unido a mí por el destino común, luchando a mi lado y arrostrando los mismos peligros, esa guerra ha derribado las barreras que el estatuto social de la burguesía había levantado entre él y yo.

Tan hostil a la burguesía se muestra uno de los más bizarros y aventajados oficiales jóvenes de la *Reichswehr*. ¿Y qué piensa Hitler?

EL "MARXISMO JUDIO"

Hitler relata que en su juventud le pareció "reaccionario" el doctor Karl Lueger, burgomaestre de Viena y a la sazón caudillo de los antisemitas austríacos; él, Hitler, necesitaba dos años para convertirse al antisemitismo. Quince años después, tiene una visión del mundo tan perfecta, que —ejemplo de una extraordinaria capacidad de concentración mental— puede expresarla terminantemente en una sola frase:

La doctrina judía del marxismo niega el principio aristocrático establecido por la Naturaleza y reemplaza las eternas prerrogativas de la fuerza y el poder por la mole de números y su peso muerto.

Con estas palabras brillantemente formuladas, Hitler dice todo cuanto tiene que decir:

En la Naturaleza prevalecen la fuerza y el poder; este es un principio aristocrático, quiere decir: la selección según la fuerza y el poder significa la selección de los mejores.

Por tal principio de la Naturaleza debe regirse también la selección dentro de la sociedad.

Existe otro principio de selección, que es el de la "mole de números": predominio de la mayoría, o sea la democracia.

Pero es un principio de "peso muerto", lo cual significa que no origina vida nueva; es, por tanto, contrario a la Naturaleza.

La encarnación de este principio en la sociología y en la política, es el marxismo.

El marxismo es una invención judía. Esto significa: la doctrina social contraria a la Naturaleza es producto y propiedad de una raza que inventó tal doctrina para desviar otras razas del camino natural, a fin de debilitarlas y supeditarlas.

Hitler lo explica: *Ella* (la doctrina del marxismo) *niega el valor del individuo, impugna la importancia de la nacionalidad y de la raza, privando, así, a la humanidad de los fundamentos de su existencia y de su cultura... Si el judío triunfara, con la ayuda del credo marxista, sobre las naciones de este mundo, su corona sería la corona funeraria de la humanidad, y este planeta volvería a girar en el espacio, despoblado como hace millones de años.*

Esta horripilante perspectiva que Hitler nos abre a través de los milenios, nos hace dudar de la seriedad de sus afirmaciones. Admitimos que crea con fanatismo en la verdad de sus raciocinios, pero estamos convencidos de que muchos lectores no podrán menos que reflexionar así:

No está comprobado que las "prerrogativas de la fuerza y del poder" en la Naturaleza sean un principio "aristocrático", puesto que a dicho principio se debe la selección de quienes tienen mayor vitalidad, pero no la de los "mejores", que no existen en la Naturaleza donde no rige finalidad alguna, sino sólo donde se persiguen fines, como en la sociedad.

Si el privilegio de la fuerza y del poder ha de ser principio de selección dentro de la sociedad, lo que más respondería a tal fin es el retorno al derecho del más fuerte, mejor, al canibalismo.

La selección según la "mole de números" significa que las ventajas y bienes de la sociedad sean repartidos equitativamente entre todos, o, por lo menos, entre cuantos sea posible. Quien no desea tal procedimiento, hace mejor en manifestarlo sin rodeos.

No cabe duda de que el marxismo es una doctrina de la dicha de las masas; ello no obstante, se ha puesto mucho cuidado en seleccionar funcionarios aptos, a quienes se exigen grandes esfuerzos y sacrificios.

Quien, invocando a uno de los fundadores —Karl Marx—, da al marxismo el calificativo de judío, disimula el hecho importante de que los principios filosóficos del marxismo se deben a Ludwig Feuerbach, no judío; las formulaciones más usadas, a Friedrich Engels, no judío, y que su desenvolvimiento moderno, tanto en teoría como en la práctica, es obra de Plejanov y de Lenin, no judíos. Por otra parte, Karl Marx mismo era antisemita, esto es, enemigo de la burguesía judía; y a la inversa, la mayor parte de los judíos ricos son antimarxistas.

Pero lo que aquí interesa no es saber si Hitler está o no en lo cierto, sino cómo se agenció sus ideas y qué logró con ellas.

COMO EL ANTISEMITISMO SE TRANSFORMO, DE JUEGO DE SOCIEDAD, EN PSICOSIS COLECTIVA

Antes de la guerra, el antisemitismo, en Alemania, carecía de importancia en el campo político. El sentimiento de que había una distancia entre judíos y no judíos, el cual era tan intenso y tan natural en los judíos como en su ambiente cristiano, se traducía, sólo esporádicamente, en actos de abierta hostilidad. Como conjunto, ninguna capa de la sociedad tenía prejuicios raciales; pero es que a los que confesaban la religión judía se les imponían, aunque con cierta delicadeza, restricciones obvias y precisas. El no ario que no se convertía al cristianismo no podía abrazar la carrera militar, ni la de funcionario público; para los Hohenzollern y la mayoría de los demás príncipes, ello era motivo para animar, con suma complacencia y condescendencia, a los judíos de elevada posición social a que se convirtieran al cristianismo. Los conservadores intransigentes daban a Guillermo II el sobrenombre de *Judenkaiser* (emperador de los judíos), y los burgueses judíos eran, en su mayoría, leales con su dinastía y obedientes a las autoridades; casi todos los judíos alemanes eran contrarios a la revolución de 1918, como, por ejemplo, Walther Rathenau, el más eminente de los políticos judíos de Alemania, que más tarde, cuando ministro, fué asesinado por fanáticos insensatos. Albert Ballin, fundador de la Compañía Hamburguesa-Americana de Vapores, que era algo como amigo personal de Guillermo II, se suicidó el mismo día de la revolución. Son hechos que quedan suprimidos por la historiografía nacionalsocialista. Por otra parte, es un hecho que dentro de los partidos obreros escaseaban los intelectuales burgueses cristianos, por lo cual se veían obligados

a servirse, en posiciones que requerían cierta instrucción, de intelectuales judíos, que, en general, se habían apartado de la burguesía judía.

Dada la benévola reserva que en la Alemania de los "Emperadores" se guardaba hacia los judíos, todas las tentativas de organizar movimientos antisemitas se frustraron por falta de un objetivo definido, debido a lo cual no tuvieron repercusión.

Después de la guerra se produce un cambio radical de la situación. El antisemitismo es entonces un movimiento general, aun antes que Hitler se estrenara. El general von Wrisberg, ministro de Guerra de Prusia, publica una estadística falseada, por medio de la cual pretende comprobar que el porcentaje de judíos alemanes muertos en la guerra era inferior al de los demás sectores de la población; se le contesta que las dinastías alemanas perdieron un solo príncipe, y que se guardaba mucha consideración a ciertos regimientos feudales. En todas partes créanse organizaciones antisemitas. El movimiento antisemita no tarda en ser patrocinado espiritualmente por el general Ludendorff, verdadero jefe del gobierno durante los últimos dos años de la guerra mundial, y el que, desde el punto de vista estratégico, tiene la culpa de la derrota de Alemania. Ludendorff, que, por miedo a la catástrofe militar en el frente oeste, obliga al gobierno a negociar precipitadamente —y contra su propia convicción política— la suspensión de las hostilidades, ese hombre se atreve a difundir más tarde el cuento de la "puñalada traidora" que el pueblo asestara al frente victorioso; el feldmariscal von Hindenburg, que nominalmente es jefe y responsable de todo, pero el cual en realidad está subordinado a Ludendorff, es el que hace célebres aquellas palabras, al pronunciarlas ante la comisión de responsabilidades del Reichstag. El sentido de esas palabras es, claro está, el de que los judíos asestaron aquella "puñalada". Ludendorff vivía, desde 1920, en Ludwigshoehe, cerca de Munich, y entra así en contacto personal con la contrarrevolución en Baviera y con los antisemitas de Munich, cuyo grupo destacado serán bien pronto los nacionalsocialistas.

LA "UNION PANGERMANISTA" Y EL "PARTIDO NACIONALISTA"

En momentos en que Hitler se estrena, otros ya han demostrado que la burguesía, lo mismo que los obreros, puede ser reunida en una organización que comprenda todas las capas. Durante la guerra, en 1917, políticos conservadores y liberales, capitaneados por el almirante von Tirpitz y apoyados por la industria, se reunieron y fundaron un "Partido Nacionalista", que, sin proponerse aparentemente nada con respecto a la política interna, se dirigió a la nación con el llamado de hacer un postrer esfuerzo; por otra parte, había de preparar un vasto programa de "conquistas" para el tratado de paz. El "Partido Nacionalista" no era, en realidad, más que un movimiento contrario al pacifismo de la socialdemocracia, y que se proponía, sobre todo, combatir las tendencias revolucionarias que se vislumbraban. Entre los dirigentes de ese partido figuraban, al lado de latifundistas, burgueses liberales, que más tarde, no logrando ya orientarse hacia sus convicciones democráticas anteriores, se pasaron, bajo la influencia del nacionalismo, a los conservadores o, también, a los antisemitas. El "Partido Nacionalista" se distinguía, ante todo, por un alto porcentaje de intelectuales, profesores, escritores, artistas y periodistas; estos hombres no representaban ya el tipo corriente de político de carrera, sino una nueva generación de dirigentes políticos de la burguesía, que después iban a integrar los partidos burgueses derechistas y les daban cierto impulso, hasta que surgió otra generación, que se abrió camino apoyándose en el movimiento nacionalsocialista. De todos modos, la inoculación de fuerzas nuevas, iniciada por el "Partido Nacionalista", daba a los derechistas la superioridad sobre la socialdemocracia, cuyos dirigentes, no amenazados por ninguna revuelta palaciega, continuaban en servicio hasta la edad de jubilación, siendo, por tanto, los hombres más ancianos en la vida política de Alemania.

El "Partido Nacionalista" no había nacido de la nada. Era la encarnación de los deseos imperialistas de la burguesía alemana. Tales deseos impulsaron a Heinrich Class, consejero de justicia de Maguncia, a fundar, allá por el año 1880, la "Unión Pangermanista", que abarcaba un sector importante de intelectuales alemanes y que, apoyada por muchos industriales, se

atrevía a batallar contra el Kaiser, ya que éste era —según decían— demasiado pacifista.

Uno de los representantes intelectuales de esa tendencia fué Maximilian Harden, periodista judío. No se puede equiparar el espíritu del nacionalsocialismo al de la "Unión Pangermanista"; las ideas y objetivos han experimentado un cambio, en parte, radical; pero la actitud mental y el origen de la corriente espiritual son tan parecidos, que podemos hacer este resumen: la ambición de la burguesía alemana por la dignidad de una política exterior propia, imperialista, pero no dinástica, encontró su primera expresión en la "Unión Pangermanista", fué convertida en "movimiento" por el "Partido Nacionalista", y en hecho histórico por el nacionalsocialismo.

A consecuencia del derrumbe y la revolución, desaparece el "Partido Nacionalista". Pero no su espíritu. En Munich se había adherido a ese partido un pequeño grupo que se llamaba "Comité de obreros independientes para una buena paz" (es decir: una paz que asegurara el mayor número posible de conquistas). El fundador de ese comité fué Anton Drexler. Después de la guerra lo transformó, en colaboración con Karl Harrer, en el "Partido Obrero Alemán".

La posible organización política de la burguesía alemana era una de las cosas más importantes que la guerra mundial había enseñado. Era, además, evidente que tal organización no podía hacerse por clases; no podía tener éxito ningún partido que se llamara expresamente burgués y que defendiese explícitamente los intereses de la clase burguesa oponiéndolos a los de los obreros. Durante los catorce años que existió la República Alemana, fracasaron todas las tentativas en ese sentido, tales como el "Consejo burgués" o el "Partido Economista", lo mismo que los numerosos partidos agrarios. La razón de todo ello reside en la situación de los intelectuales, que, quedando privados de la base económica, no tienen ya ningún interés por tal economía; en cambio, exigen una posición privilegiada dentro de la sociedad, pero han caído en la cuenta de que se les hace siempre más difícil la pacífica evolución dentro de la burguesía.

EL PRIVILEGIO DE RAZA

A los intelectuales les hace falta un nuevo ideal. Y los intelectuales representan el nuevo tipo de burgués. En comparación con la época de la preguerra, el número de estudiantes, académicos, etcétera, se ha duplicado y tiene, temporalmente, la tendencia a triplicarse; vienen a agregarse las exigencias siempre mayores en todas las disciplinas de enseñanza, y la adecuación de todos los cursos de perfeccionamiento en las universidades, tanto en la forma como en las materias de enseñanza; y, por último, no hay que pasar por alto el hecho de que hoy en día se exige una amplia cultura universal aun al obrero calificado, que, por consiguiente, se aproxima al intelectual académico, no sólo en el modo de pensar sino también en el concepto que tiene de su propia posición social, de modo que su intelecto y sus sentimientos le elevan sobre el proletariado y le guían hacia otra clase. ¿Hacia la burguesía? Así se dice con frecuencia; pero, en realidad, la intelectualización de la burguesía engendra un nuevo tipo, y precisamente al intelectual moderno, que no es, ni mucho menos, algo como un hombre vago, sino que, consciente de su propósito, va en busca de una posición nueva, y que sea la más elevada posible.

En el estudiante racista alemán se materializan, dice Hitler en 1921, *las energías, que constituyen el único medio eficaz para la lucha contra los judíos.*

En realidad, los estudiantes alemanes, o mejor, los intelectuales, son la encarnación de las ciegas energías que no quieren ya lo anticuado, pero que no tienen ánimo para querer lo nuevo.

Es que aquellos intelectuales son los que hicieron la guerra mundial, que lucharon por llevarse la palma y que sufrieron la derrota. El tipo creador de ese exterminio fué, no el Kaiser, ni el oficial de casta nobiliaria, ni tampoco el logrero de la guerra, sino el teniente de la reserva —el que, en tiempos de paz, es profesor, o comerciante, o director de correos—, y su jefe supremo fué Ludendorff, general burgués. Ludendorff declinó bruscamente el ennoblecimiento con que el Kaiser quiso agraciarlo durante la guerra.

Aquellos intelectuales se habrían conformado con la revolución, si ésta hubiera constituído un equivalente de la victoria, si hubiese terminado aquella lucha, que duraba cuatro años, con algo nuevo, grandioso. No se habrían entusiasmado por fuerzas verdaderamente revolucionarias, pero se habrían sometido a ellas en silencio. En el día de la revolución, ningún oficial, ni ningún empleado, opusieron ni aún una resistencia pasiva. Pero los hombres de la revolución hicieron la cosa más tonta

del mundo: en vez de reorganizar primero el Estado conforme a su propia convicción, y llamar luego al pueblo a que emitiera, según las reglas de la democracia, su juicio sobre la obra realizada, aquéllos no realizaron nada, sino que se contentaron con hacer elegir una Asamblea Nacional, sin que a los electores se les presentara programa alguno. Entonces se hizo patente que los hombres de la revolución no perseguían ningún objetivo, y los intelectuales, ora oficiales, ora empleados de oficina, les quitaron toda influencia.

Con ese fracaso, los obreros alemanes quedaron desprestigiados desde el punto de vista político. La burguesía ya no les tuvo miedo, como les había tenido durante décadas; su nuevo conductor, el intelectual, empezó a sentirse, políticamente, superior a los obreros, que tanto habían sido admirados por su talento organizador.

¿Qué va a decir Hitler a ese tipo, que entonces es el más influyente?

Primero: No te aflijas por la derrota en la guerra mundial. Tú no perdiste la guerra mundial; más bien la ganaste. Tu desgracia fué la de que dentro de tu propio cuerpo no descubrieras aquella ponzoña, aquel piojo, aquel pigmeo alevoso que, con su astucia diabólica de hombre inferior, te hizo caer cuando, sin pensar en nada, estuviste para triunfar sobre el enemigo que te era igual. Afrontaste al inglés, derrotaste al ruso y venciste al francés; pero no tuviste en cuenta al diminuto judío. No fué un *fair play*. ¡Líbrate del judío y vencerás otra vez!

Segundo: Si es que perdiste tu fortuna, que no puedes seguir tu carrera y que, siendo académico, tienes que vivir una vida de proletario: ¡no pierdas el ánimo; debes batallar por el Estado nacionalsocialista, en que todo ello será mucho mejor! Porque el Estado nacionalsocialista confiere los cargos de dirigentes reparando, no en el origen, ni en la fortuna o en la posición social, sino sólo en el valor del hombre. Este valor no puede ser demostrado sino con la lucha brutal en favor del "movimiento", y se tiene derecho a medir con tal medida, porque los luchadores más brutales pertenecen, en general, a la raza superior, cuya conservación y propagación será fomentada, claro está, por el futuro Estado que se funda en la raza. Los de raza superior tienen un privilegio parecido a la nobleza, y lo tienen, no por su persona, sino por su tipo racial, que ha de ser transmitido al mayor número posible de ejemplares. La lucha, la

abnegación y la lealtad para con la idea y para con el Führer son, en caso de duda, las características de la raza aria, superior a todas, y que, no sólo en Alemania, sino también en todos los países de Europa, volverá a conquistar la superioridad, si hace retroceder los elementos de "razas inferiores", restringiéndoles las subsistencias de modo que se extingan, o procediendo, cuando fuera necesario, al exterminio forzoso. La más peligrosa de esas razas inferiores, la que penetra en todas partes y que lo corroe todo, es la judía.

No cuesta demostrar la fragilidad de tal doctrina. Ella supone la existencia de la llamada raza aria, desconocida a los eruditos serios. Predica la salvación por el retorno al tipo racial más puro posible, que sería el llamado "germano"; el Estado se encargará de la selección artificial atendiendo a que se casen sólo parejas de "raza pura". Es, por el contrario, un hecho que todos los pueblos civilizados modernos, incluso el alemán, representan el resultado del cruzamiento substancial de muchas tribus, y la raza mediterránea, que siempre era el exponente de las antiguas civilizaciones frente a la barbarie y la pereza nórdicas, aportó a la mezcla los ingredientes más valiosos. Las tribus que a veces se conservaban relativamente "puras", tales como los vascos o los bajos sajones, casi nunca se distinguen por marcadas capacidades creadoras. Vivir quiere decir: morir y renacer. Y esto vale también para las "razas".

Pero no importa que la doctrina sea verdadera; lo esencial es que sea capaz de despertar fuerzas políticas.

Y es, en efecto, la doctrina que mejor responde a los ideales de los intelectuales: privilegio y obediencia.

A esos intelectuales se les dice que obtendrán los privilegios anhelados, y precisamente en virtud de dos cosas: la raza y el carnet de socio; por lo demás, estos privilegios serían, en el fondo, idénticos, se comprobarían, se justificarían y se ennoblecerían uno a otro. La nueva teoría racista viene a reemplazar al antiguo orgullo nobiliario, de modo que los privilegios de que gozan los hombres de raza superior parecen concedidos por la voluntad de Dios. Hitler dijo, con toda seriedad, que el industrial que organizara un gran trust comprobaría con ello ser de raza superior.

El segundo ideal de esos intelectuales es la obediencia. Piden a voces la dictadura. En esa misma Alemania, que —bajo Ludendorff, hombre "fuerte"— acaba de experimentar la catás-

trofe más funesta de su historia, retumban, un año después, voces que piden otro hombre "fuerte". ¡Con tan mala gana se habían gobernado por sí solos! El hombre "fuerte" había de ser, en lo posible, un profundo conocedor de la economía, de las finanzas y de la administración; el deseo de tener una administración práctica, no inspirada en grandes ideas, se funde con el deseo de no asumir ya ninguna responsabilidad, y de todos esos anhelos nace el nuevo ideal de "Führer". Viene a agregarse otro elemento: en vastos sectores de la población se hacía sensible la necesidad de dar un nuevo contenido ético a la vida trastornada, empobrecida; la Iglesia, sobre todo la protestante, no satisfizo esos deseos.

Así se explica la fundación de numerosas sectas y uniones reformistas. La gente acudió en masa, por ejemplo, a las conferencias del doctor Rudolf Steiner, "antropósofo", que propuso la "tripartición del organismo social". No tan culto como el doctor Steiner, fué otro "profeta", un tal Weissenberg, que conjuró muertes y curó enfermedades mediante la aplicación de requesón; hizo propaganda antirrepublicana, asegurando que el espíritu de Bismarck se lo había mandado — y la muchedumbre se lo creyó. Al mismo tiempo florecen la astrología y la quiromancia; se publican numerosos periódicos "astrológicos", con un tiraje enorme; la mayor parte de éstos hace propaganda a favor de Hitler: "profetizan" su advenimiento al poder, porque han hecho la observación de que eso es precisamente lo que el público quiere leer. La popularidad del psicoanálisis y de la autosugestión según Coué, es, en forma refinada, la expresión de los mismos deseos que se manifiestan en las congregaciones "teosóficas", sociedades de "investigadores serios de la Biblia", sectas como "Mazdaznán", "Yoga", etc.

En estas sectas, el hombre no tiene que hacer esfuerzos para ser agraciado, iluminado y salvado, sino que espera todo eso como donativo, enseñanza y ayuda. Los gritos de socorro que se levantan en todas las esferas de la vida, son la expresión de una inercia desesperante, de la irresponsabilidad. La antigua hegemonía del "palo de sargento", bajo el cual esa nación laboriosa vivía independiente y rebelándose bastante a menudo, cede a la idea de una dictadura sugestiva que comprenda y sujete a la vida entera. Ludendorff hizo la primera tentativa, y fracasó; la Rusia bolchevique es considerada como modelo, difamado ante el público, admirado en secreto (sobre todo, por el ejército); la Italia fascista demuestra la posibilidad de una

dictadura burguesa. Los intelectuales burgueses llaman al desconocido Führer: *¡Sálvanos y gobiérnanos!*

* * *

En la Universidad de Munich existe un monumento a los estudiantes muertos en la guerra mundial. Es una copia del "lancero" de Policletes. En el pedestal están grabadas las palabras:

INVICTIS VICTI VICTURI.

EL SOCIO DEL CARNET NUMERO SIETE

A Adolfo Hitler se le brinda una oportunidad. En uno de los "cursos de instrucción" —de esta manera la *Reichswehr* trata de amotinar a los soldados contra la República— pronuncia un discurso, en que se dirige con vehemencia contra los judíos. El joven es del gusto de los oficiales. Le permiten hablar ante las tropas mismas. Sus protectores son el mayor Giehrl y el capitán Mayr; este último es jefe del servicio de informaciones en el distrito militar de Munich. De aquí salen para la prensa todos esos artículos y noticias que han de "defender los intereses del ejército ante la opinión pública", pero que en realidad persiguen el único fin de instigar a la gente contra el gobierno. El que mejor sabe manejar la pluma en aquella oficina es un soldado que apenas si tiene veinte años. Se llama Hermann Esser. Hitler y Esser traban amistad.

Quiere la casualidad que Feder, introducido por algunos oficiales, exponga sus teorías ante soldados de la *Reichswehr* de Munich. En el auditorio se encuentra Adolfo Hitler. Se siente como iluminado de repente: el galimatías de Feder le parece una verdad deslumbrante, que de un golpe aclara la enredada historia universal. Mientras que Gottfried Feder pasa por todos los partidos, desde la izquierda hasta la derecha, ofreciéndoles sin éxito alguno sus doctrinas de la bancarrota nacional y de la abolición de la servidumbre impuesta por el interés, éstas tienen la virtud de impresionar profundamente a Adolfo Hitler.

Cierto día, un oficial le da a Adolfo Hitler, a hurtadillas, una esquela en que figura una dirección. En una pequeña cervecería va a reunirse una asociación que se llama Partido Obrero Alemán. La *Reichswehr*, que tiene muchos intereses políticos, quisiera saber algo más sobre aquel grupo, que parece "bien

intencionado". Hitler va a la reunión. Habla Feder, admirado impugnador de la servidumbre impuesta por el interés; pero ello no es muy importante, puesto que Feder habla en todas partes. Otro orador toma luego la palabra; dice que todo el mal viene de los prusianos, y que Baviera tiene que separarse de ellos. Esto es demasiado para Hitler. Aunque no tiene más que escuchar y referir, pide la palabra y perora durante media hora: sobre una Gran Alemania, contra el egoísmo de las provincias y de las poblaciones, contra el odio a los prusianos y por la unidad. Luego se va.

El "presidente" corre tras él y le da un folleto, rogándole que lo lea. El mismo es el autor; el opúsculo lleva el título *El comienzo de mi vida política*. En este libelo se encuentran pasajes tales como: *El mundo se restablecerá gracias al Socialismo alemán... Creo que también el obrero es burgués; pero ni el oficial ni el empleado son, desde un principio, "bourgeois"... ¡Pobres obreros engañados! Sirviéndose de vosotros, han hecho de la revolución un nunca visto movimiento en pro del aumento de sueldos, con el cual beneficiásteis, no a vosotros, sino a quienes hasta ahora os explotaron, y el que hizo a Alemania incapaz de competir con nadie... El porvenir de Alemania depende de que los dirigentes intelectuales y los de la vida económica del pueblo alemán tengan tanta comprensión social como para volver a adquirir la confianza de las masas descaminadas, y depende, además, de que se logre despertar sentimientos racistas en los compatriotas desviados hacia el internacionalismo.*

¿Cómo se llama el autor? Anton Drexler. Es el mismo que, dentro del marco del Partido Nacionalista, había fundado el "Comité de obreros independientes para una buena paz". Y el Partido Obrero Alemán viene a identificarse con aquel "Comité", sólo que, después de la guerra, cambió de nombre. Se adhirió un tal Karl Harrer, periodista, que ostenta el título de "presidente para todo el Reich". Pero Drexler, que trabaja de cerrajero en los talleres del ferrocarril de Munich, es el alma de esa asociación extraña. Es un hombre sencillo, sin conocimientos, enclenque (no estuvo en el frente); no sabe expresarse, y se muestra, ora iracundo, ora apocado. Sin embargo, este hombre humilde nutre una idea, grande como tal. Drexler quiere reconquistar al obrero alemán para el nacionalismo.

Hitler leyó el libelo "con interés", según dice. Pero esta condescendencia es absolutamente superflua, puesto que, debajo de las obscuras frases de Drexler, se esconde buena parte del ideario nacionalsocialista. Nunca lo admitirá Hitler, talento coleccionador, que quisiera ser original. *¿Quiere usted negar que yo soy el creador del nacionalsocialismo?*, pregunta, más tarde, en tono altivo. En "Mi lucha" se le olvida del todo mencionar que el autor de *El comienzo de mi vida política* fué Drexler, a quien llama siempre "un obrero".

Uno de los fundadores del Partido Obrero Alemán es un tal Josef Berchtold, ex teniente. La fisonomía de este Berchtold, bávaro, no recuerda tanto el oficial típico; es un hombre de carácter impenetrable, con los ojos entornados, y que parece capaz de todo. Tiene una tabaquería en la calle Im Tal; Hitler, desocupado, con los vestidos raídos, se detiene a menudo en ese negocio y conversa con la gente. Berchtold interesa a Hitler por su "asociación", y, cierto día, le comunica a éste que se le ha admitido como socio. Ese grupo contaba con unos cuarenta socios, entre ellos un consejero gubernamental de mayor categoría. No tardaron en elegir a Hitler miembro del comité ejecutivo, y le entregaron un carnet que llevaba el número siete.

KARL HARRER

El "partido" tiene miedo. No cuenta con un programa, no hace propaganda, no osa presentarse al público. Los socios se reúnen en el cuarto interior, mal alumbrado, de una cervecería, y hablan sobre una política que no comprenden. Dicen que es imposible hacer una manifestación, ya que ello irritaría a los adversarios. Temen a los obreros socialdemócratas y comunistas.

Hitler habla de esa asociación en términos muy despectivos. Esa gente no comprendió nada, no osó nada, no logró nada. Les dice que se presenten al público; de lo contrario, nadie llegaría a conocerles. Pero ellos no tienen la ambición de hacerse conocer. Si no hacen propaganda en favor de su causa, la asociación carecería de sentido. Pero ellos tienen ideas muy distintas: no quieren ser partido, sino una escuela; quieren "ver claro", averiguar, en común esfuerzo, la verdad y decirla luego al pueblo, puesto que la verdad, una vez que se la sepa, se difunde por sí sola y va a conquistar todo el mundo. Hitler lo sabe mejor. En la convicción, llena de esperanzas, que Drexler tiene del "triunfo de la verdad", y en el saber pesimista de Hitler, de que la buena propaganda hace triunfar

a todas las mentiras, se nos manifiesta toda esa diferencia entre la paloma ingenua y la serpiente astuta.

Pero, ¿por qué seguía adherido a esa asociación imposible? El dice que aquellos hombres tenían mucha y buena voluntad, y pretende que no quiso abandonar a esa buena gente. La verdad es que no encontró dificultades de parte de esos hombres poco hábiles y que no sabían nada; podía engañarlos con las más grandes boberías. Se hallaba bien entre los tontos, porque no le costaba el imponerse.

Cuando, después de largas discusiones fatigosas y aburridas, Hitler había convencido a los compañeros de la necesidad de una gran manifestación, se les ocurrió una idea grotesca: escribieron las invitaciones en pequeñas esquelas y las depositaron en los buzones de varias casas. A la manifestación acudieron... siete socios. A uno de ellos, hombre verdaderamente ingenioso, se le ocurre una idea brillante: insertar un anuncio en el *Muenchener Beobachter*, semanario antisemita. Y he aquí que acaece un milagro: vienen ochenta personas.

A Hitler le pasa lo mismo que al hombre rico a quien los primeros cien marcos costaron más trabajo que no los millones después.

Y todo ese lento arrastrar es tanto más penoso, cuanto que Hitler realiza tal trabajo político no exclusivamente para su propia satisfacción. Se dedica a él de conformidad con sus superiores del distrito militar; casi puede decirse que éstos se lo habían mandado. La *Reichswehr* busca un partido político en que pueda confiar. Hitler, convencido, desde hace mucho, de que los viejos partidos de la derecha no tienen porvenir y de que a él, principiante desconocido, no le ofrecen ninguna perspectiva, quisiera presentar a los oficiales "su" nuevo partido como instrumento útil. Pero así como están las cosas, se expondría al ridículo.

Hay en la "asociación" cierta oposición que no tiene su origen en la estrechez, sino en una profunda discrepancia de conceptos. Karl Harrer, "presidente para todo el Reich", es el que con más encarnizamiento se opone a Hitler.

Harrer es reportero de la *Muenchen - Augsburger Abendzeitung*, diario nacionalista alemán, antes liberal. Es un hombre grosero, con los pies contrahechos, mal vestido, de modales proletarios, no deseoso, como Hitler, de ser admitido en la buena sociedad, y, por eso, menos preocupado que aquél; en contraposición a Drexler, que habla muy poco, a él le gusta

disputar y echar pestes. La asociación es para él un asunto del corazón, no, como para Hitler, exclusivamente un medio para lograr un fin.

Harrer lucha por la verdad y contra la propaganda, también contra el antisemitismo, y en las manifestaciones que él preside ataca en público al orador Hitler; a Harrer le parece que Hitler desconcierta a las muchedumbres, en vez de ganarlas para el nacionalismo; con respecto al obrero, Harrer tendrá razón durante catorce años. Harrer lucha por los proletarios y contra los "adherentes distinguidos" que Hitler empieza a introducir. Aun cuando Hitler mañana afiliara cien mil hombres en la asociación, él, Harrer, no quiere a Hitler, porque tiene concepciones distintas y persigue fines opuestos.

Drexler, en cambio, toma el partido de Hitler. Pero Drexler no puede hablar y aquél no puede apoyarse en él.

El acaso viene a ayudar a Hitler.

Un día, uno de sus superiores lleva a Hitler, que se desespera, a una manifestación del "Puño de Hierro". Conoce a Roehm; los dos simpatizan. En Roehm brota algo como un verdadero amor a aquel extraño soldado, pero también a Hitler le parece que la energía clara y brutal de Roehm sería para él un feliz amparo. Roehm se adhiere al partido del nuevo amigo, y lo que es mucho más importante: hace afiliarse a sus soldados y oficiales, por las buenas y, cuando fuera necesario, por las malas. Así, el partido experimenta una transformación repentina. Puede decirse que hasta entonces el partido consistía en una mesa de tertulia, en torno a la cual se reunían civiles, tales como artesanos, pequeños negociantes, gente humilde, pues, que entendían de política tanto como la gente que va en un tranvía, de la construcción del electromotor. El Partido Obrero Alemán se transformó de golpe en una asociación militar; es que los soldados no entendían de política, pero obedecían sin discutir sobre ella. Con tal material humano, uno pudo atreverse a atacar al público, esa bestia peligrosa.

Pero Harrer sigue contrariando este plan.

LOS CONSEJOS DE DIETRICH ECKART

Otra feliz coincidencia, y esta vez es decisiva: el encuentro con Dietrich Eckart.

En aquella época, Eckart descubre en el Partido Obrero

Alemán, donde dicta algunas conferencias, no el nuevo movimiento buscado con afán, pero sí al Führer: proletario vestido de militar, que sabe abrir la boca, y a quien no desconcierta el tac-tac de las ametralladoras; hombre sumamente ambicioso y vanidoso y que es... soltero. ¿También estúpido? No; pero, en cierto sentido, ingenuo e inculto; acepta, sin embargo, consejos, si quien se los da concuerda con él en los principios; así como la esponja seca absorbe cualquier líquido, así él se empapa ávidamente de cuantos conocimientos pueda necesitar. En él está muy desarrollada la razón práctica; respeta a los hombres cultos y es crédulo en cuanto a cosas puramente teóricas.

Dietrich Eckart se encarga de la educación intelectual de Adolfo Hitler. Le enseña a escribir y a hablar, si por tal se entiende, no sólo el dar alaridos coléricos, sino también la construcción de proposiciones y la hilación de pensamientos. Eckart publicó los diálogos que tuvieron lugar entre el "profesor" y el "discípulo", en forma de un opúsculo muy extraño: "El bolchevismo desde Moisés hasta Lenin". Ambos tuvieron a Lenin por judío.

Dietrich Eckart da a Hitler el importante consejo de hacer todo lo posible para conseguir que le nombren jefe de propaganda; luego le da otro consejo todavía mejor: nadie debe inmiscuirse en la propaganda que haga, ni debe haber dentro de la "asociación" discusiones o resoluciones respecto de asuntos de propaganda; él solo tiene que hacerla como mejor le parezca. Hitler comprendió el sentido de lo que dijo Dietrich Eckart: el que hiciera la propaganda, dirigiría las manifestaciones públicas del partido y se constituiría, tarde o temprano, en dirigente del partido.

Este consejo es la chispa. La mecha está encendida.

LA "MAGNA ASAMBLEA CONSTITUYENTE"

Cada propaganda debe tener un contenido. Hitler declara que el partido ya no puede prescindir del programa; lo sabe él, jefe de propaganda. Sin programa no pueden presentarse al público, y esto es precisamente lo que tienen que hacer.

En diciembre de 1919, Hitler, Eckart y Gottfried Feder se reúnen para deliberar, confidencialmente, sobre el programa. Invitan a Anton Drexler a asistir a las reuniones; provocan, así, una escisión dentro de la presidencia oficial del partido y aislan

a Harrer. Hitler propone estos cuatro puntos: la unión de todos los alemanes dentro de una Gran Alemania; la abolición de los tratados de paz; la formación de un ejército nacional y la creación de un Parlamento central. Dietrich Eckart formula el punto antisemita, define el primer deber del ciudadano, que consiste en trabajar, y crea la frase: "El interés de la comunidad prevalece sobre el del particular". Feder es el autor de la "abolición de la servidumbre impuesta por el interés", y establece, en líneas generales, los principios que se seguirán en favor de la clase media. Drexler exige la nacionalización de los *trusts* y la participación en los beneficios de la industria.

Hitler no sospecha que con la aceptación de gran número de esos puntos se perjudicará a sí mismo. No habla de ello, no dice nada en contra del programa, pero nunca lo menciona; lo pasa por alto. Pero, diez años después, Goebbels revela los íntimos sentimientos del Führer, cuando dice al teniente Scheringer: *¡Ojalá no hubiéramos conocido esos fatales veinticinco puntos!*

Para Hitler, el programa no es más que una forma de propaganda. Es ridículo aquel punto en que se exige que las grandes tiendas se alquilen a comerciantes al menudeo (textualmente), pero en Munich, ciudad burguesa, no proletaria, ello ejerce una influencia magnética sobre aquel sector de la población que representa la opinión pública. La participación en los beneficios de la industria y la nacionalización de los *trusts* fueron incluídas porque Drexler precisaba "algo socialista" para sus colegas en los talleres del ferrocarril. Eckart, partidario apasionado de la reforma agraria, exige nada menos que la confiscación sin compensación de las tierras; — pero nadie pensaba en los campesinos. ¡En ninguno de los veinticinco puntos se encuentra palabra alguna sobre la agricultura y sus intereses! ¡Y tal programa se hizo en Baviera, Estado agrario, con pocas ciudades!; ¡y tal cosa ocurrió en Munich, residencia principesca levantada sobre tierras de campesinos, donde cada vecino tiene, por lo menos, un pariente en el campo, donde los burgueses visten los calzones de cuero de los campesinos, y donde los pequeños negociantes viven de los campesinos, que vienen a la ciudad para vender sus ganados y para gastar buena parte de sus ganancias en las cervecerías! ¡Tan estrecho fué el mundo de aquellos fundadores de partido! La mente de Hitler no penetraba más allá de la realidad que se le presentaba en las reuniones de partido: algunos centenares de hombres pobres,

de los suburbios de Munich; delante de ellos, en la mesa, un vaso de cerveza, el que, por razones de economía, no contenía más que las tres cuartas partes; tenían en la boca un virginia largo y delgado, y debajo del brazo un paquete, mal envuelto en papel de periódico, y que contenía víveres pescados en tal o cual parte. Alemania seguía sufriendo las consecuencias del bloqueo que los ingleses habían mantenido durante cuatro años, todavía reinaba el hambre, y los extenuados habitantes de las ciudades consideraban todavía como acaparadores a los campesinos, abastecidos de leche y de huevos. Estos campesinos no eran dignos de ser mencionados, y esta es la razón por la que en el programa del Partido Nacionalsocialista se pasa por alto a la agricultura.

Es un programa para los famélicos habitantes de las ciudades. Es un programa para fines de propaganda. Y con respecto a esta propaganda, Hitler es un verdadero creador, esto es: un hombre que no se deja convencer sino por los hechos mismos.

Y entonces empieza a obrar. La primera magna asamblea tendrá lugar el 24 de febrero de 1920, en el "Hofbraeuhausfestsaal" de Munich, e Hitler proclamará el programa.

Harrer, firmemente convencido de que Hitler introduce en el partido tendencias funestas, de que tiene conceptos erróneos, de que los veinticinco puntos de su programa son otras tantas mentiras y de que este programa inducirá a los obreros a retirarse del partido, deduce las consecuencias. Drexler se ha decidido en favor de Hitler y de Eckart, y Harrer, sorprendido, hace lo único posible: renuncia su cargo de presidente y se retira del partido. Drexler se hace cargo de la presidencia. No hay más obstáculos.

No fué Hitler quien pronunciara el discurso principal en la "Magna Asamblea Constituyente" que tuvo lugar el 24 de febrero de 1920, y en torno a la cual se tejería, más tarde, toda una leyenda. El mismo Drexler no habría consentido en que su jefe de propaganda desempeñase el papel principal ante la muchedumbre. Convinieron, pues, en que el doctor Dingfelder, médico homeópata y excelente orador "racista", pronunciara el discurso principal. La sala está repleta — como en todas las manifestaciones de cualquier asociación "racista". Dingfelder impresiona a la concurrencia. El segundo orador es Hitler. El auditorio empieza a mostrarse impaciente. El orador no gusta a la gente. Hitler pasa en seguida a la lectura del

programa, y entonces se le sigue con más atención. Algunos puntos son aplaudidos. Al bajar de la tribuna, Hitler está convencido de haber obtenido un gran éxito.

Sí, lo obtuvo; pero diferentemente de lo que él piensa. El éxito consiste en que el partido se presentó, por fin, al público; en que está comprometido con respecto a su tendencia antisemita, y en que se ha deshecho de Karl Harrer.

Lástima que no nos sea dado conocer ningún informe redactado inmediatamente después de aquella asamblea memorable. Es que en ella fué fundado el Estado nacionalsocialista. Pero el *Voelkischer Beobachter*, diario llamado a trasmitir a la posteridad aquel acontecimiento memorable, dió una relación detallada acerca del discurso pronunciado por Dingfelder, y dijo a continuación que el señor Hitler "desarrolló con acierto algunos cuadros políticos"; no dejó de mencionar que hubo también voces contrarias, y terminó diciendo: "Luego dió a conocer el programa". Y eso fué todo.

En Alemania escaseaban todavía los víveres. Esta fué la razón por la que la "Magna Asamblea Constituyente" del Partido Obrero Alemán culminó en una resolución de protesta contra la entrega de harina de trigo a la Congregación Israelita, que precisaba dicha harina para la preparación de *matzos* (1).

Cuatro renglones en el diario y una resolución acerca de *matzo* — esta fué la impresión que la fundación del Partido Nacionalsocialista dejó en el público.

(1) Pan ázimo que los judíos comen en los días de Pascua (N. del T.).

CAPITULO VII

PROPAGANDA Y ORGANIZACION

INGENIO, LOGICA Y DESCARO

Una tarde de verano del año 1919. Por delante de la escalinata que da acceso a la Nueva Pinacoteca de Munich, va reuniéndose un grupo de gente. Un individuo enjuto, pálido, con la barba en punta, sube a la balaustrada, para arengar: *¡Compatriotas!... Indecible oprobio a la patria..., ponzoña en el alma del pueblo..., enemigo de todo el mundo.* La gente se dispersa. En todas partes se le dicen las mismas cosas.

Dieciocho meses después, el mismo individuo se presenta otra vez al público de Munich. Se conoce su nombre. Decenas de miles de hombres se reúnen delante de la "Feldherrnhalle" para protestar contra las Reparaciones. Un tal coronel von Xylander, orador muy popular, sabe cautivar a la gente. Aboga por una patria unida. En medio de las muchedumbres se encuentra un grupo que lleva consigo dos banderas, en las que figura la cruz gamada. Se oye una voz: "¡Que se vayan con esas cruces, que aquí sobran!". Casi todos dan señales de aprobación. Aquella gente quiere la unión, no la separación. Al terminar el coronel von Xylander, aquel hombre enjuto, pálido, se adelanta a toda prisa, se coloca delante del coronel y empieza... Pero en este momento, las bandas de las asociaciones patrióticas de Munich entonan una marcha militar, y nadie escucha a Adolfo Hitler.

Durante todos esos años está poseído de una sola pregunta: ¿Cómo puedo entrar en contacto con la muchedumbre?; ¿cómo puedo conquistar al alma del pueblo?

Los fracasos le causan profunda aflicción, pero no le hacen desistir de su propósito. Una vez, el señor Petersen, burgomaestre de Hamburgo, uno de los personajes llamados "conspicuos", dictó una conferencia en el Círculo Democrático de Munich.

Habiendo terminado el conferenciante su exposición bien circunspecta, Adolfo Hitler, conocido agitador, pide la palabra. Se la conceden, puesto que aquella es una reunión de demócratas. Con aire provocador, las manos metidas en los bolsillos del pantalón, se planta delante del auditorio. Una voz: "¡Saque usted las manos!". Y él, riendo sarcásticamente: "¡Señores! Yo no soy uno de aquellos que precisan las manos para hablar". Los asistentes, entre los cuales se encuentran muchos judíos, callan, perplejos. Se le escucha.

¿Cómo puedo entrar en contacto con la muchedumbre? ¿Cómo puedo conquistar al alma del pueblo?

Algunos años después, Hitler, personaje que influye ya en la política internacional, se encuentra ante un tribunal. Organizó un "putsch", jugó por el poder con los primeros estadistas y estrategas de Alemania y perdió la partida. De todos modos, había jugado. En su declaración, un testigo habla del consejo celebrado por Hitler, Ludendorff y Goering y al cual asistió la noche del "putsch". "¿Qué dijo el señor Hitler?", pregunta el presidente. Testigo: "El señor Hitler dijo siempre lo mismo: *¡Propaganda, propaganda!; ¡lo único que ahora importa es la propaganda!*".

Lo único que importaba era la propaganda. Esta había sido la gran aventura espiritual que Hitler tuvo en los años en que se hizo hombre. En 20 de las 32 páginas que en su libro "Mi lucha" dedica a la guerra mundial, habla exclusivamente de propaganda. *La propaganda de guerra de los enemigos me abrió los ojos.* Habla en favor suyo el hecho de que en su libro se encuentran a menudo frases como, por ejemplo: *Mucho podía aprenderse de los enemigos.* Sin turbarse, aprende también de los socialistas; pero parece que de quienes más aprendió fué de Lord Northcliffe y de Wickham Steed. Todo cuanto Hitler escribe sobre propaganda, es magistral; pero es una maestría de categoría inferior. Lo criminal de esta habilidad consiste en el encarecimiento de la propaganda como principio básico de la educación del pueblo. Todo un pueblo ha de ser educado conforme a la frase infame: *Nunca se puede poner suficiente cuidado en evitar un nivel excesivamente alto de intelectualidad.*

Hay que inculcar a las masas una idea determinada, sugestiva y excitante, y hay que repetirla, hasta que nada, fuera de ella, quepa ya en las cabezas de la gente. No hay que dejarles pensar, puesto que no bien hayan concebido ideas propias, ninguna propaganda es capaz de frenarles. Uno debe tener a su disposición ideas, imágenes y tópicos que, una vez grabados en la mente, no se borren nunca jamás. Al pronunciar un discurso, uno tiene que fingir una lógica arrolladora, y las conclusiones no tienen más que parecer tales; una sola frase ha de grabarse hondamente en la memoria: el judío tiene la culpa de todo.

He aquí un trozo de un discurso que Hitler pronunció en el año 1922:

El judío no ha empobrecido. Va hinchándose, y si ustedes no me creen, vayan a nuestras estaciones balnearias. Allí encontrarán dos categorías de gente: los alemanes, que concurren allá para tomar un poco de aire, quizás, por primera vez después de tantos años; y los judíos, deseosos de... adelgazar. Vayan ustedes a nuestras montañas. ¿Con quién se encontrarán ustedes? ¿Quién va por allá con amarillas botas, flamantes y costosas, y con lindos sacos de provisiones, que, ¡por Dios!, casi nunca contienen nada del caso? ¡Y para qué! Se alojan en el hotel que queda más cerca de la estación terminal del ferrocarril de montaña, y donde termina el ferrocarril, allí terminan ellos también. Allí permanecen en un kilómetro a la redonda — como los moscones en torno a un cadáver. Aquellas no son, ¡a fe mía!, las clases que trabajan, aquéllos no trabajan ni con la mente ni con el cuerpo. A los verdaderos trabajadores los encontrarán ustedes en caminos laterales, porque, vistiendo trajes raídos, que son del 1913 o del 1914, tienen vergüenza de acercarse siquiera a aquella atmósfera perfumada.

Se le puede refutar palabrá por palabra, pero tal refutación es absolutamente inútil: habrá quien la escuche, y tal vez algunos la crean, pero lo cierto es que quedará relegada al olvido. Todo lo contrario pasa con el cuadro que Hitler pinta con maestría. Tal cuadro se graba indeleblemente en la memoria. Nunca lo olvida aquel en cuya mente Hitler lo suscitara.

Otra escena. Hitler ha entablado demanda contra un redactor socialdemócrata. El diario socialista en cuestión había afirmado algo acerca de las fuentes de recursos de Hitler. El abogado de éste, el doctor Frank II, explica el motivo de la demanda. Hitler, con la cabeza inclinada, diseña en un pedazo de papel al adversario, al abogado de éste, al presidente, al alguacil y a los periodistas que asisten a la vista. El adversario pide que Hitler mismo haga una declaración. Este no quiere.

El adversario insiste: ¿No tendría el señor presidente la bondad de ejercer cierta influencia sobre el señor Hitler? *Si no quiere, yo no puedo obligarlo,* contesta el juez. El adversario, resuelto: ¿Acaso tiene miedo el señor Hitler? ¿Por qué no dice en público lo que tiene que decir acerca de sus fuentes de recursos? Entonces, Hitler, encolerizado: *Usted escuchará mi discurso cuando quiera yo, y desde ahora le aseguro a usted que no quedará muy satisfecho.* El presidente amenaza con hacer despejar la galería, a causa de la hilaridad poco conveniente.

A una asociación de librepensadores se le ocurrió una vez invitar a Hitler, mediante un cartel, a que concurriera a una reunión de ellos y les dijese su opinión sobre el librepensamiento. Hitler contesta con otro cartel: "Los librepensadores de Munich, esto es, los no-pensadores, han abusado de mi nombre a fin de llamar la atención sobre su reunión. Pido a todos los nacionalsocialistas que no concurran a dicha reunión, dejando pensar solos a los librepensadores de Munich".

Secuaces apasionados ponderan la lógica contundente de Hitler. Pero no se trata de aquella consecuencia inmanente por la cual, de principios determinados se deducen conclusiones inevitables, y que obliga al hombre a adoptar una actitud racional, puesto que no hay verdadera lógica donde falta la sinceridad frente a los hechos. Sin embargo, él sabe destacar agudamente las contradicciones en los conceptos del adversario y las evidencia en la forma más concisa. Analiza, por ejemplo, los reproches que los republicanos hacen a los empleados del Estado, quienes, siendo en el fondo contrarios a la República, se hacen pagar por ésta: *Si el Estado paga, para que el empleado trabaje para él, no puede interesarle lo que piense aquél; si paga, para que el empleado sea leal con él, cometería la más infame corrupción.* Claro está que tales cosas eran del gusto de los empleados contrarios a la República. Sin embargo, sigue siendo un hecho que todos los Estados del mundo exigen a sus empleados la lealtad pagada. El Estado nacionalsocialista no hace otra cosa.

En el gran discurso que pronunció el 21 de mayo de 1935, dijo: *Deseo el orden y la paz. Pero si se dice que sólo los dirigentes tenemos tal deseo, yo doy esta respuesta: si es que sólo los dirigentes y los gobernantes desean la paz, ¡los pueblos mismos nunca han deseado la guerra!* Esto parece de una lógica irresistible, pero no es más que una ramplona tergiversación;

el mundo no temía el ardor bélico del pueblo alemán, sino el del estadista Hitler.

Esa lógica fingida no es más que un artificio retórico. Siempre que se apela a la razón de las masas, éstas se sienten lisonjeadas, al extremo de que a menudo ya no usan de aquélla.

LOS PROFESIONALES REFUTADOS

Están equivocados todos los que tienen al doctor Goebbels por el creador de la propaganda nacionalsocialista. Goebbels es solamente el discípulo modelo de Hitler, tanto en este como en otros muchos respectos; tiene mucho talento para la labor minuciosa; su tarea consiste en desbastar donde el genio obrara a hachazos. Es admirable y hasta conmovedor ver cómo el propagandista Hitler se esforzaba en el arduo camino que tenía que andar desde las experiencias primitivas hasta el pleno desarrollo de sus grandes capacidades. Se encargó de la redacción de un diario sin entender nada de ello, y tuvo que pagar caro el aprendizaje, según escribe él mismo; organizaba reuniones de tal manera, que se llevaba un chasco tras otro; platicaba sobre miles de cosas de que no sabía ni jota. Hoy tiene bastante rutina para evitar todas esas cosas.

Hermann Esser, el mejor agitador del partido después de Hitler, descubre un día que la municipalidad de Munich alquila superficies para cualquier fin y clase de propaganda. ¿Por qué fijar siempre carteles como este?: *El Viernes, a las 20 horas, el señor Adolfo Hitler, artista pintor, disertará sobre el tema: "La Internacional Dorada De La Dictadura De Los Agiotistas Judíos Y Sus Sayones Marxistas".* En tal cartel se podría imprimir todo un artículo de fondo; los gastos son iguales, y los tópicos están todos juntos: hienas de la Bolsa, rateros que pillan al dormido pueblo alemán, vampiro de Judá, criminales de noviembre; el judío y camarada Parvus-Helphand posee, cerca de Berlín, un castillo que representa un valor de 12 millones de marcos. ¡Obreros alemanes, aquéllos son vuestros dirigentes! Si deseáis conocer la verdadera causa de vuestra miseria, concurrid todos a la reunión que tendrá lugar el viernes, a las 20 horas, en el Hofbraeuhausfestsaal. Hará uso de la palabra el señor Adolfo Hitler, artista pintor..., etc. Los profesionales están equivocados; estaban convencidos de que la gente no haría caso de carteles con textos extensos. Aquellos principiantes demuestran lo contrario: la gente se apiña delante de los car-

teles. Un año después, la policía prohibe esos carteles, que hacen entorpecer el tráfico; pero hasta entonces ya han surtido su efecto.

La experiencia es madre de la ciencia — pero no es madre sino en cuanto que tenga hijo.

Una reunión nacionalsocialista de primera hora no se realizaba en forma distinta de la de otra reunión política: disertaba Hitler; luego se entablaba la discusión; estaba permitido alegar contra el orador, e Hitler refutaba, paciente. Cierta vez, el rabino de Munich se atrevió a subir a la tribuna para probar la falsedad de las incriminaciones que en esa reunion se hicieran contra los judíos. Esto fué demasiado; se produjo un tumulto, el rabino tuvo que salir y, desde entonces, Hitler puso en sus carteles la advertencia: "No se admiten judíos". De esta manera, mucho más eficaz que una docena de discursos largos, convence a los habitantes de Munich de la seriedad de su antisemitismo. Un tal Ballerstedt, ingeniero y orador muy popular, se complacía en interrumpir a menudo los discursos de Hitler; en una ocasión, algunos nacionalsocialistas se enfurecieron y Ballerstedt tuvo que salir bajo una lluvia de golpes. Tal procedimiento era repetido algunas veces, y, al cabo de poco tiempo, no se produjeron ya interrupciones, ni nadie pidió la palabra: las reuniones en que disertaba Hitler se distinguían, desde entonces, por su uniformidad, su sencillez y su creencia. La casualidad había introducido un estilo nuevo en la manifestación política.

LOS SIMBOLOS

Todos saben que hoy en día resulta imposible celebrar alguna manifestación política sin banderas ni bandas. Hitler, que no ignora tal hecho, atribuye a las banderas y bandas un papel importante, aun en las reuniones más insignificantes; y no sólo en las reuniones, sino también en todas partes donde el partido se presenta en público, se exhibe una bandera. Hitler, que todavía está convencido de ser artista, esboza él mismo la bandera, el estandarte y el distintivo: sobre un fondo rojo se destaca un disco blanco, que en su centro luce una cruz gamada negra. Los colores negro, blanco y rojo fueron también los del antiguo Imperio, *el acorde más luminoso que hay*, dice Hitler. No quiere recurrir a la antigua bandera negra, blanca y roja; quiere perfeccionarla; *porque nuestro anhelo no consiste en resucitar al antiguo Imperio, cuyos propios defectos causaron su ruina, sino en construir un Estado nuevo.* En el verano de 1920, la bandera aparece por primera vez en público y *produjo un efecto parecido al de una tea incendiaria.* Dos años más tarde, Hitler encuentra —y tiene razón— que la bandera está hecha sin las debidas proporciones, y que hasta en los tamaños mayores ofrecen un aspecto algo mezquino; crea, por ello, el estandarte tomando por modelo el pendón. El estandarte es mucho más vistoso y será la insignia de las "Secciones de Asalto". El distintivo partidario, que se lleva en el ojal de la solapa, sigue siendo lo que fué en el primer esbozo: una chapa redonda de mal gusto.

¿Qué significa la bandera? ¿Qué significa la cruz gamada en el disco blanco, sobre el fondo rojo?

En el rojo vemos la idea social del Movimiento, en el blanco la nacionalsocialista, y en la cruz gamada la misión de combatir por la victoria del hombre ario y, al mismo tiempo, por el triunfo de la idea del trabajo productivo, que eternamente fué, de suyo, antisemita y será antisemita.

El Führer del Partido Nacionalsocialista habla, no de la idea socialista, sino de la social. El que el trabajo productivo fuera y sería siempre antisemita, no dejará de extrañar a muchos lectores.

Pero, ¿es un signo ario la cruz gamada? Carecemos de datos positivos, tanto a este respecto, como también acerca de la raza aria, que es desconocida por la ciencia. Sea ello como fuere: donde la cruz gamada se encuentra con más frecuencia es entre los pueblos asiáticos, y sabemos por qué camino fué introducida en Alemania, y precisamente en su actual significado político. En 1918, Ludendorff envió al conde von der Goltz, con tropas alemanas, a Finlandia, para que limpiara este país de los bolcheviques. Después de la revolución, esas tropas tuvieron que impedir el avance de los bolcheviques en las antiguas provincias rusas del Báltico, el llamado "Báltikum". En ambos frentes combatieron en alianza con los contrarrevolucionarios nacionalistas de esos pequeños países, Finlandia, Letonia y Estonia; combatieron lado a lado con muchas de las antiguas clases pudientes alemanas, que vivían allí desde hacía siglos, y junto con oficiales del ex Zar de las Rusias. Estos combatientes del "Báltikum" representaban, después de regresados a la patria, un núcleo militar que no tardó en promover la contrarrevolución y que más tarde fué el protagonista en

el "Kapp - Putsch". Ellos fueron los que trasmitieron la "Cruz Gamada en el Casco de Acero" al movimiento antisemita en todo el país. ¿De dónde tenían aquel signo? Pues de Finlandia, donde es insignia nacional, sin ningún significado antisemita. Y, ¿de dónde la tienen los finlandeses? Sólo podemos hacer constar que la cruz gamada es un signo muy común entre los pueblos de raza mongólica —en la China moderna, por ejemplo, se la ve en distintivos autorizados por el Gobierno—, y que los finlandeses son ugrio-fineses, parientes, pues, de los mongoles.

O sea, que la Alemania nacionalsocialista luce un distintivo mongol. Para la propaganda no pudo inventarse signo más idóneo. Hay en él algo de amenazador, de fuerza, de misterio, y es, a la vez, muy armonioso, sugestivo e inconfundible; es, sobre todo, muy fácil de copiar: se siente uno tentado a garabatearlo. Al cabo de poco tiempo, se lo ve, hecho con tiza, en las fachadas de todas las casas.

Al signo óptico viene a agregarse el acústico. Los antisemitas de Austria habían introducido, desde hacía décadas, como saludo oficial, la palabra "¡Heil!", que es un antiguo saludo germano. Lo aceptaron luego, casi todos sin mala intención, los alpinistas en toda la región de los Alpes Orientales; pero es sabido que el alpinismo en Austria era siempre muy antisemita. Los estudiantes de Munich, muy aficionados al alpinismo, trasmitieron el "¡Heil!" a los nacionalsocialistas, tal vez en la forma "¡Heil Deutschland!". Sólo muchos años después, aquel saludo se modificó en "¡Siegheil!" y "¡Heil Hitler!".

EL AUDITORIO COMO COLABORADOR

El signo, la bandera, el saludo y la canción son los medios más eficaces de la propaganda nacionalsocialista. Dicen que Hitler ofrece regalos para los ojos y para los oídos; atrae a la gente por el simple hecho de que les entretiene. Pero todo ello no basta para explicar la realidad intrínseca de ese simbolismo. Lo esencial consiste en que esos símbolos viven con la gente. La banda ejecuta una pieza, la concurrencia canta. Entra un destacamento de abanderados. La gente forma dos filas. Gritos de ¡Heil! Más tarde aprenderán a alzar la mano. Transcurre así una hora después de la fijada para el comienzo de la asamblea. Transcurre hora y media, tal vez dos. En el ambiente se produce un estado febril. Un funcionario sube a la tribuna

y dice que el Führer Adolfo Hitler se ha detenido por una conferencia política de gran alcance, pero no tardará mucho en venir. Ocurrió que Hitler, en el cénit de sus éxitos, recibió en su oficina, al poco tiempo de haberse dado comienzo a la asamblea, a un reportero americano y se dejó entrevistar durante tres cuartos de hora; cuando juzgó el auditorio en plena efervescencia, fué, acompañado del reportero, a toda prisa a la asamblea, entró a la sala, no tardó en tomar la palabra y pronunció uno de sus mejores discursos. En el momento en que el Führer pasa por la puerta, todos suben a las mesas: el auditorio es un solo alarido e impetuoso gesticular. Allí es dónde con más claridad se revela el secreto de aquel arte escenográfico. Lo esencial y lo que todas esas reuniones tienen de común, es que el público colabora incansablemente, hasta que se produzca aquel estado que podríamos llamar de "transpiración interna": el estar íntimamente compenetrado de la sensación de no ser más que una diminuta parte de una colectividad hecha un todo indiviso e indivisible en su volición, en su fe y, cuando fuera necesario, en sus acciones. En las asambleas organizadas por Hitler no hay ya oyentes, sino únicamente colaboradores — en ello consiste el primer secreto de sus éxitos. Decimos expresamente "el primero", puesto que la dirección escenográfica es aún más importante que el discurso.

En esto, más que en otras ceremonias, reside la semejanza con el Ejército de Salvación. El Ejército de Salvación también hace actuar a los concurrentes, persiguiendo con ello, claro está, fines más profundos y más limpios. El llamamiento al banquillo de penitente, la actuación destacada de algunos, la confesión de sus pecados, la que hace en alta voz el "agraciado", en quien toda la concurrencia se ve representada — este encanto, privado de su profundo sentido y adaptado a las circunstancias, lo introdujo Hitler en la reunión política.

SU TALENTO ORATORIO

Está en la tribuna. A veces ostenta un comportamiento magistral. Los concurrentes no cesan de llamarlo y de agitar las manos. Un satélite de Hitler le alarga a éste un jarro de cerveza. Hitler, que se dice antialcohólico, alza el jarro hacia el público, lo mismo que un parroquiano habitual del "Braeuhaus", grita sonriendo: "¡Prost!", y echa un trago considerable. Al verle beber cerveza, los hijos de Munich no caben en sí

de júbilo. Interminables gritos de ¡Heil! Pero esta tarde Hitler tiene poco tiempo. Alza las manos como un dirigente de orquesta, las agita de una manera cómica, para imponer silencio, y, con la boca puesta en hocico, chichea: "¡Ps, ps, ps!...", siempre más bajo, y bajando lentamente las manos, hasta que reina un profundo silencio. Luego empieza:

¡Queridos compatriotas! Entre vosotros habrá muchos que se llaman socialistas internacionales. ¿Qué es lo que significa "internacional"? Sí, ya sé: el obrero alemán es hermano internacional del cooli chino, del fogonero malayo y del balsero ruso, que no sabe escribir ni leer; con todas esas gentes simpatiza más que con su patrón, que sólo es alemán como él mismo. No me contradigas, amigo; pues esto es precisamente lo que os contaban durante décadas enteras, y vosotros lo habéis creído. En realidad, no hay sino una sola Internacional; y ella puede existir por tener, en el fondo, una base nacional: es la Internacional de la dictadura de los agiotistas judíos. Ella es el negocio de un solo pueblo que tiene un origen común, una religión común y una lengua común: la de las manos...

Todos ríen, pero el que más ríe es Hitler mismo. Puede estar alegre; bailotea en la tribuna, muestra su risa y hace ademanes hacia todos lados. En cierta ocasión tiene que pronunciar un importante discurso sobre política. Ahí está, vestido de levitón de color negro, con la mirada clavada en el suelo, aparentando gravedad; como soñando, se acerca a la mesa, sobre la cual pone las hojas del manuscrito; agarra, indeciso, la mesa por los cantos, la alza un tanto, la lleva hacia adelante, luego hacia atrás: delante de ocho mil personas que miran, llenas de asombro, al más grande orador de Alemania, éste lleva, como jugando, la mesa por la tribuna. No sabe cómo empezar, no le sale el gesto oportuno, no puede decidirse a hablar. Pero, de pronto, se desembaraza, se endereza y empieza, en tono firme y grave: *¡Compatriotas! Grandes son la desesperación y el resentimiento que reinan en nuestro pueblo alemán...*

En cuanto a su voz, las opiniones son muy divergentes: a unos parece fascinadora; a otros, repugnante. Lo cierto es que sobre muchos ejerce un efecto sugestivo ese órgano potentísimo, que no flaquea ni cuando habla en tono muy agudo, y que sólo en momentos de suma excitación suelta un gallo fanático. En el tono y el gesto iniciales se manifiestan la formalidad y la conciencia de la responsabilidad; tanto más sugestivos resultan,

luego, los gritos desenfrenados. Si aquel hombre tan fuerte chilla como una mujer enloquecida, deben haber ocurrido cosas terribles — opina subconscientemente el auditorio. Resulta imposible decir en qué consiste, en último término, el llamado poder atractivo de una persona; pero en nuestro caso se trata de un mecanismo muy primitivo y evidente, y precisamente de la transición repentina de una actitud formal al histerismo, que son igualmente sugestivos en Hitler. Muy a menudo uno se pregunta si es sincero. Lo cierto es que el orador Hitler está convencido de su sinceridad. En los momentos culminantes de sus discursos es víctima de la autosugestión; no importa que diga la pura verdad o las mentiras más solemnes: lo que está diciendo es, en ese mismo momento, la expresión perfecta de su carácter, de su disposición de ánimo y de su convicción de que la necesidad absoluta es la que le imparte la orden de obrar de tal o cual manera. De ahí que aún de la mentira emane un efluvio de verdad hacia el auditorio. En Hitler, el hombre y la palabra son uno: este es el segundo secreto de su éxito.

Todo el que alguna vez luchó contra las dificultades que se oponen a la manifestación de un pensamiento por medio de palabras, tiene que admirar las formulaciones ejemplares de Hitler. *Lo que no es raza, es paja* — proposición, aunque falsa, perfecta en cuanto a la concisión. Otra parecida: *La Tierra no fué creada para pueblos cobardes. Así como la hiena come carroñas, así el marxista es felón* — sentencia poco lógica, pero que es una afrenta insuperable; otra expresión fuerte: *aguas sucias de los pacifistas.* Las armas que *brotan del puño de un pueblo nacionalista* son casi una solemne mentira. La frase: *La guardia parda rinde saludo al destino,* merecería el calificativo de ramplona, si en aquel inmenso fangal de mentiras ingeniosas existiera todavía una isla para el buen gusto.

HITLER DICE SIEMPRE LO MISMO...

Gentes de sano juicio que le escucharon en los primeros años, y otros que leyeron con criterio "Mi lucha", han dicho que Hitler es poco inteligente, y aburrido, ya que repite siempre las mismas cosas. Pues esto no es verdad, ni aun cuando se lo toma al pie de la letra. Hitler se atreve, tanto en sus discursos como en su libro, a emitir sus opiniones sobre cuanto existe en el universo; el número de sus temas es infinito. Pero —y esto es lo que aquellos críticos habrán querido expresar—

todas sus reflexiones conducen siempre a las mismas conclusiones: el judío tiene la culpa de todo; y la otra: en la vida de los pueblos gobiernan las energías seleccionadas, y el verdadero contenido del arte de gobernar consiste precisamente en que se seleccione bien aquellas energías. Hitler podría objetar a sus adversarios que nunca está de más repetir la verdad. Pero el propagandista Hitler sabe todavía algo más: en el repetir infatigablemente las mismas cosas reside el tercer secreto de su éxito. ¡Cuán enjundioso y acertado es el sermón que echa a los "indiferentes"!:

Al cabo de poco tiempo, aquella gente está harta de todo; el gusto está, para ellos, en la variedad, y nunca logran imaginarse, ni mucho menos comprender, las necesidades de sus prójimos menos escaldados. Pero el objetivo de la propaganda no es el de entretener a los "señoritos indiferentes" con programas siempre nuevos y variados, sino el de convencer, y precisamente a la muchedumbre. Esta, por lo lenta, necesita siempre cierto tiempo hasta disponerse siquiera a enterarse de una cosa, y no retendrá en la memoria ni las nociones más elementales, si no se las repite miles de veces. Sea cual fuere la variación, nunca ha de modificarse el contenido de lo que debe ser difundido mediante la propaganda: las conclusiones han de ser siempre las mismas. Y quedaremos sorprendidos de los resultados grandiosos, apenas concebibles, a que conduce tal insistencia. El éxito de toda propaganda, sea ésta comercial o sea política, se debe a la persistencia y a la uniformidad con que se la emplea. Es que la "frase" debe ser presentada bajo muchos aspectos diferentes, pero el punto final de toda conclusión ha de ser, invariablemente, la "frase" misma.

Estos principios se entienden por sí solos y, sin embargo, se los aplica raras veces en la práctica de la vida política. Lo simple ha de ser repetido continuamente, y lo repetido siempre ha de ser simple. Pero la mayor parte de la gente no comprendió sino la mitad de esa verdad fundamental. Los comunistas, por ejemplo, inculcan a los que asisten a sus asambleas, la palabra "enemigo de clase", concepto que no alcanza a comprender sino quien tenga nociones preliminares. Hitler dice "judío", y todos comprenden.

La muchedumbre —a la que pertenecen todos, hasta los mejor instruídos, luego de encontrarse en medio de millares de individuos— prefiere un hecho inventado, a una argumentación

fundada en la verdad, y acaba por creer incondicionalmente tal hecho inventado, si éste es repetido con harta frecuencia.

¿Cómo puedo entrar en contacto con la muchedumbre? ¿Cómo puedo conquistar al alma del pueblo?

Convenimos en que la doctrina de Hitler es muy censurable desde el punto de vista ético, pero la obra que realizó confirma nuevamente que el genio estriba en la asiduidad. El hecho de ser incansable le hizo triunfar sobre sus adversarios.

La movilización de las masas, el cultivo de la oratoria y la resistencia personal — estas son las tres claves del éxito de Hitler.

EL PRINCIPIO AUTORITARIO

Los éxitos grandiosos que Hitler obtuvo en el campo de la propaganda y la organización, no se deben a un plan preestablecido hasta en los últimos detalles, sino a la experiencia y a la suerte, al aprovechamiento de la oportunidad y a muchos desaciertos. Afrontaba las situaciones sin estar bien preparado; sólo confiaba en su sentido común. Así sacaba provecho de aquéllas, y a la larga los mismos errores dejaron de serle perjudiciales. Dado que casi siempre acertaba lo más indicado para tal o cual caso determinado, llegó a construir, con el tiempo, un sistema basado en la experiencia y en el éxito que había tenido en miles de casos análogos.

La casualidad quiso que Hitler se encargara de la propaganda de un partido insignificante, y luego hizo de él el primer propagandista de Alemania. Sintiendo la necesidad de que ninguno de los camaradas hubiera de inmiscuirse en la propaganda que él haría, asentó, ya entonces, los fundamentos del principio autoritario.

La estructura que Adolfo Hitler da a su movimiento, no es más que el zócalo para el trono del Führer. El movimiento debe su existencia a la fuerza creadora de un solo hombre. El solo fija el programa político, con autoridad absoluta, libre de toda responsabilidad. El solo funda suborganizaciones y nombra los dirigentes. No habrá votaciones ni resoluciones, sino cuando las desee el Führer o el subjefe.

Los principios que Hitler establece para la organización del movimiento son de lo más sagaz que se haya dicho acerca de este tema:

a) Al principio, concentración de todo el trabajo en un solo

lugar: Munich. Educación de un cuerpo de adherentes absolutamente dignos de confianza, y formación de una escuela para la futura propaganda de la idea. Conquista de la necesaria autoridad —para ser empleada más tarde—, por medio de un éxito considerable y evidente en aquel centro...

b) No se formarán agrupaciones locales, hasta que no se haya reconocido incondicionalmente la autoridad de la dirección central de Munich.

c) Las asociaciones comarcales, regionales y provinciales se formarán, no sólo en la medida que fuesen necesarias, sino después de estar asegurado el reconocimiento incondicional de la central...

La dirección del movimiento tendrá que descuidar vastas regiones, si entre los adherentes no se encontrare ninguno capaz y dispuesto a organizar y dirigir el movimiento en las zonas respectivas, conforme a las órdenes impartidas por la central... La condición preliminar de toda organización es y será el hombre capaz de dirigirla.

El principio autoritario es el fundamento esencial del partido. No se establece ninguna organización, ni formación, ni agrupación, hasta que no se haya encontrado al hombre apto para la dirección. De no hallársele, los adherentes no son organizados.

Esto no constituye —según Hitler— ningún mal. El opina que el partido ha de ser pequeño; hace una distinción entre miembros y adherentes. Los miembros son hombres adictos, dignos de confianza, y que obedecen ciegamente; claro está que diez obedientes valen más que otros cien de carácter dudoso. Los adherentes, por el contrario, llenan las salas de reuniones, donde su presencia resulta muy útil y donde no pueden hacer ningún daño.

Hitler comprendió con astucia diabólica lo que nunca se les ocurrió a otros partidos (¡dicho sea en su honor!): *la pujanza de un partido político se debe, no al elevado nivel de intelectualidad ni al razonamiento espontáneo de los miembros, sino a la disciplina con que los miembros se subordinan a la dirección intelectual.* Siempre triunfará *el que disponga, además de jefes de alto intelecto, de las tropas mejor instruídas, que mantengan la mejor disciplina y que obedezcan ciegamente...; sería más difícil mantener la disciplina en una compañía de doscientos hombres todos igualmente dotados desde el punto de vista intelectual, que en otra compuesta de ciento noventa hombres menos generosamente dotados y diez poseedores de altas prendas.*

Es que Hitler no tiene un alto concepto de sus secuaces, y no puede tenerlo, ya que —esta es la implícita condición de la selección de dirigentes— no puede valerse de hombres a quienes no se sienta superior. Reconocemos el talento político en el hombre que ideó y aplicó tales principios, pero no podemos menos de señalar la estrechez de éstos, que se hace patente cuando Hitler tiene que discutir, no con enemigos imaginarios, sino con adversarios de carne y hueso, que le piden que conteste, no a contradicciones inventadas precisamente para ser refutadas, sino a fundadas razones contrarias, y que aduzca pruebas en vez de aseveraciones calculadas para impresionar. Estas cualidades de Hitler explican que la intelectualidad de sus secuaces no pase de cierto límite.

Así se explica, también, la impasibilidad con que él observa las violentas disputas internas entre socialistas radicales y capitalistas radicales. Tal divergencia de opiniones particulares dentro de un estrecho círculo, nunca resulta perjudicial con respecto a la obediencia de los secuaces seleccionados con atención a su estupidez. Y esto es lo que importa.

Bodo Uhse, ex nacionalsocialista, relata en sus memorias un episodio significativo. En una asamblea general del partido, algunos socios se ponen de acuerdo para proponer la fundación de sindicatos nacionalsocialistas. Hitler se opone, por consideración a los industriales, y encarga al doctor Ley, persona de su confianza, de disuadir a los camaradas del proyecto. Ley va a la reunión y declara que no habrá sindicatos, por ser éstos una institución marxista. Murmullos, oposición, manos alzadas. Algunos quieren contestar a Ley. Este dice en alta voz:

Pero, camaradas, ¿para qué piden ustedes la palabra? Ustedes tienen conceptos absolutamente equivocados respecto del sentido de estas discusiones y respecto del objeto de la asamblea general del partido. No nos encontramos, pues, en un parlamento donde se hable por hablar y donde hay discusiones, votaciones y reglamento. Aquí no pueden ustedes tomar resoluciones. Aquí han de escuchar los dictámenes del Führer. Les he dicho a ustedes lo que él piensa. ¡Ténganlo por entendido!

El partido está compuesto, desde el principio, de dos grupos: la organización política (civil) y la SA (que se parece a un cuerpo militar). Dos hombres ambiciosos y codiciosos del poder, Gregor Strasser, jefe de la organización política, y Ernst

Roehm, jefe de la SA, empezaron a rivalizar, procurando cada uno obtener la superioridad numérica sobre el otro. Así rompieron, contra la voluntad de Hitler, con el principio de limitarse a un reducido número de socios. El partido se convirtió, de tal manera, en una corporación gigante y admirada, que encerraba una mezcla horripilante de mediocridad, intrigas y disciplina aburrida. Unido por la adhesión al Führer, y manteniéndose gracias a su propia pesadez, el partido perdía poco a poco toda influencia política: esta fué la consecuencia natural de la vacuidad intrínseca. Después de algunas crisis muy graves, Hitler concluyó por proceder a una reducción radical de la organización política y de la SA, no porque desease destruirlas, sino con el fin de hacer de ellas instrumentos útiles.

Jefe — tropas. Pequeño núcleo — grandes masas. Responsabilidad ante los superiores — autoridad sobre los subordinados. Poder absoluto de la central sobre la organización entera — poder absoluto de los subjefes dentro de su incumbencia. Supresión de las discusiones en el partido — concentración de los socios para la ejecución de la única gran obra técnica: la propaganda como medio para la conquista del poder. Adiestramiento riguroso del partido para la lucha por el poder — represión de todos los valores humanos que no se puedan utilizar para ese fin. Cultivo de la mediocridad obediente — desmedro de la individualidad — gregarismo. Gracias a tales principios, Hitler conquista, valiéndose de su partido, el poder sobre un gran pueblo inteligente.

¡Con qué maestría ha corrompido al pueblo alemán!

CAPITULO VIII

LA ENTRADA EN SOCIEDAD

¿DE QUE VIVE?

El que en 1913 fué un cenceño dibujante de tarjetas postales, se ha transformado en soldado de profesión; viste uniforme desde hace seis años. Es un conocido "agitador y demagogo", incita a la gente contra el Estado y el gobierno; pero la *Reichswehr* sigue pagándole un sueldo. Sólo el 1º de mayo de 1920 se retira del servicio; sus superiores tienen que abandonarlo, porque, después del fracasado "Kapp-Putsch", los personajes políticos más destacados ya no pueden seguir en el servicio. Pero ello no afecta en modo alguno las buenas relaciones que mantiene con Ernst Roehm, amigo íntimo, y con el general von Epp. La sediciosa *Reichswehr* de Munich ha creado el Partido Nacionalsocialista, la *Reichswehr* ha dado a este partido un jefe en la persona de Hitler, y no se retirará del partido.

Sin embargo, la vida que lleva en su calidad de jefe de ese partido en vía de formación, no es, ni con mucho, una alegre vida de *lansquenet*, con bacanales, vino tinto para gargarizar, mozas y colchas de seda. Los industriales no dan su dinero a cualquier aventurero que sepa abrir la boca; antes de invertir una suma considerable para el bastante novelesco exterminio del marxismo, tardan mucho en averiguar si no les costaría menos el llegar a una inteligencia con el marxismo.

Hitler tiene que arreglárselas. *En aquel entonces*, dijo más tarde a Gregor Strasser, *nunca sabía cómo pagar el billete para el viaje a Nuremberg, cuando quería pronunciar allí un discurso.*

Vive, fiel a sus costumbres, en el asilo de los "Hermanos de Caridad", en la "Lothstrasse".

Los camaradas no saben explicarse la vida que lleva. Nadie sabe de qué vive. No osan preguntarle. A quien tienen ante

sus ojos es a uno de los más desenfrenados "bohemios". No tiene dinero, pero lo gasta, y queda uno penosamente impresionado por tales contradicciones. He aquí el informe oral de uno de los negociantes con quien trató en el año 1923: *Créame usted, Hitler es, en cuanto a su propia persona, el hombre más modesto del mundo, y le estará agradecido por cualquier bien que le hiciere. Una vez le regalé un traje de color azul que yo no usaba más; con ambas manos tomó él la mía y se le soltaron las lágrimas. Parece que el pobre tenía que luchar; la gente no le habrá tratado bien.* Añade el interlocutor: *El 9 de noviembre de 1923, allá cerca de la "Feldherrnhalle", hubiera podido poner de cabeza a Hitler y no se le habría caído del bolsillo ni una moneda.*

Pero Heinrich Dolle, compañero de lucha, le escribió, poco antes, una carta, que más tarde fué publicada, y en la que le dijo a Hitler: *Tú y Dietrich Eckart visitáis con demasiada frecuencia el "Cabaret Murciélago"; ello no os sirve.*

Socios malcontentos hicieron circular, en julio de 1921, un volante dirigido contra Hitler, y donde se dijo: *Se enfurece siempre que tal o cual socio le pregunta de qué vive y qué profesión tuvo antes. Hasta el día de hoy no ha contestado a esas preguntas. Su conciencia no puede ser limpia, ya que gasta no poco dinero en el trato harto frecuente con mujeres, ante quienes a menudo se las echó de "Rey de Munich".* El que suministró los datos auténticos citados en ese volante, fué Anton Drexler.

A causa de este folleto se entabla un pleito por agravio. Ante el tribunal piden a Hitler que diga, de una vez, de qué vive. ¿Cobra dinero por los discursos que pronuncia en las asambleas? Esto no sería una ignominia. Respuesta: *Nunca cobro dinero cuando trabajo para el Partido Nacionalsocialista. Pero actúo de orador, también, en otras organizaciones, por ejemplo, en el "Deutsch-Voelkische Schutz-und Trutzbund". Claro que en tales casos pido una retribución. —Y, ¿es suficiente eso? —Algunos camaradas suelen convidarme a almorzar con ellos. Otros camaradas me apoyan con pequeñas sumas.*

Rudolf Hess, amigo íntimo, que más tarde fué secretario particular de Hitler, y que en la actualidad tiene el título de "Representante del Führer", dirigió a la sazón al *Voelkischer Beobachter* una carta abierta, en la que aseguraba que desde hacía casi año y medio se encontraba todos los días con Hitler, y que él, Hess, no podía menos de decir esto: *Es muy lamentable que el movimiento no esté en condiciones de mantener al Führer..., los servicios que prestó al movimiento nunca podrán ser recompensados. Se comprende que él no esté dispuesto a hablar a cualquier persona sobre sus intimidades. Pero yo lo sé: también a ese respecto es limpio.*

Es que Hitler no se atenía siempre al riguroso principio de no tomar dinero por los discursos que pronunciaba en las asambleas del partido. El señor May, ex jefe de propaganda del *Voelkischer Beobachter*, comunica algunos detalles en una carta dirigida a Hitler: en 1926, después de un discurso que Hitler había pronunciado en Nuremberg, Julius Streicher se acercó a su Führer y le entregó un sobre que, ¡caramba!, no contenía más que 500 marcos. Pero Streicher prometió que la próxima vez serían 1.000. May dice, indignado (y parece que está convencido de expresar con ello la opinión de Hitler), que aquél fué un gesto poco digno frente al Führer. Streicher quiso aparecer como hombre sumamente generoso; pero los 1.000 marcos no iban a ser ni la cuarta parte de lo que Streicher ganaría en el proyectado negocio.

Lo cierto es que están equivocados todos cuantos creen que durante los primeros años Hitler hubiese sido un pobre diablo. Su carácter veleidoso, que le impulsa, ora a retirarse a la más profunda soledad, ora a frecuentar las reuniones más bulliciosas, implica que su vivienda sea modesta: donde disipa sus medios no ilimitados es en las cervecerías y restaurantes. Probablemente, él se tendrá, en el fondo de su corazón, por un pobre diablo que apenas si tiene morada decente; pero, siempre la humanidad trató así a sus genios. En realidad, Hitler no sabe economizar: ni el dinero, ni el tiempo, ni sus fuerzas; no sabe hacer trabajar a su personal según principios económicos, como no sabe estructurar arquitectónicamente sus escritos ni sus discursos. Es un hombre desenfrenado, a veces insensible, como en un éxtasis, a fatigas y dolores; en tal estado es capaz de esfuerzos admirables; pero sus períodos de autodisciplina son de poca duración.

RODEADO DE MUJERES HERMOSAS

Dietrich Eckart y Hermann Esser descubren, en el verano de 1923, el "Platterhof", finca rústica, situada cerca de Berchtesgaden. Ernst Hanfstaengl, joven y rico adorador de Hitler, es bien acogido en aquel círculo, que viene a integrar Max

Amann, que a la sazón está encargado de la administración del partido. En compañía de esos hombres alegres y desenvueltos, Hitler se divirtió divinamente y se propasó en más de una ocasión. Algunos socios malcontentos se decidieron a dar un paso solemne, con el fin de poner término a aquella vida licenciosa. Solían reunirse en el domicilio de servicio del señor Lauboeck, que, además de desempeñar un alto cargo en la dirección del ferrocarril, era consejero gubernamental de alta categoría. Acudieron Gottfried Feder; Jacob, vicepresidente del partido; Oskar Koerner, uno de los fundadores del partido, y muchos más. Con lo que más se habían escandalizado todos esos bienintencionados, fué con que la señora de Esser asistiera a cierta fiesta luciendo calzones de montar de seda. Gottfried Feder leyó en alta voz una carta que había dirigido a Hitler:

La situación, intolerable, nos tiene muy preocupados. No desconocemos que el Führer, cuyas fuerzas quedan absorbidas por el Movimiento, y quien, en cuanto que es artista, no debe ser medido con mezquindad, tiene derecho a recrearse e inspirarse rodeado de mujeres hermosas. Es que nosotros —no subordinados al Führer, sino teniendo los mismos derechos que él— le seguimos con toda buena voluntad; por ello nos tiene preocupados que el Führer haya caído entre gente que no pueden ser calificados de fomentadores, ni mucho menos. El Führer debe tener conciencia de que es hombre público, y que por la conducta de él se juzga el valor idealista y social del partido.

Feder agregó que sería menester enseñar a Hitler a trabajar con método. Con este fin había elegido un oficial, que, haciendo de secretario, no sólo fijase las horas de trabajo, sino que también acostumbrara al Führer al trabajo metódico, regido por cierto programa. Al saberlo, Hitler dió con el puño en la mesa, gritando: *¿Qué cree esa gente? Yo sigo el camino que tengo por bueno.* Pero tomó al secretario.

LA LUCHA POR LA ADMISION EN LA BUENA SOCIEDAD

No es que aquel hombre destemplado y sin modales fuese bien visto en la buena sociedad de Munich; se le invitaba raras veces, y hasta 1923 quedaron cerradas para él las salas de recepciones. Aquel hombre tímido y torpe, que llamaba la atención por sus reverencias exageradas y por su glotonería, resultaba apenas interesante, a poco que se conversara con él. Vestido, no de pobre, pero sin el más leve indicio de gusto personal,

con los cabellos untados, la raya casi en el medio, y el bigote cerdoso cual punto exclamativo, falto de sentido en aquella cara afeminada: parecía una desacertada imitación de un tipo ideal, sólo existente en la fantasía. Si casi todo el mundo le comparaba con un camarero o peluquero, no se intentaba ofender con ello a quienes ejercían tales profesiones, dado que ningún camarero ni peluquero alguno ofreció jamás el aspecto de Adolfo Hitler en 1923 .

En aquel entonces, Hitler encontró una especie de hogar en la casa de la señora Carola Hofmann, viuda de un director de colegio. Ella vive en Solln, cerca de Munich. En 1920 escucha por primera vez un discurso de Hitler, quien despierta en ella un profundo cariño. Esa mujer, que tiene sesenta y un años, hace con él, hombre de treinta años, las veces de madre — madre, que él nunca tuvo, que para él no había sido ni la que le dió la vida. La "Villa Carola" es, temporalmente, el centro inoficial del partido. La señora asistió a las asambleas tumultuosas, donde muy a menudo se produjeron actos de violencia; fundó ella misma una sección local en Solln. Hitler tiene que enviarle a ella, siempre, sus últimas fotografías, en las que escribe, por ejemplo: *Para mi querida, fiel madrecita. Navidad de 1925. Con profundo respeto. — Adolfo Hitler.*

Profundamente le hiere a Hitler la fría reserva de la llamada buena sociedad. *¿Qué es lo que tienen contra mí? ¡Que yo no tenga título, que no sea doctor o teniente primero! Eso no me lo perdonarán nunca.* En otra ocasión dice que aquélla se siente ofendida, no tanto por la política que él hace, como por el hecho de que él, siendo un pobre diablo, osara abrir la boca. En 1923, al triunfar por primera vez, cree todavía en la comedia del pobre Führer, con la que se engaña a sí mismo, exclamando, con un profundo suspiro: *Sólo quiero que el movimiento siga firme y que me nombren director del "Voelkischer Beobachter", para que yo tenga con qué vivir.*

La vida de Hitler se explica por el hecho de que su amor a la buena sociedad no fué correspondido por ésta.

Hitler no es natural de aquella sociedad. Esto no importa, puesto que hay remedio. Opta, certero, por el mejor camino por el cual un hombre, con tal que tenga el don de la felicidad, pueda llegar a ser "hijo mimado" de la sociedad: quiere hacerse pintor. Hemos visto cómo y por qué fracasó. A partir de entonces, su actitud hacia la sociedad es dictada por sus cargos de conciencia y por los eternos reproches que se hace a sí

mismo por haber sido torpe en labrar su felicidad. Si luego se desata en acusaciones contra aquella sociedad, que excluye al proletariado del trato social, habla en él el amor no correspondido y la desesperación por el fracaso, del cual él mismo es el único culpable.

Donde Hitler es recibido en sociedad es en Berlín. Se le abre la casa del señor Bechstein, fabricante de pianos. Los Bechstein mantienen, desde hace mucho tiempo, relaciones amistosas con Dietrich Eckart, que cierto día les presenta a su protegido. La señora Helene de Bechstein cobra un profundo cariño a Hitler: *Quisiera que fuese hijo mío.* Más tarde, para poder visitar a Hitler en la prisión militar, ella se dice madre adoptiva de aquél. Hitler se aprovecha de la amistad de los Bechstein sin delicadeza alguna. Siempre pide dinero. Si la señora de Bechstein no tiene capital disponible, le regala uno de sus cuadros valiosos: Hitler sabe "realizarlos" — lo aprendió en Viena.

Por iniciativa de su hijo Ernst, los Hanfstaengl, conocida familia de Munich, reciben a Hitler en su casa. Los Hanfstaengl son editores de arte, poseen divisas extranjeras y figuran entre las familias ricas, relativamente escasas en Munich. La señora Sedgwick-Heine de Hanfstaengl desciende de una familia norteamericana, simpatiza, políticamente, con el internacionalismo, y durante la guerra hizo en el círculo de sus amistades propaganda en contra del Partido Nacionalista, que podemos calificar de precursor del nacionalsocialismo. Es significativo que precisamente esa americana acabe con la predisposición que toda la sociedad de Munich había concebido contra el "orador de las cervecerías"; ella está orgullosa de recibir en su casa a aquel monstruo tan ilustre. En el verano de 1923, Hitler es introducido, por mediación de Alfred Rosenberg y de Dietrich Eckart, en la casa de Richard Wagner, en Bayreuth. En la casa "Wahnfried" conoce, no sólo a Siegfried, hijo del "maestro", y a Winnifred, esposa de aquél, sino también a Houcton Stewart Chamberlain, filósofo que se dedica al estudio de la civilización, y quien en sus "Fundamentos del Siglo XX" dió una filosofía muy popular del racismo y el antisemitismo. Chamberlain está lleno de entusiasmo por Hitler; es uno de los primeros "descubridores" de Hitler; ya en 1923, ve en el orador popular, no sólo al "tambor" y a la figura acompañante de otra de mayor relieve, sino "al" hombre de la contrarrevolución alemana. Ya en 1923 escribe, en tono extático, a Hitler: *La prueba de las fuerzas vivas que hay en Alemania está en que ésta, en horas de necesidad extrema, da la vida a un Hitler. El unirse a usted el grandioso Ludendorff, ¡qué confirmación más maravillosa!* La señora Cosima, viuda del "maestro" y verdadera "dueña de Bayreuth", no le encuentra tan simpático a Hitler; ella, que había visto a Lassalle, mide con el módulo de una época pasada; no comprende ni a Hitler ni a su nuera Winnifred, que encuentra simpático a ese tipo. Por lo demás, tampoco Siegfried Wagner estuvo muy encantado de su huésped, y nunca se afilió al NSDAP.

El resto de sus nuevas amistades ha de contarse entre los *lansquenets*, mejor dicho, "bohemios" armados. Conoce a Goering, ex capitán de aviación, estudiante algo tardío de la Universidad de Munich, y que en Gern, cerca de Munich, tiene una regia mansión, donde vive con su joven esposa, Karin, de nacionalidad sueca. Ambos se exaltan fácilmente, y en las reuniones en su casa, reina siempre cierta desenvoltura y febrilidad. Figura parecida es Richter, que se llama doctor Max Erwin von Scheubner - Richter; este aventurero, oriundo de la Prusia oriental, que más tarde llegó a Rusia, donde, durante la revolución de 1905, fué soldado en una milicia contrarrevolucionaria, se casó con la hija de un fabricante cuya casa él custodiaba; durante la guerra mundial actuó de agente político en Constantinopla, y en 1921 entró en contacto con las asociaciones derechistas de Munich — en su calidad de emisario de los emigrados de la Rusia Blanca y de Ucrania. Hitler se deja seducir tanto por el aire distinguido de ese hombre como por el dinero que le trae, y aquel individuo llega a ejercer sobre Hitler una influencia política hasta funesta.

La policía de Munich encontró, en 1923, entre los documentos del partido, un llamado libro de actas de las asociaciones patrióticas. Estas eran organizaciones armadas, a las que se había adherido también el NSDAP; como representante de éste, Hitler asistía a menudo a las sesiones celebradas en común. En la lista de asistencia figuran casi siempre Roehm, Kriebel, Zeller, Heiss (todos ellos jefes de cuerpos francos de aquella época)...; más tarde, Hitler. O, según consta en el acta de una sesión: luego aparece Hitler; o, en otra: hacia el fin de la sesión, Hitler. Siempre viene el último. Ello obedece a un sistema.

Ese hombre, que fracasó a la edad de quince años, experimenta siempre la sensación de no ser tomado en serio en el

ambiente donde no entra hasta haber cumplido los treinta. Es un "arrivista" que no tiene el deseo de agradar, sino el coraje de llamar la atención. Para ello hay tres reglas, no descubiertas por él: siempre hay que llegar muy tarde, puesto que ello llama la atención; no hay que tomar parte en la conversación, porque, de hacerlo, uno pasa por simpático, cuando más, pero no llama la atención; después, uno rompe a hablar como un loco, de modo que todos tengan que callarse, con lo cual se les obliga a estar atentos; y, por último, hay que despedirse, antes de que se vayan los demás, porque los que se quedan pueden todavía hablar sobre aquel que se ha ido, y ello ahonda la impresión. — Pero tiene que no ser muy simpático quien aplica tales métodos.

* * *

En medio de los ruidos de una vida bastante agitada — un encuentro silencioso, inadvertido, enternecedor. En 1921, por primera vez tras largos años, volvió a Viena, donde iba a dictar algunas conferencias. Volvió a ver a su hermana Angela de Raubal; ella se gana la vida trabajando de cocinera. Durante nueve años, sus parientes no sabían si estaba o no con vida; nadie recibía noticias de él: ni Angela de Raubal, ni su hermana Paula, ni Therese Schmidt, aquella vieja tía que vivía en Spital. Sí, ha sido una cuestión de orgullo. Durante nueve años, él no ha sido nada; pero ahora ha llegado a ser algo. También el padre, Alois Hitler, *se comprometió a no regresar a su querido pueblo natal hasta haberse hecho algo.* (Hitler).

* * *

El *Simplizissimus* preguntó, en 1922, a sus lectores: ¿Qué aspecto tiene Hitler? El *Simplizissimus* era entonces la mejor revista humorística de Alemania, e Hitler era ya el mejor orador de Alemania. Sin embargo, sólo pocos le conocían tanto como para poder describirle, y la pregunta del *Simplizissimus* dió en el blanco.

Adolfo Hitler había prohibido que se le fotografiara. Había mandado que los reflectores y demás luces usadas en las asambleas y manifestaciones fuesen distribuídos de manera que él mismo quedara sumido en penumbra. Solía tener la cara medio embozada con una barba.

Sólo algunos confidentes sabían que se le podía encontrar

en la "Hostería Bavaria", pequeña taberna situada en el barrio de Schwabing, o también en el "Café Heck", cerca del "Hofgarten". Pero, también a quienes le vieran en esos sitios les habría resultado bastante difícil dar las señas personales de aquel hombre de cabellos lisos, untados, con la raya casi en el medio, la nariz correcta, el bigote correcto y la corbata correcta: "hombre de confección".

Tras largas reflexiones, el dibujante del "Simplizissimus" hizo este dibujo: una mesa de restaurante, sobre la cual se encuentran un jarro de cerveza, una salchicha y un rábano; por encima, una nube oscura que despide rayos; por abajo se lee: *Nos consta que Adolfo Hitler no es un ser humano, sino una situación.* Esto es: el furioso cursi alemán, tipo bávaro.

Y queda para siempre esta verdad: Hitler es una situación alemana.

CAPITULO IX

HACIA EL PODER

LA OPOSICION EN BAVIERA

Hitler es arrastrado por la corriente de la contrarrevolución.

La contrarrevolución inunda en 1919 a Alemania. Casi todo el poder organizado de la nación es contrarrevolucionario. Contrarrevolucionarios son, claro está, los industriales, los terratenientes, los campesinos, el ejército y la Iglesia. La *Reichswehr* tiene en todas partes sus depósitos secretos de armas; y los tienen también los cuerpos francos. Los sindicatos socialistas, que, por mediación de su jefe Legien, hacen las paces con los industriales y fundan la llamada "Central de Colaboración Mutua", suspenden con ello la marcha de la revolución. La socialdemocracia, bajo Ebert, Noske y Hermann Mueller, se dispone a seguir aquel mismo curso. El Partido Socialista Independiente, revolucionario por principio, pero vacilante, se quiebra —por orden de Lenin— bajo el embate de los comunistas. Estos son, por sí solos, demasiado débiles para una acción eficaz y, aunque ganan nuevos miembros, son derrotados, con trágica regularidad, en todas las luchas contra la autoridad nacional. Toman parte en las elecciones y acaban por quedar reducidos a un partido parlamentario, seudorrevolucionario.

En Baviera y en las Provincias Renanas ocupadas por los aliados, se organiza un movimiento separatista. Círculos burgueses, en su mayoría católicos, preparan en secreto la separación del Reich. En algunos núcleos de Baviera, contrarios a la separación formal, se reclama cierta autonomía, esto es: la restauración de la monarquía bajo el príncipe Rupprecht, hijo del último rey. Esos núcleos se llamaron federalistas y motivaron su separatismo diciendo que tenían miedo de que los bolcheviques, estando para llegar al poder en Berlín, inundaran

Baviera. Los separatistas bávaros entran en contacto con los de las Provincias Renanas, quienes, a su vez, trabajan en colaboración con las autoridades francesas.

Los federalistas bávaros odian a Berlín, son contrarios a la revolución y a la República, y abogan por la monarquía bávara. La burguesía comprende, además, el sector "nacionalista-alemán", que no quiere separarse de Berlín ni aun en pésimas circunstancias, y que considera imposible la consolidación de Baviera en el caso de que el norte tuviera un gobierno bolchevique.

Pero esos grupos no constituían dos bandos diametralmente opuestos; los secuaces, burgueses y campesinos, apenas si advertían la divergencia; ellos se entusiasmaban por la consigna: ¡contra Berlín, contra Prusia, contra la República y contra los judíos! La burocracia, el ejército, los partidos más fuertes y la Iglesia apoyaban esa consigna, y sólo en el curso de los años, a medida que se acentuaban las diferencias, se aflojaban los vínculos y acabaron por romperse. Esto se debe en gran parte a la influencia de Hitler. Este militaba en aquel sector que era absolutamente contrario a la República, pero que luchaba con intransigencia por la unidad del Reich y por la centralización del poder en Berlín. Hitler era austro-alemán; había luchado contra la dinastía de los Habsburgo, "extraños al pueblo"; había anhelado la abolición de la monarquía danubiana, compuesta de tantos pueblos; había soñado con el "Anschluss": él opinaba que una Gran Alemania fuerte, unida y con la autoridad suprema centralizada, sería la condición esencial de toda política imperialista.

"KAPP - PUTSCH"

La *Reichswehr* es, de todos los factores del poder, el con que Hitler mantiene las mejores relaciones, puesto que el Partido Obrero Alemán y el ejército son una misma cosa. Los miembros de aquél son soldados de éste, a quienes Roehm hiciera ingresar en el partido; el primer grupo de asalto está formado por una compañía de lanzaminas de la *Reichswehr* de Munich; el jefe es soldado, es pagado por el ejército, ejecuta las órdenes de Roehm y hace política por el general von Epp.

Varios sectores de la *Reichswehr* se sublevan en marzo de 1920 contra la República. Tienen la intención de derribar el gobierno y de destituir a Ebert, presidente del Reich. Los dirigentes de la revuelta son el general von Luettwitz y el capitán Ehrhardt. La aventura recibió el nombre del señor Kapp, director general del instituto semioficial de créditos hipotecarios en la Prusia oriental, personaje casi desconocido en el campo de la política, y que es presentado como candidato a la presidencia. El "Kapp - Putsch" es uno de los episodios de mayor trascendencia en la historia de la República Alemana. Los rebeldes son durante algunos días dueños de Berlín. Sin grandes esfuerzos, el gobierno sofoca el "putsch" proclamando la huelga general de todos los trabajadores y empleados, grandiosa manifestacion de la voluntad de las masas republicanas. En las demás provincias, el ejército no osó tomar parte en la revuelta. Sólo en Baviera organiza un "putsch" particular. Envían, por de pronto, a Berlín elementos de enlace que informen a Munich sobre los sucesos en la capital y hagan preparativos, para que se proceda de común acuerdo; Epp y Roehm son los que más insisten en ello. Hitler está dispuesto a encargarse de la tarea. Acompañado de Dietrich Eckart, parte en avión; el piloto es un aviador militar. En Jueterbog se ven obligados a aterrizar. El campo de aterrizaje está ocupado por obreros huelguistas; si reconocen a los tres, éstos están perdidos. Y Dietrich Eckart, calada la gorra de viaje, y metiéndose las manos en los bolsillos del sobretodo, pregunta por el camino más corto para llegar a una imprenta determinada, donde tiene que concluir un negocio en papeles. Hitler, con la barba en punta, está a su lado — el modesto contador. Pasan y llegan salvos a Berlín.

A la puerta de la Cancillería tropiezan con un hombre bajo, de ojos oscuros:

¿Qué les trae a ustedes por aquí? ¿Quieren ser arrestados? ¡Vuelvan en avión a Munich! Kapp huyó... El de los ojos oscuros es el aventurero Trebitsch - Lincoln: judío húngaro; luego, "reverend" inglés y hasta diputado en la Cámara de los Comunes; más tarde, espía; en ese momento, ex jefe de la oficina de informaciones de Kapp; mañana, consejero de Ludendorff en Munich; algunos años después, anacoreta budista... Avisados por el judío húngaro, Hitler y Eckart se ponen en salvo.

La *Reichswehr* de Munich, mientras tanto, había hecho algo por su propia cuenta: destituyó aquel simulacro de gobierno socialdemócrata e instauró otro burgués - derechista, nombrando presidente del consejo de ministros al señor Gustav von Kahr. El gobierno del Reich hace la vista gorda frente a este "putsch" particular, puesto que el nuevo gobierno de Baviera se compro-

mete formalmente a ser leal con el señor Ebert. Además, un enlace fatal de circunstancias convierte, algunos días después, el triunfo sobre Kapp en una derrota de los obreros republicanos. En algunas regiones, comunistas y socialistas independientes tratan de aprovechar la huelga general para un levantamiento revolucionario, dándose exacta cuenta de que si precipitasen la paz con el ejército, perderían una ocasión única para el aniquilamiento de las fuerzas contrarrevolucionarias, y para la instauración de un gobierno central verdaderamente republicano. El gobierno del Reich toma el partido de las instituciones armadas, que momentos antes faltaran a la fe jurada, e incluso da a esos rebeldes, que acaban de ser derrotados, la orden de matar a tiros a los obreros republicanos en las Provincias Renanas y en la Alemania central.

A los pocos días de esta derrota, el ejército ha vuelto a ser dueño del Reich. Aplasta los ejércitos obreros por la superioridad de sus armas; aquellos de quienes Hitler recibe sus órdenes políticas, desempeñan un papel importantísimo en el curso de esas luchas: la *Reichswehr*, bajo Epp y Roehm, combate en la cuenca del Ruhr. Allí vienen a concentrarse fuerzas militares tan considerables, que Roehm piensa en marchar otra vez sobre Berlín. Pero el general von Watter, colega de Epp en la Alemania del norte, no se anima, y el plan no pasa de ser tal.

Las consecuencias de esos sucesos constituyen para Hitler una ventaja enorme que le cae en suerte. El gobierno de Baviera, surgido como por encanto, deja rienda suelta a los partidos derechistas, entre ellos el casi desconocido grupo que se llama Partido Obrero Alemán. Los jefes de policía han sido sustituídos por otros, que imponen a los socialistas limitaciones rigurosísimas, mientras alientan en todo sentido a los extremistas de la derecha. El nuevo jefe de policía de Munich es Poehner: burócrata ejemplar, pobre diablo impasible, pero muy perspicaz, que desprecia a la gente. Abusa de su cargo intencionalmente: quiere sabotear a la República que le hizo jurar el cargo. Dice que así se lo exigen los deberes hacia la patria, los que hay que cumplir antes que los del cargo. *Durante los cinco años que ocupaba el cargo no he hecho más que traicionar a la República*, dice poco antes de su muerte. Mientras que Poehner simpatizaba con todos los partidos derechistas, el doctor Frick, su colaborador más importante, daba la preferencia a los nacionalsocialistas. En cuanto a la relación de servicio, Frick

está bajo las órdenes de Poehner; tiene temperamento de subalterno gruñón, amargado, de estrechas miras y de carrera lenta, la que en circunstancias normales no será una de las más brillantes; además, se interesa por la política, y en este campo se distinguirá más tarde por su perfidia peculiar: brasa menuda resguardada por mucha ceniza. *Era natural que yo estuviera de parte del jefe de policía, señor Poehner*, declara ante el tribunal, para justificar su actitud durante el "Hitler - Putsch". Frick es jefe de la sección política; sus agentes someten todos los carteles a previa censura, vigilan los diarios e intervienen en las asambleas; agentes vestidos de burgueses se introducen entre los asistentes, ayudan a apalear a quienes interrumpen al orador, y de pronto se transforman en guardianes del orden, que detienen al apaleado por razones de "su propia seguridad". Es que la policía desempeña un papel decisivo en la gran obra reformadora de Hitler, que consiste en la introducción del momento dramático en la asamblea política, la transformación gradual del corrillo de polemistas vociferadores, en manifestación espectacular, solemne e interrumpida sólo por la orquesta.

El movimiento nacionalsocialista contaba, a partir de la primera hora, con la más amplia protección por parte de las autoridades. Y hasta la última hora, hasta el triunfo final, Hitler procuraba siempre hacerse proteger por la autoridad nacional: así pudo llevar a cabo lo que él llama "revolución".

EL INCANSABLE

Después de haberse presentado al público, empiezan a discutir sobre el nombre que tienen que dar al partido. Hitler quiere llamarlo "Partido Social-Revolucionario"; piensa en los social-revolucionarios rusos, que eran socialistas, pero antimarxistas y antibolcheviques. Pero a Dietrich Eckart no le gusta la palabra "revolucionario". Hacia aquel tiempo llegan a Munich emisarios de un viejo partido antisemita austríaco, que, desde hace unos veinte años, lucha con diversa fortuna y el que tiene mandatos en el Parlamento. Vienen el ingeniero Rudolf Jung, de Praga, que ha reunido en Checoeslovaquia los restos del partido, y el doctor Schillings, de Viena. Invitan a los de Munich a coaligarse con el grupo austríaco y con el checoeslovaco; en prueba de la identidad de los fines perseguidos, citan el "Programa de Munich", que a muchos respectos parece

efectivamente copiado del programa de los austríacos. Concluyen por formar una coalición sin compromisos bien definidos, y el Partido Obrero Alemán, con sede en Munich, agrega a su nombre el de los partidos hermanos austríacos; a partir del mes de abril de 1920, se llama Partido Obrero Nacional Socialista Alemán (NSDAP).

En febrero de 1921, los aliados piden a Alemania el pago de las "reparaciones", por el importe total de 132.000 millones de marcos oro. Los grandes partidos y federaciones celebran una manifestación imponente delante de la "Feldherrnhalle", en la plaza más espaciosa de la ciudad. Fué allí donde las bandas militares impidieron a Hitler pronunciar un discurso. Lleno de rabia, se atreve a arrendar el circo "Krone", el mayor establecimiento de la ciudad, para celebrar su primer mitin. Ocho mil personas caben en aquella sala. Empresa arriesgada, que fracasó. No acudieron más que cuatro mil personas.

Pero Hitler no ceja. Aumenta el tamaño de los carteles, emplea letras todavía más gruesas y organiza otra manifestación en la misma sala. Al tercer mitin concurrieron ocho mil personas. Hitler, tenaz en el mentir e imperturbable en la realización de sus designios, no se arredra ante un posible fracaso y no queda satisfecho con ningún triunfo. Así llega a imponerse.

En esto se distingue Hitler de todos sus adversarios y rivales. Donde éstos, desalentados por un fracaso, se hubieran ido a casa, consolándose con la sentencia filosófica de que hay que resignarse en vista de las circunstancias desfavorables, Hitler, obstinado, prepara el segundo y el tercer ataques. Donde aquéllos, después de un triunfo, se hubieran puesto recelosos, porque no debían arriesgar ni estropear lo que les había tocado en suerte, Hitler insiste, y, desafiando al destino, recaba cuanto desea. Durante el verano de 1923 pronuncia dos discursos por semana; en ese mismo lapso, Auer, líder de los socialdemócratas de Baviera —único partido capaz de hacer una seria oposición a Hitler—, no celebra, efectivamente, ni una reunión. Los rivales de Hitler, el "Deutsch-Voelkischer Trutz-und Schutzbund", el "Ordnungsbund", etcétera, no demostraban gran actividad. Todas esas llamadas asociaciones patrióticas se habían hartado y, además, no tenían que luchar: sus dirigentes eran personajes de relieve, conocidísimas figuras de la vida política y económica; sus salas rebosaban, y cada palabra dirigida contra los judíos o los prusianos suscitaba salvas de aplauso. Pero

los organizadores, contentos con triunfar en las asambleas y hacer aplaudir a las masas, no crearon con ello nada real: así, no expulsaron a los franceses de las Provincias Renanas, ni redujeron los jornales. Sólo un hombre como Hitler, que pasara su vida en la estrechez y sin llamar la atención, supo apreciar los aplausos de las muchedumbres, que eran para él la dulce confirmación del éxito personal; sólo Hitler pudo demostrar a aquellos señores que "meras palabras", repetidas durante catorce años, conducen al triunfo final.

El genio consiste en la asiduidad a la que se agregue la suerte. Nunca hay que olvidar las felices coincidencias de que Hitler supo aprovecharse.

¡El ejército! Este compra a Hitler hasta un diario. El *Voelkischer Beobachter*, periodicucho de propiedad particular, se encuentra en dificultades económicas. Durante los cuarenta años de su existencia había sido algo así como una "crónica escandalosa" de Munich; de ahí el extraño título de "Beobachter" (observador). Hacía apenas un año que este periodicucho, de absoluta independencia política, adoptara un rudo tono antisemita, siguiendo con ello una tendencia cada día más popular; por eso agregó a su título la palabra "Voelkisch" (racista). La rivalidad era el móvil por el que atacaba a menudo a Hitler y su partido. Pero a la sazón uno puede comprarlo, incluso el pasivo total.

Otra vez Roehm demuestra su superioridad. Convence a su jefe, el general von Epp, de la necesidad de que la *Reichswehr* procure a "su" partido un órgano periodístico. El general, que desde el derrocamiento del "gobierno de los Concejos", lleva, si bien no con justo título, el título de "libertador de Munich", no encuentra dificultades en conseguir la suma necesaria de parte de algunos "adherentes". Entrega a Dietrich Eckart 60.000 marcos, y así se compra el periódico, para que el Partido Obrero Nacional Socialista Alemán tenga su órgano.

EL NACIMIENTO DEL "FÜHRER"

Pero los éxitos deslumbrantes de Hitler disminuyen el brillo del movimiento. La escisión dentro del partido ya no puede ser disimulada. Han llegado a formarse dos bandos; el uno sigue adherido a los fundadores del partido: Drexler, Koerner y Berchtold; el otro es capitaneado por Hitler y sus amigos: Dietrich Eckart, Feder, Alfred Rosenberg y el joven estudiante

Rudolf Hess. Hermann Esser —aquel joven de mala reputación, pero el mejor orador después de Hitler— no se decide en favor de ninguno de los dos.

Hitler, altivo, guarda distancia del círculo de los fundadores que, llevando todos ellos una vida de proletarios, quieren ser burgueses y toman muy en serio la amistad con la gente distinguida con que Hitler intima. Sin embargo, una vez por semana Hitler les complace comiendo con ellos en una cervecería situada cerca del "Isartor"; pide, entonces, un plato barato, diciendo que sus medios no le permiten comer todos los días en restaurante. Pero ellos no se lo creen. ¿Acaso no le permiten sus medios hacer viajes a Berlín? ¿Acaso no toma, en Berlín, lecciones de gimnasia vocal en casa de un actor? ¿Acaso gasta menos en compañía de Dietrich Eckart, que prefiere el vino de Borgoña, o en la de Alfred Rosenberg, o en la de Rudolf Hess, con quienes se da cita todos los días? Hay que comprender a todos esos malcontentos que en un principio habían sido fascinados por Hitler: existe una relación íntima, algo como un amor no correspondido. Pero le tienen también envidia a aquel hombre que registra éxito tras éxito, y sólo en último lugar les inquietan dudas de carácter político. Hombres como Drexler o Koerner tienen a Hitler por muy temerario; están convencidos de que algún día el edificio va a desplomarse de una manera muy trivial, y que el Partido Obrero Alemán quedará cargado de deudas que los socios nunca podrían saldar.

Hermann Esser es uno de esos malcontentos. Siente que, pese a sus éxitos como orador, Hitler le tiene en poco, que Dietrich Eckart y Rosenberg le desprecian, por conceptuarle hombre de mala vida; que Feder quiere expulsarle del partido, y que le esquiva Rudolf Hess, hombre sin importancia e incapaz de proferir en público ni una frase. Empieza a incitar a Anton Drexler: ¿cómo puede él, fundador y presidente del partido, conformarse con hablar siempre en esas reuniones de menor importancia, allá afuera, en la provincia, mientras que Hitler cosecha triunfos en el circo "Krone"?

Existen enemigos todavía más peligrosos. El Partido Socialista Alemán es un movimiento muy parecido al NSDAP. Su dirigente más activo es el profesor Julius Streicher, que vive en Nuremberg. Dentro de su grupo, Streicher también tiene que defenderse contra enemigos solapados y declarados, y el atacarle a Streicher resulta tanto más fácil, cuanto que no es hombre sigiloso como Hitler: trata, al contrario, de vivir su vida privada, poco ejemplar, a la vista de todo el mundo. Su conciencia individual no es inferior a la de Hitler; todavía no piensan en erigirse en dictadores de Alemania, pero tanto el uno como el otro aspiraban a la jefatura del movimiento antisemita en Baviera. No ha escapado a su atención la escisión dentro del Partido Obrero Alemán, y confabulándose con Drexler, de quien intenta servirse como testaferro, prepara el golpe contra Hitler. Hermann Esser, amigo de Streicher, está enterado, cuando menos, de la intriga y no protesta contra la traición que Drexler está por cometer. Con esos tres hombres viene a reunirse un doctor Dickel, subjefe del partido de Streicher en Augsburgo; allí corre el límite geográfico entre las dos zonas de influencia. Dickel dará la señal para el ataque.

Julio de 1921. Hitler se encuentra en Berlín. Vive en casa de Bechstein, toma lecciones de gimnasia vocal y frecuenta el "Nationaler Klub". El conde Yorck von Wartenburg le dice que traslade el centro del movimiento a Berlín. Al mismo tiempo se hacen, también, en Munich preparativos para trasladar hacia el norte la sede central del partido; Drexler se encargará de la dirección central; Hitler puede seguir haciendo propaganda en Munich. Pero Dietrich Eckart ha olfateado algo y manda a Hitler un telegrama diciéndole que regrese inmediatamente.

Hitler va a demostrar cómo se sale airoso de una crisis. Se podría decir que todos luchan por el alma de Hermann Esser. Este se había granjeado la amistad de Hitler, pero luego supo que el Führer había dicho a otros: *Sé que Esser es un canalla, y sólo me valgo de él en tanto le precise para mis fines.* Al regresar de Berlín, Hitler dijo, encolerizado, a Drexler: *Perro, canalla, más grande de todos los idiotas...* Bien sabe que Drexler es hombre de bien, y Esser todo lo contrario, pero en ese lance no debe vacilar: o amigo o enemigo. Hitler se retira del partido. Rudolf Hess, amigo íntimo, se dirige por primera vez al público; en la carta arriba mencionada que se publicó en el *Voelkischer Beobachter*, dice: *¿No veis que aquel hombre es "el" Führer, y que nadie, fuera de él, es capaz de hacer triunfar la causa?*

Antes que los adversarios recobraran el conocimiento, Hitler ya había ganado la batalla. Porque Hitler representa la pujanza, el renombre y la fortuna del partido; los socios no tardan en darse cuenta de lo insustituíble que es. De parte de Hitler están: Dietrich Eckart, propietario del *Voelkischer*

Beobachter; la *Reichswehr* y la policía. Epp, Roehm, Poehner y Frick son los que, sin intervenir personalmente, hacen triunfar a Hitler. Sin Hitler, el partido está condenado a desaparecer. Esser, que comprende perfectamente la situación, toma el partido de los batallones fuertes; Drexler queda aislado. No puede hacer otra cosa que someterse, salvando al menos el decoro. En dos asambleas generales, el 26 y el 29 de julio de 1921, Hitler dicta las condiciones de paz. Anton Drexler es nombrado presidente de honor, es decir, privado de toda influencia; eligen a Hitler primer presidente del partido y le revisten de amplios poderes; a partir de entonces no hay más subcomisiones ni juntas consultivas, sino sólo "ponentes" que informan al Führer y reciben sus órdenes. Parte de los fundadores del partido se retiran. Contra alguno de ellos, Hitler entabla pleito por ultraje: habrían hecho circular hojas volantes en que le difamaran. En la vista tiene que contestar a la pregunta capciosa de si Hermann Esser, su compañero de lucha, es un canalla. Hitler: *La verdad, Esser es un hombre muy joven. A mi juicio, uno no debería meterse en política antes de haber cumplido los treinta años.*

Julius Streicher vuelve, silencioso, a Nuremberg. Ya no sueña con derribar a Hitler. Quisiera, sin embargo, seguir aparentando igualdad de derechos e independencia. Al cabo de un año concluye por someterse. Hitler no le guarda rencor.

Hitler es, desde el 29 de julio de 1921, el Führer del movimiento nacionalsocialista, en el sentido que hoy conocemos. Para afianzar su posición, confía a Max Amann, amigo íntimo, la administración del partido.

Declara, además, que Munich seguirá siendo el centro del movimiento: nunca se trasladará al norte. Todavía no puede irse de Munich, ya que con ello mermaría su ascendiente sobre el partido. Y aún queriéndolo, no puede: el movimiento se basa en los militares de Munich, que no puede llevar consigo.

LOS COMIENZOS DE LA SA

Esta amistad con la *Reichswehr* va a ser sometida a una dura prueba.

Las primeras experiencias le habían enseñado a Hitler que lo que más importaba en una manifestación pública no eran los discursos, sino que en ellas debe haber vida, movimiento, animación y... finalidades.

Ello no se engendra por sí solo. Hay que provocarlo. Ya hemos visto cómo se procede para "crear ambiente". Pero aquellos "soldados políticos", cuya tarea consistía en introducir en las reuniones el momento dramático, vienen a formar un cuerpo especial. Terminadas las reuniones, esos individuos destinados a "proteger las reuniones" y a "mantener el orden", formaban en fila y pasaban por las calles de la ciudad, cantando canciones, tales como:

¡Expulsad a toda esa judería,
Expulsadla de nuestra Alemania!
¡Hacedla que vuelva a Jerusalem,
A reunirse con la tribu de Sem!

O esta:

Aun cuando nos untasen las suelas con caviar,
¡No nos dejaremos por Ebert gobernar!

Aquella gente se siente tanto más orgullosa cuanto que esas marchas constituyen una contravención a un edicto policial, y tanto más segura cuanto que la policía hace la vista gorda. ¡Guay del "marxista" o del judío que crucen el camino de tal partida! Media docena de hombres atentos —con orgullo lo cuenta el nacionalsocialista Czech-Jochberg en su biografía de Hitler— se salen de la cuadrilla y el desgraciado ya está en el suelo, bajo las botas de los nacionalsocialistas, que le pisotean a ciegas. Tales grupos de asalto recorren la ciudad durante horas enteras. Los capitanes son Emil Maurice, relojero de profesión, y Christian Weber, tratante en caballos.

Corren a judíos. Una vez les cae en manos un señor muy elegante, que tiene la nariz aquilina y la tez trigueña; protesta vivamente: no es judío, sino cónsul de una gran república sudamericana. Le empujan hacia un obscuro rincón y examinan aquella delicada parte del cuerpo donde los circuncisos se distinguen de los incircuncisos. Aquella gente tiene por principio el actuar siempre con superioridad numérica. Así llegan a ser dueños de la "calle". La policía les ayuda, en cuanto que les deja hacer.

Estos fueron los comienzos de la SA.

Pero estos comienzos, lo mismo que los del partido, están inseparablemente unidos a la figura de Ernst Roehm. Roehm

fundó el partido, no para apalear a judíos ni para ahuyentar a los ciudadanos de la calle. Roehm quiere que en Alemania exista un gran ejército clandestino, que represente un múltiplo de los cien mil hombres del tratado de paz. Roehm dispone de armas, que tiene escondidas. Roehm busca hombres para sus armas.

Hitler, por otra parte, no quiere que los oficiales hagan de su SA una *"Reichswehr* clandestina", sobre la cual él, en realidad, no tendrá ya influencia alguna. Se opone y provoca un conflicto con Roehm:

Hitler: La sección de asalto del NSDAP se propone tareas más importantes que la de una educación militar, la que, teniéndose en cuenta la situación actual, no podría ser sino insuficiente. La SA ha de salir a la calle, donde represente poderosamente al partido. Ella hará la propaganda "activa", que es el complemento de la "hablada".

Roehm: Los hombres de la SA han de ser instruídos, puesto que ellos son los más aptos y los de mayor confianza. La instrucción militar es, por lo demás, imprescindible para la lucha final contra el comunismo.

Hitler: Para la lucha final contra el comunismo es necesaria, en primer lugar, la educación política, y sólo en segundo lugar la militar.

Roehm: Las organizaciones armadas, que están compuestas de voluntarios, son actualmente nuestra única esperanza de reconstruir algo que sea parecido a nuestro ejército de antes. La SA no puede negarse al deber de contribuir a la reconstrucción.

Hitler: Organizaciones armadas cuyos integrantes voluntarios se reúnan una vez por semana para ser instruídos, no tienen ningún valor desde el punto de vista militar. Y no pueden tener valor, en tanto que el Estado no tenga la voluntad de crear un nuevo ejército.

Roehm: Si el Estado, esto es, el gobierno, no quiere crear un ejército, los hombres decididos deben hacerlo contra la voluntad del gobierno. Apoyándose en tal ejército, los dirigentes militares derribarán algún día el gobierno, para hacer frente, luego, al enemigo exterior.

Hitler: No se puede derribar el gobierno sino apoyándose en un movimiento político; mientras el ejército no se oriente en un sentido político, fallará lo mismo que cuando el "Kapp-Putsch". Resulta, por lo demás, imposible instruir una tropa

si no se tiene el poder correccional absoluto para disciplinarla, y con respecto a las organizaciones armadas, las leyes en vigor no permiten la aplicación de tales medidas.

Estos eran, más o menos, los términos en que Hitler y Roehm formulaban sus conceptos. Esta divergencia vuelve siempre a surgir entre los amigos, y consideradas bien las cosas, esta misma divergencia es la que conduce al espeluznante final de sus relaciones amistosas.

TERRORISMO

Fué el período de los asesinatos por motivos políticos.

El conde Arco-Valley mató, el 21 de febrero de 1919, al socialista Kurt Eisner, presidente del Consejo de Ministros de Baviera. Dos años más tarde, Schulz y Tillessen mataron al ministro Erzberger. Toda una banda mató, el 24 de junio de 1922, al ministro Rathenau. Mataron al diputado socialista Gareis. Mataron a otros muchos hombres, en su mayoría pobres diablos, afiliados a las organizaciones clandestinas, y de quienes sus jefes desconfiaban. Un profesor Arnold Ruge, antisemita fanático, inventó para esos asesinatos la palabra cínica "umlegen" (suprimir). De vez en cuando arrestaron tal o cual individuo sospechoso de haber cometido uno de aquellos asesinatos; pero todos fueron absueltos. Arrestan al primer jefe de la SA, teniente Klintzsch, de quien se sospecha que está implicado en el asesinato de Rathenau; pero el ministerio público le absuelve por falta de pruebas. Klintzsch es puesto en libertad, e Hitler, para agasajar a aquél, convoca el partido, y declara: *La incriminación de haber asesinado a Rathenau hará que la SA siga apegada a Klintzsch, más que antes.* Todos esos sospechosos son gente del círculo de conocidos de Roehm; algunos de ellos, tales como el asesino Heines y los tenientes Neunzert y Bally, son amigos íntimos de él.

Con esa gente, Hitler conquista Munich. Dijo, más tarde —también en "Mi lucha"—, que esa tropa estaba destinada exclusivamente a proteger y defender las reuniones. ¡No hay afirmación más ridícula! El 4 de enero de 1921 declaró en público: *El movimiento nacionalsocialista en Munich estorbará —aun a la fuerza, cuando fuera necesario— todas las reuniones y conferencias que podrían ejercer una influencia desmoralizadora sobre los ciudadanos, endebles de suyo.* Es que Hitler atacó según lo preanunciara, y si el partido habla hoy en día de

sus muertos, el historiador tiene el deber de añadir que esos muertos, considerados desde el punto de vista histórico, han caído como atacantes, muertos en legítima defensa.

Hitler visita también las pequeñas ciudades, va a Ingolstadt y a Koburg. Si ataca a los adversarios, con superioridad numérica, la policía está mirando, con los brazos cruzados, o no se la ve siquiera; pero si es atacado, la policía aparece, despeja el "campo de batalla", separa a los combatientes y arresta a los "rojos". Al frente de una banda armada de pesados palos de roble, invade la sala donde un tal Ballerstedt, serio rival en la lucha por las simpatías del pueblo, dirige una asamblea. Hitler y Esser, con los bastones en los puños alzados, se abalanzan contra la tribuna y cae una lluvia de golpes sobre Ballerstedt. La policía no interviene: el pobre vigilante sabe que Hitler tiene mil veces más valimiento con sus superiores que él mismo; tímido, dice a Hitler: *Señor Hitler, usted ve que hay muertos. ¡Haga usted entrar en razón a su gente!* Hitler echa una mirada triunfante por sobre el campo de batalla, y dice, condescendiente: *Bueno, hemos logrado nuestro propósito: ¡esta noche Ballerstedt ya no hablará!* Y sale con "los suyos". Ballerstedt, sin embargo, no se calla; transcurren, sí, seis meses; pero tampoco las autoridades judiciales de Baviera pueden hacer menos de citar a Hitler. Y le condenan a tres meses de prisión. Pero le conceden el llamado plazo de prueba, quiere decir que de los tres meses no tiene que cumplir más que uno, con tal de portarse bien durante cinco años. No nos olvidemos de esos dos meses que no tiene que cumplir, porque ellos serán de importancia mundial. Transcurren otros seis meses. Y entonces ni los amigos más influyentes pueden preservarlo del cumplimiento de cuatro semanas de arresto.

Pero la prisión viene a ser un éxito, puesto que Hitler sale de ella transfigurado en mártir. Las "luchas en las salas" son éxitos, dado que Hitler sale siempre triunfante. La SA es un éxito, ya que Hitler es su Führer. En toda Baviera, Hitler es el mejor orador, el luchador más temido, el político más interesante. Hitler está siempre en contacto con el público. "Hitler" es el tema de todas las conversaciones entre la gente humilde. Hitler hace rabiar a sus enemigos, que le desprecian, y a los que él odia, aunque este su odio es, precisamente, lo que les da rabia. Cuando Hitler empezó a pronunciar sus discursos, los secuaces aprendieron a rezar: *¡Hitler tiene razón en todas las cosas!* Desde que Hitler sale a la calle para armar camorra,

tanto los amigos como los enemigos empiezan a preguntarse: *¿Qué es lo que Hitler va a hacer?* El partido todavía no es grande, aunque no tiene que esforzarse por llenar las salas; pero el público ya ha caído en la cuenta de que aquella gente está dispuesta a proceder. Y otra vez Alemania va a atravesar un período en que un hombre resuelto y seis secuaces puedan promover un golpe de Estado.

EL EJERCITO CLANDESTINO

En enero de 1923 estalla el llamado "Ruhrkrieg" (invasión de las provincias renanas).

Alemania no había observado exactamente el plazo para las "entregas en especie". Francia aprovecha la oportunidad y ocupa la cuenca del Ruhr, que es el mayor centro industrial y donde se encuentran los yacimientos carboníferos más extensos de Alemania. El Reich, falto de armas y de soldados, contesta con la "resistencia pasiva". Es la guerra de una nación desamparada. No se producen tiroteos. No hay muertos. Alemania, sin embargo, sufre bajo este sacrificio de energías. Hay que pagar a los obreros que están en huelga; los industriales piden indemnizaciones de daños y perjuicios causados por el paro; los franceses atraen a la población por medio de su moneda estable y de alto valor, y apoyan, además, cierto movimiento separatista: para que la población siga haciendo frente a todo eso, Berlín tiene que enviar dinero. El *Reichsbank* (Banco del Reich), bajo su presidente Havenstein, persigue, desde hace algunos años, una política desastrosa, y precisamente con el objeto de demostrar al mundo la imposibilidad de que Alemania pague las reparaciones: esto se consigue muy sencillamente mediante la desvalorización del marco alemán. ¡Inflación!

Son ricos los que poseen "valores reales", tales como fábricas, granjas o tiendas. Empobrecen quienes reciben jornada o sueldo, quienes poseen una fortuna en marcos alemanes, quienes tienen una libreta de caja de ahorros.

Y ¿qué es lo que hace Hitler? El no se cansa de decir a las masas que los agiotistas judíos explotan al pueblo, y que la única salvación consiste en la abolición de la servidumbre impuesta por el interés. ¿Cómo no han de creerle todas aquellas empleadas, criadas, viejecitas, pequeños rentistas y poseedores de libretas de caja de ahorros?

Dice, también, que el "Ruhrkrieg" es una empresa de los

aglotistas judíos, la que persigue el fin de despojar al pueblo alemán. Y esta es otra solemne mentira. Porque los que se benefician con el "Ruhrkrieg" son los industriales, que se tragan las subvenciones, y que, gracias a la inflación, pueden exportar sus productos a precios bajos. Hitler dice que el "Ruhrkrieg" es un embuste, puesto que no se trata de un "Krieg" (guerra), sino sólo de un negocio: *A un enemigo como es el francés, no le podemos matar con oraciones, ni con el trabajo, ni, mucho menos aun, con estar ociosos. Hay que luchar con las armas.*

¿Con qué armas? ¡Alemania no posee armas!

Si sesenta millones de hombres no fuesen animados sino de la voluntad de hacerse nacionalistas fanáticos, ¡las armas brotarían del puño!

Había ingenuos que tenían tales palabras por disparates; pero Hitler sabía lo que decía: pensaba en las armas que el ejército mantenía escondidas. Sí, sabía también que esas armas empezaban a oxidarse y que no eran suficientes para una guerra; pero tenía, además, la certeza de que nadie le exigiría que cumpliese su promesa. Lo que le importaba era tener una consigna para la lucha interna que había de sostener contra un nuevo frente.

La *Reichswehr* está levantando tropas para su ejército clandestino, engancha "voluntarios temporarios", forma una tropa clandestina y ultima los preparativos para la guerra. Las organizaciones armadas constituyen el núcleo del nuevo ejército, y la SA tiene que incorporarse — lo quiera Hitler o no.

La *Reichswehr* pretende que la SA tome parte en los combates contra los franceses. A ello se oponen el gobierno y el ministro de la Defensa Nacional. Pero los oficiales lo quieren así. Se habla, al pronto, de una guerra contra Polonia; pero bien se sabe que esto significa también la guerra contra Francia. En Baviera es otra vez Roehm el que organiza todo. Hitler no puede impedir que la SA se le deslice, y para nada le sirve el haber nombrado, entretanto, jefe de la SA a un hombre bien conceptuado como militar, y a quien él mismo tiene en mucho: Goering, capitán de aviación. Roehm logra hacer de la SA una tropa de diez mil hombres adiestrados como una división.

¿Cómo puede oponerse Hitler? ¿No ha dicho él mismo que hay que luchar con las armas?

Sí. Pero no mientras en el interior el "enemigo" de izquierda, el marxista, el judío y el pacifista puedan asestar la "puñalada

traidora". Primero hay que pasar por las armas a toda aquella "chusma".

¡No abajo Francia! ¡No! Nuestra consigna es: ¡Abajo los criminales de noviembre!

Todos los ciudadanos alemanes, sin ninguna excepción, estaban experimentando el despertar de la conciencia nacional, los sindicatos socialistas sostenían en la cuenca del Ruhr la lucha de los brazos cruzados, y obreros socialistas, bajo el comando de sus líderes, suprimían, en luchas sangrientas, los movimientos separatistas en las provincias renanas. En tales momentos exclamó un Hitler: *¡No abajo Francia! ¡No! Nuestra consigna es: ¡Abajo los criminales de noviembre!* Sólo pocos de sus propios amigos le comprendieron.

PALABRA DE HONOR Y BENDICION DE LAS BANDERAS

El doctor Schweyer, ministro del Interior, prohibe en enero de 1923 una asamblea general del NSDAP, temiendo que Hitler fuera a realizar un "putsch". Ya algunos meses antes de la manifestación, hizo venir a Hitler y le advirtió que no cometiese tonterías; le costarían caro. Hitler se levanta de golpe, y con la mano sobre el corazón, dice en alta voz: *Señor ministro, ¡palabra de honor! ¡En mi vida haré un "putsch"!* Pero Schweyer no le tiene confianza; le alarma al ministro la afluencia a Munich de miles de miembros de la SA. La asamblea general es prohibida. Hitler va a toda prisa a hablar al señor Nortz, nuevo jefe de policía, y hace una escena como éste nunca la había visto. Hitler ruega, amenaza, llora, se arrodilla, abre los brazos y exclama: *Señor jefe, ¡déjeme usted hacer la marcha! ¡Le doy a usted la garantía de que no ocurrirá nada!* Pero todo ello es en balde. Si la asamblea general queda prohibida, Hitler pierde el ascendiente sobre su gente. Roehm se atreve a presentar el asunto a su superior, el general von Epp, y le suplica que interceda. Epp habla del caso al comandante de la división bávara de la *Reichswehr*, general von Lossow. Roehm está esperando en la antesala. De pronto se abre la puerta y Lossow se asoma: *¿Puede usted hacer venir a Hitler? —¡En seguida!*. Roehm llama a Hitler y éste explica el asunto al general. *Fué un caso sumamente insignificante, y el señor Hitler no me pareció persona digna de interés*, dijo Lossow más tarde. Sin embargo, no cree que Hitler sea hombre peligroso, y esto es lo que importa. Pero: *El ministro Schweyer desconfía de*

usted. ¿Podría usted empeñar su palabra de que no alterará la tranquilidad y el orden?

¡Eso es demasiado! Hitler pierde su estudiada serenidad. Hace dos meses que dió su palabra al ministro. ¿Ya lo olvidaron?

Al ministro Schweyer ya no le daré ninguna palabra de honor —prorrumpe—, *pero a Vuecencia le doy mi palabra de que no haré un "putsch" el 26 de enero. El 28 de enero volveré a presentarme a Vuecencia.*

El general sonríe. Si el general von Epp se interesa tanto por ese exaltado cursi, no hay inconveniente en complacerle intercediendo por él. Lossow ruega al gobierno de Baviera que permita a Hitler celebrar, aunque con algunas restricciones, la convención del partido. Esta tiene lugar y no pasa de ser una simple manifestación con motivo de la bendición de banderas: nada de "putsch", ni de riñas siquiera. Hitler, que ha triunfado —podría decirse— sobre el gobierno, tiene, ante su gente, la autoridad absoluta y se vale de ella. Destituye a Koerner, segundo presidente, uno de los fundadores malcontentos. Ello causa profunda sensación en los ánimos de esa gente humilde: cuando Drexler, presidente de honor, sube a la tribuna para saludar a la asamblea, se desmaya ante aquellos millares de hombres.

Hitler no olvidará que fué Roehm el que le salvó.

El partido se hace grande. El *Voelkischer Beobachter* aparece, desde el 8 de febrero de 1923, todos los días. Hitler mismo y Max Amann compran los muebles de oficina. Hitler saca la cartera, que está llena de billetes de banco checos. El señor que les atiende se extraña mucho; Hitler lo nota: *La "Ratsch - Kathel"* (mote injurioso que habían puesto a la *Muenchener Post*, órgano de la socialdemocracia— *pregunta siempre de dónde conseguimos dinero; mire usted: los alemanes residentes en el extranjero nos envían de todas partes moneda extranjera, porque, desde que obramos nosotros, ellos han vuelto a poner sus esperanzas en Alemania.*

Un mes después nombra a Alfred Rosenberg redactor en jefe. Eckart es todavía el editor; todavía representa el dinero que diera el general von Epp. Los medios de la señora Gertrud von Seidlitz, natural del "Báltikum", y una suma que le adelanta el amigo Hanfstaengl, ponen a Hitler en condiciones de comprar el diario. Eckart se retira. Quiere la casualidad que ofrezcan a Hitler una rotativa americana para la impresión de diarios de tamaño muy grande; la compra, y el *Voelkischer Beobachter* viene a ser, en cuanto al tamaño, el diario más grande de Alemania.

Hanfstaengl precisa el dinero que había adelantado a Hitler, y como éste no puede pagar, Hanfstaengl cede la deuda a Christian Weber, tratante en caballos y subjefe de la SA. Weber acosa a Hitler con todos los medios que se usan para hacer caer a uno en la "servidumbre impuesta por el interés"; manda embargar los automóviles de la editorial y se comporta "peor que un judío".

Tenemos que mencionar al escritor judío Arthur Trebitsch, de Viena. Trebitsch era un antisemita fanático, creía en la autenticidad de los "Protocolos de los Sabios de Sión", y dijo a todo el mundo que pocos conocían como él la influencia funesta de la raza judía, ya que pertenecía a ella. Escribía libros y artículos contra los judíos. Colaboraba en el *Voelkischer Beobachter;* durante sus últimos años cambiaba de domicilio casi todos los días, debido a que —según decía— "los Sabios de Sión" atentaban contra su vida. Trebitsch descendía de una familia acaudalada. En 1921 entregó a Hitler una suma que se calcula en unos treinta mil marcos. Cuando, retirado y casi demente, había muerto en un pueblo cerca de Praga, el *Voelkischer Beobachter* dedicó un artículo necrológico a ese judío extraordinario.

HITLER ROMPE CON LA REICHSWEHR

No siempre puede Roehm intervenir y salvar a Hitler. Este extrema las cosas. El 1º de mayo de 1923, los socialdemócratas y los comunistas celebrarán, como siempre, la fiesta mundial del proletariado. Hitler tiene la intención de concentrar la SA y algunas organizaciones militares, para disolver a la fuerza aquella manifestación roja. Pide a la *Reichswehr* que le entregue armas por un día. Hitler se presenta ante Lossow y le ruega que le dé armas. Lossow le contesta en tono cínico: *No me importa que usted me reproche la falta de palabra; no le doy armas.* Le advierte a Hitler que no emprenda nada contra los socialistas; la "autoridad" intervendría sin guardar miramientos, y el señor Hitler se resentiría de ello.

Hitler espumajea de rabia. Así se procede: palabra contra palabra, falta de palabra contra falta de palabra. Pero él no cede. Manda distribuir volantes que advierten: ¡Mujeres y niños, no salgáis mañana a la calle! Empiezan a cundir

rumores de que se mataría a los rojos como perros rabiosos. Roehm se subleva, hace abrir los cuarteles, e Hitler manda a su gente a buscar las armas — contra la orden de Lossow. En la mañana del 1º de mayo, varios millares de miembros de la SA aparecen armados.

Pero ahora Hitler desfallece. Ya no se atreve a dar el "golpe". Sale con sus hombres armados fuera de la ciudad, lo más lejos posible de los adversarios socialistas. Acompañado de Kriebel, consejero militar, Goering y el subjefe Brueckner, pasa allí por entre las filas de su gente, sin saber qué hacer. Pero Lossow, exasperado por el robo de armas, y disgustado con la deslealtad de Roehm, hace un escarmiento. Ordena que las tropas regulares cerquen a Hitler, y le constriñe a volver a llevar las armas a los cuarteles. Hitler tiene que rendirse. Roehm no acude en su socorro.

¿Por qué se rindió Hitler? Porque sólo piensa en realizar una revolución fascista, y como revolucionario fascista, nunca cometerá "actos ilegales". La revolución fascista no recurre nunca a tales medios. El revolucionario fascista no hará "su" revolución sino "con permiso del señor presidente". El 1º de mayo de 1923, Hitler se rebeló contra la *Reichswehr*, esto es: contra el presidente. Lo hizo por haberse formado un juicio equivocado sobre la situación. Pero, siendo fascista, tuvo que ser consecuente. Esta es la razón por la que se rindió.

Hitler reconsidera su política. El pacto con el ejército constituye para él una ventaja decisiva, pero si se repite un golpe como el del 1º de mayo, el partido se disgregará. Hitler da un paso peligroso: rompe con la *Reichswehr*. Pronuncia todavía algunos discursos y se retira luego a Berchtesgaden, donde no sólo busca compañía alegre para olvidar sus penas, sino que también reflexiona mucho. Los primeros resultados de esas reflexiones son el principio de un libro que más tarde publicará bajo el título de "Mi lucha".

CAPITULO X

EL "PUTSCH"

EL COMISARIO GENERAL DEL ESTADO

A principios de septiembre, tras un largo silencio, Hitler vuelve a presentarse en público. El 2 de septiembre, aniversario de la batalla de Sedán, las organizaciones patrióticas celebran una gran manifestación en Nuremberg. —El 2 de septiembre será, a partir de entonces, la fecha en que se celebrarán las convenciones del NSDAP—. La figura descollante en el congreso de Nuremberg es el general Ludendorff, generalísimo durante la guerra mundial, ídolo de la juventud nacionalista, y que vuelve a tomar parte activa en la política alemana. Sin saber qué hacer, Hitler está, sombrío, al lado del general. Pero los miles de hombres que desfilan ante los dos, creen vislumbrar una coalición entre Ludendorff e Hitler.

El desarrollo de la situación política viene a favorecer a Hitler.

El 24 de septiembre de 1923, el nuevo gobierno del Reich, bajo el doctor Stresemann, resuelve no continuar el "Ruhrkrieg".

En Munich se reúnen, el 25 de septiembre, sumamente alarmados, los dirigentes del llamado "Deutscher Kampfbund"; esta es una federación fundada en Nuremberg el 2 de septiembre, a la que está adherido también el NSDAP. Acude, además, el representante del "Bund Oberland", doctor Friedrich Weber, veterinario; otra organización es la "Reichsflagge", bajo el capitán Heiss, que, sin embargo, rompe con Hitler al cabo de poco tiempo. Concurren Roehm y Goering. Y asiste también Scheubner - Richter, ese obscuro aventurero del Este, a quien Hitler, desde algún tiempo, tiene en mucho, y con el cual se consulta a menudo sobre asuntos políticos. La reunión ha sido convocada por Roehm; Roehm ha redactado el programa; Roehm ha fijado el objetivo. Y ahora entra en escena Hitler. Es, en verdad, un gran orador. Perora por espacio de dos horas

y media. Trata de convencer a los camaradas, y concluye por rogarles que le nombren, por unanimidad, jefe político. Heiss se levanta de golpe y, con los ojos inundados de lágrimas, le tiende la mano. Llora Roehm. Hasta el doctor Weber, hombre indiferente, está conmovido.

Hitler es nombrado jefe político del "Deutscher Kampfbund". Ayer, orador de un partido alborotador; hoy, jefe de las más poderosas organizaciones armadas de Baviera. Acontecimiento, éste, que no deja de tener consecuencias inmediatas.

El gobierno de Baviera teme que Hitler prepare un "putsch". Por tal razón suspende, el 26 de septiembre, las garantías constitucionales y nombra al doctor von Kahr comisario general del Estado, con autoridad dictatorial. Este, hombre muy popular, que antes fué presidente del consejo de ministros, ha de desviar a la gente de Hitler y contrariar las acciones de éste, aun a la fuerza, cuando fuera necesario. Pero el señor von Kahr no tarda en mostrarse absolutamente incapaz. Con su primera medida exaspera a Hitler: Kahr prohibe catorce grandes reuniones que Hitler iba a celebrar simultáneamente, en una misma noche. Llenar de un golpe catorce salas, e ir luego en coche de una a otra, es algo que ya muchas veces dejara estupefacto al público. Hitler está hecho una furia. *¡Catorce reuniones!*, grita; *¡por sólo catorce reuniones se alarman esos señores! ¡Qué dirán cuando los primeros mil cuatrocientos, no, los primeros catorce mil, sean colgados de los faroles!* Dice a un colaborador: *¿Conoce usted la historia romana? Yo soy Mario, Kahr es Sila. Yo soy el conductor del pueblo, él es el representante de la casta directora; pero puede usted estar seguro de que esta vez va a triunfar Mario.* Como que Sila era más fuerte, Mario tuvo que llegar, bien o mal, a una inteligencia con él.

REVUELTA CONTRA BERLIN

La burguesía, que en enero abogó por el frente único de todos los alemanes, volvió a combatir al "enemigo interno", el marxismo. Hasta Stresemann maniobró en tal sentido, haciendo que los socialdemócratas se retirasen del gobierno. En Baviera, la lucha contra Berlín llegó a ser la "gran causa". También los comunistas ultimaron los preparativos para la lucha. En Hamburgo se produjeron choques callejeros. En Sajonia y Turingia, los comunistas formaban parte de los gobiernos respectivos. Todo eso brindó al ejército la oportunidad de intervenir en su calidad de guardián del orden, dando el golpe contra la izquierda. Inmediatamente después de Baviera, el Reich suspendió las garantías constitucionales. Los generales que entonces representaban el poder ejecutivo civil, destituyeron en Sajonia el gobierno socialista, pero no emprendieron acción contra Baviera, que, bajo la influencia de los derechistas radicales, se había sublevado a los ojos de todos. Es que Kahr había persuadido al general von Lossow de que se sublevase abiertamente contra Berlín, tomando a su división el juramento de lealtad para con el gobierno de Baviera. La razón de ello residía en lo siguiente: el gobierno del Reich había suprimido el *Voelkischer Beobachter;* a Lossow, representante del poder ejecutivo, le incumbía ejecutar la orden, pero, por complacer a Hitler, se negaba — de ahí el conflicto, que Kahr no tardó en extremar. Kahr, Lossow y el coronel von Seisser, jefe de policía de Baviera, representaban desde entonces un triunvirato que constituía el verdadero gobierno de Baviera.

Se había producido un cambio radical de la situación. Ya no existe el frente único de los adversarios de Hitler. El gobierno de Baviera y la división bávara del ejército se han sublevado contra Berlín. Hitler ha vuelto a proceder contra el presidente del Reich.

Con breves intervalos va a ver a Lossow. Se reconcilia con él. Deben olvidar sus divergencias anteriores, puesto que ahora tienen intereses comunes y están amenazados por los mismos peligros. Lossow debe sacar las consecuencias luchando, con toda su autoridad y con todas sus fuerzas, contra el gobierno nacional, contra el presidente Ebert, contra Stresemann, contra los marxistas y contra los judíos; de lo contrario, es un hombre perdido después de haber roto con Berlín. *Si un jefe militar a quien han confiado tal poder se subleva contra su superior,* dijo Hitler, *debe estar resuelto a jugar el todo por el todo, o no es más que un simple insurrecto y rebelde, y, entonces, debe caer.* Esto es de una lógica indiscutible, y los acontecimientos le darán razón.

En todo el territorio del Reich se sublevan los dirigentes militares. Los jefes del ejército clandestino exigen de los generales que marchen sobre Berlín, que arresten a los miembros del gobierno nacional. Delante del palacio del presidente del Reich están de centinela dos soldados con cascos de acero. Sólo años después se sabe que aquellos centinelas habían sido

miembros de la *"Reichswehr* negra", enemigos del gobierno: el presidente del Reich ya había estado, sin saberlo, prisionero de los rebeldes. Pero los comandantes generales están esperando; el general von Seeckt, jefe supremo del ejército, llamado la "esfinge", no se inmuta.

Hitler vislumbra increíbles posibilidades. Si Kahr, Lossow y Seisser tienen coraje, Baviera puede dar la señal para la revolución militar. Lossow le pregunta si cree que los generales, en Prusia, harían causa común con los rebeldes bávaros. Pero Hitler sabe una fórmula que garantiza el éxito: hay que poner a Ludendorff al frente de la revolución, él es el ídolo de la *Reichswehr*. No a los jefes responsables, dice Lossow, ya que ellos siguen obedientes a sus superiores leales. *Ya lo creo*, contesta Hitler, *los generales, los coroneles, todos esos viejos tienen el riñón bien cubierto y por eso se arredran. Pero ni los oficiales del mayor abajo, ni los soldados, dispararán contra Ludendorff. Es como Napoleón en Grenoble.*

¡Hitler ha comprendido la lucha de los oficiales por la conservación de su clase!

Procuraba valerse de Ludendorff, lo mismo que de Kahr y de Lossow. La lucha, como él la intentaba, no debía ofrecer ningún riesgo; todas las autoridades habían de estar, desde un principio, de su parte. Su método consistía en granjearse siempre las simpatías de los gobernantes, y lo que anhelaba era la revolución "con permiso del señor presidente".

Pero este presidente, el señor Kahr, no estaba dispuesto a servir de instrumento a Hitler. Todo el país seguía con ansia los sucesos en Baviera, donde se estaba preparando algo misterioso. Kahr acariciaba la idea de erigirse a sí mismo en dictador de Alemania.

Kahr también siente la necesidad de apoyarse en la autoridad.

Los señores del norte (de Alemania) son espectros, le dice Hitler. El norte nos espera; si nosotros no ponemos manos a la obra, nadie lo hará.

EL 51 POR CIENTO DE LOSSOW

Hitler se extasiaba, al extremo de estar medio loco — así le parecía al general von Lossow, en cuya presencia aquél se comparaba con Gambetta y, ¡claro está!, con Mussolini. Al teniente mayor barón von Berchem, ayudante de Lossow, le dice:

Me siento llamado a salvar a Alemania. Berchem: *¿Junto con Ludendorff? Con respecto a la política exterior, Ludendorff es un personaje imposible.* Hitler: *¡Bah! Ludendorff no desempeña sino una función netamente militar. Le preciso para ganar a la Reichswehr. No se meterá en la política que hago yo — ¡yo no soy otro Bethmann-Hollweg!* — Pausa. Luego: *¿Sabe usted que también Napoleón al instaurar el Consulado se rodeó exclusivamente de hombres sin importancia alguna?*

La contrarrevolución no estaba dormida en el norte. Se llevó a efecto un "putsch" en Kuestrin, pero bien pronto éste fué dominado. Los miembros de la *Reichswehr* negra dijeron más tarde que el plan del "putsch" había sido denunciado al gobierno, y precisamente por iniciativa de Hitler, que tenía envidia a los del norte.

En una reunión del "Kampfbund" que tuvo lugar el 23 de octubre, Goering dió órdenes que explican todas las "pretendidas" atrocidades del año 1933 y que al mismo tiempo confirman todas las desmentidas. Según deposiciones hechas ante el juez de instrucción, Goering dijo: *Quien después de nuestro advenimiento al poder oponga la menor resistencia, será fusilado. Es menester que los subjefes señalen desde ahora a las personas que han de ser ejecutadas. Por lo menos una* (quiere decir: en cada lugar) *ha de ser fusilada inmediatamente después de la revolución, para hacer un escarmiento.*

Todo ello, digno de verdaderos revolucionarios, era demasiado horroroso para Kahr. Resolvió seleccionar. Con este fin convocó a los dirigentes de las organizaciones armadas para el 6 de noviembre, y junto con Lossow les echó un sermón. Prohibió cualquier golpe de Estado fuera del que él mismo estaba preparando. *La acción no empieza sino cuando todo esté listo. La orden la doy yo.*

Y Lossow, que los jefes del "Kampfbund" tenían asido del fiador de la espada, exclamó, desesperado:

¡Marcharé, por Dios, sí, marcharé, pero sólo cuando tenga un 51 por ciento de probabilidades de triunfo!

PANICO A ULTIMA HORA

Las palabras de Kahr convencieron a Hitler y Scheubner-Richter de que el dictador bávaro procuraba hacer un "putsch" por cuenta propia, sin los nacionalsocialistas y sin Ludendorff. Resolvieron anticiparse a Kahr.

Kriebel envió telegrama tras telegrama a sus fieles en toda la provincia. Unas maniobras fingidas servirían de introducción al golpe de Estado. Las fuerzas armadas del "Kampfbund" se concentrarían, con el objeto de hacer ejercicios nocturnos, en la alameda de Froettmaninger, al norte de Munich. A la mañana siguiente, el 11 de noviembre, miles de hombres armados inundarían la capital —siempre fingiendo un desfile—, proclamarían el "gobierno nacional" y colocarían a Kahr y a Lossow ante el hecho consumado. No dudaban de que éstos no se opondrían a seguirles, para legalizar así la revuelta.

El 8 de noviembre, el conde Helldorf fué a ver al general von Lossow. Acababa de llegar de la Alemania central. Era portador de malas noticias: allí todavía no estaban listos. Lossow perdió entonces el dominio sobre sí mismo:

Si en Berlín no viven sino eunucos cobardes, que no resuelven nada, Baviera sola no puede salvar a Alemania. Luego insinuó algo, cuyo significado trascendental tal vez no captara: *Si el norte ya no quiere luchar por su existencia, ello traerá como resultado — querámoslo o no— una separación.*

El conde, consternado, no tardó en ir a ver a Scheubner-Richter. Le dijo que los bávaros amenazaban con separarse.

Scheubner, que a la sazón dirigía los pasos políticos de Hitler, creía que para el movimiento racista había llegado el momento histórico para salvar a Alemania de la desmembración, de la católica "monarquía danubiana" y de los jesuítas. No debían contemporizar. Anticiparon la fecha del "putsch" para el 9 de noviembre, resolvieron no esperar la concentración de las tropas y no tomaron casi ninguna medida de seguridad militar. Hitler preparaba, en vez de una sólida batalla política, un golpe de mano "a la croata".

TONI, ¿PUEDES GUARDAR UN SECRETO?

El acaso le brindó una magnífica oportunidad. El señor von Kahr pronunció, la noche del 8 de noviembre, un gran discurso-programa en el "Buergerbraeukeller", sala que daba cabida a unas 3.000 personas. El llamado discurso-programa era, no una señal para el ataque, sino una colección de tópicos. Los concurrentes eran, no revolucionarios, sino ingenuos burgueses. Esta era, precisamente, la razón por la que Hitler creía que no encontraría dificultades de parte del público. Además de los colaboradores íntimos, el único que estaba enterado de sus planes era Poehner. Por la mañana, Hitler había ido a ver al ex jefe de policía, a quien no conocía personalmente, y le había dicho: *Voy a hacer mi "putsch"; ¿es usted de la partida?* Y Poehner, entusiasmado ante tal despreocupación, no vaciló en tomar parte.

El 8 de noviembre, Hitler se puso su mejor traje, un levitón, lo adornó con la Cruz de Hierro y llamó por teléfono al señor Zentz, consejero de comercio, quien había organizado la reunión; le pidió que no abriese la reunión hasta que él, Hitler, hubiera llegado. Pensaba rogar a Kahr que saliese, antes que éste hubiese tomado la palabra; le haría ver que el "Buergerbraeukeller" estaba cercado por la SA, y le comunicaría que había estallado la revolución nacional. Kahr se resignaría ante lo irremediable, metería en el bolsillo su discurso y proclamaría, junto con Hitler, el nuevo gobierno.

Pero a Kahr le indignaba el pedido de Hitler de que esperase. Y tomó la palabra.

Hitler, mientras tanto, iba en coche por la ciudad. A su lado estaba sentado Anton Drexler, que, ingenuo, creía que iban a una reunión, fuera de la ciudad. De pronto Hitler se volvió hacia el presidente de honor de su partido, para preguntarle: *Toni, ¿puedes guardar un secreto? Esta noche no vamos a Freising. A las ocho y media doy el golpe.* Drexler, sorprendido, captó la humillación. Repuso a secas: *Que tengas suerte.*

Llegado a la cervecería "Buergerbraeukeller", Hitler no logra acercarse a Kahr. La sala está repleta de gente, que se apiña también en el atrio. En cuanto llegue la SA, habrá muertos. ¿Qué hace Hitler? El, burgués vestido de levitón negro, se acerca al policía de guardia y le ordena que haga despejar el atrio y la calle, para evitar que se produzca cierta agitación en la sala. ¡El policía se cuadra y manda despejar!

Scheubner-Richter sube a un automóvil y va a Ludwigshoehe para buscar a Ludendorff. Este también quedó sorprendido al verse ante el hecho consumado.

EL TIRO EN EL "BUERGERBRAEU"

Kahr estaba hablando ya unos treinta minutos, cuando la SA llegó a ese establecimiento. Fué el "Stosstrupp Hitler" (tropa de choque). Sin encontrar resistencia, ocupó el atrio tan cuidadosamente despejado, y montó algunas ametralladoras. Fué obra de tres minutos. En estos tres minutos se impulsó la historia.

Estos tres minutos transfiguraron a Hitler: convirtieron a una de las muchas curiosidades de Munich, en una figura de la política internacional.

La policía miraba, con los brazos cruzados. El cabo llamó por teléfono a su superior; pidió órdenes. El superior no dijo: Arreste usted al señor Hitler; no dijo: Defienda usted al primer magistrado. El superior dijo: Mantenga usted el orden — en la calle; tenga paciencia; todavía no se sabe lo que pasa. Este superior, cumplidor de sus deberes, fué el gobernador civil doctor Frick, que más tarde obtuvo la cartera del Interior. Una hora después, Hitler le nombró jefe de policía de Munich.

Mientras tanto, Hitler y sus secuaces armados habían invadido la sala. Hitler, con una pistola en el puño, corrió hacia la tribuna donde estaba Kahr. La SA montó una ametralladora en la entrada. Hitler, ya no dueño de sí, subió a una silla, disparó contra el techo, bajó de la silla, corrió adelante. En la sala hubo un silencio de muerte. Un mayor de policía, cumplidor de sus deberes, le cerró el paso a Hitler. Aquél tenía una mano metida en el bolsillo; Hitler, temiendo que tuviese escondida un arma, le puso la pistola a la frente y gritó, como uno de los héroes de novelas policíacas: *¡Arriba las manos!* Intervino otro policía y torció el brazo de Hitler. El mayor atacado fué asesinado, diez años después, en el campo de concentración de Dachau.

Hitler subió luego a la tribuna, donde el señor von Kahr, pálido y desconcertado, había retrocedido algunos pasos. Gritó:

Ha estallado la revolución nacional. La sala está ocupada por seiscientos hombres armados hasta los dientes. Nadie debe salir. Si no se callan en seguida, mandaré montar una ametralladora en la galería. Los cuarteles de la Reichswehr y de la policía están ocupados —esto fué una mentira—, *la Reichswehr y la policía se están aproximando bajo la cruz gamada.*

Luego dijo, en tono imperioso, a Kahr, Lossow y Seisser, que le siguiesen. Escoltados por la SA, los tres gobernantes de Baviera tuvieron que salir de la sala. Una voz: *¡No seáis cobardes como en 1918! ¡Tirad!* Pero los tres no tenían con qué tirar. Lossow susurró a Seisser: *¡Siga usted la comedia!*

Hubo agitación en la sala. La atrocidad de Hitler frente al mayor había indignado a todos. La animosidad aumentó, al extremo de que Goering tuvo que subir a la tribuna, desde donde declaró, con voz estentórea, que no se trataba de ningún acto hostil, sino del comienzo de la revolución nacional. El gobierno

de Baviera y el del Reich habrían sido destituídos y se estaría constituyendo en esos momentos un nuevo gobierno. Concluyó:

Pueden, por lo demás, estar contentos: ¡tienen ustedes su cerveza!

MAÑANA: TRIUNFADOR O MUERTO

En un cuarto contiguo entabló Hitler las negociaciones: *¡Sin mi permiso, nadie sale vivo de este cuarto! ¡Señores! El gobierno del Reich está constituído, y el gobierno de Baviera está destituído. Baviera servirá de plataforma al gobierno del Reich; hay que nombrar un gobernador para Baviera. Nombramos a Poehner presidente del consejo de ministros y le revestimos de poderes dictatoriales; y usted, señor von Kahr, es el nuevo gobernador.* Luego profirió algunas palabras, como cortando una frase: *Gobierno del Reich: Hitler; Ejército Nacional: Ludendorff; Seisser, ministro de Policía.* El "tambor" se había desenmascarado.

Ya que no se le contestó, alzó la pistola y dijo en tono apasionado:

Sé que les cuesta mucho a los señores. Pero hay que dar el paso. Yo no quiero más que conducir a los señores hacia el trampolín. Cada uno de ustedes tiene que ocupar el puesto en que será colocado; de no hacerlo, no tiene derecho a vivir. Pero los tres guardaban un sombrío silencio. Entonces Hitler se puso nervioso: *Ustedes deben, ¿comprenden ustedes?, ustedes deben luchar conmigo, triunfar conmigo o morir conmigo si fracasamos. En mi pistola hay cuatro balas: tres para mis colaboradores, por si me abandonan, y la última para mí mismo.*

Púsose la pistola a la sien y dijo con voz solemne: *Si mañana en la tarde no hubiere salido triunfante, estaré muerto.*

Son las palabras que pone Shakespeare en boca del honorable Bruto. Pero las palabras de Hitler no son una invención poética; su autenticidad ha sido confirmada por testigos y por él mismo.

El señor von Kahr estuvo a la altura de la situación. Tomó la amenaza de Hitler por un verdadero atentado, y dijo lo mejor que podía decirse en ese momento: *Señor Hitler, usted puede hacerme matar, o puede matarme usted mismo. Pero a mí no me importa que muera o que no muera* — quería decir que la amenaza nunca le arrancaría ninguna decisión política.

Ante ese fracaso, Hitler se desconcertó por un momento.

Mientras que Kahr hablaba de morir o no morir, Hitler dijo de pronto a Graf, que le acompañaba: *¡Venga un jarro!*

Pero el general von Lossow, que más le interesaba a Hitler, siguió callado. Habló Seisser. Reprochó a Hitler su deslealtad.

¡Otra de las muchas palabras de honor! Sí, en varias ocasiones Hitler había prometido a Seisser que no haría ningún "putsch" contra la policía. A fines de octubre se había retractado; luego, en una entrevista con Lossow, había rectificado esa retractación.

Ahora contestó a Seisser:

Sí, tiene usted razón; perdóneme. ¡Debí proceder así por amor a la patria!

Todo ello no contribuyó a limpiar la atmósfera que reinaba en el cuarto. Hitler no sabía qué hacer. Ora hablaba de la patria, ora decía como un carcelero: *¡Alto ahí! ¡Sin mi permiso, los señores no deben conversar!* En la puerta y en la ventana amenazaban los centinelas armados de punta en blanco.

LA MARCHA SOBRE BABEL

En vista de que no podían ponerse de acuerdo, Hitler volvió a la sala y pronunció un breve discurso magistral: *El "gabinete Knilling"* (el gobierno de Baviera) *ha sido destituído. Declaramos destituído el gobierno de los criminales de noviembre en Berlín. Declaramos destituído a Ebert* (presidente del Reich, socialdemócrata). *Instauraremos un gobierno nacional de Alemania, esta misma noche, aquí, en Munich. Acto seguido, crearemos un ejército nacional de Alemania.* Golpe sobre golpe, hecho tras hecho, en tono imperioso.

Pero de pronto cambió de tono. Ahora, cada frase empezó por la palabra: *Propongo.*

Propongo: la instauración de un nuevo gobierno de Baviera, representado por un gobernador y por el presidente del consejo de ministros, a quien se revestirá de poderes dictatoriales. Propongo: para el cargo de gobernador, al señor von Kahr; para el de presidente del consejo de ministros, a Poehner. Propongo: hasta que hayamos acabado con los criminales que hoy están corrompiendo a Alemania, que la dirección política del gobierno nacional interino estará en mis manos. El general Ludendorff será el jefe supremo del ejército nacional de Alemania. El general von Lossow será nombrado ministro de la Defensa Nacional. El coronel von Seisser será nombrado ministro de la Policía Nacional. La tarea del gobierno nacional interino consiste en reunir todas las fuerzas de este país y en atraer las de todas las comarcas de Alemania, para marchar sobre Berlín, esa verdadera Babel, y para salvar al pueblo alemán.

Ahora les pregunto a ustedes: allí afuera están tres hombres: Kahr, Lossow y Seisser. Les costó mucho dar su consentimiento. ¿Están ustedes conformes con esta solución de la cuestión alemana? Bien saben ustedes que no nos dejamos guiar por la presunción ni por el egoísmo; lo que queremos es presentarnos a la lucha, a última hora, por nuestra patria alemana. Queremos crear una Confederación, dentro de la cual Baviera tendrá lo que le corresponde. ¡El día de mañana declinará sobre el gobierno nacional de Alemania o sobre nuestros cadáveres!

Fué uno de esos discursos que se le conocen a Hitler, lleno de sincero apasionamiento, pero que encierra un ardid repugnante. Dijo que había llegado a una inteligencia con aquellos tres hombres — y no hubo tal. Sin embargo, ello constituyó un alivio para la concurrencia: la hostilidad se trocó en júbilo. Hitler mostró que era un excelente estratega. Podía engañar tanto al auditorio como a los tres dictadores, debido a que les tenía separados. Por lo demás, se granjeó las simpatías de los robustos bávaros prometiéndoles la marcha sobre Berlín: el castigo y el avasallamiento de la gran ramera apocalíptica, y, tal vez, alguno que otro divertimiento en compañía de ella.

Pudo volver al cuarto contiguo para decir a Kahr —que estaba muy deprimido— que el público le llevaría en hombros.

EL SANTO PADRE DE SU MAJESTAD

Al mismo tiempo entraron al cuarto Ludendorff y Scheubner-Richter. Ludendorff no miró en torno, no preguntó nada, sino que rompió a hablar: queda no menos sorprendido que los demás señores; pero, tratándose de una gran causa nacional, racista, no puede menos de aconsejar a los tres que se adhieran. Que le estrechen la mano. Todo ello le costó a Ludendorff un gran esfuerzo. Le había enojado el que le nombraran, no dictador del Reich, sino sólo jefe supremo del ejército. Esta fué la razón por la que Ludendorff pasó por alto a Hitler toda esa noche. De pronto, Hitler no se dió cuenta de ello. Habiendo concluído Ludendorff, dijo Hitler: *Ya no se puede dar marcha atrás; la causa ha adquirido trascendencia mundial.*

Lossow fué el primero en transigir. No pudo dejar plantado al generalísimo de la guerra mundial: se lo prohibía la subordinación, que para un general alemán está por encima de toda política. Dijo: *Bueno,* y le dió la mano a Ludendorff. Lo mismo hizo Seisser. Kahr estaba sosteniendo una terrible lucha interior: era monarquista, no podía tomar parte en tal empresa, se consideraba representante de su rey.

Entonces se atrevió Hitler, con el fin de engañar a ese monarquista, a hablar el lenguaje de los gentileshombres de la corte. Trató de recordar todos los vocablos idóneos, juntó las manos, y lleno de unción, como un chambelán, dijo: *Si, Vuecencia, se trata precisamente de desagraviar al monarca que los criminales de noviembre de 1918 destituyeron tan vilmente. Con permiso de Vuecencia, yo mismo iré, inmediatamente después de cerrada esta reunión, a ver a Su Majestad* (el príncipe Rupprecht, que se encontraba en Berchtesgaden), *y le diré que el levantamiento del pueblo alemán acaba de desagraviar al santo padre de Su Majestad.*

Con permiso de Vuecencia... Majestad... Santo padre... Se siente cómo el ex cabo saborea esos decires palaciegos. Citamos estas frases de la deposición que Poehner hizo más tarde ante el tribunal, y las citamos porque nos permiten vislumbrar el alma de Adolfo Hitler.

Poehner también había entrado al cuarto y procuraba persuadir a Kahr.

Este había encontrado la solución de su conflicto interior. Dijo en voz glacial: *Bueno. Veo que todos cuantos estamos aquí somos monarquistas. Acepto el cargo de gobernador, sólo como representante del rey.*

SOMBRIA CONJURACION

Con el nombre de su rey en los labios, el dictador de Baviera volvió a la sala, donde reinaba una atmósfera febril. En su rostro pareció no haber vida. Ludendorff estaba más pálido que la muerte. Sólo Hitler se mostró alegre, travieso como un niño. *Radiante de alegría, dichoso de haber triunfado; manifestó una alegría espontánea, infantil, que nunca olvidaré* — dice un testigo. Fué el único que estaba de buen humor, y con una facilidad asombrosa improvisó una gran escena histórica. Todos tuvieron que hacer uso de la palabra, todos tuvieron que estrecharse las manos. El mismo dijo:

Ahora voy a cumplir lo que, hace hoy cinco años, me prometí a mí mismo en un hospital donde estuve por haber perdido la vista: no descansar hasta que los criminales de noviembre fuesen derribados, hasta que sobre los escombros de la lastimosa Alemania de hoy volviera a elevarse una Alemania fuerte y potente, libre y grandiosa. ¡Amén!

Aquel niño alegre no reparó en la ambigüedad que tremulaba en la voz de Kahr, quien dijo: *En la hora más crítica que atraviesa nuestra patria, tomo las riendas del gobierno de Baviera como representante de la monarquía, que cinco años atrás fué quebrantada por manos frívolas. Lo hago con el corazón oprimido y, ¡quiera Dios!, a beneficio de nuestra patria bávara y de nuestra gran patria alemana.*

Ludendorff, con voz sombría: *Hondamente impresionado por la majestad de este momento, y quedando sorprendido, me pongo, en virtud de mi propio derecho, a la disposición del gobierno nacional de Alemania.* Cuando, más tarde, el fiscal le preguntó por el sentido de las palabras "en virtud de mi propio derecho", el general contestó: *Los concurrentes podían creer que yo fuese un correligionario de Hitler. Quise decir: no lo hago por orden de Hitler, sino por mi propia voluntad.*

Tomaron la palabra Poehner, Lossow y Seisser; este último no lo hizo sino cuando Hitler le hubo invitado a ello con un golpe a la espalda. A Kahr le surgieron de vez en cuando dudas de si actuaba en una comedia o en la historia mundial. Hitler se acercó a cada uno de los señores, les tomó las manos, que apretó largo rato y de un modo expresivo, y les miró fijamente en los ojos; algunos dicen haber visto lágrimas en los ojos de Hitler. A Kahr le dijo: *¡Seré leal como un perro para con Vuecencia!*

La importancia que esa escena tenía en el plan de Hitler, la captó un testigo ocular, el historiador Karl Alexander von Mueller: *Dije a algunos señores que estaban cerca de mí: si ahora llega un ultimátum de Francia, si ocupan la línea del Meno, si nos resentimos de las primeras opresiones por parte de una potencia superior, ¿qué hará la gente que en este momento está pletórica de alegría? Sin embargo, si aquellos señores mañana llaman a que nos solidaricemos con ellos, no podremos menos de hacerlo, aunque aquella causa nos parezca funesta e incalculable..*

Al llamado de los "señores" acuden los burgueses, desoyendo la voz de su propia conciencia, y se conforman con "los hechos".

¿Y los señores mismos? ¿Cómo se conducen los "señores" en el momento de estallar una revolución? El coronel de policía von Seisser telefoneó esa misma noche a su esposa y le dijo, furioso: *Me han nombrado ministro de policía. ¡Qué locura! ¡Si no existe tal ministerio!*

LA PALABRA DE HONOR

Entre los tres mil concurrentes se encontraba también el doctor Schweyer, ministro del Interior. Este declaró, más tarde, ante el tribunal:

Hitler no me miró siquiera. Me acerqué a él, le toqué el pecho con mi dedo y le dije, acentuando mis palabras: "Ahora voy a decirle algo, señor Hitler. ¿Se acuerda usted de lo que, en el verano del año pasado, declaró usted por libre decisión, allá en mi oficina? ¿Lo recuerda usted?" Hitler quedó perplejo y no me contestó.

¡Valiente, ese doctor Schweyer! Al campeón de aquella noche le echa en cara el que su victoria no constituye sino una falta de palabra. Mas todo ello entraña un significado hondamente simbólico. Hitler representa, desde todo punto de vista, el ocaso de aquella alicaída capa de oficiales de reserva y de estudiantes duelistas. Hitler, medio proletario, invierte, por el simple hecho de su ascenso personal, la jerarquía social, destruye la seguridad de sus bienes y pone en ridículo sus palabras de honor, valiéndose de ellas, sin distinción, como medios para ganar su pleito contra la burguesía.

Pero aquella vez tuvo contrarios que a la falta de palabra contestaron con otra falta de palabra, y que le ganaron el juego.

Al poco tiempo de la gran escena, llegó la noticia de que en un cuartel la *Reichswehr* había desarmado a un destacamento del "Bund Oberland". Conque: nada de confraternidad entre los soldados de Hitler y los de Lossow. No, no hubo tal, pero tampoco fué mentira. Hitler se había engañado a sí mismo. Y aquella primera noticia no fué sino la primera consecuencia de la improvisación.

Hitler fué a aquel cuartel para restablecer el orden. No bien hubo salido de la sala, cuando Lossow, Kahr y Seisser se despidieron de Ludendorff; para éste era la cosa más natural del mundo que los señores se fuesen, si creían que su presencia era más necesaria en otra parte. Scheubner-Richter aventuró una

objeción, pero el general le contestó con aspereza: no admitió que se dudase de la palabra de un oficial alemán.

Hitler volvió. Se encontró a solas con Ludendorff. Cayó, aplastado, en una silla.

GENERALES FURIOSOS

Con su salida del "Buergerbraeukeller", Kahr, Lossow y Seisser habían dejado a Hitler sin iniciativa.

Si todavía hubiese sido necesario endurecer la voluntad de los triunviros para que opusiesen resistencia, lo habrían hecho los generales de la *Reichswehr* que no habían tomado parte en aquella empresa. Ahora estalló toda la rabia que los oficiales nutrían contra los cuerpos francos. Los generales consideraban el acto en el "Buergerbraeu" como un agravio al ejército. Hitler era, desde aquel pistoletazo, un individuo que, según el tradicional punto de honor del estado militar, había de ser rematado con el arma blanca. Esto lo había olvidado el ex cabo.

Antes aun de poder comunicarse con Lossow, el teniente general von Danner, el general Kress von Kressenstein y el mayor von Leeb se habían reunido y ordenado que las tropas estuviesen listas para la intervención. Pero, entretanto, había ocurrido algo que barrió toda esa fantasmagoría del "Buergerbraeu". El presidente del Reich, Ebert, había confiado el Poder Ejecutivo al general von Seeckt. Este mandó a Munich un telegrama para advertir que mandaría abatir el "putsch". La envidia que los dirigentes del norte tenían a aquel extraño individuo furibundo de Munich, facilitaba la estratagema de Seeckt. Los generales eran dueños de la situación.

HITLER Y LUDENDORFF

Fué tremenda esa noche del 8 de noviembre.

Pronto tendremos tiempos mejores —dijo Hitler a su amigo Roehm, dándole un abrazo—; *día y noche trabajaremos para alcanzar el gran fin: salvar Alemania de la miseria y de la ignominia.* Una hora más tarde dijo, sombrío, que podrían estar contentos con salir bien librados; de lo contrario, tendrían que ahorcarse. Luego se dirigió a Poehner, en tono imperioso: *Señor presidente del consejo de ministros, le hemos confiado a usted el poder: ¡ahora hay que valerse de él! Tenemos que tomar la iniciativa. Si nuestras patrullas pasan por la ciudad llamando ¡fuera las banderas!, verá usted el entusiasmo de la población.*

Esta propuesta era excelente como tal. Pese al fracaso político, los revolucionarios habrían podido ganar todavía la batalla, si hubiesen estado mejor preparados. Durante toda la noche afluía la gente del "Kampfbund". Las tropas de éste tenían en el punto estratégico la superioridad numérica sobre las del Estado. Al "Kampfbund" no le faltaban ametralladoras ni cañones, sino veinticuatro horas. No habían podido ocupar los cuarteles, cerrar las estaciones del ferrocarril, vigilar las oficinas de telégrafos.

Kahr y Lossow, cuyo "cuartel general" se encontraba en el cuartel de infantería, tuvieron que trasladarse de una casita a otra para ponerse a salvo de sorpresas por parte de sus soldados "leales". Poco antes del tiroteo, uno de los oficiales exteriorizó todo ese odio de los oficiales contra la milicia: *Me reiré al matar a esos perros.*

El único éxito, desde el punto de vista militar, lo obtuvo Roehm. Este había estado esperando en el "Loewenbraeukeller", y ocupó luego, por orden de Kriebel, el edificio de la administración militar del distrito. Ludendorff, que había sugerido ese golpe de mano, llamaba tal acto: apostar una guardia de honor para el señor von Lossow. La guardia de honor cercó el edificio de obstáculos de alambre y montó ametralladoras en las ventanas.

Bien pronto los nuevos dueños se pusieron recelosos. No llegaron noticias de Kahr y Lossow. Ludendorff sospechaba que los dos habían sido arrestados por sus generales. Todos los ordenanzas que llegaron al cuartel de infantería fueron arrestados. Uno de ellos rogó que se informara, por lo menos, a Ludendorff y Lossow le contestó: *¡Los rebeldes no pueden esperar más que un tiro de fusil!*

Un teniente dijo, salvando todos los respetos, al general Ludendorff, que la *Reichswehr*, en el caso de un ataque, defendería sus cuarteles hasta el último cartucho. Y Ludendorff no contestó como lo habría hecho un verdadero revolucionario: entonces caeréis después de haber disparado el último cartucho, sino que dijo, en tono dolorido y de camarada: *Soy de la misma opinión. Nunca atacaré los cuarteles, ni tampoco a la Reichswehr.*

Hitler tenía sentimientos muy distintos. Al saber que se había encontrado resistencia en el cuartel de infantería, dijo, enfurecido: *¡Que pongan en posición dos cañones, y dale que dale! ¡Qué importa que se vaya al diablo el cuartel ese!*

Sólo a las cinco de la mañana, los rebeldes estuvieron al

tanto. Hitler cayó en la cuenta de que la gran escena en el "Burgerbraeu" había sido un fracaso. El coronel Leupold, de la Escuela de Infantería, vino a comunicar que Lossow haría fuego. ¿Le contestarían de la misma manera? Muchos estaban dispuestos para ello, y muchos lo hicieron. Pero Ludendorff, "el conductor", creía que había llegado su gran hora: él se plantaría delante de los cañones de los fusiles, y éstos bajarían por sí solos.

LA MARCHA HACIA EL MAUSOLEO DE LOS GENERALES

Durante la mañana los insurrectos ubicaron algunos cañones en las riberas del Isar. En uno de esos puntos de defensa tenía el mando Gregor Strasser, desconocido subjefe de la SA en el distrito de la Baja Baviera.

Hacia las once, Hitler y Ludendorff, seguidos de algunos millares de hombres, se pusieron en marcha hacia el centro de la ciudad. Se trataba de una "marcha de reconocimiento". Para cumplir mejor con ese "reconocimiento", los rebeldes se habían armado de fusiles y algunos hasta habían calado la bayoneta; tras las primeras filas iba un automóvil, donde habían montado ametralladoras. Se intentaba, en primer lugar, conquistar a la ciudad moralmente y ahuyentar a los adversarios hacia los rincones; pero aquéllos estaban preparados también para la lucha.

Los revolucionarios hubieran podido desistir de su "marcha de reconocimiento" si hubiesen reparado en los carteles fijados en todos los muros:

Gente ambiciosa, embustera e infiel a su palabra, ha hecho de una manifestación que se proponía despertar la conciencia nacional, una escena de violencia repugnante. Las declaraciones que, amenazándosenos con el revólver, han sido arrancadas a mí, al general von Lossow y al coronel Seisser, son nulas y sin valor. Declaramos disueltos el Partido Obrero Nacional Socialista Alemán y las organizaciones de defensa "Oberland" y "Reichsflagge".

VON KAHR
Comisario general del Estado.

Al frente de la columna iban Hitler, Ludendorff, el doctor Weber, Scheubner-Richter y Kriebel; en la segunda fila, Goering; más atrás, Albrecht von Graefe, líder de los racistas del

norte de Alemania, quien había llegado esa misma mañana atendiendo al llamado de Ludendorff — el único "señor del norte".

Llegada al puente sobre el Isar, la columna se encontró con cordones de policía. Los cañones de los fusiles no bajaron. ¿Se dispararían? Goering se adelantó y, poniendo la mano a la gorra, dijo: *El primer muerto o herido entre nuestras filas significa el fusilamiento de cuantos rehenes se encuentran en nuestro poder.*

Los policías no dispararon. Al instante fueron desarmados, escupidos y abofeteados.

La columna prosiguió luego su marcha. En la ciudad reinaba una atmósfera de depresión. Junto a los carteles con el llamado de Kahr, había otros del ministro de Culto e Instrucción Pública, Matt, que suplía al arrestado presidente del Consejo de Ministros. Desde Ratisbona, donde estaba reunido el gobierno incompleto, previno a sus bávaros contra Ludendorff, "el prusiano".

Delante del Ayuntamiento se había reunido una muchedumbre. En el centro de la plaza había una plataforma elevada, desde donde Julius Streicher arengaba a la gente. —No bien hubo recibido la noticia del "putsch", partió para Munich—. Al pasar ahora la columna, Streicher bajó de la plataforma y entró en la segunda fila, inmediatamente tras Hitler y Ludendorff.

Ludendorff guiaba, como manifestó él mismo, sin atenerse a un plan determinado; sólo sabía en qué dirección tenía que marchar. Dijo que lo mismo le había pasado en oportunidad de la batalla cerca de Tannenberg: primero la libró, luego se explicó las razones estratégicas. Después de haber dado algunas vueltas, la columna pasó por la angosta Residenzstrasse y llegó al punto donde esta calle desemboca en la espaciosa plaza Odeon. Ahí se vió frente a otros cordones de policía, que le eran muy inferiores en número. Si la policía tenía la intención de detener la marcha de aquella gente, no podía hacerlo sino en ese "desfiladero"; una vez que estuviesen en la plaza Odeon, los revolucionarios habrían sido dueños de la misma.

INTERVIENE STREICHER

Hitler caminaba entre Ludendorff y Scheubner-Richter, quien le servía de bracero. En la mano derecha tenía una pistola. Un segundo antes de producirse el tiroteo, gritó a los policías: *¡Rendíos!* En el mismo instante, un hombre salió de las filas del "Kampfbund", se adelantó y gritó a los policías: *¡No tiréis, que viene Su Excelencia Ludendorff!* En diciendo estas palabras, el hombre cayó.

El testigo Friedrich, que por curiosidad había acompañado a Hitler y su gente, declaró: *Hitler tenía en la mano derecha, lista, la pistola. Un nacionalsocialista, también con la pistola en la mano, salió de las filas, donde había estado próximo a Hitler, se acercó a un policía y le dijo algunas palabras. En ese mismo instante se oyó un tiro. Como que aquel nacionalsocialista e Hitler tenían las pistolas en las manos, supongo que el primer tiro fué descerrajado por Hitler o por aquel nacionalsocialista que se había adelantado.* ¿Será verdad que Hitler o aquel nacionalsocialista rompieron el fuego? Friedrich: *El primer tiro era, seguramente, un tiro de pistola o de revólver* — y los policías estaban armados de carabinas. También el doctor Weber depuso que se adelantó un hombre y que, a los pocos segundos, se oyó un tiro. Robert Kuhn, otro testigo, sabe decirnos el nombre del nacionalsocialista que se adelantó: STREICHER *se adelantó algunos pasos y habló a un policía. Este le contestó por señas, que no. Otro policía le puso a Streicher la carabina al pecho. Luego se oyó un tiro...*

¿Había bajado Streicher de la plataforma y habíase puesto en la segunda fila, detrás de Hitler, para adelantarse en aquel momento a descerrajar, por orden del destino, el primer tiro?

No podemos decir con absoluta seguridad quién era el infeliz. Parece que los culpables fueron Hitler, Streicher y el policía que le ponía a Streicher la carabina al pecho.

¿La nerviosidad de quién fué, entonces, la causa del tiroteo y, por consiguiente, de la derrota que el "Kampfbund" sufrió delante del mausoleo de los generales? A nadie puede achacársele toda la culpa, pero los que parecen más sospechosos son Hitler y Streicher.

A partir de aquel día, Hitler se siente trágicamente apegado a Streicher. Dos años después, confirma a éste en el cargo de jefe del distrito de Franconia; en cuya ocasión expresó: *Puede*

ser que a algunos no les guste la nariz del camarada Streicher. Pero en aquella hora en que él estuvo tendido a mi lado, allá en el suelo delante del mausoleo de los generales, me comprometí a no abandonarle nunca, con tal que él no me abandonase a mí.

LA DERROTA

Estallaron las descargas. Scheubner-Richter fué el primero en ser herido mortalmente; en cayendo, dislocó a Hitler el brazo. Hitler también estaba tendido en el suelo, ya sea que Scheubner-Richter le arrastrara en la caída, ya sea porque se pusiera a cubierto, como lo hacen los soldados. Antes de ponerse en marcha, había vuelto a asegurar que estaba dispuesto a dejarse matar, y quien pretendía desarmar moralmente a los adversarios, debía seguir de pie. Pero que se lo reproche el que pueda decir en conciencia, que no se hubiera echado al suelo en idéntica situación.

Varios testigos declaran que, después de la primera descarga, todos se echaron al suelo, incluso Ludendorff. Este mismo afirma todo lo contrario. Sea como fuere: Ludendorff no huyó hacia atrás, sino que pasó, junto con el mayor Streck, por entre los cañones de los fusiles, y llegó a la plaza Odeon. Si le hubiesen seguido cincuenta, tal vez solamente veinticinco hombres, el resultado de la marcha habría sido bien distinto. Así, Ludendorff concluyó por ser arrestado, y nada más. Al detenérsele, dijo, en tono de suma indignación, que ya no quería tener nada que ver con los oficiales alemanes, y que nunca más vestiría uniforme de militar.

El fuego nutrido había hecho estragos en aquella calle angosta. Catorce muertos estaban tendidos en el suelo, entre ellos Oskar Koerner, ex vicepresidente del partido, y el señor von der Pfordten, miembro del Tribunal Supremo de la provincia. La muerte de Scheubner-Richter puede considerarse como un cumplimiento trágico: él había sido el promotor espiritual del "putsch".

LA FUGA DE HITLER

Cesa el fuego. Levántase un hombre...

El doctor Walter Schulz, médico cirujano, afiliado al NSDAP, declaró:

Advertí que Hitler fué el primero en levantarse. Herido, al parecer, del brazo, se fué hacia atrás. Me levanté también, le alcancé y mandé por uno de nuestros automóviles que iban a la cola. Llevamos a Hitler a aquel automóvil.

El segundo testigo es el doctor Karl Gebhard, también médico. Este depuso:

Durante el tiroteo llegó de pronto un automóvil de color amarillo, que entró en nuestras filas. En el automóvil estaba un hombre, que preguntó en alta voz: "¿Dónde está Hitler?". El doctor Schulz, que se encontraba en medio de aquella aglomeración, al parecer al lado de Hitler, contestó: "¡Ahí está!". Al instante, Hitler subió al automóvil, que salió con él y con el doctor Schulz.

Hitler se levantaba el primero, corría hacia atrás y se alejaba, mientras que centenares de sus camaradas seguían tendidos en el suelo. Se defendían, estaban expuestos a la muerte. Aun no se sabía cómo iba a terminar la lucha. En tal momento, el Führer se fué el primero del campo de batalla, dando la señal para la fuga.

El automóvil salió en seguida fuera de la ciudad. De vez en cuando se tiró sobre él. Hitler tenía fuertes dolores; había sufrido una dislocación de la articulación del húmero. Fué a Uffing, una localidad situada a sesenta kilómetros de Munich, junto al lago Staffel. Los Hanfstaengl poseían allí un chalet. La señora de Hanfstaengl y su hija Erna cuidaron a Hitler. Se trababa así una amistad.

El 11 de noviembre, Hitler fué arrestado en Uffing.

Cinco años después, contó Hitler algo muy extraño acerca de aquella fuga. Subió a la tribuna del "Loewenbraeukeller" llevando de la mano a un chico, y afirmó que el 9 de noviembre de 1923 había recogido a ese chico delante del mausoleo de los generales y le había llevado fuera de la zona de fuego. ¿Con la articulación del húmero dislocada? Se le podrá objetar que, aún queriendo tanto a los niños, habría hecho mejor en no abandonar a su gente. Si era todavía capaz de llevar a un chico, dbía ser capaz, también, de seguir tendido en el suelo, en medio de sus camaradas.

A las dos horas de haber estallado las descargas delante del mausoleo de los generales, se rindió Roehm, y nada menos que a instancias del general von Epp, que hacía de mediador "neutral".

El número de los muertos fué de veinte: dos de la gente

de Roehm, catorce de los capitaneados por Hitler y Ludendorff y cuatro policías.

Si se quiere formular un juicio definitivo sobre el "putsch", habrá que decir que la maquinación fué buena, y la ejecución mala.

Sofocado el "putsch", la población de Munich demostró que estaba dispuesta a salir a la calle. Durante dos días, las masas agitadas llenaban las calles de la ciudad, escupían a los soldados de la *Reichswehr*, se agolpaban en actitud agresiva delante del despacho de Kahr, rompían las vidrieras de las oficinas de los diarios burgueses moderados, y gritaban: *¡Abajo los traidores!* Millares de estudiantes, reunidos en la Universidad, se desataban en improperios contra Kahr.

Respaldados por una población tan fanática, los revolucionarios habrían podido cumplir plenamente sus propósitos. Pero fué en balde que los burgueses ostentaran su voluntad revolucionaria, ya que los dirigentes se habían puesto en salvo, abandonando a su conductor Ludendorff, que, consecuente y resuelto, había pasado por entre los cañones de los fusiles.

En disculpa de los vencidos puede alegarse que los más creían muerto a Ludendorff. Ello les abatió, pero no justifica la huída de Hitler, que debía tener conciencia de que precisamente en aquel momento él era el único conductor.

Los dirigentes del "Kampfbund" repetían siempre, en su descargo, que les había sido inconcebible que unos alemanes disparasen sobre otros alemanes. Pero en la cuenca del Ruhr, o durante la lucha contra el "gobierno de los Consejos" de Munich, concibieron lo inconcebible disparando aún contra los que no tenían armas. Lo que querían decir, y que no sabían expresar, fué esto: no puede haber lucha revolucionaria sino entre clases. Entre los que habían muerto delante del mausoleo de los generales se encontraban un cerrajero, un sombrerero, un camarero y un criado; los demás eran oficiales en retiro, comerciantes y empleados de bancos, esto es: en su mayoría, gentes jóvenes que durante la guerra habían sido ascendidas a oficiales, y que temporalmente ejercían profesiones burguesas.

Aquel día trágico redundó, con todo, en provecho del NSDAP. En aquel día, el NSDAP se separó definitivamente de la *Reichswehr*. Puede decirse que el NSDAP nació el 9 de noviembre de 1923.

CAPITULO XI

EL RETORNO AL "SEÑOR PRESIDENTE"

UNA TENTATIVA DE SUICIDIO

Con un lacio mechón colgando sobre el rostro pálido, que refleja el rendimiento —dice un testigo ocular—, Adolfo Hitler ingresó en las altas horas de la noche del 11 de noviembre de 1923, a la prisión militar en Landsberg del Lech. Lleva el brazo izquierdo en cabestrillo, y echado sobre el hombro un impermeable de color parduzco; luce, además, la "Cruz de Hierro" de primera clase. El único presidiario es aquel conde Arco-Valley, que mató a Eisner, presidente del Consejo de Ministros; despiertan a Arco-Valley y le llevan a otra parte, para que Hitler tenga sitio. Este está completamente rendido. Apenas si puede hablar. El carcelero tiene que desnudarle. ¿Si quiere comer algo? No. ¿Beber algo? ¡Déjeme usted en paz! En el pasillo están, de pie o acostados, soldados que fuman y charlan; granadas de mano, ametralladoras montadas; se sospecha que los partidarios de Hitler tratarán de liberarle.

Al día siguiente tampoco quiere comer nada. Las visitas le conmueven hondamente. Viene la señora de Scheubner-Richter, vestida de luto riguroso. Las viudas, las madres, las novias y las hermanas lloran la muerte de dieciséis camaradas; los llantos por dieciséis camaradas pesan sobre su conciencia. El se había puesto al frente de esos muertos, él les llevaba al combate, él fué el primero en abandonarles. La imagen se ha grabado en la memoria, imborrable y vejatoria: dos conductores animados de sentimientos distintos, caminando en dirección opuesta: Ludendorff, hacia los fusiles; Hitler, hacia atrás, huyendo en automóvil. Hitler no tiene más que un vago sentimiento de lo que piensan de él los camaradas, los adversarios, todo el mundo. Y se determina a rehabilitarse mediante un acto desesperado.

Hacía algunos años que la muerte heroica de Terence Mc

Swiney, alcalde de Cork, Irlanda, había impresionado hondamente a todo el mundo. Los ingleses habían arrestado a Mc Swiney por rebeldía. Este había declarado la huelga de hambre, y murió a los 91 días de ayuno. Su muerte impulsaba a los rebeldes a los más grandes esfuerzos, contribuyendo mucho al éxito definitivo. Hitler declara que quiere seguir el ejemplo del alcalde de Cork. Se lo dice a Anton Drexler, que, inocente como una tierna criatura, comparte con él la prisión. Drexler se opone con energía: quien desea ser conductor, no puede ser mártir. También Klotz, periodista nacionalsocialista, trata de disuadirlo. Lo probable es que Hitler quería que se le implorase que no lo hiciera; de lo contrario, no habría hablado de ello a nadie. No tarda en desistir de su propósito, y la historia del partido pasa en silencio ese episodio. Sólo ante el tribunal, Hitler se refiere a él en una breve frase: *En aquel período ya no quería tener nada que ver con este mundo falaz.*

A los dieciséis muertos del 9 de noviembre viene a agregarse otro, a quien Hitler quería más. El 23 de diciembre muere Dietrich Eckart. Pero, a la sazón, Hitler ya había cobrado aliento.

LA COMEDIA DE LA JUSTICIA

Al saber que se sustanciará el proceso, Hitler se prepara para el nuevo juego. El proceso significa la mejor propaganda que pueda imaginarse. Hitler, Ludendorff, el doctor Weber, Poehner, Frick, Roehm, Kriebel, Robert Wágner y Pernet, hijastros de Ludendorff, serán acusados. ¿Acusados? Ellos mismos serán los que acusen. Acusarán a Kahr, Lossow y Seisser de haber intentado separar a Baviera del Reich. Harán alarde de haber impedido, mediante su intervención, el desmembramiento del Reich. Si logran imponer esta táctica, saldrán del tribunal transfigurados en libertadores de Alemania. Las circunstancias les son favorables. Sofocados los distintos "putschs", la autoridad suprema en Alemania ha vuelto a ser ejercida por el gobierno civil, que ha tomado las riendas también en Baviera. Kahr y Lossow han sido destituídos; a Seisser se le ha dado licencia; los tres ya pueden considerarse víctimas políticas. Pero los antiguos poderes no quisieran que el procedimiento judicial fuese demasiado riguroso, puesto que ellos mismos están comprometidos. Hitler y Ludendorff amenazan con hacer revelaciones. La autoridad judicial de Baviera se presta a encubrir la verdad mediante un convenio concertado entre ambas

partes. Kahr, Lossow y Seisser fueron abandonados a los acusados, como presa que podían desgarrar como se les antojara; en cambio, no revelaron ningún secreto, no mencionaron al príncipe Rupprecht, ni hablaron sobre la política del Partido Popular Bávaro, vinculado a la Iglesia, y que había vuelto a ejercer el gobierno en Baviera. El que con disimulo puso en escena esa comedia de la justicia, fué el señor Guertner, ministro de Justicia de Baviera.

Los jueces eran, en realidad, cómplices que daban a Hitler plena libertad de palabra, y cien periodistas propagaban sus palabras por el mundo entero. En ese proceso no había lucha ni peligro para los acusados, y éstos lo sabían. Los jueces permitían que los ocho acusados, apoyados por once defensores, arremetiesen contra Kahr, Lossow y Seisser, como si éstos fuesen los verdaderos acusados. Kahr, desamparado y humillado, contestaba a todas las preguntas que ya no se acordaba de nada. Sólo Lossow se defendía como un león acosado. Hizo una relación circunstanciada de las distintas felonías cometidas por Hitler. Dió un dictamen psicológico sobre el famoso tribuno, caracterizando a Hitler como hombre grosero, de estrechas miras, aburrido, ora brutal, ora sentimental y, en todo caso, inferior. *Y por mucho que el señor Hitler insista en que no sea verdad, ¡ello sigue siendo como fué!*

Hitler ya no puede contenerse. Hondamente herido en su vanidad, pregunta:

Aquel Hitler que se disculpó con usted, ¿fué aquél el sentimental o el brutal?

Lossow: *Ni el sentimental ni el brutal, sino el que sentía cargos de conciencia.*

Hitler (gritando y mirando, no a Lossow, sino al presidente): *No toleraré que el señor von Lossow me reproche cargos de conciencia, tanto menos cuanto que la única falta de palabra de la cual podría hacerse mención, fué cometida el 1º de mayo de 1923 por el teniente general von Lossow.*

Presidente: *¡Señor Hitler, eso es improcedente e inaudito!*

Lossow (mira al presidente, como preguntando si no dirá más; luego sale, callado, de la sala).

Presidente: *Señor Hitler, eso fué inaudito; no le comprendo a usted; ¡el testigo alegó razones objetivas, y con toda calma!*

HITLER Y DIMITROFF

¡Compárese con ese papel de Hitler el que desempeñó Dimitroff en el proceso por el incendio del Reichstag en el año 1933! Entre el acusado Dimitroff y el testigo Goering existe casi la misma relación que entre Hitler y Lossow: el acusado, a quien se imputa un crimen político, trata de demostrar que el testigo es, en realidad, el autor del crimen. El adversario de Hitler es un hombre destituído, sin autoridad; Hitler no sólo está protegido por la ley, sino que también —lo que es contrario al espíritu de las leyes— tiene las simpatías de los miembros del tribunal; podía estar seguro de su absolución, a pesar de que se le había probado el crimen de alta traición. Por el contrario, Dimitroff, cuya inocencia quedaba demostrada, no estaba amparado por las leyes; en la prisión preventiva había estado encadenado durante meses enteros; sus jueces guardaban hacia él una actitud hostil, y el testigo Goering, a quien atacaba, decidía la vida o muerte de los hombres que vivían en Alemania. Y Dimitroff, cuyas agresiones ya tienen confundido a ese potentado, se atreve a decir: *¡Parece que usted teme mis preguntas, señor presidente del Consejo de Ministros!*

Goering, perdiendo la serenidad, prorrumpe: *¡Ya me tendrá miedo cuando salga usted de aquí, tunante!*

Goering confirma en esa ocasión la suspensión arbitraria del amparo garantizado por las leyes. Dimitroff, que, afrontando serenamente una muerte violenta o la cadena perpetua y horribles brutalidades, logró que se hiciese tal declaración, demostró que tenía más coraje que Hitler, y que su táctica era superior a la de éste, a quien no le costaba representar, ante el tribunal público de Munich, una comedia con reparto de papeles.

Las últimas palabras que Hitler pronunciara ante el tribunal, fueron las siguientes:

Creo que llegará día en que las muchedumbres que hoy ostentan la cruz gamada en las calles, se reúnan con quienes dispararon sobre nosotros el 9 de noviembre. Creo en que la sangre no nos separará para siempre. Al saber que los que hacían fuego fueron policías, sentí un alivio: no había sido el ejército. Día llegará en que marchemos junto con éste.

Se reacerca, por lo visto, al "señor presidente".

Esas palabras indican, además, la tendencia de la lucha para los años siguientes.

SEPARACIQN DE LUDENDORFF

El tribunal no puede hacer menos de condenar a todos los acusados, menos Ludendorff. En su defensa, éste se distancia de Hitler: Hitler le había sorprendido, lo mismo que a Kahr y Lossow; no sabía nada de las declaraciones rayanas en la alta traición, las que se habían hecho en el "Buergerbraeu"; afirma —y comprueba la veracidad de esta afirmación— que él no intentaba un ataque a mano armada contra la autoridad. Hitler, Poehner y Frick le consideran cobarde y traidor; Roehm tiene comprensión para ello, porque sabe que Ludendorff mismo debía creerse traicionado.

Los acusados se hacen uno a otro muchos cumplimientos ante el tribunal. Hitler: sí, aspiraba a hacerse jefe político, puesto que un verdadero político, nacido para ser dictador, trata de adelantarse, y esto no puede tomarse por inmodestia —también el pájaro canta por ser pájaro—; por otra parte, se tenía la intención de hacer jefe de la organización al héroe Ludendorff, que toda la juventud de Alemania cree llamado a ello. Ludendorff: Quiere a Hitler como a un hijo; Hitler puede explicar la situación política de una manera tan maravillosa y tan conmovedora como él nunca podría hacerlo. Pero todo ello no contribuye más que a paliar el conflicto entre Hitler y Ludendorff. Los dos se separan y siguen, desde entonces, rumbos distintos. Viene a agregarse el hecho de que Ludendorff atacara, imprudentemente, a la Iglesia Católica, al cardenal Faulhaber, a los jesuítas, al Papa, en resumen: a todo cuanto es sagrado a las muchedumbres, especialmente en Baviera. A Ludendorff le había inspirado esas ideas su segunda esposa, la doctora Mathilde von Kemnitz; tales ideas se concebían en cierto círculo al cual pertenecían también Scheubner-Richter y Alfred Rosenberg; Hitler comparte, en el fondo, esas ideas, y en la forma que Rosenberg les da, ve nada menos que la base filosófica del movimiento nacionalsocialista. Procura darles la más amplia difusión, concede a Rosenberg plena libertad para hacer propaganda anticristiana, y con este fin pone a su disposición todas las instituciones del partido. Sin embargo, afirma que desaprueba la actitud hostil que el general Ludendorff

adoptara frente a Roma; esta sería la razón por la que él se había separado de aquél. En realidad se separó de él al darse a la fuga, allá delante del mausoleo de los generales.

Ludendorff se enfrentó con las grandes potencias que él declaraba "potencias misteriosas, supranacionales". Hitler hizo las paces con aquéllas al iniciarse el proceso, y cuenta, por tanto, con su absolución.

GUERTNER SALVA A HITLER

El 1º de abril de 1924 Hitler es condenado a cinco años de prisión militar.

¡Cinco años de arresto en una fortaleza! ¡Durante cinco años estar eliminado de la política! Eso significa la desaparición del movimiento hitlerista. Los jueces legos, dándose cuenta de ello, se negaron a firmar el fallo. Entonces, el presidente les dijo que podían hacerlo sin preocuparse: la sentencia no sería ejecutada. Probablemente, se indultaría a Hitler.

El presidente sabe lo que dice. No hay manera de indultarlo por vía legal. Pero la reconciliación con la autoridad suprema disminuye la autoridad de las leyes. Esa misma sentencia por la que se condena a Hitler y sus partidarios a cinco años de prisión militar, les concede la libertad condicional para cuando hayan cumplido seis meses.

Hitler había abusado ya de otra pena condicional, y precisamente el 1º de mayo de 1923. Ahora, en vista de los sucesos del 9 de noviembre, se podía creer que no hallaría abierta ya ninguna válvula. Teniendo presente la destitución del gobierno del Reich, el arresto de los ministros de Baviera, la violación de aquel a quien había sido confiado el Poder Ejecutivo y al cual él amenazara con la pistola; y recordando, por fin, a aquellos veinte muertos, uno ya no alcanza a comprender de qué manera podría demostrar su buen comportamiento ese infractor múltiple de la ley. El fiscal formuló, por tanto, una protesta contra este nuevo plazo de prueba, que significaba la libertad a corto plazo: Hitler había conspirado desde la prisión mandando a Roehm crear una nueva organización armada. Era bastante ridículo que le hubieran condenado a cinco años de "custodia honesta"; pero el reducir una pena tan ligera a su décima parte, habría sido como un puñetazo a la justicia y a la autoridad suprema. Todo ello no impidió al señor Guertner, ministro de Justicia, tomar otra vez el partido del criminal.

Mandó a su cuñado, Duerr, consejero ministerial, decir al fiscal que retirase en seguida la protesta contra el plazo de prueba. Esa gestión tuvo como consecuencia la libertad de Hitler. A los nueve meses de estar en prisión, fué devuelto a la lucha contra el Estado.

Aquel ministro de Justicia dijo en un discurso público: *Tenemos que tomar el partido de los nacionalsocialistas. Son carne de nuestra carne.*

Otra vez iban a hacer los preparativos para la revolución "con permiso del señor presidente".

DETRAS DE MURALLAS CONFORTABLES

Aquellos nueve meses de encierro fueron para Hitler un regalo valiosísimo.

La fortaleza de Landsberg del Lech. Sobre el Lech se yergue, en medio de un encantador arbolado, un edificio moderno, pulido, limpio y con todos los adelantos. En el primer piso hay una estancia amplia, de dos ventanas, con dilatado panorama, cama, silla, armario y gran escritorio. Allá se ha retirado, para escribir un libro, el escritor Adolfo Hitler. Tiene también compañía, tan alegre y tan bulliciosa que a menudo tiene que enviarla a paseo. Se le permite recibir cuantas visitas desee; al cabo de poco tiempo, pide otra estancia más para poder recibirlas todas; ya que no se le concede otra estancia, no puede menos de no recibir ya a los visitantes. Los regalos y presentes se van amontonando; los distribuye entre los guardias. Vestido con calzón de cuero, tirantes bordados de color verde, cuello y corbata "a la burguesa" —nadie le vió nunca la garganta descubierta—, está acostado en el sillón de mimbre, leyendo un diario. Por detrás, en la pared, se halla colgada una corona de laureles, obsequio que le han hecho sus adoradores. Su comida no es distinta de la de los empleados del establecimiento. No se le obliga a apagar la luz durante la noche. Puede trabajar todo el tiempo que él desee. Se le permite tomar cerveza y vino. Con motivo de su cumpleaños, le llegan montones de paquetes. Un testigo ocular cuenta: *La estancia de Hitler y el cuarto para pasar el día, parecían un jardín de flores. El aire estaba perfumado como en un invernáculo.*

Esa fué la prisión de Adolfo Hitler.

Unos cuarenta presos nacionalsocialistas estaban alojados en

aquel edificio. Los habitantes del primer piso eran, además de Hitler, el doctor Weber, Kriebel, Rudolf Hess y Emil Maurice, especie de lacayo. Los demás presos, alojados en la planta baja, llamaban a aquel grupo: los generales.

DISGREGACION DEL MOVIMIENTO

Aun cuando el partido quedaba prohibido nominalmente, Hitler tenía la esperanza de refundarlo desde la prisión, con permiso tácito del señor presidente.

¡Qué decepción la suya cuando cayó en la cuenta de que no tenía autoridad para hacerlo! De todos los rincones surgieron antisemitas desconocidos que, apoyándose en sus méritos en cuanto al racismo, pretendían la jefatura del movimiento. Están, en el fondo, contentos de que Hitler continúe detenido en la prisión. Ellos desean hacer carrera, es decir, obtener mandatos en el Parlamento. Impulsados por su egoísmo, resultan, inconscientemente, más perspicaces que Hitler, quien sigue oponiéndose a la participación en las elecciones. Consta que las elecciones fueron un gran éxito para el movimiento; esas elecciones constituirán más tarde la base en que Hitler fundará toda su estrategia. La población, excitada por aquel proceso, procura al movimiento la quinta parte de todos los mandatos a la Dieta bávara; el movimiento es el más poderoso partido después del Partido Popular Bávaro. Gana, además, treinta y dos bancas en el Reichstag. Al darse cuenta de su propia impotencia y del triunfo que el movimiento obtuviera sin y contra él, Hitler sufrió un grave trastorno. Los visitantes le encontraron vacilante y absolutamente indeciso; daba contestaciones confusas y se retractaba al día siguiente.

El 8 de julio, Hitler, amargado, dirigió al partido una carta, donde renunciaba su cargo de jefe. Ludendorff, que, no obstante su rareza incipiente, sigue siendo prohombre de todo ese movimiento, es nombrado jefe del partido; pero, dándose cuenta cabal de su inhabilidad para los asuntos políticos, confió el cargo de jefe político, propiamente dicho, a un nacionalsocialista desconocido: Gregor Strasser, farmacéutico, oriundo de la Baja Baviera. Este nombramiento era muy acertado. Strasser era un gran orador y excelente organizador, apto para suceder a Hitler. A éste le quedaba adicto sólo un reducido grupo de hombres desavenidos unos con otros: Esser, Streicher y Rosenberg. Strasser, en tanto, eliminaba sistemáticamente a los

confidentes de Hitler, a Goering, por ejemplo, refugiado en el extranjero, a quien hubieran podido poner a salvo del fiscal, si le hubiesen conseguido un mandato al Reichstag; pero Strasser no le puso en la lista. A Hitler le costó mucho conseguir, por lo menos, un mandato a la Dieta bávara para Streicher. Y cuando Ludendorff y Strasser vinieron a Landsberg para visitarle, no los recibió.

Pero bien pronto el destino le dió satisfacción.

En Alemania, la vida política y la económica habían cambiado de aspecto. El marco había sido estabilizado; los franceses evacuaban la cuenca del Ruhr; los banqueros internacionales habían estudiado, a iniciativa del "general" americano Dawes, el problema de las reparaciones. Este problema había servido de pretexto para el chantaje político. Con esto acabaron los banqueros. Fijaron un modo de efectuar los pagos estableciendo que el comercio y la industria de Alemania se considerasen como prenda pignoraticia. A los financieros internacionales les pareció un negocio lucrativo. Los capitales extranjeros, especialmente los americanos, caían como una lluvia fecundadora sobre la economía alemana. ¡Cuántas cosas podían hacerse con el dinero extranjero! Los industriales racionalizaron sus fábricas, compraron máquinas y aumentaron el personal; las provincias, y sobre todo los ayuntamientos, construyeron casas de alquiler, calles, canchas, teatros, piletas de natación, hospitales y aeródromos; aumentó el producto de los impuestos, y el Estado aumentó el sueldo de sus empleados. Empezaba a reinar una prosperidad económica. Las muchedumbres olvidaban las llagas que les había causado la inflación: los perjudicados eran, en su mayoría, gente anciana. Los únicos que tenían motivo de estar descontentos eran los obreros, cuyos jornales, pese a la animación general, no fueron aumentados. Era natural que esos descontentos se pasasen a los comunistas. El movimiento racista iba mermando, y el conflicto interno entre sus dirigentes aceleraba el proceso de descomposición. Poco antes de que Hitler saliera de prisión, se realizaron otras elecciones de diputados al Reichstag: de los treinta y dos diputados racistas no volvieron más que catorce.

EMPIEZA A ESCRIBIR "MI LUCHA"

Landsberg. Con las primeras hojas del manuscrito en la mano, Hitler continúa el libro, dictándolo a su camarada Emil Maurice. A grandes pasos cruza la estancia hablando, ora atropelladamente, ora con soltura.

Engolfado en su trabajo, Hitler cambia de opinión. Hasta entonces, su idea dominante era esta: primero aniquilar al enemigo interno, luego vengarse de Francia. Se había imaginado el aniquilamiento en forma de un castigo cruento, y la venganza culminaría en la entrada triunfal a París, como final de una guerra victoriosa. Una minoría escogida —representada por el movimiento nacionalsocialista, y la que estaría estrechamente vinculada a la autoridad "real"— había de instaurar la dictadura en Alemania, haciendo del país una armería, y del pueblo una máquina de guerra. Mas los hechos le han abierto los ojos. Parece que era errónea su opinión de que no se podría conquistar a las muchedumbres; las elecciones han evidenciado la posibilidad de tal conquista. El "pueblo" no es idéntico con el "obrero", que, como grupo con conciencia de clase, no representa sino una minoría; el pueblo es más difuso, menos definido; el pueblo está dispuesto a seguir cualquier consigna, con tal de que ésta sea bien difundida, y sólo vagamente definida. El valerse del Parlamento no es *el* método para llegar al poder; sin embargo, ello ayuda mucho. Lo que importa no son los programas, puesto que el pueblo no alcanza a comprender proyectos; y en cuanto a las promesas — nadie las cree ya. Pero se podrían inculcarle ideas, conceptos, consignas e imágenes, hasta que obedeciera como un animal adiestrado para atender palabras determinadas. En resumen: en lugar del avasallamiento de los alemanes, la conquista de los alemanes. Claro está que tanto el uno como la otra significan la subyugación de los alemanes.

Al mismo tiempo da un gran paso —por encima de Alemania, por decirlo así— del Oeste al Este.

Rudolf Hess, que desde el verano comparte la prisión, es asistente académico y amigo del profesor Karl Haushofer. Este ha introducido una nueva asignatura, a la que él llama geopolítica; bajo tal nombre no se esconde nada más que una teoría del imperialismo alemán, a la sazón desmayado. Haushofer, conocedor y amante del Asia oriental, tiene una amplia visión

política y pregona una política alemana especial. Alfred Rosenberg ya había llamado la atención de Hitler sobre los espacios en el Este; la sed de venganza de aquel ruso expulsado, proveniente de un ambiente burgués, había llegado a ser parte integrante de la política exterior del nacionalsocialismo. A esta política exterior le da su fundamento científico la geopolítica de Karl Haushofer. El ex general pasa largas horas en Landsberg, conversando con Hess e Hitler; y cuando se va Haushofer, Hess se pone a la máquina y, junto con el Führer, continúa escribiendo el libro: Hitler y Hess funden la teoría de Haushofer y los deseos de Rosenberg en fórmulas políticas nuevas: *Con Inglaterra contra Rusia... La tierra no ha sido creada para pueblos cobardes... Si en esta tierra hay en verdad lugar para todos, ¡que se nos dé el espacio que necesitamos para poder vivir! Y lo que no se nos dé por las buenas, será tomado con el puño.*

La idea de una expansión hacia el Este va reprimiendo paulatinamente los deseos de vengarse de Francia.

Escriben un libro. El movimiento se disgrega. Hitler dice a Hess: *Cuando salga de aquí, tendré que invertir cinco años en rehacerlo todo.*

LA PRIMERA CAMISA PARDA

El conflicto entre los dirigentes del movimiento tiene por consecuencia que de la muchedumbre de secuaces se destaque el núcleo formado por los adictos ciegos. Estos están esperando al Führer, ponen todas sus esperanzas en Hitler. Componen versos: *Hitler, tú sacudes y conmueves las almas, verdadero mediador de nuestra raza...* Y en la prensa racista aparece este anuncio: *¡Al nacionalsocialismo se le conoce por la camisa parda! ¡Todos tienen que vestir la camisa parda! Adolfo Hitler ya viste en Landsberg la camisa parda. Pedidos a...*

Un partido que ya no existe, un movimiento agonizante, créase su uniforme. Este se debe, como todas las creaciones populares, al acaso. Los primeros destacamentos de asalto del "Bund Oberland" habían introducido, para cubrir la cabeza, la gorra azul usada por los esquiadores noruegos. La SA, por distinguirse de aquéllos, se decide por otra de color amarillo verdoso. Así, partiendo de la cabeza, el pardo amarillo llegó a ser el color de la SA.

El teniente primero Gerhard Rossbach, que, desde los pri-

meros meses de 1923, es jefe de una tropa especial dentro de la SA, declara, mientras Hitler está en prisión, que la camisa parda es el uniforme oficial de la SA.

Roehm, Rossbach, el teniente Heines y Brueckner están formando a la sazón una nueva SA.

DE NUEVO EN LIBERTAD

El Reichstag, el espacio en el Este, la SA o la camisa parda no preocupaban a Hitler tanto como estas dudas: cuando me pongan en libertad, ¿podré volver a hablar y escribir?; ¿no me expulsarán a Austria?; ¿cómo puedo evitar la expulsión?; ¿hasta qué punto tendré que contemporizar con la autoridad?; ¿tendré que transigir, por motivos de mi seguridad personal, más allá de lo indicado por razones políticas?

Estas preocupaciones habían contribuído a su decisión de renunciar al cargo de jefe del movimiento. Ningún ministro del Interior habría de decir de él que conspiraba desde la prisión. Es de suponer que el mismo ministro de Justicia, Guertner, se lo había aconsejado.

El 20 de diciembre, a las doce y media de la tarde, llega un telegrama de la fiscalía: *Concédese libertad condicional a Adolfo Hitler y Hermann Kriebel. Rogamos comunicárselo a Hitler y a Kriebel, y excarcelarles sin demora.* El director se da prisa. Los amigos, en Munich, estaban al tanto. El automóvil le está esperando a la puerta. Llevando un impermeable de color pardo, con el cabello ondulado y la raya casi en el medio, sale Adolfo Hitler; ha engordado tanto que el impermeable se le ciñe al talle.

¿Y ahora qué?

PAZ CON ROMA

Ante todo, y a casi todo precio, hay que ponerse en buenos términos con el "señor presidente". A quien Hitler va a ver primero es a su amigo Poehner, que, con todo, mantiene todavía las mejores relaciones con la "autoridad".

Poehner expone la situación política. La autoridad constitucional, esto es: el Parlamento, ha vuelto a tomar las riendas del gobierno. La *Reichswehr* no se intromete en la política, sino en cuanto se trate de sus propios intereses. Los cuerpos francos y las organizaciones armadas han desaparecido. Los antiguos

partidos han vuelto a destacarse sobre las nieblas de todas aquellas corporaciones indefinidas. El exponente de la reacción es el Partido Nacionalista Alemán. En Baviera manda, como desde hace décadas, el Partido Popular Bávaro. El doctor Heinrich Held, que desde hace muchos años es jefe de ese partido, es a la sazón presidente del consejo de ministros; en sus manos está concentrado el poder. Si se quiere vivir en paz con el señor presidente, hay que hacer las paces primero con el señor Held. El puede decidir si se anula o no el decreto de disolución del NSDAP; también puede decidir si Hitler obtendrá o no el permiso de residencia en Alemania.

Hitler debe hablar a Held. La visita significa, en todo respecto, una humillación. Held es, según la concepción nacionalsocialista, lugarteniente del Papa, palafrenero del clero aspirante al dominio político; a ojos de Hitler, ese ardiente federalista bávaro es un verdadero enemigo del Reich y un demagogo. El Papa y los jesuítas, junto con los judíos, ponen todos sus esfuerzos y afanes en desmembrar y castrar a Alemania, patria de Lutero, de Kant, de Goethe, del protestantismo, del idealismo y de todas las ideas libres y atrevidas. Ese presidente del Consejo de Ministros es la encarnación de todo aquello contra lo cual Hitler hizo su "putsch" el 8 de noviembre de 1923. Ello no obstante, va a verle y a pactar con él. La visita tuvo lugar el 4 de enero de 1925. Hay que retener esta fecha en la memoria.

Hitler: El "putsch" fué un error. Reconoce que la autoridad tiene que consolidarse; ofrece su colaboración, con tal que la autoridad esté dispuesta a combatir el marxismo.

Held: ¿Ayudarme a mí? Siendo yo partidario de la Iglesia romana, tan corruptora...

Hitler: Lo de la Iglesia romana es un asunto netamente particular del general Ludendorff. ¡Que no se confundan las cosas!

Held: Se muestra contento con la declaración de Hitler de que acataría a la autoridad. Por lo demás, no importaría que no la acatase; él, presidente del Consejo de Ministros, defendería la autoridad contra cualquier ataque. Que no se vaya a creer que en Baviera podría producirse otra situación parecida a la que reinaba antes del 9 de noviembre de 1923, cuando los hombres de bien ya no estaban seguros de la vida.

Hitler: El señor presidente del Consejo de Ministros puede estar convencido de que él, Hitler, nunca combatirá un partido

burgués, sino únicamente el marxismo. Seguro que también Held, siendo patriota burgués, combate el marxismo, y para tal lucha, él, Hitler, se pone a la disposición del señor presidente. Pero se comprende que no pueda hacerlo sino cuando se anule el decreto de disolución del partido.

Se le podría conceder ese favor, piensa Held. Ese vocinglero, que viene a implorarme casi de rodillas, ya no amenazará a nadie ni a nada. Además, el protector de Hitler —Guertner, ministro de Justicia— es amigo íntimo de Held. Held promete la anulación del decreto de disolución.

Refiriéndome a la colaboración, le advierto, señor Hitler, que brindé a su partido la oportunidad de prestarla. Les ofrecí hasta una cartera, pero los señores no la aceptaron.

EL LATIGO DE PIEL DE HIPOPOTAMO

Hitler no olvida esas palabras. Ya echará un sermón a los camaradas.

Algunos días después, los diputados nacionalsocialistas se reúnen en el edificio de la Dieta, para recibir a Hitler con cierta solemnidad. Hitler entra a la sala reservada para la fracción nacionalsocialista. Se saludan con frialdad. Hitler lleva en la mano, como de costumbre, el látigo de piel de hipopótamo.

De haber visto el látigo, yo le habría mandado a paseo, declaró más tarde uno de los diputados.

Les ofrecieron a ustedes una cartera, grita Hitler, y ustedes no aceptaron; bueno, pero entonces debieron combatir el gobierno; no lo hicieron tampoco. Claro que lo más indicado fué aceptar la cartera. — ¡Qué locura!, objetan ellos; ¿una cartera en aquel gobierno de jesuítas? Eso habría significado la renuncia a todos nuestros principios, el fin del movimiento racista. — El movimiento racista, repone Hitler, ya está derrotado, señores, por obra de ustedes mismos, y sin que aceptaran la cartera. Nuestra obra ha sido destruída; el número de los gloriosos diputados al Reichstag queda reducido a menos de la mitad. — Hay principios a que un hombre honesto sigue aferrado, sin que le preocupe el éxito; no puede uno combatir ayer al Partido Popular Bávaro, y hoy pactar con él. Ni aun cuando se tratara de recobrar su libertad, señor Hitler, y eso fué, probablemente, lo que más le importaba a usted.

Esta disputa tuvo por consecuencia que sólo seis diputados, entre ellos Julius Streicher, se declararan solidarios con su

Führer. Los demás, en número de dieciocho, se pasaron a otros partidos.

Sólo cuatro de los catorce diputados al Reichstag siguen leales para con Hitler. No se niegan a dejarle el título de jefe del partido, pero la dictadura, ¡no! Exigen que Hitler se separe de Streicher y de Hermann Esser. Hitler se da cuenta de que no debe tardar en hacer perder a aquéllos, una vez para siempre, las ganas de darle órdenes a él; de lo contrario, nunca le darán libertad de acción. No abandona a Streicher ni a Esser. Tras una larga lucha, los diputados se pliegan.

Estos diputados están capitaneados por Frick y Gregor Strasser. En una reunión de sus subjefes, Strasser dice, soberbio y en tono provocativo: *¡La idea por encima de todo! Por ello he ofrecido mi colaboración al señor Hitler.* ¡Colaborador y colaborador, no conductor y secuaz!

RECONSTITUCION

En un número especial del *Voelkischer Beobachter* se anuncia la reconstitución del partido nacionalsocialista.

La manifestación tuvo lugar el 27 de febrero de 1925, en la cervecería "Burgerbraeukeller". Acudieron cerca de 4.000 hombres. Hitler había engordado tanto, que muchos no le reconocían. La gente subió a las mesas y agitó los jarros, gritando y abrazándose de puro felices. Max Amann presidió la manifestación.

Hitler estuvo muy agitado, más de rabia que de alegría. El día anterior, Hitler había telefoneado a Drexler para rogarle que presidiese la asamblea. Drexler había contestado: *Sólo cuando abandones a Esser.* Hitler, enfurecido: *¡Vete al diablo!*, y había colgado el auricular. Por eso dijo en su discurso: *Si alguien viene a dictarme sus condiciones, le digo yo: ¡despacio, amigo, primero pondré las mías! Es que yo no pretendo granjearme las simpatías de la muchedumbre. Pasado un año, ustedes juzgarán: si hice bien, estará bien; si no hice bien, renunciaré el cargo. Pero hasta entonces, yo solo soy jefe del movimiento, y nadie me planteará condiciones durante el tiempo en que yo personalmente soy responsable. Vuelvo a asumir la responsabilidad de todo cuanto suceda en el movimiento.*

Más adelante añadió: *O los enemigos pasan sobre nuestros cadáveres, o nosotros sobre los suyos.* Concluyó diciendo que habría que acabar con las disputas dentro del movimiento, que no

debía haber adversarios ni rivales, y que todos tenían que olvidar las cosas pasadas. El auditorio lanzó gritos de júbilo. Max Amann se adelantó y repitió: Hay que acabar con las disputas; ¡todos por Hitler!

De pronto están en la tribuna, cara a cara, todos aquellos socios enemigos: Julius Streicher y Gottfried Feder, Hermann Esser y el doctor Frick, los doctores Dinter y Buttmann. Mientras todos se estrechan las manos —con los rostros expresando reconciliación, y los corazones llenos de falsedad—, Hitler se adelanta otra vez y dice que se siga el ejemplo de esos camaradas. Buttmann dice que había venido lleno de preocupaciones, no sabiendo qué partido tomar; pero: *Escuchando el discurso del Führer, todas mis preocupaciones se iban disipando.* Las palabras "el Führer" causan profunda impresión; a partir de ese día, "el Führer" es el título oficial de Hitler. Esa escena es característica de la incapacidad, frecuentemente observada, de Hitler para imponerse en un reducido círculo, y de la maestría con que sabe arrastrar a la muchedumbre previamente animada por medio de la propaganda y el arte escenográfico; conseguido esto, triunfa, apoyándose en la muchedumbre, también sobre el reducido círculo. Después de Buttmann, pronunció Streicher un discurso confuso: *Hitler ha vuelto... Pueblo alemán, en ello se manifiesta la divina Providencia. ¡Si haces un sacrificio por Hitler, lo haces por ti mismo!*

ADOLF MUELLER, EL MAS DESCONOCIDO MIEMBRO DE LA SA

El alma de la reconstitución fué el propietario de la rotativa del *Voelkischer Beobachter*. Adolf Mueller no es nacionalsocialista, sino miembro del Partido Popular Bávaro; pero ha hecho buenos negocios con Hitler y confía en la buena estrella de éste. Adolf Mueller y Max Amann están convencidos de la utilidad de la reconstitución, sobre todo en lo tocante a la propaganda; pero la base del negocio ha de ser siempre el *Voelkischer Beobachter*. Los éxitos en las asambleas son de poca duración; lo único que marca el valor real del éxito es el tiraje, puesto que sólo éste asegura al partido y, ante todo, al Führer, la independencia financiera.

Es de suponer que se levanten muchos hombres que se llamen nacionalsocialistas, para fundar organizaciones en el Norte

o en el Oeste del Reich: el Führer deberá disponer de fondos propios. Max Amann, ex administrador del partido, se encarga de la administración del *Voelkischer Beobachter*. Adolf Mueller concede un crédito, adelanta los sueldos de los cajistas y da prestado para el papel. Adolfo Hitler es propietario y editor del diario. Las mejores fuerzas del partido las empleará en el servicio de propaganda para su diario.

Primera desavenencia con Roehm.

Dietrich Eckart ha muerto. Helene Bechstein y Carola Hofmann son "madres".

Rudolf Hess, amigo íntimo y secretario privado oficial del Führer, no es hombre público, sino sólo la sombra del "jefe supremo". Ernst Hanfstaengl se ha retirado del todo.

¿Quiénes son los que siguen adictos a Hitler?

Los compinches del tiempo de los comienzos del movimiento, todos aquellos cocheros, cerrajeros y ganaderos, que beben mucha cerveza y que toman la política por un negocio o por una magnífica diversión. Hermann Esser, Christian Weber, Josef Berchtold, el fotógrafo Heinrich Hoffmann y, claro está, Max Amann. Todos estos compañeros tutean a Hitler, llamándole "Ade".

Rosenberg, Frick y Streicher, aunque superiores a aquéllos por sus condiciones sociales, siguen leales para con Hitler.

Toda esa gente está dispuesta a trabajar con todas sus fuerzas en la realización de la nueva gran obra, *para que el movimiento esté firme, y que mi puesto de director del "Voelkischer Beobachter" me rinda tanto como para poder vivir.*

Bien distinto es el fin que persigue Gregor Strasser. Sólo a las dos semanas de haberse celebrado la asamblea reconstituyente, ofrece su colaboración. Luego se va a Berlín y organiza en el Norte de Alemania el Partido Nacional Socialista; pero crea, en realidad, algo que más propiamente se llamaría "movimiento Strasser", puesto que, aún reconociendo a Hitler por Führer, Strasser hace del nuevo "movimiento" una organización casi independiente del partido de Munich. Posee, también, diarios propios, independientes del *Voelkischer Beobachter*.

Falta Ernst Roehm, el que había sido el verdadero creador del Partido Obrero Alemán. Roehm se había distanciado de Hitler. Este deseaba una nueva SA, pero no —ahora menos que antes— un ejército clandestino. Le había prometido a Held no hacer ya ningún "putsch", y esta vez no faltaría a su pro-

mesa. Roehm sostenía su conocido punto de vista, insistiendo sobre todo en que la SA quedase en contacto con la *Reichswehr*. En el curso de una entrevista que tuvo lugar a mediados de abril, los dos se acaloraron de tal forma, que Roehm se retiró. Al día siguiente le escribió a Hitler, comunicándole su renuncia del cargo de jefe de la SA. No recibió contestación. Roehm esperó dos semanas. Hitler no contestó. Pero el 1º de mayo pudo leer en su propio *Voelkischer Beobachter* una breve declaración de Roehm, en la que éste decía que se retiraba de la vida política, renunciando al mismo tiempo su cargo de jefe de la SA. Escribió también a Hitler: como que no había contestado, estará conforme con que él presente al público su renuncia. Prosiguió así:

Aprovecho la oportunidad —acordándome de horas hermosas y críticas que hemos pasado juntos— para darte las gracias por tu camaradería, rogándote que no me hagas perder tu amistad personal.

A lo cual Hitler no contestó tampoco.

Y Roehm apuntó en su diario íntimo algunas frases incluídas en la primera edición de su autobiografía, pero las que más tarde suprimió:

Sé que muchos hombres no pueden aguantar a quienes les amonesten y adviertan; yo suelo sostener un punto de vista diametralmente opuesto. Era yo amigo leal de Hitler; precisamente porque veía que le rondaban aduladores que le adoraban incondicionalmente sin osar contradecirle, conceptuaba mi deber de compañero leal hablarle francamente al amigo.

No sabemos lo que Roehm decía al camarada con toda franqueza. Es, sin embargo, extraño que Roehm, pese a la íntima amistad, no emitiese nunca un juicio definitivo sobre Hitler como personalidad; Hitler no menciona en "Mi lucha" ni el nombre de Roehm. Este se quejaba a otros de que Hitler, en el fondo, no sabía lo que quería; lo más lamentable sería su absoluta falta de comprensión para asuntos militares que se basan en el principio: quien persigue un fin, debe servirse de los medios adecuados.

Así le abandonó el hombre más prestigioso que tenía. El único personaje de relieve en el partido es, entonces, un hombre para quien Hitler nunca será "mi Führer", sino sólo "el señor Hitler". Ese hombre se llama Gregor Strasser.

APARECE HINDENBURG

Muere el presidente del Reich, Ebert, líder de los socialdemócratas. El pueblo alemán tiene que elegir un nuevo presidente. Por orden de Strasser, los nacionalsocialistas presentan como candidato al general Ludendorff; éste sufrió una terrible derrota: no reunió más de doscientos mil votos. La primera votación terminó con un empate. Para la segunda votación, todos los partidos de derecha (incluso Stresemann) convinieron en presentar un solo candidato: al feldmariscal von Hindenburg. Hindenburg fué elegido.

Durante la campaña para la segunda votación, Hitler dijo a sus partidarios que votasen por Hindenburg, hombre *en quien el afán de la libertad de nuestro pueblo está estrechamente ligado a la honradez y a la rectitud de los mayores ejemplos de nuestra historia.*

Hitler, Hindenburg — ¡libertad, honradez y rectitud!...

Esas elecciones no constituyeron aún un pacto; Hitler no estaba todavía en condiciones de poder pactar. Pero al adoptar esa actitud, Hitler dió a conocer que lo esperaba todo, como siempre, de los presidentes y feldmariscales. La elección de Hindenburg, que en su calidad de presidente es al mismo tiempo jefe supremo del ejército, significa la hegemonía definitiva de la *Reichswehr*. Ese anciano presidente, en torno al cual ya se va tejiendo la leyenda, no permite que la *Reichswehr* constituya un objeto para el Parlamento o el gobierno. Viene a formarse un Estado dentro del Estado; el proceso dura algunos años, pero en aquel pequeño Estado concluye por constituir en realidad la política. Elegido Hindenburg, Hitler se aventura a una grandiosa especulación política. El, que acaba de enemistarse con Roehm por esa misma *Reichswehr*, no puede, con todo, desprenderse de ella. Toda la carrera política de ese espía protegido por Roehm y Epp, está sometida a esta ley: *¡Del ejército fuiste tomado, al ejército volverás!*

CAPITULO XII

SIETE AÑOS EN LA MONTAÑA ENCANTADA

"CASA WACHENFELD"

Cerca de Berchtesgaden se eleva el monte Obersalzberg. Allí, en el "Platterhof", fué donde Hitler, Hanfstaengl, Esser y Eckart celebraban sus orgías. Cerca del "Platterhof" está por alquilar una casa de campo, llamada "Casa Wachenfeld". Hitler la alquila; tiene, desde entonces, su residencia en el Obersalzberg.

¿Por qué se retiró a ese rincón remoto, de difícil acceso? ¿Hemos de ver en ello algo como la estratagema de un hombre ilustre que quiera rehuir a los admiradores y a los proyectistas? No. El Obersalzberg es el punto estratégico para un partido putschista. Hermann Esser y Dietrich Eckart se han decidido por ese punto, porque de allí a Austria no hay más de dos pasos, y puede uno escaparse sin ser advertido. Y de Austria uno puede ir a Italia, donde hay amigos, o a Hungría, donde los hay todavía más. En ese punto se establece Hitler. La organización política permanece en Munich; claro que no se la traslada a Berlín, donde se encontraría bajo el control de Gregor Strasser, sino que queda en contacto, aunque muy vago, con la "Casa Wachenfeld", donde Hitler y Hess escriben su libro. El escritor Adolfo Hitler abandona de vez en cuando su idilio para pronunciar un discurso en tal o cual congreso, o para entrevistarse con personas a quienes no se puede pedir que vayan a Berchtesgaden. Pero bien pronto vuelve a su residencia. Mueller y Amann transforman el voluminoso manuscrito en un libro, Rudolf Hess redacta los subtítulos, y el periodista Josef Stolzing-Cerny corrige las faltas gramaticales; Cerny, austríaco y conocedor de la monarquía danubiana, parecía ser la persona más indicada para rectificar las afirmaciones de Hitler en aquellos puntos donde a éste le abandonaba su decantada memoria.

En el otoño de 1925 aparece el primer tomo. Es un libro de cuatrocientas páginas y se vende al precio de doce marcos. Esto es muy caro; pero Hitler quiere ganar dinero. Los lectores quedan desilusionados: habían esperado verdaderas revelaciones, por lo menos una biografía del autor o una historia del movimiento; en vez de ello, se les daba a conocer los conceptos políticos de Adolfo Hitler respecto a todos los problemas actuales imaginables. Eran los mismos conceptos que con harta frecuencia le habían oído repetir en todos sus discursos. La mayoría de los lectores no reparaban —porque no lo comprendían— en el acierto de las observaciones que Hitler hacía sobre la propaganda y la organización. Además, desalentaba a los lectores el estilo enmarañado: el autor no se detenía en ningún argumento, sino que divagaba pasando de un tema a otro. Durante años enteros, Hitler no tuvo éxito con su libro.

La revista satírica *Simplizissimus* publicó entonces una ilustración donde Hitler aparecía vestido de buhonero que anda de cervecería en cervecería para vender el libro "Mi lucha". Un gordo burgués, con el jarro en la mano, le dice, mirándole desdeñoso: "¡Pero, hombre, es caro el libro ése! ¿No tiene usted fósforos?"

Hitler no se amedrentó ante la indiferencia de sus lectores. Permaneció en el Obersalzberg y escribió la segunda parte.

Visto por fuera, se ha transformado en burgués que vive una vida placentera. Los redactores del *Beobachter* visten sacos raídos.

Su hermanastra Angela Raubal, de Viena, cuida de la casa. Ella trajo consigo a su hija Angela, llamada Geli, moza de diecisiete años, y que quiere hacerse cantante. La joven cautiva a Hitler.

LA OPOSICION DE STRASSER Y GOEBBELS

Si Hitler en aquel entonces piensa en el partido, esto quiere decir que piensa en el *Voelkischer Beobachter*. Heinrich Hoffmann, fotógrafo y amigo íntimo, insiste en que se saquen fotografías de las asambleas, y que se vendan tarjetas ilustradas; las ilustraciones pueden ser aún más eficaces que los discursos y la palabra escrita. En julio de 1926, Hitler osa convocar en Weimar una convención del partido. El gobierno derechista de ese Estado le da el permiso de pasar revista a su gente. Cinco mil hombres desfilan ante Hitler, que está de

pie en el automóvil, saludando a su gente, por primera vez, con el brazo alzado. La manifestación no fué nada grandiosa; en una reunión de los jefes, dijo uno de ellos, deprimido, que no se entretuviesen con falsas esperanzas, ya que el nacionalsocialismo estaba muerto. Pero Heinrich Hoffmann saca fotografías tan maravillosas de ese cadáver, que en las tarjetas ilustradas se ve el desfile de una masa gigantesca. El *Voelkischer Beobachter* lanza una edición especial, y quien no presenciara la asamblea general, debió tenerla por algo grandioso y emocionante.

Mientras que Hitler vive soñando en el Obersalzberg, el "movimiento Strasser", allá en el Norte de Alemania, se transforma poco a poco en un nuevo partido. Gregor Strasser y su hermano Otto han juntado sus escasos bienes particulares, han comprado una casa editora de periódicos racistas, y lanzan unos doce periódicos sobre el país. Gregor es un orador incansable, habla hoy en Essen, pasado mañana en Halle, ora en Heidelberg, ora en Chemnitz. En todas partes convoca reuniones de subjefes y funda nuevas secciones. Nombra subjefes, pero en cuanto a la selección de éstos, no es tan cauteloso ni tan sabio como Hitler; aquellos hombres no son siempre leales para con Strasser, y algunos no son aptos para el cargo. Pero no se puede negar que el movimiento conquista el Norte de Alemania gracias a Gregor Strasser, que el movimiento organizado en el Norte llega a obtener la supremacía gracias a Gregor Strasser, e incluso que el partido es dirigido por Gregor Strasser. Uno de los más ardientes colaboradores del nuevo hombre es su secretario privado, el joven doctor Paul Joseph Goebbels, que hasta entonces fué redactor de un periodicucho en Elberfeld. Los hermanos Strasser y el doctor Goebbels fundan, con el propósito de hacerse dirigentes espirituales del partido entero, un órgano secreto, las "Cartas Nacionalsocialistas", donde, fingiendo agredir a Feder o a Streicher, atacan a Hitler mismo. Hasta se atreven a organizar en Hannover un congreso del "Partido del Norte de Alemania", para dar al partido un nuevo programa; asisten a esa reunión de conspiradores, los señores Rust, Kaufmann y Koch. Hitler había enviado a Gottfried Feder en calidad de observador; Goebbels pide que se mande de paseo *a ese idiota*. Los hombres reunidos en Hannover insisten en que Hitler se separe de sus amigos que le comprometen, y precisamente no sólo de Esser y de Streicher, sino también de Rosenberg y de Max Amann. Sólo un congresal defiende francamente a

Hitler y a los amigos de éste: el doctor Robert Ley, jefe del distrito de Colonia. Consigue también que se admita a Feder. Pero no puede impedir la aprobación de un nuevo programa del partido, con el cual los adictos a Strasser quieren sorprender a Hitler. Feder y Ley informan en Munich; el que en ellos deja la peor impresión, es Goebbels. *Es el Mefistófeles del partido*, dice Max Amann. Rosenberg y Amann husmean el peligro e insisten en que se aleje a ese hombre. Pero Hitler demuestra que él, más que nadie, conoce a los hombres y sabe cautivarles. Nunca vaciló en desechar talentos que pudieran resultarle importunos; pero en Goebbels no ve el talento importuno, sino sólo el no satisfecho, que puede ser educado mediante un tratamiento acertado, mediante el soborno o la supervigilancia, cuando fuera necesaria.

ESCANDALOS Y PROCESOS

Hitler tiene que luchar por la conquista del poder dictatorial sobre el partido, sin destruirlo. Esos subjefes, esos Strasser y Goebbels son agitadores brillantes: ¿cómo puede uno disminuir el ascendiente de ellos sin alejarles del partido? Hitler no puede pasarse sin Strasser ni Goebbels, pero tampoco sin Max Amann o Hermann Esser; ¿no existe, al fin y al cabo, algo como una amistad personal? Con el látigo de piel de hipopótamo en la mano, se pasea por las calles, disgustado, solo; o se le ve en compañía de Esser y de la esposa de éste, deteniéndose los tres delante de los escaparates; el Führer escucha, paciente, a la señora de Esser, que le explica las ventajas de un vestido de seda o de una pelliza. Apenas si los dos hombres osan advertirle a la dama que el propietario del negocio es judío, y que la moda no es más que un ardid de que los judíos se valen para cazar en sus redes a las mujeres alemanas; el mismo Hermann Esser —dicho sea de paso— cree exageradas tales afirmaciones. Los transeúntes no vuelven la cabeza por los tres. Adolfo Hitler ya no interesa a la gente.

Hombres que antes habían sido apasionados partidarios de Hitler, dicen haber estado locos. Se publican libelos, en que esos desertores arremeten contra Hitler, ya con leve insinuación: "Adolfo Hitler y sus amigos", ya en tono grosero: "Adolfo Hitler y su canalla". Anton Drexler, que ha reunido un pequeño "partido", le combate ásperamente; el conde Reventlow, partidario de Drexler, y Albrecht von Graefe van a Munich para

aplastar a Hitler mediante ciertas revelaciones. Roehm ya no le tiene confianza; Goering vive en Italia apoyado por amigos; Kriebel cultiva la tierra en la Carintia austríaca y se siente molestado con una visita clandestina que Hitler viene a hacerle; Poehner ha muerto a consecuencia de un accidente automovilístico, y Rosenberg, deprimido y pesimista, se engolfa en su trabajo.

Hitler demanda a Anton Drexler por ultraje. En el curso del proceso se discute sobre si Hitler es o no "esclavo de Roma"; en esa ocasión se habla también de las relaciones que Hitler mantiene con el fascismo italiano. Por mediación de Goering, que vive en Italia, Hitler ha entrado en contacto con Mussolini; Hitler dijo a Munder, jefe del distrito de Wurtemberg: *Mussolini me ha invitado a ir a verle. — Yo no tardaría en irme allá*, contestó Munder. — *No puedo. Yo soy jefe de un movimiento alemán que significa para nuestro país lo que el fascismo para Italia. Cuando me encare con Mussolini, debo serle igual, y para ello preciso, por ejemplo, por lo menos, tres automóviles. Aun no puedo permitirme tal lujo.*

Más o menos al mismo tiempo, publica Rosenberg, en el *Voelkischer Beobachter*, artículos escépticos sobre el fascismo: el defecto del sistema adoptado en Italia consiste precisamente en no haber reparado en la cuestión judía. Mussolini se encuentra bajo la influencia del financiero judío Toeplitz.

Doerfler, camarada de Drexler, termina diciéndole a Hitler, ante el tribunal, estas palabras: *Le advierto, señor Hitler, que a la larga no conseguirá nada con sus métodos actuales. Puede ser que por algún tiempo siga usted fascinando a las masas, pero luego usted y su movimiento se vendrán abajo lo mismo que nosotros, y ¡lo va a pasar muy mal, señor Hitler!*

GOEBBELS ABANDONA A STRASSER

Hitler, presa de una honda desesperación, está listo para restablecer, en la primera ocasión, su autoridad desprestigiada. Distritos enteros le abandonan. Strasser y Goebbels se confabulan con Reventlow para desplazar a Hitler: ese eremita puede seguir viviendo allá en el Obersalzberg, será nombrado presidente de honor del movimiento racista, pero tendrá que ceder a Strasser la dirección efectiva del partido. Hitler está enterado de ese plan; sin mencionarlo, le dedica en "Mi lucha"

las amargas observaciones sobre el falso valor de las alianzas y coaliciones.

A principios de 1926, los adversarios muestran su flaco. Los partidos socialistas han propuesto un plebiscito por el cual quede establecido que no sean devueltos a los príncipes alemanes los bienes confiscados en 1918 (casi todos ellos bienes fiscales). Ese plebiscito encontró una fuerte repercusión en el pueblo; no sólo los obreros, sino también millones de hombres burgueses que lo habían perdido todo durante la guerra y la inflación, se escandalizaron de que sólo los príncipes lo recobrasen todo. Entre los nacionalsocialistas, las opiniones estaban divididas: la grey de los secuaces estaba contra los príncipes y el "robo de bienes del pueblo"; pero a la mayoría de los jefes les parecía intolerable hacer causa común con los "marxistas". Goebbels y Strasser no eran tan sensibles; Otto Strasser hizo un llamamiento declarándose contra los príncipes, por el plebiscito. Este fué el momento oportuno para Hitler.

En aquel tiempo, Hitler había iniciado una sistemática campaña con el fin de granjearse las simpatías de los grandes industriales. Les va a demostrar las ventajas que les ofrece su partido, cuyo propósito consiste en rechazar el "ataque a la propiedad". El llamamiento de Otto Strasser amenaza desbaratar toda esa política. En febrero de 1926, Hitler convoca a los dirigentes para una reunión en Bamberg; ha sido muy prudente al decidirse por este lugar, puesto que la mayoría de los dirigentes del Norte no tienen dinero para el viaje a Bamberg. Acuden aquellos que tienen que defender su posición social, o sea la burguesa; huelga decir que no falta casi ninguno de sus amigos bávaros. Hitler pone a raya a los hermanos Strasser, habla de "táctica engañosa" y califica de "infame" el plan de unirse a los marxistas. De frase en frase se intensificaron los aplausos de parte de los partidarios venidos del Sur de Alemania.

Goebbels se ve en gran aprieto. Ha venido a votar, junto con los Strasser, contra los príncipes; sólo entonces se da cuenta de que ellos representan en ese ambiente una oposición condenada a desaparecer. Compara la presentación, el gran aparato y el bienestar en torno a Hitler, con la pobreza de los amigos de los Strasser; él ve dónde tendrá éxito, comprende dónde tiene que alistarse. Se levanta y dice que el Führer tiene razón desde todo punto de vista; ha señalado rumbos tan esencialmente nuevos, que no es "un Damasco" el seguirle a "él".

Hitler triunfa sobre la oposición; ésta queda quebrantada; el mejor hombre después de Strasser se ha pasado a Hitler. En la noche de ese día, Pfeffer von Salomon, jefe de la SA, dijo a Goebbels: *Yo no soy socialista; pero, ¡lo que usted ha hecho esta mañana fué un increíble acto de deslealtad hacia sus amigos!*

El partido desaprueba el plebiscito, que, ello no obstante, resulta ser un grandioso éxito de la voluntad del pueblo. Pero Hitler parte para una jira por las provincias renanas y Westfalia, donde ilustrará, a puertas cerradas, a los industriales.

En el curso de ese mismo año, nombra a Goebbels jefe del distrito de Berlín, *a quien nadie pedirá cuenta, sino yo.* Strasser —jefe de la organización para todo el Reich— ya no dará órdenes a Goebbels. Pasado un año, el conde Reventlow se disculpó con Hitler, rogándole sumisamente que le admitiese en el partido.

El programa de Hannover quedó relegado al olvido. Mas, para desvanecer, una vez para siempre, todas las esperanzas de una reformación espiritual del partido, Hitler convocó en mayo de 1926 a una asamblea general, que estableció la inalterabilidad del programa de los 25 puntos; pero lo que fué de mayor trascendencia era el punto esencial del nuevo estatuto: la representación oficial del partido es el Partido Obrero Nacional Socialista Alemán, con sede en Munich. Todo el partido tenía que acatar, desde entonces, las resoluciones de aquella pequeña asociación de Munich. Sólo ésta puede pedirle cuentas a Hitler. Como que los hijos de Munich le obedecen a ciegas, ello significa el absoluto e irresponsable dominio sobre el partido. Además, se constituye una comisión de investigación y de arbitraje ("Uschla"); los miembros de esta comisión son nombrados por Hitler mismo. La "Uschla" puede considerarse una policía interna, cuyas funciones consisten en vigilar los pasos de cada uno de los correligionarios, y en informar al Führer sobre los resultados de las "investigaciones".

"BANDERA DE SANGRE" Y ANUNCIOS

Sin embargo, no es aún dueño del partido. He aquí la SA, cuyo jefe se llama Pfeffer von Salomon. Es otro Roehm. Como éste, Pfeffer es militarista: los oficiales tienen el militarismo en la sangre. Tanto Hitler como Pfeffer publican órdenes en el *Voelkischer Beobachter*, revocando el uno las del otro. Los

dos se encuentran en 1929 ante el tribunal de Schweidnitz. Hacen declaraciones sobre los fines y la organización de la SA. Hitler jura: *La SA no es sino un cuerpo de defensa.* Pfeffer jura: *La SA es una sección de asalto.* Hitler le colma de reproches.

¡Yo no me hago responsable de sus juegos militaristas!, grita Hitler. *Yo cargo con la responsabilidad*, le contesta Pfeffer. El es jefe supremo de la SA (Osaf); Hitler es jefe del partido, pero Pfeffer le considera sólo como una especie de ministro político, no como superior militar. *¡Vaya, si me puede impresionar ese Juan Lanas de Austria!*, dijo después de una entrevista con Hitler.

El Führer tiene que crearse una nueva escolta. Tal cuerpo debe ser un instrumento que le obedezca a ciegas; serán hombres escogidos; las condiciones de admisión son rigurosas; está limitado el número de los integrantes; la tropa debe sentirse la flor, la aristocracia frente a la muchedumbre plebeya que es la SA. Al nuevo cuerpo se le confía la "bandera de sangre", esa bandera que ondeaba frente al mausoleo de los generales, allá por el año 1923. A esa bandera se le rinde todo un culto místico: siempre que Hitler consagra un nuevo estandarte, traen la "bandera de sangre"; con la mano izquierda agarra la tela del nuevo estandarte, y con la derecha una punta de la "bandera de sangre": puede que Hitler, místico como es, crea en la transmisión de algo inmaterial. Durante uno de esos actos, dijo a un portaestandarte austríaco: *Les entrego a ustedes este estandarte como símbolo de la unidad de nuestro movimiento, hasta que hayamos quebrantado los ignominiosos tratados de St. Germain y de Versalles.* El nuevo cuerpo de guardia viste uniforme de color negro, y su insignia representa una calavera; en las hebillas de sus cinturones están grabadas las palabras: *La lealtad es mi honor.* Este cuerpo recibe el nombre de SS (Schutzstaffel = escuadrilla de protección).

¿En qué consistía la tarea de esos hombres más leales que todos, y a quienes se había confiado la "bandera de sangre"? En el manifiesto de fundación está escrito: *... ganar subscriptores y proporcionar avisos para el "Voelkischer Beobachter", así como ganar socios para el partido.* ¡Tarea verdaderamente digna de una "nobleza"!

Era casi natural que Berchtold, creador del nuevo cuerpo, no tardara en rivalizar con Pfeffer, a quien fué sacrificado.

El sucesor de Berchtold fué un tal Heiden, y Gregor Strasser consiguió que más tarde fuese designado para ese cargo su amigo y secretario privado Heinrich Himmler.

LOS INVERTIDOS

Pfeffer le da a Hitler tantos disgustos, que éste se reacerca a Roehm. Roehm aceptaría el cargo de jefe de la SA, pero de pronto se produce otro conflicto. Vuelven a enemistarse por causa del teniente retirado Edmund Heines, uno de los más íntimos amigos de Roehm.

Heines es una de las más repugnantes figuras del movimiento, e Hitler lo sabe; pero Roehm está apegado a ese joven con toda la fuerza de su amor perverso. Tenemos que echar una mirada a ese lodazal del género humano, por donde casi todos aquellos jefes del partido parecen haber pasado, al menos una vez. Heines es uno de aquellos voluntarios de guerra a quienes el uso de las armas había convertido en asesinos; no es un criminal nato, desenfrenado y brutal, sino que sabe discernir entre lo bueno y lo malo, y procede con pleno conocimiento de causa. Heines es uno entre todos esos asesinos del ambiente de Roehm. Los tribunales, sin embargo, no le declaran autor sino de un solo asesinato. En 1920, Heines asesinó a un camarada; el crimen fué cometido en estas circunstancias (texto oficial): *Durante la marcha, Heines dió a Baer orden de matar a Schmidt. Como Baer se negó a hacerlo, Heines apuntó la pistola contra la cara de Schmidt, y disparó dos veces.* Este evidente deseo de matar, este gozo sádico, que se manifiesta tanto en el asesinato como en las relaciones amorosas, es el rasgo característico de Heines.

En el extranjero, la pederastia era tenida, desde siempre, por un "vicio de los alemanes", y parece que sin razón; pero prima, efectivamente, en ciertas capas directoras de Alemania, síndrome que se observa en no pocos casos de incipiente degeneración de una casta de hombres dominadores y todavía vigorosos.

El racismo, que se funda en la adoración de un tipo racial superior desde el punto de vista físico, y la consiguiente acentuación de lo sexual, lo que no se puede desconocer, despertó, inevitablemente, esa sensualidad patológica. Inmediatamente después de su advenimiento, los nacionalsocialistas llamaron al señor Alfred Baeumler a ocupar una cátedra en la Universidad

de Berlín. Baeumler no tardó en publicar una selección de sus conferencias, la que llevaba el título significativo "Asociación de Hombres y Ciencia". Todo el libro es un himno al "héroe adolescente": *Entre nosotros, el adolescente predispuesto para una vida heroica, se aparta de la sociedad para buscar un amigo de su misma edad o mayor que él; busca un camarada y guía, un maestro y ejemplo, busca la asociación.* He aquí las lamentaciones: *En todas partes se aflojan las relaciones entre hombre y hombre. ¡Qué relaciones existen todavía entre discípulo y maestro!; ¡cuán increíblemente vagas y superficiales son, en particular, entre estudiantes y catedráticos! ¿Dónde hay, hoy en día, una verdadera amistad? Hay miles de lugares donde pueden reunirse hombres y mujeres. Pero no tenemos un solo sitio a que puedan concurrir los hombres, donde se encuentren lado a lado, los jóvenes con los jóvenes, o los jóvenes con los mayores, por el solo motivo de que ello tiene que ser así... El mundo moderno es un mundo sin amistad. ¿Cómo se presenta un joven a otro? Como medio para lograr un fin, como cliente o como colega, quiere decir: como algo indiferente; o se enfrentan rivalizando por la posesión de una mujer. Y ambos sucumbirán en esta lucha, puesto que tanto el vencedor como el vencido desperdician su tiempo. El erotismo conduce a que los flojos de carácter se aparten del mundo en que predominan las relaciones entre hombres. Después de casarse, aquellos flojos desaparecen o se enredan en relaciones eróticas. Los vínculos amistosos vienen a ser sustituidos por los eróticos. La amistad está relacionada con el Estado, pero no lo está el erotismo. En su discurso sobre la República Alemana, Thomas Mann dió una definición de la democracia llamándola "un asunto erótico". En efecto, ella no puede perdurar sino en donde predominan las mujeres y las relaciones con mujeres, y tiene que desaparecer donde reina la amistad. Por lo mismo que los alemanes son guerreros por su naturaleza, hombres nacidos para el trato amistoso, nunca prosperará en Alemania la democracia, que, en último término, conduce a que las mujeres juzguen a los hombres.*

Todo ello es bastante ramplón. Nietzsche y Stefan George sabían decir sobre este tema cosas incomparablemente más profundas. Pero Baeumler tiene el mérito de hablar con toda franqueza y en tono muy patético, y el hecho de que precisamente él fuera llamado a ocupar la cátedra de filosofía del nacionalsocialismo, no debe borrarse de la historia del mismo.

El apiñamiento de los hombres durante la guerra, más aún,

el funesto compañerismo de los cuerpos francos, esa amistad para la vida y la muerte, caracterizada por la mayor indisciplina imaginable y por asesinatos cometidos en común — todo ello contribuyó a la propagación de la homosexualidad. El entusiasmarse por un amigo leal, aun por un jefe, ora brutal, ora benévolo, puede ser la manifestación de un afecto castísimo, que, sin embargo, aumenta el peligro de contagio. Precisamente esos hombres tienen una predisposición por algo sobremanera ideal; las relaciones eróticas entre hombres son para ellos el fundamento del Estado. La amistad entre hombres aparece como el privilegio de una raza superior. El judío sería el prototipo de hombre entregado a una vida sexual inferior y unilateral; toda la propaganda de Julius Streicher (cuya vida instintiva es absolutamente normal) se basa en esa concepción, e Hitler dice en un discurso: *El judío no conoce el amor, sino sólo el cuerpo. No quiere más que prostituir...*, concepto que ha tomado del filósofo Weininger, quien, aún siendo judío, era antisemita. En una asamblea general del partido, que tuvo lugar en Munich en el año 1922, se tomó una resolución por la cual quedó establecido que ninguna mujer pudiera desempeñar un cargo en el partido. Por mucho que Frick y Goebbels se esforzaran por mitigar esa tendencia o darle otra interpretación, los "veteranos" del partido pensarán como Roehm: *Todos los partidos, menos el NSDAP, envían mujeres al Parlamento. El "mulier taceat" —¡cállese la mujer!— ya no tiene aceptación. Las mujeres meten las narices en todo, y los hombres se subordinan a ellas. En épocas de poderío y grandeza de un Estado, en períodos de luchas, nunca pudo alcanzar influencia alguna el sexo femenino. Es difícil creer que Alejandro Magno, Federico el Grande, César, Napoleón, el príncipe Eugenio o Carlos XII de Suecia se hubieran dejado gobernar por mujeres.*

Y cuando oímos decir a Hitler que en Alemania tendrá que mandar el hombre nórdico, así como en la Grecia antigua lo hizo la casta dorio-nórdica, y cuando recordamos la vida sexual de esos dorios pederastas, vemos con toda claridad a dónde va a parar todo eso.

LA EXPULSION DE HEINES

En aquella atmósfera de erotismo racial, en aquella camaradería de asesinos, sucedió lo que tenía que suceder, y lo que no será exterminado ni mediante fusilamientos en masa.

Gerhard Rossbach llega en 1923 a Munich, donde vuelve a encontrar a su amigo Heines. Después del "putsch", los dos traban amistad con Roehm. Este nombra a Rossbach jefe del Estado Mayor de la SA, y dice de Heines que es *uno de los hombres más destacados y más fervorosos del movimiento racista. Ciegamente adicto al Führer, dando a sus hombres un ejemplo luminoso, Heines representa el tipo de aquellos oficiales de los cuerpos francos, que tan a menudo han salvado a Alemania, Ese oficial, siempre joven, nunca rehuyó el peligro, pero tampoco guardó miramientos. Su lealtad se la pagaré siempre con lealtad.*

Sofocado el "putsch", Heines va reuniendo los hombres de Rossbach; esta tropa forma un grupo particular dentro de la SA. Rossbach mismo se ha retirado temporalmente de la vida política; amnistiado en 1926, vuelve a reunir otra gente joven y funda una compañía teatral ambulante; este conjunto se llama "Grupo de aficionados Eckehard", y persigue un fin absolutamente unívoco. Rossbach ha dejado una herencia: la camisa parda. Heines abre un negocio de camisas y vive de la venta de éstas; claro que vende también hebillas de cinturones, cachiporras y "brownings". Uno se pregunta por qué se decidieron precisamente por ese color pardo amarillento. Es de suponer que a esa decisión contribuyó la sensualidad perversa.

Roehm y Heines estrechan sus relaciones amistosas en el curso del año 1924. En ese mismo año se despiertan en Roehm aquellos instintos funestos; él mismo está muy contento de que sea así. Bien pronto todos lo saben, pero Hitler se niega a imponerse de ello. Roehm guarda las apariencias observando cierta reserva; pero el menor de los dos amantes no sabe moderarse. Abusando de su autoridad, comete crimen sobre crimen contra los niños cuya educación le ha sido confiada. Obliga al hijo de un tal H., propietario de un diario, a que se le entregue. El señor H. consigue ser recibido por Hitler; le colma de reproches: *Señor Hitler, ¿no fué usted quien dijo ser responsable de todo cuanto sucediera dentro del movimiento?* Hitler contesta: *Mi querido señor H., lo sé todo, ¿qué voy a hacer yo? Los jóvenes deben de ser tan maduros como para poder decidir ellos mismos; la SA no es un jardín de infantes. Yo, por mi parte, hago lo posible para reprimir esas porquerías.* Más o menos al mismo tiempo, Ludendorff pide a Hitler, por mediación del conde Reventlow, que excluya a Roehm y a Heines. Hitler, exasperado, y tanto más cuanto

que se lo pide Ludendorff, le dice, desdeñoso, al conde Reventlow: *No me interesa que lo hagan por delante o por atrás.*

Pero el escándalo llegó al punto que debieron abandonar a Heines. Sin embargo, Hitler no lo hizo hasta que Heines se levantó contra él mismo. En una reunión de la SA, Heines le reprochó a Hitler la insuficiente instrucción militar de la SA. Ahora sí que tenía motivo para excluirlo.

La exclusión de Heines agravó el conflicto latente entre Hitler y Roehm. Este había sostenido una lucha empeñada dentro del partido; no quería que se expulsara a su amante. Si así trataban a sus mejores amigos, él no podía aceptar el cargo de jefe de la SA.

Pfeffer es jefe de la SA. Goebbels, vanidoso y sarcástico, sigue luchando por la conquista de Berlín. Los Strasser afianzan su autoridad dentro del partido. Hitler pasa todavía lo mejor de su tiempo en la montaña encantada.

EL ESPANTAJO DE LAS OFICINAS

De lance en lance, Hitler baja a Munich y visita la secretaría del partido. Todos los empleados tratan entonces de escurrirse. Durante horas enteras, nadie puede continuar su trabajo. *¿Qué me interesan los disparates que usted está escribiendo? ¡Haga usted lo que le digo yo!* — grita el "jefe". En todas partes se oye su voz. ¡Guay del desgraciado que dirija una pregunta al Führer! *¿Por qué me molesta a mi con esas cosas? Usted tiene que dirigirse al señor Gengler. Mis empleados deben saber a quién han de dar cuenta. ¿Cree usted que Federico el Grande hubiera llegado a ser el héroe de Leuthen, si hubiese reparado en nimiedades? No permito que se me moleste con idioteces. Tenemos que seguir el ejemplo del Estado Mayor de Prusia, donde cada uno atendía a sus obligaciones...* Poco a poco los empleados aprenden a mantener al Führer alejado de las oficinas.

En marzo de 1927 el gobierno de Baviera volvió a dar a Hitler permiso de hablar en público. Hitler, en cambio, declara por centésima vez, y en tono solemne, que no persigue fines ilegales ni se servirá de medios ilegales. El primer gran discurso que Hitler, tras un largo silencio, pronuncia en el circo "Krone", causa cierta sorpresa. Nada de política. Parece que Hitler, patético y lleno de unción, pronuncia un sermón; no ataca a ningún enemigo, no zarandea a los judíos, no imita

la jerga de esa raza odiosa; nada de amenazas ni nada de truenos; sólo alude, casi con disimulo, al "funesto paso del judío a través del mundo". Al día siguiente, el *Voelkischer Beobachter* publica algunos aforismos, trozos incoherentes del discurso. La taquígrafa había perdido el block en que había anotado el discurso de Hitler. Este se pone furioso, creyendo que se trata de una intriga. Y, ¡cómo no ha de ser así, dado que los empleados del partido y del diario no son nacionalsocialistas!; los obreros que trabajan en la imprenta de Mueller son socialdemócratas organizados. Cada vez que Hitler se lo reprocha a Adolf Mueller, éste objeta: "Haga usted venir a algunos tipógrafos nazis y yo estaré complacido en darles ocupación". Max Amann se esfuerza por hallar alguno que otro cajista nacionalsocialista; al cabo de cuatro semanas, los redactores mismos están convencidos de que el nuevo cajista no sabe componer; y si lo sabe, los colegas no le dejan trabajar. Hitler hace venir al redactor que cree responsable, se desata en improperios contra él, grita que se siente rodeado por traidores, y al abrir aquel infeliz la boca para contestar, Hitler le da una bofetada.

Hitler regresa a "Casa Wachenfeld". Hace ya algún tiempo que no publica nada en el *Voelkischer Beobachter*. Donde publica sus artículos es en el *Illustrierter Beobachter* (Observador Ilustrado), periódico bimensual fundado por Heinrich Hoffmann. Susurran que Hitler cobra sumas enormes; él mismo confirma esos rumores: *Claro que cobro por mis trabajos, y no cobro poco, porque, al fin y al cabo, yo no soy un empleado, sino el fundador de la empresa.*

Gregor Strasser, mientras tanto, no pensaba sino en encontrar una consigna que fuera acogida con entusiasmo por la población entera; por eso había empezado a apoyar a los obreros en su lucha por el aumento de los jornales. Hitler publica entonces un mensaje en que califica de "impostor de la opinión pública" a todo el que aboga por un aumento de los jornales, puesto que es un impostor quien promete un aumento de los jornales a un pueblo reducido a la esclavitud. Resulta difícil llegar a una inteligencia con Gregor Strasser, que insiste en su opinión, alegando fundadas razones como estas: en primer lugar, somos un partido "Obrero"; en segundo, "Socialista", y en tercero, nunca conquistaremos a las muchedumbres, si no hacemos algo en favor de ellas. El mismo Hitler reconoce que Strasser tiene razón. Pero si el partido abogara por un aumento

de los jornales, los grandes industriales no le darían ni un centavo — argumenta Hitler, con no menos razón; es, sin embargo, inútil explicárselo a un hombre como Strasser.

Cierto día, los dos se dieron cita en un restaurante de Leipzig, para resolver un asunto muy delicado. Hitler sabía que era imposible ponerse de acuerdo con Strasser. No bien hubieron tomado asiento, Hitler se disculpó, levantándose para ir al excusado. No volvió. De esta manera genialmente sencilla resuelve Adolfo Hitler los problemas políticos.

En aquel entonces, Hitler no perseguía ningún fin determinado: estaba esperando lo que le iba a traer el destino. Esta actitud expectante es su fuerte; sus triunfos se explican por la confianza que tiene en sí mismo. En el verano de 1927 dijo: *Quizá el destino no nos encargue sino un papel parecido al de Federico Guillermo I* (padre de Federico el Grande); *estamos edificando, no para nosotros, sino para el porvenir.* En otra ocasión se expresó así: *Puede ser que transcurran veinte o cien años, hasta que nuestra idea se imponga. Morirán quienes hoy tienen fe en la idea, mas, ¿qué significa el individuo en la evolución del pueblo entero, de la humanidad?*

DE COMO CAPITULO LA BURGUESIA

En abril de 1928, el doctor Gustav Stresemann, ministro de Relaciones Exteriores, pronunció en la cervecería "Burgerbraeukeller" un discurso electoral.

A la manifestación acudieron quinientos nacionalsocialistas con los cabellos cubiertos de papel de plata. Con ello aludían a la "franja de plata en el horizonte", palabras éstas que Stresemann había usado para alentar a sus compatriotas, en aquella triste época de la postguerra. Aquellos quinientos hombres, capitaneados por Hermann Esser, vocearon: *¡Revienta, Judá!;* o: *Señor Stresemann, ¿dónde tiene usted la franja de plata?;* o: *¡Ahora viene el espíritu de Locarno!* Los honrados burgueses que presidían la asamblea —entre ellos un general en situación de retiro— no supieron defenderse contra los vocingleros. Stresemann, que sabía contestar a los jóvenes, logró imponerse, y pareció que los nacionalsocialistas no conseguirían dispersar la asamblea. Entonces los quinientos hombres se pusieron de pie y entonaron el himno nacional: *¡"Deutschland, Deutschland ueber alles"!*

De pronto se levanta aquel general retirado y se une al

improvisado coro. Todos los que están sentados a la mesa presidencial se ponen de pie y cantan.

El canto disuelve su propia asamblea, pero ellos cantan. El canto va dirigido contra la candidatura de su amigo Stresemann, pero ellos cantan. Abusan del himno nacional, se burlan de él, pero cantan.

Stresemann crispa sus manos, lívido de rabia ante la cobardía de sus amigos. Aquella misma noche sufrió un cólico nefrítico; recrudeció su afección renal, que padecía desde hacía algunos años. Ya no se restableció. Murió al año siguiente.

La asamblea fué dispersada. Cuando Stresemann les pidió explicaciones a los señores de la mesa presidencial, se le contestó: *Señor ministro, debimos demostrar a aquella gente que somos tan buenos patriotas como ellos.* ¡No les mandaron a paseo! Por miedo a que aquellos brutos les calificasen de "no bastante nacionalistas", se rebajaron y abandonaron a su conductor y a su causa.

¿Queda algo por explicar?

De esta manera Hitler llegó al poder.

CAPITULO XIII

LOS SIN CLASE

EL DERRUMBE DE LAS CLASES

El doctor Bruening, canciller del Reich, se había propuesto demostrar que Alemania no podía pagar las reparaciones. Redujo los sueldos, los precios y el costo de la vida, todo lo cual contribuyó a agravar la crisis que estaban atravesando, no sólo Alemania sino también otros países. En 1931 quebraron los grandes bancos de Alemania. El "trust del acero", la mayor agrupación industrial de Alemania, que también estaba a punto de quebrar, fué vendido al Estado. Había quien veía en ello una "socialización"; pero lo que ocurrió fué todo lo contrario: los capitalistas, antes de retirarse a la vida privada, explotaron al Estado y, por tanto, a los contribuyentes.

Todas esas tentativas de salvamento no hacían más que aumentar la miseria y exasperar al pueblo. El proletariado se dividió en dos clases: la una se componía de los que tenían trabajo, y la otra de los que cobraban el socorro de desocupados. No era muy distinta la situación de la mayoría de los empleados; pero éstos, aún encontrándose en casi las mismas condiciones de vida que el proletariado, seguían firmemente convencidos de ser superiores a los obreros. La capa de los comerciantes al por menor se enemistó con los capitalistas y con el Estado; esos comerciantes necesitaban del apoyo de los bancos, y esta dependencia significaba el pago de intereses enormes, debido a la incertidumbre reinante en el mercado de capitales; por otra parte, los mismos capitalistas, y hasta el Estado, hacían la competencia al comercio al menudeo. En el curso de esa lucha que los grandes sostenían contra otros grandes, contra el Estado y contra los pequeños, fué exterminado un vasto sector de la clase media. Muchos fueron a cobrar la cuota de socorro a los desocupados, pero la mayoría se resignó a llevar una vida de proletarios u otra todavía inferior.

LA PROFANACION DE LA PROPIEDAD

Los pequeños accionistas siempre han sido maltratados por los fundadores y directores de las sociedades anónimas respectivas. En la Alemania de postguerra se explotó a esos pequeños accionistas de una manera muy ingeniosa, mediante el llamado "autofinanciamiento". Los directores de las sociedades repartían sólo una pequeña parte de las ganancias en forma de dividendo, y agregaban la mayor parte al capital de explotación, el cual, en forma de acciones preferidas, quedaba en poder del directorio. Así, los pequeños accionistas perdieron no sólo una parte de sus ganancias sino, también, toda influencia sobre la empresa en que figuraban como socios. Los directores seguían cobrando sus sueldos enormes, puesto que, después de la quiebra de los bancos en el año 1931, las empresas eran subvencionadas por el Estado. Pero aquellos poseedores de pequeños capitales estaban arruinados.

De la guerra mundial a esta parte, la propiedad media y pequeña ha sido desvalorizada y profanada, mientras que "los grandes", apoyados por el Estado, han logrado en no pocos casos salvar y afianzar lo suyo, aduciendo "los intereses económicos de la Nación entera". Esto ocurre no sólo en Alemania sino en todas partes.

Donde reinaba el mayor descontento era en la industria agropecuaria. Esta es, por su naturaleza, la rama menos floreciente de la economía alemana. No obstante la protección aduanera, la industria agropecuaria no era capaz de competir con las de otros países, que exportaban sus productos a Alemania a precios mucho más baratos. De ahí que cierta parte de la industria agropecuaria quedara, efectivamente, reducida a la miseria: con los graneros llenos, los productores no disponían de dinero en efectivo; por otra parte, el recaudador o el ejecutor trababa embargo sobre el ganado y sobre el trigo. Hubo sediciones campesinas en la Alemania del Norte, levantáronse los viñateros en las provincias renanas, y en las oficinas de recaudación estallaron bombas. Los dirigentes de esos tumultos eran, en no pocos casos, intelectuales, ex oficiales, aventureros, esto es: aquella gente que formaba también el núcleo del movimiento nacionalsocialista.

También los campesinos han empobrecido. ¿Qué valor tiene la finca en que viven?

Durante el invierno de 1932 hubo en Alemania de siete a ocho millones de desocupados; gran parte del resto de la población vivía en casi la misma miseria.

¿Cuáles serán las consecuencias políticas?

LA REVOLUCION REACCIONARIA

De todas las clases de la sociedad se separan amplias masas, que van a formar el ejército de los sin clase. Estos siguen defendiendo sus antiguas pretensiones sociales y sus ideales, pero en vista del fracaso del régimen actual, llegan a convencerse de que sólo un cambio radical podría satisfacer sus deseos. El obrero sin clase quiere tener trabajo; el empleado sin clase reclama un sueldo conforme a su posición social; el pequeño comerciante sin clase exige, además de la supresión de los grandes establecimientos industriales, la reducción del tipo de interés y de los impuestos; el fabricante y el accionista sin clase piden que se les encarguen trabajos públicos, y el agricultor sin clase no deja de reclamar precios mínimos.

Nadie espera que el cambio de régimen le traiga algo nuevo; nadie quiere más que volver a obtener lo que poseía antes. Sobre todo, el obrero sin clase, ese supuesto exponente del socialismo, ya no piensa, presa de la desesperación, en el socialismo y en la reorganización de la sociedad, sino sólo en el trabajo; y los que tienen trabajo están poseídos del único deseo de ver restablecido el sistema capitalista, para que los fabricantes puedan aumentar los jornales. Los socialistas conscientes son algo como una película delgadísima que se extiende por sobre las masas obreras.

Todos cuantos tienden a la revolución anhelan lo antiguo, no lo nuevo.

Pronto estallará la revolución conservadora.

Todos están animados por una misma voluntad de reacción, y casi todos están dispuestos a llevar a cabo esa reacción mediante métodos revolucionarios. Y los obreros desempeñarán un papel decisivo en ese proceso.

A todas esas capas viene a agregarse otra: la juventud. La mayoría de los jóvenes entre los dieciséis y veinticinco años de edad, no perdieron nada, ya que no poseían nada; ellos ni siquiera empezaron a trabajar; sólo han llegado a conocer la desocupación reinante en la familia, o la miseria a que aquélla quedó reducida por la pérdida de la fortuna. Estos jóvenes for-

man una clase de desocupados de profesión, desesperados, hombres sin porvenir. Entre esta gente joven se encuentran los elementos más turbulentos.

Los sin clase han de ser guiados.

De ello se encargan los intelectuales.

PRIVILEGIO E IRRESPONSABILIDAD

Los intelectuales tratan de dar un sentido positivo a la revolución inminente. Hacen proyectos de un orden social corporativo, dentro del cual cada corporación tendrá deberes, prestigio y honor particulares. Dicen a los sin clase que la "conciencia de corporación" es el único medio para su salvación. Por otra parte, esos intelectuales han caído en la cuenta de que, si se tiene presente la actual distribución del poder y de la propiedad en el mundo, Alemania se halla privada de toda comunicación con los países donde se producen materias primas, y que, por tanto, la industria alemana, cuyos productos estaban destinados casi exclusivamente para la exportación, ya no puede contar con clientes ni pagadores. Rindiéndose a la evidencia de que las naciones siguen aisladas, y que están surgiendo grandes imperios continentales, los intelectuales abogan por la fundación de un imperio continental alemán en la Europa central y oriental. Este es el significado de la palabra "autarquía", rechazada por la industria, pero aprobada por los agricultores. Sin embargo, lo que es de importancia fundamental respecto de la lucha por el poder dentro y fuera de Alemania, es el problema de las corporaciones.

El corporativismo como tal no comprende ningún motivo revolucionario inmediato. El Estado corporativo es un proyecto que no puede interesar a la muchedumbre sino cuando se le lleve a la práctica; sólo el nacionalsocialismo le imparte la pujanza que le hace falta. Y lo hace, sin escrúpulos, mediante una treta.

Es que Hitler dice, a cada una de las corporaciones, que, precisamente, ella será la que preferentemente se beneficiará con el Estado por venir. Hitler, que en 1930 había iniciado una campaña de propaganda entre la población campesina, dijo en 1933: *Los campesinos constituyen el fundamento del pueblo. El pueblo alemán puede pasarse sin ciudades, pero no puede vivir sin los campesinos.* En cambio, Goebbels dice a los obreros de Berlín: *¡Levantáos, jóvenes aristócratas del nuevo Estado obrero! ¡Vosotros sois la nobleza del Tercer Reich!*

Reinhold Muchow, creador del movimiento sindicalista dentro del nacionalsocialismo, intenta *convertir a los obreros en la capa directora del nuevo Estado.* Pero en una entrevista con Otto Strasser, Hitler dice: *Nuestros grandes industriales han llegado a ocupar posiciones importantes por la simple razón de ser hombres inteligentes. Esta selección que evidencia su raza superior, les autoriza a ser conductores.* Lo repite en todas las conferencias que dicta ante los industriales.

Este es el principio autoritario por el cual se regirá el Estado corporativo. Ello significa que una autoridad suprema absoluta responde de todos y de todo, garantizando seguridad y cierta conveniencia respecto de la moral; pero ello entraña también la posibilidad de que cada uno pueda llegar a desempeñar tal o cual cargo autoritario, gozando también de la autoridad irresponsable. En efecto, el "jefe" queda exento de toda responsabilidad, en la medida que los individuos pierden o reprimen la conciencia de ser responsables de su propio Estado, ya que si no hay responsabilidad hacia abajo, ante las muchedumbres, no hay responsabilidad alguna. Pues que no puede haber responsabilidad hacia arriba —una de las ideas favoritas de Hitler— sino cuando la presión ejercida desde abajo obliga a la autoridad superior a justificarse ante la suprema; de lo contrario, el sistema autoritario representado por hombres que no tienen que justificarse más que ante su llamada conciencia, sirve solamente de pretexto para el despotismo, el nepotismo y el favoritismo. El Führer supremo y absoluto, que dice que él solo carga con toda la responsabilidad, no carga, en realidad, con ninguna, puesto que nadie puede pedirle cuentas. Viene a crearse un sistema de gobierno cuyo único riesgo radica en la lucha por las simpatías "del superior", y el medio más eficaz para conquistarlas consiste, claro está, en la sumisión absoluta.

A esta sumisión se la titula oficialmente de "servicio prestado a la Nación". He aquí algunas voces conocidas y sus equivalencias nacionalsocialistas: camarilla equivale a pueblo; despotismo, a "servicio prestado a la colectividad"; presa, a sacrificio, y privilegio, a altos deberes.

Nosotros somos superiores a los demás, y por eso tenemos más deberes, dicen los miembros de la SA. *Tenemos reunidos de 600.000 a 800.000 combatientes, que representarán el núcleo de la Nación, la mayoría de la fuerza y de la voluntad; los demás*

no son más que números, dice Hitler. Sólo la más obcecada ingenuidad no verá en ello los privilegios, aun cuando se hable de altos deberes; en la historia universal, todos los privilegios fueron concedidos en atención a servicios prestados a la sociedad. *La patria debe amar, más que a todos, a los centenares de millares de hombres que aman a la patria más que a nadie en el mundo,* dijo Hitler en 1932. Ningún fariseo podría alegar razones mejor fundadas. Patriotismo pagado. La revolución empieza por el saqueo.

El análisis de la propaganda nos hace ver cómo el Estado corporativo va a transformarse en un Estado donde el gobierno será ejercido por una clase privilegiada. Todas esas discusiones sobre el Estado corporativo trajeron, como única consecuencia, algo muy significativo: la creación de un sinnúmero de sindicatos industriales para la fijación de los precios.

LOS DESECHOS DE TODAS LAS CLASES

Hitler prometió privilegios a todos. ¿Y a quiénes los concedió? A los que pagaron, esto es: a los que le obedecían a ciegas.

Los sin clase, representados por siete u ocho millones de desocupados, son su mar, y la tripulación de su barco está compuesta por un puñado de filibusteros de aspecto sospechoso.

La propaganda comunista se dirigía también a los que desesperaban de la sociedad, y siempre se suscitará la pregunta de por qué, no sólo en Alemania, sino también en otros países, en una situación evidentemente revolucionaria, el radicalismo de izquierda fué derrotado por el de derecha. Este fenómeno tiene dos explicaciones. La primera: los comunistas se dirigían exclusivamente a los sin clase de origen proletario, y los nacionalsocialistas a los de todas las clases; obtuvieron, así, una superioridad numérica. La segunda: los nacionalsocialistas trataban de despertar, aún en el proletariado, los instintos reaccionarios, y los comunistas, los revolucionarios; los nacionalsocialistas lo acomodaban todo al gusto de los sin clase, los comunistas exigían de ellos que obrasen. En términos optimistas: los comunistas exigían energía; Hitler, obediencia. En términos pesimistas: los comunistas apelaban a la envidia; Hitler, a la pereza; aquéllos prometían el disfrute de la vida; éste, la seguridad. En 1927, Hitler dijo: *No conocéis al pueblo. El pueblo no desea ser arrastrado hacia la formación de mayorías, no desea ser molestado con proyectos; ¡lo que desea es tener un conductor en quien pueda confiar, y nada más!*

La sociedad se halla siempre rodeada de desechos, que, en los tiempos llamados normales, se esconden de alguna manera en los poros de aquélla. Pero la descomposición del tejido social que estamos experimentando, desaloja a aquellos parásitos. La tremenda militarización de la vida les enseña a reunirse en una organización ruda y potentísima. Se llaman hoy partido de la gente de bien, y mañana partido de los subyugados; hoy defienden la propiedad, y mañana reclaman el socialismo. Con cada una de estas consignas atraen valiosos elementos de todas las clases, y los empujan luego delante de sí a guisa de parabalas político. Carlos Marx describe en su *Dieciocho de Brumario* la pandilla análoga que rodeaba a Napoleón III; califica a esa gente de "bohemios armados", y dice que son éstos, no la burguesía, los que ejercen la dictadura.

Los desechos de todas las clases van formando el núcleo del movimiento nazi, y se erigen en dueños del Estado.

El hombre inferior está acaparando el poder.

Advienen los *gangsters.*

HITLER PUEDE PROMETERSE EXCELENTE COSECHA

En febrero de 1933, después del advenimiento de Hitler al poder, un peluquero se presentó ante el jefe del gremio de peluqueros, y le dijo: —Vengo a comunicarle a usted que cerraré mi negocio; me resulta imposible sostenerlo. —Da lástima —dijo el jefe— ver cómo tantos colegas pierden ahora el aliento; resulta que los obreros no ganan nada, y dejan crecer el cabello. ¿Y qué va a hacer usted? —Ya tengo algo. —Hombre, ¿cree usted que su partido pueda agenciarle todavía algún empleillo? — El otro preguntó, receloso: —¿A qué partido se refiere usted? —Pues, todos saben que usted es comunista. — El otro le dijo, levantando la voz: —Me imaginaba que usted me diría eso. No, señor; (levanta un poco la solapa, debajo de la cual aparece una cruz gamada) ¡los nazis me proporcionarán un empleo en el Departamento de Previsión Social!

¡La cruz gamada debajo de la solapa; por fuera, marxista, y en cada bolsillo un carnet de socio de otro partido distinto! Y de tal gente había muchísima...

Los gobernantes no tenían la menor idea de lo que se estaba preparando. El presidente del Reichstag, señor Loebe, social-

demócrata, le escribe carta sobre carta a su correligionario, el ministro del Interior de Prusia, señor Grzesinski: es improcedente no permitir, por fin, a Hitler que hable en público; aún siendo extranjero, Hitler es un antiguo combatiente, y hay que tener presente que "vivimos en un Estado democrático". Grzesinski anota al margen de una de esas cartas: *Al Departamento de Policía. Ruego concédase a Hitler permiso para hablar en público. En un Estado democrático es injustificable el no conceder la libertad de palabra.* El jefe de sección pone debajo: *Al señor ministro. Ruego revocar la orden. Sobran idiotas en nuestro país; ¡no es menester importarlos del extranjero!*

Pero fué en balde. En 1928 el Estado democrático permitió a Hitler que volviese a amotinar al pueblo por medio de discursos dirigidos contra ese mismo Estado.

Hacia el año 1930, el cura castrense de Koenigsberg, Prusia Oriental, bendijo la unión de una pareja en la iglesia militar de esa ciudad. Dijo a los desposados que guardasen no sólo la fe que el uno debía al otro, sino también la que ambos debían a su Führer, Adolfo Hitler, a quien ellos mismos habían elegido. El organista entonó luego el "Horst-Wessel-Lied", himno de asalto de los nacionalsocialistas. El gobierno de Prusia presentó una reclamación al ministro de la Defensa Nacional. Pero el ministro no encontró ningún motivo para proceder contra el raro cura castrense.

Al señor Severing, ministro del Interior de Prusia, le ocurrió, una vez, la extraña idea de prohibir la *Deutsche Zeitung*, órgano de la Unión Pangermanista, que guardaba una actitud hostil hacia el Estado. Entonces fué a entrevistarle una delegación de periodistas, encabezada por Georg Bernhard, demócrata. Bernhard explicó a Severing el carácter antisocial del decreto: el editor despediría al redactor que era responsable de la publicación. ¡Que se anulase, por tanto, aquel decreto!

Así amaron los republicanos a sus enemigos.

CAPITULO XIV

EL PERIODO DIPLOMATICO

LA MISION DE OTTO DIETRICH

El diario *Muenchen-Augsburger Abendzeitung*, órgano del Partido Nacionalista Alemán, contrata en 1928 un nuevo redactor para la sección comercial. El nuevo hombre se llama doctor Otto Dietrich, y es yerno del doctor Reismann-Crone, de Essen. Reismann-Crone es el propietario de la *Rheinisch - Westfaelische Zeitung*, diario costeado por la industria pesada; es, además, uno de los financieros de la Unión Pangermanista, y, por último, es consejero político del "Bergbauliche Verein", uno de los sindicatos industriales más ricos, y que se interesa vivamente por los problemas políticos. El doctor Otto Dietrich, que entonces tenía treinta y un años, es, aunque recibe su sueldo de los nacionalistas alemanes, partidario de Hitler, que le trata con mucho respeto. Dietrich concierta, por mediación de su suegro, una entrevista entre Hitler y el gran industrial Emil Kirdorf. Este anciano dejó en Hitler una honda impresión. Kirdorf asistió, como invitado de honor, a la asamblea general del partido que tuvo lugar en Nuremberg en el año 1929; pasada la asamblea, le escribió a Hitler una carta, concebida en términos entusiastas. Siguiendo el consejo de Dietrich, el *Voelkischer Beobachter* publicó esa carta con grandes títulos. Los principales industriales del Rhin y del Ruhr no permanecieron indiferentes: a partir de entonces, el NSDAP recibió periódicamente parte del dinero acumulado en el llamado "tesoro del Ruhr".

Gregor Strasser, mientras tanto, había creado en aquella zona industrial una poderosa organización, la sección *Ruhr* del NSDAP. Hitler había tenido mucho cuidado en no presentarse ante aquellos obreros un tanto rebeldes. Strasser, que guardaba una actitud hostil hacia los grandes industriales, se entendía con la población trabajadora. En octubre de 1928, Hitler disolvió de improviso la sección *Ruhr*, quitándole a Strasser el prestigio de que éste gozaba.

Hitler suprime tácitamente el punto Nº 13 del programa

de su partido: la socialización de los "trusts". Se ve que lo que le tiene vinculado a la Unión Pangermanista no es solamente el parentesco espiritual.

Hitler nombra, a principios de 1931, a Otto Dietrich suplente del redactor en jefe del diario *Essener Nationalzeitung*, esto es: encargado del centro industrial. Pero no basta con eso. El 1º de agosto del mismo año, Dietrich fué ascendido a jefe de la oficina de prensa del partido. Dietrich ejerció, desde entonces, el control sobre todas las publicaciones del partido. Y procedía con rigor. Un redactor en jefe de un diario hamburgués fué despedido bruscamente por haber atacado al ejército nacional.

No cabe duda de que Dietrich consiguió al partido grandes capitales. ¿Y las otras fuentes de recursos?

Todos los que conocen a Hitler confirman que éste se esforzaba siempre por conseguir dinero de todas partes; aceptaba cualquier suma, aun la más pequeña.

Parece que, hasta el año 1929, el partido contó sólo con las cuotas de sus socios y con contribuciones particulares. Cada socio tiene que pagar un marco mensual. Los que pagan más, pueden tomar asiento en un palco cuando Hitler pronuncia un discurso. Pero la "dirección central" no percibe sino un diez por ciento de esas entradas, y esto no basta. En 1923, el partido firmó pagarés sin interés; estos pagarés llevaban la advertencia de que no serían levantados si fuesen presentados por un judío.

El general von Epp fué uno de los primeros en proporcionarle dinero a Hitler. Y había, también, otros que le respaldaban: el consejero privado Aust, Ernst von Borsig, Grandel y Becker; pero los mejores pagadores eran algunos amigos personales: los Bechstein, Bruckmann, Hanfstaengl y la señora Gertrud von Seidlitz. Esta depuso ante la policía: *Amann y otros me han dicho que reciben, de vez en cuando, dinero de Finlandia. De la misma fuente supe que el partido recibió dinero de finlandeses y otros extranjeros que visitaron a Alemania en el curso del año 1923.*

CAPITALISTAS EXTRANJEROS AYUDAN A HITLER

¡Finlandeses y otros extranjeros! Hitler recibió grandes sumas del extranjero.

Scheubner-Richter consiguió dinero de los emigrados rusos; estos rusos "blancos", que, a su vez, habían recibido el dinero, probablemente, de los ingleses, desempeñaron en el partido un papel importante. Publicaron en el *Voelkischer Beobachter* artículos sobre el "infierno bolchevique", y hablaron sobre el mismo tema en grandes manifestaciones nacionalsocialistas. Scheubner-Richter y Rosenberg eran los dirigentes de ese "círculo ruso" dentro del partido.

Richard Wenig, director de una empresa industrial americano-alemana, declaró, en 1924, ante el fiscal: *Hitler me rogó que me valiera de mis relaciones con capitalistas americanos, a fin de que éstos le diesen dinero para sus fines. Yo me negué, diciéndole que sería imposible.* Sin embargo, Hitler recibió dinero de Norteamérica. Nunca se desmintió que Henry Ford entregó fondos a los nacionalsocialistas. Un tal Luedecke, agente nacionalsocialista, fué, en 1925, a América para pedirle dinero a Ford. El mismo Luedecke entregó, una vez, a Max Amann cierta cantidad de francos franceses.

Amann receló. Pero, ¿fueron éstos los primeros francos franceses que el movimiento recibía?

En 1921 reinó en el partido un tono francófilo y, al mismo tiempo, anglófobo. Hitler se enfureció en una asamblea en el circo "Krone", *contra Inglaterra, que, conforme a un plan infernal, deja que las fuerzas del pueblo irlandés se agoten en eternas revoluciones; que explotó la India, ese antiguo centro cultural, y que está robando a Alemania, uno de los pueblos más civilizados del mundo, lo que le queda de libertad.* Hacia el mismo tiempo, el *Voelkischer Beobachter* se compadeció del pueblo francés, cuyo gobierno estaría integrado por *apoderados de la empresa mundial anglosajona;* la situación no cambiaría, y no habría paz entre los pueblos de Europa, *hasta que el pueblo francés, cuya noble alma reconocemos sin envidia y estimamos sinceramente, caiga en la cuenta...* Rosenberg predice que en Francia surgirá el nacionalsocialismo, e Hitler lanza este llamamiento: *¡Antisemitas de todos los países, solidarizáos!*

¿Es esto una mera coincidencia? ¿O existe una relación íntima?

El redactor del *Voelkischer Beobachter* en aquel período francófilo, fué Hugo Machhaus. A principios de 1923, Machhaus trató, junto con dos amigos, de separar Baviera del Reich; los tres se aseguraron el apoyo de Francia: el teniente coronel Richert, funcionario del departamento francés Nº 2 en Saarbruck, tomó parte en la conspiración y fué a Munich. El con-

traespionaje descubrió el complot, y los conspiradores fueron arrestados, salvo Richert, que logró escaparse. Machhaus, ex redactor del *Voelkischer Beobachter*, se ahorcó con su cinturón, antes de iniciarse el proceso. ¡Qué suicidio más raro! ¿Por qué le habían dejado el cinturón al preso? Conforme al reglamento, debieron quitárselo todo.

Otro indicio. El señor E. D. Morel, diputado socialista a la Cámara de los Comunes, hizo, en octubre de 1923, una visita al comisario-interventor Kahr; le dijo a éste: *Vengo a comunicarle a usted que mis amigos franceses, los cuales desempeñan altos cargos, afirman con certeza que gran parte del dinero que Hitler recibe llega de Francia.* Kahr repuso que tenía que protestar contra tal afirmación; él, Kahr, no estaba completamente de acuerdo con Hitler, pero éste era, de todos modos, un hombre de honor. A eso objetó Morel: *Uno de los señores de quienes tengo mis informaciones, es miembro del gabinete de Francia. El dinero pasa por muchas manos, y precisamente por las zonas ocupadas.*

No existen pruebas, ni tampoco la probabilidad de que Hitler se hubiese vendido a Francia. La declaración de Morel es grave, pero no excluye la posibilidad de que Hitler recibiera el dinero sin saber que éste venía de Francia. Parece poco probable que Hitler tomase el dinero en recompensa de servicios prestados a Francia; pero es posible que se hallara bajo la influencia de algunos hombres de su grupo cuyas manos estaban untadas.

LA INDUSTRIA PESADA

Después de la reconstitución del partido, los industriales ya no alargan la bolsa. En la convención del partido que tuvo lugar en 1927, Hitler se quejó de la incomprensión de los industriales. El partido necesitaba entonces más dinero que antes. El Führer emprendió una campaña metódica, y casi todos sus viajes y conferencias tenían por objeto el financiamiento del partido.

Hitler se vió obligado a granjearse las simpatías de los grandes industriales. Y no tardó en conocer a Hugenberg.

Alfred Hugenberg, a quien han puesto el apodo de "zorro argentado", es presidente del consejo administrativo de Krupp y consejero político de la industria pesada. Hugenberg, que disponía de fondos enormes, se erigió, en 1928, en jefe del Partido Nacionalista Alemán. Aquel hombre sabe conquistar todo cuanto

desea poseer: se apodera —siempre mediante el dinero de la industria— de los mayores trusts de la prensa y de la cinematografía, y se vale de todo ello, en primer término, para sus fines políticos, que equivalen a la abolición de la República, la anulación de los tratados de Versalles, la disolución de los sindicatos obreros, la destrucción de la socialdemocracia y el aniquilamiento de los comunistas. Vistos por fuera, estos fines no son muy distintos de los que persigue Hitler; sólo que Hugenberg, por lo menos oficialmente, no insiste tanto en la lucha antisemita. Hugenberg es dueño de la prensa alemana, de la industria cinematográfica de Alemania, y tiene una enorme influencia sobre la agricultura, desde los latifundistas hasta los pequeños granjeros.

En 1928, los reaccionarios alemanes ocupaban las posiciones más importantes: el presidente del Reich era monárquico, Hugenberg era jefe del partido monárquico y la *Reichswehr* era, al menos, no republicana.

LA INCAPACIDAD DE LOS REACCIONARIOS

En los capítulos anteriores tratamos de contestar a la pregunta: ¿por qué no fué un príncipe, un general, un sabio u otro individuo perteneciente a las capas directoras, el que hiciera triunfar la reacción? Y tenemos que agregar otro hecho muy curioso. Los dirigentes de todas las grandes organizaciones políticas eran hombres de humilde cuna. El "Casco de Acero" fué entonces la más poderosa de las organizaciones armadas; su jefe era Franz Seldte, fabricante de aguas gaseosas. Este "Casco de Acero" suplantó a la "Unión de Asociaciones Patrióticas", capitaneada por el conde von der Goltz, general prusiano en retiro. ¿No es esto significativo?

La industria mantenía todas esas organizaciones de derecha, y el ejército las fomentaba; pero sus secuaces, que eran hombres burgueses, deseaban ser conducidos por jefes no burgueses.

Alemania solicitó un nuevo arreglo en la cuestión de las reparaciones. Los Estados acreedores propusieron el llamado "Plan Young". Los industriales alemanes se negaron a pagar dos mil millones de marcos anuales, puesto que estos pagos significaban el fin de las exportaciones alemanas. Hugenberg escribió a tres mil hombres de negocios americanos, advirtiéndoles que no concediesen créditos a Alemania, la que de buen grado contraería tales obligaciones. Los industriales, capitaneados por Hugenberg, intentaron suscitar un gran movimiento

de protesta. Pero entonces aquel hombre, que era dueño de la prensa, del cine y de partidos, vió claramente que no podía contar con el pueblo. Debió, por tanto, encauzar y organizar las distintas corrientes dentro del movimiento de derecha. Además del Partido Nacionalista Alemán, entran en consideración el "Casco de Acero" y los nacionalsocialistas. El "Casco de Acero" no se hace rogar.

Hitler da un brillante ejemplo de cómo uno se vende a buen precio para hacer carrera.

EL IMAN DELANTE DEL MONTON DE ESTIERCOL

Hacía ya algunos años que Hitler mantenía relaciones amistosas con el consejero de Hacienda, Bang, capitalista y político. El señor Bang, que desde siempre había sido nacionalsocialista, era el confidente de Hugenberg; ello no obstante, frecuenta el trato de Hitler, informa a éste acerca de los acontecimientos políticos en las altas esferas, y publica todas las semanas artículos de fondo en el *Voelkischer Beobachter*. Cuando Gregor Strasser fué a hablar, una vez, con Hitler sobre algunos sucesos en el Reichstag, el Führer le dijo: *No es necesario que usted me cuente nada; el señor Bang me informa.*

Hacia aquel tiempo, los dirigentes del "Casco de Acero" insistieron en que se realizara un plebiscito, por el cual se concediesen nuevas facultades constitucionales al presidente del Reich. A Hitler le pareció una tontería, pero Hugenberg tuvo una idea: plebiscito, ¡magnífico!; pero no en pro de esas cosas constitucionales que nadie comprendía, sino contra el "Plan Young". Todos los que no aprobaban el "Plan Young", tendrían que formar ahora un frente único. Bang invitó a Hitler a tomar parte.

Hitler contestó que sería más conveniente que cada partido procediese solo, puesto que los nacionalsocialistas constituían una carga para ciertos nacionalistas alemanes, y viceversa. Aludía a los Strasser.

Bang: Precisamente, los Strasser dan qué pensar; éstos parecen verdaderos comunistas, ya que su lucha no va dirigida contra los opresores exteriores, sino contra el comercio y la industria de Alemania.

Hitler: El comercio y la industria pueden contar con su apoyo, siempre que cumpliesen con sus deberes, quiero decir: que luchasen, no por sus intereses particulares, sino por los

de todo el pueblo alemán, tomando parte en la lucha nacional contra la presión de fuera y la traición en el interior.

Bang: Eso sería, precisamente, lo que Hugenberg se había propuesto. Los economistas directores estaban convencidos de que sólo podrían tener éxito si procediesen de común acuerdo; opinaban que cualquier acción particular podría apartarles de su objetivo común.

Hitler empieza a reconocer que estará falto de recursos, si insiste en que cada cual siga su camino. Va a Berlín y se entrevista con Hugenberg. Vuelven a hablar de los Strasser, y también de Gottfried Feder. Hitler mismo se inclina a poner algunas dudas en las profecías de su apóstol; promete que cesarían las agresiones contra la "economía", si ésta toma parte en la lucha por la libertad de la nación. ¡Si lo está haciendo!; él, Hugenberg, está ahí como exponente de la nueva voluntad política que se hace sentir en la vida económica. Hitler no se niega a creerlo, y en señal de ello se declara dispuesto a colaborar en el comité ejecutivo. Pone, sin embargo, por condición que, para guardar las apariencias, su partido tenga libertad de acción en cuanto al empleo de sus métodos propios. Claro está que gran parte del dinero destinado para la lucha debe ser puesto a la disposición del partido; y a fin de que precisamente esta condición sea observada rigurosamente, Gregor Strasser será el representante nacionalsocialista en el comité financiero. Hugenberg se extraña, pero Hitler confía en su subjefe.

Hacía ya algunos meses que Gregor Strasser había ido distanciándose de su hermano Otto. Es que Gregor estaba de acuerdo con Otto acerca de los fines, pero el tono y algunas particularidades de su hermano no le gustaban y hasta le escandalizaban. Cuando Otto le instigaba contra Hitler, Gregor solía decir: *En 1925 vendí mi droguería e invertí todo el dinero en nuestros periódicos. Dependo de Hitler, y si él me quita el mandato, no me queda nada.*

Hitler aparece de improviso en Berlín y habla en una reunión convocada por Hugenberg. Los diputados nacionalistas alemanes se lo dicen a sus colegas nacionalsocialistas. Estos corren para escuchar a su jefe, y llegan cuando Hitler está terminando su discurso. Todos ellos quedan estupefactos, y el diputado Lohse dice: *Es de esperar que el Führer sepa cómo embaucar a Hugenberg.*

El Führer lo sabe. Dispone: Todo ello no afecta al objeto

final del partido. Sólo la dirección del partido establece las normas a seguir. No pueden celebrarse manifestaciones en unión con otras organizaciones, si la dirección del partido no concede permiso para ello. Más tarde, *al desplegarse libremente todas las fuerzas antagónicas, saldrá victorioso el movimiento más claro y más atrevido.*

Es así cómo Hitler contrae una alianza. ¡Ahora va a enseñar a los nacionalistas alemanes a hacer propaganda! Los que en realidad hacen la campaña contra el "Plan Young" son los nacionalsocialistas. Las agencias de Hugenberg tienen que publicar los discursos de Hitler, y con títulos ostentativos: así lo exigen los diarios que siempre van a favor del viento que corre, y así lo exigen los lectores de los diarios que edita el mismo Hugenberg. Y Hugenberg tiene que pagarlo todo. Hitler le quita el dinero del bolsillo, y le quita tanto, que puede reservar mucho para las futuras luchas electorales.

Hitler dice a los compañeros que siguen descontentos: *Vosotros no comprendéis eso. No hacemos más que colocar un imán delante de un montón de estiércol, y después veremos cuánto hierro había dentro del montón.* El "montón de estiércol" era el pueblo alemán.

Sólo seis millones de limaduras de hierro, o sea votos, quedan adheridas; en otras palabras: el pueblo se decidió en favor del "Plan Young". Pero el derrotado fué Hugenberg. Hitler, en cambio, ganó mucho dinero y cerca de tres millones de votantes que un año antes votaron todavía por Hugenberg.

EL ROMPIMIENTO CON OTTO STRASSER

Las reservas no bastan a ese partido que progresa por momentos. Pero no puede conseguir otro dinero, mientras pase por "bolchevique".

Hitler pide a Otto Strasser que ceda su diario y sus semanarios a Max Amann y a la Editorial Eher, respectivamente; Strasser mismo sería nombrado jefe de la oficina de prensa del partido, bajo el control de Hitler. Strasser se niega. Entonces los dos se entrevistaron en Berlín; Otto Strasser trajo como testigo a su hermano Gregor, e Hitler a Max Amann.

De todo cuanto dice usted, resulta que no sabe ni jota en materia de arte —dijo Hitler, tratando a Strasser como a un niño de escuela—. *No hay sino un solo arte eterno, que es el greco-nórdico. El arte holandés, el italiano, el alemán, el gótico, todo eso no es más que una mistificación. Sólo lo greco-nórdico es digno de ser calificado de arte.*

Luego hablaron sobre el socialismo. Hitler explicó: *La mayoría de los obreros no desean más que pan y juegos circenses. Los obreros no tienen comprensión para ningún ideal. Nunca podremos contar con la mayoría de la población trabajadora. No; nosotros aspiramos a la selección de una nueva casta de señores que no se dejen guiar por la compasión, sino que tengan conciencia de que su raza superior les hace acreedores al dominio, y que mantengan y afiancen, sin guardar miramientos, su ascendiente sobre las masas.*

Hitler habló luego, con entusiasmo, del progreso de la humanidad, desde la edad de piedra hasta las maravillas técnicas modernas. Strasser puso en duda el valor del "llamado progreso"; Hitler sostuvo que el progreso se debe a la obra meritoria de los "grandes hombres". Strasser dudó también del mérito de los "grandes hombres". Entonces Hitler le preguntó, furibundo: *¿Pretende usted negar que yo sea el creador del nacionalsocialismo?* Strasser lo negó; sí, Hitler desempeñaba un papel importante, pero sólo como exponente de una idea destinada a imprimir su sello a la historia moderna, y que sería, precisamente, la idea del socialismo. Hitler le interrumpió, diciendo que ese supuesto socialismo sería el puro marxismo. Por lo demás, no había sistema capitalista, puesto que el propietario de una fábrica dependía de sus obreros. Y, dirigiéndose a Amann, Hitler prosiguió:

¿Con qué derecho pide esa gente la participación en la empresa o aun en la dirección de la misma? ¿Toleraría usted, señor Amann, que sus dactilógrafas se metiesen en los asuntos de usted? El fabricante que es responsable de la producción, da también su pan a los obreros. Es que nuestros grandes industriales no están dominados por el deseo de acaparar dinero o de llevar una vida disipada: lo que más les importa es la responsabilidad y el poder.

Prosiguió diciendo que la raza blanca tenía que reorganizar todo el comercio mundial: *El nacionalsocialismo no tendría ningún valor, si quedara limitado a Alemania, si no lograra asegurar a la raza superior el predominio sobre el mundo entero, y, desde luego, por un espacio de mil o dos mil años.* A eso se opuso Gregor Strasser, e Hitler se mostró transigente, admitiendo que se podría pensar en establecer la independencia económica de Alemania dentro de cien años.

Otto Strasser volvió a hablar del socialismo, recordando el programa socialista de los veinticinco puntos. Hitler le contestó: *La palabra "socialismo" es un vocablo equívoco; pero no quiere decir, en modo alguno, que las empresas tengan que ser socializadas; antes bien, tiene el significado de que ellas pueden ser socializadas, si resultan perjudiciales a los intereses de la nación. Mientras no lo son, tal destrucción de la industria sería un acto criminal y nada más.*

Por lo demás, no había ningún inconveniente en copiar el sistema corporativo de Mussolini. ¡Responsabilidad hacia arriba, autoridad hacia abajo!

Strasser: *Conque, ¿el amo de la casa?*

Hitler: *Ese sistema es bueno, y no puede haber otro mejor. Lo único que le falta al sistema actual es esa última responsabilidad ante la nación. El marxismo exige el condominio, vale decir: el derecho de disponer los obreros simultáneamente con los fabricantes, y yo no concedo el derecho de ejercer esa influencia sino al Estado gobernado por una capa superior.*

Estas fueron las últimas palabras que Otto Strasser oyó de boca del amigo de Emil Kirdof y aliado de Hugenberg.

Hitler se sentía hondamente herido. Eran contadísimos los casos en que un nazi de categoría relativamente inferior se había atrevido a contradecir a Hitler o a decirle en la cara que él se contradecía a sí mismo; Hitler lo estimaba una grave falta de respeto. Le escribió al doctor Goebbels una carta, ordenándole que expulsara ignominiosamente a Strasser y a los partidarios de éste.

Goebbels no tardó en corresponder al deseo del Führer. Convocó a los socios del distrito de Berlín y declaró: *Quienes no se adapten al gran organismo del movimiento de Adolfo Hitler, serán expulsados.* Otto Strasser y sus partidarios dijeron: *Los socialistas se retiran del NSDAP.* Otto Strasser fundó un nuevo partido, al que dió el nombre de "Nacionalsocialista Revolucionario"; más tarde, lo cambió por el de "Frente Negro". Después del advenimiento de Hitler al poder, Otto Strasser emigró; sólo entonces, trabajando clandestinamente, Strasser llegó a tener influencia, especialmente sobre la SA.

Gregor Strasser se separó públicamente de su hermano. Declaró que seguía leal "para con el señor Adolfo Hitler".

LA DESTITUCION DE PFEFFER

Hitler continuó la acción depuradora. Con la supresión del diario de Otto Strasser, Hitler había dado una gran satisfacción a Goebbels, cuya publicación, *Angriff*, iba ahora viento en popa. Pero tuvo que corresponder también al deseo de Goering, que tenía un odio mortal a Pfeffer, jefe supremo de la SA.

Pfeffer se había ligado con los homosexuales. Pfeffer y Stennes, subjefe del distrito de Berlín, empezaron luego a amotinar a su gente contra los "superiores". Desde Munich llegó, entonces, la orden de no entregar los sueldos a los jefes de la SA de Berlín. Esta actitud tuvo por consecuencia la sublevación de la SA de Berlín. Goebbels, que, para agenciar a su amigo Goering el cargo de jefe supremo de la SA, había participado en la lucha contra los homosexuales, fué atacado por la SA. Goebbels tuvo que pedir socorro a la SS, que acudió para defender la secretaría del partido contra los ataques de la SA.

Hitler no tardó en imponer al partido una contribución en beneficio de la SA, y se fué inmediatamente a Berlín. Iba de cervecería en cervecería diciendo a los miembros de la SA que cobrarían lo que les correspondía, y que el partido estaba en vísperas de grandes victorias y de un brillante porvenir. Hitler iba acompañado del subjefe Wetzel. Al ver éste cómo Hitler derramaba lágrimas para conmover a aquellos rudos hombres, le dijo a su Führer: *Señor Hitler, así no conseguirá usted nada. Las lágrimas son inútiles; hay que hablarle rudamente a esa gente.* Hitler le miró de soslayo, sin decir nada. Pero al entrar en otra cervecería, tronó contra sus soldados. La revuelta quedó reprimida.

Pfeffer fué despedido honrosamente, puesto que no se había insurreccionado contra el Führer.

Goering quedó desilusionado. Hitler mismo se erigió en jefe supremo de la SA; el verdadero jefe de las tropas se quedó con el título de "jefe del estado mayor". Hitler dejó vacante el cargo, porque no se encontraba en Europa el hombre que había de asumirlo.

LA "ASOCIACION POLITICO - MILITAR"

La *Reichswehr* seguía esquiva. El ministro de la Defensa Nacional prohibió, en 1927, que se diese ocupación a nacional-

socialistas en los talleres y otras instituciones del ejército; el partido nacionalsocialista sería hostil al Estado.

Pero había una corriente contraria entre los oficiales jóvenes. Además, el proceso contra Heines movió a algunos oficiales retirados, pero muy influyentes, a adherirse ostensiblemente al partido. Entre ellos figuraban el general von Epp, el coronel Hierl, el teniente primero Haselmayer y Roehm.

Roehm publicó, en 1928, en el *Voelkischer Beobachter*, una rehabilitación del expulsado Heines; esta constituía la condición previa para la nueva actuación de Roehm en el partido.

Más o menos al mismo tiempo, el general von Epp ingresó como miembro en el partido. Fué incluído en seguida en la lista de diputados al Reichstag.

Konstantin Hierl, coronel en retiro, se encargó, hacia el mismo tiempo, de la redacción del suplemento militar del *Voelkischer Beobachter*. Un año más tarde, se afilió al partido. Hacía para Hitler proyectos relativos a la futura fusión del partido con el Estado. Hierl era especialista en establecer el contacto entre el partido y el ejército; sostuvo una erudita polémica político-militar contra el general von Seeckt, creador de la *Reichswehr*. Seeckt opinaba que un reducido ejército profesional sería de un valor decisivo; Hierl, en cambio, abogaba por el servicio militar obligatorio. Uno de los resultados de los trabajos de Hierl fué el "servicio de trabajo", una escuela preparatoria para el servicio militar.

Los cuatro hombres fundaron, por iniciativa de Roehm, una "Asociación Político - Militar", que aparentemente no tenía nada que ver con el NSDAP, y cuyo propósito consistía en contribuir al rearme de Alemania. Hitler era miembro de la asociación. Roehm desarrollaba una actividad extraordinaria; hacía visitas a todas las plazas militares, reunía a los numerosos oficiales amigos suyos y sostenía con ellos conversaciones confidenciales sobre asuntos militares. Llevaba el título de "encargado de Adolfo Hitler"; dijo a algunos amigos: *Hitler es el hombre de mañana, y yo le organizo su ejército.*

Pero, de improviso, Roehm se retiró otra vez. Parece que fué movido a ello por una desaveniencia con Neunzert, antiguo amigo suyo; Roehm temía que Neunzert le denunciara ante el juez, por su vida privada. Roehm no vaciló, por tanto, en aceptar el cargo de instructor que le había ofrecido el gobierno de Bolivia. A principios de 1929 se embarcó para la América del Sur.

HITLER CORTEJA A LA REICHSWEHR

Todos los jóvenes que se alistaban en la *Reichswehr* procedían de las organizaciones armadas, hostiles al gobierno; esos jóvenes eran recomendados por los jefes de aquellas organizaciones, antiguos camaradas, oficiales retirados, con quienes los jefes de la *Reichswehr* en actividad seguían manteniendo íntimas relaciones. Pero, a pesar de que el ministro había dispuesto que los nacionalsocialistas quedaran excluídos de esa extraña camaradería, los comandantes de las guarniciones pasaban, poco a poco, a interpretar las órdenes de Berlín según sus inclinaciones personales. Así, la SA empezó a penetrar el ejército; los jóvenes que ingresaban en la *Reichswehr* tenían que retirarse oficialmente del partido, pero éste ordenaba a las secciones locales que atendiesen a aquellos camaradas, proporcionándoles donativos, folletos y volantes; que se reuniesen con ellos, y que mandasen a Munich informaciones sobre cada uno de aquéllos, indicando la dirección respectiva.

Los altos jefes de la *Reichswehr* juzgaban que la fuerza guerrera era uno de los pocos valores políticos con que se había quedado el pueblo alemán. El ejército estaba dispuesto a defender la república o la monarquía, la democracia o la dictadura, vale decir, cualquier forma de gobierno que, prescindiendo de ejercer un control sobre el ejército, le diera a éste plena libertad y, claro está, dinero para sus fines militares. Formábase así, dentro del Estado, un poder autónomo que se interesaba sólo por sí mismo y que se tenía a sí mismo por objetivo final. La *Reichswehr* no defiende el capitalismo, ni la monarquía, ni la nobleza: todo ello son restos del pasado, que ya no tiene ninguna importancia. Este es el concepto predominante en las grandes organizaciones armadas, semipolíticas, que son mantenidas por la industria, porque constituyen un baluarte contra el comunismo, y porque luchan contra los sindicatos obreros; pero el "Casco de Acero", que es la más poderosa de esas organizaciones, ha llegado a una inteligencia con la industria y con la *Reichswehr*, en el sentido de que sería inoportuno atentar contra la República, dado que esto suscitaría graves conflictos con las muchedumbres. Bastaba que se concediesen amplios poderes al presidente von Hindenburg, por medio de lo cual sería fácil ejercer algo así como una dictadura. Y esta fué, precisamente, la consigna bajo la cual los "Casco de Acero" iniciaban su campaña en favor del plebiscito.

Hitler se opuso al plebiscito; desaprobaba toda esa política, que, en último término, conducía a que la *Reichswehr* estuviera a sus anchas dentro del Estado democrático, conservando, por tanto, esta misma forma de gobierno. Había que convencer a la *Reichswehr* de que iba por camino equivocado: *El nacionalsocialista no tiene motivo alguno para defender el Estado actual. Sólo el nuevo Reich, por el cual estamos luchando, nos obliga a arriesgar la vida.* Con lo cual Hitler manifestó que no defendería la República de Weimar ni aun contra eventuales enemigos exteriores.

Con un discurso pronunciado en Munich en marzo de 1929, Hitler inició el ataque frontal contra el alma de la *Reichswehr:*

Los nacionalsocialistas no vemos en la Reichswehr *más que un medio para lograr un fin. Nosotros no preguntamos: ¿redunda esto o aquello en beneficio o en detrimento de la* Reichswehr?, *sino: ¿redunda esto o aquello en beneficio o en detrimento del pueblo? Porque, para nosotros, el concepto de pueblo está aún por encima del concepto de Estado. Si las cosas continúan como hasta ahora, la* Reichswehr *llegará a ser una organización muerta, ajena a la vida real, y servirá de instrumento de poder a todos aquellos que tengan interés en conservar este instrumento por él mismo.* —¡Palabras verdaderamente proféticas!—. *Que los señores generales de la* Reichswehr *tengan presente lo siguiente: el ejército contribuirá poderosamente a la decisión sobre si en Alemania se impondrá el marxismo o nosotros. Si la izquierda triunfa gracias a la actitud genialmente impolítica de ustedes, podrán ustedes grabar en el frontal de su ministerio: "El Final de la Reichswehr". Entonces les encasquetarán a ustedes el gorro frigio; entonces habrá, también, entre nosotros un ejército parecido al de los verdugos rusos, cuyo único propósito es someter el propio pueblo a los judíos. En cada uno de nuestros oficiales se refleja todavía la gloriosa tradición de tres centurias. Pero sesenta años de organización antinacional del ejército son suficientes para hacer perder al oficial su antigua posición, y para equipararle a un vigilante. Y si ustedes, entonces, no atienden a sus obligaciones, sus esposas y sus hijos serán llevados a la prisión, y ustedes mismos serán echados a la calle o, tal vez, fusilados.*

CIENTO SIETE DIPUTADOS

En 1929 —cuando Hitler dijo a la *Reichswehr:* yo podría triunfar, si tú me ayudaras, el partido no pudo contar más

que con ochocientos mil electores. El público que asistía a la asamblea general del partido, celebrada en ese mismo año, quedó sorprendido por el grandioso desfile de la SA, el cual duró muchas horas. El público no cayó en la cuenta de que los mismos destacamentos desfilaban tres o cuatro veces. Es que el partido se hallaba a la sazón en una situación precaria. Pero, simultáneamente, todas aquellas circunstancias exteriores expuestas en los capítulos anteriores, empezaron a redundar en provecho del hombre que supo valerse de todo.

Por iniciativa de Groener y de Schleicher, los dos jefes de la *Reichswehr,* Hindenburg dió a entender al canciller Mueller, socialdemócrata, que presentase su dimisión, y confió el cargo al doctor Bruening, jefe del Partido del Centro. Bruening no obtuvo la mayoría en el Reichstag, y se erigió, por tanto, en una especie de pequeño dictador, apoyándose en la autoridad del anciano Hindenburg. Disolvió el Reichstag, en la esperanza de que su brío personal no dejaría de impresionar a los electores, y de que aumentaría considerablemente el número de quienes iban a votar por los partidos que le apoyaban. Los electores vieron la energía de Bruening, pero no la comprendieron. El canciller quedó ajeno al pueblo. ¿Quién pudo sacar partido de esa situación?

Bien pronto Hugenberg se arrepintió de haber empleado todo su gran aparato, para no lograr más que la ascensión de Hitler.

Los que ejercieron una influencia decisiva sobre el resultado de las elecciones para el Reichstag que se realizaron el 14 de septiembre de 1930, eran los electores jóvenes que por primera vez iban a las urnas.

Votaron por primera vez 4.600.000 hombres nuevos, en su mayoría apolíticos. Acudieron los irresponsables.

Los sin clase dieron sus votos al hombre que, en realidad, era uno de los suyos. Se encomendaron en manos de su compañero de asilo. El les guiaría, él les haría proteger por la nación y por el señor presidente, él arreglaría las cosas por las buenas, sin hacer peligrar a sus amigos.

El 15 de septiembre de 1930, a las 3 de la madrugada, Hitler supo que su partido había conseguido 107 mandatos; 6.500.000 votantes habían depositado su confianza en Hitler. El NSDAP había llegado a ser el más poderoso después del Partido Social-Demócrata.

A los pocos días, los derrotados se recobraron. Bruening re-

solvió continuar intransigente, respaldado por el presidente del Reich. Los socialistas, que acababan de ser despedidos, hicieron lo que Bruening les pedía; éste obtuvo, así, la mayoría en el Reichstag.

Los adversarios de Hitler abrigaban la esperanza de que la ola nacionalsocialista tendría su recaída. Pero no la tuvo. Los escombros del capitalismo burgués se trocaron en materiales para el capitalismo nacional. En todas las elecciones locales aumentó el número de quienes votaban por Hitler.

Hitler tenía tres rivales: el uno era Hindenburg, junto con la *Reichswehr;* el otro, Hugenberg, en unión con la industria; y el último, todos los partidos en conjunto. Hindenburg era el jefe supremo de las fuerzas armadas, Hugenberg disponía de los grandes capitales, y los partidos contaban con las masas. Hitler había logrado que las masas desertaran de sus partidos, especialmente de los burgueses. La segunda tarea consistía en quitarle el dinero a Hugenberg. Pero lo que más importaba era el llegar a una inteligencia con el ejército. Este era el factor decisivo; el dinero seguía al ejército. Lueger dijo: *¡Atraer poderosas instituciones!* La "revolución con permiso del Señor Presidente" entraba en una fase seria.

Poco después de las elecciones de septiembre de 1930, tuvo lugar un proceso contra tres oficiales jóvenes de la *Reichswehr.* Se les acusó de haber hecho propaganda nacionalsocialista entre los soldados. Hitler compareció como testigo y declaró bajo juramento que él desaprobaba las maquinaciones de su partido. Juró que él no intentaba ningún "putsch", y que no procedía sino por vía estrictamente legal. Tanto sus secuaces como sus adversarios estuvieron convencidos de que había jurado en falso; pero nosotros sabemos que él lo había dicho en serio, siguiendo firme en cuanto a la táctica que practicaba desde hacía siete años. Otras dos o tres elecciones, y él tendrá la mayoría en el Reichstag. Entonces llegaría legalmente al poder, exterminando a los adversarios por vía legal: *¡Entonces habrá un Tribunal Supremo Nacional Socialista, entonces será purgado lo del noviembre de 1918, entonces rodarán cabezas!* ¡Pero únicamente por vía legal! Porque *la Constitución fija las normas para el proceder, pero nada dice acerca de los fines.*

Por este terrible juramento, Hitler significó a la *Reichswehr:* Tú tienes las armas, y yo soy el conductor del pueblo. Admito que yo necesito de ti; pero tú no puedes vivir sin mí. ¡Percíbete de ello!

CAPITULO XV

LA INFILTRACION DEL ESTADO

EL REGRESO DE ROEHM

Hitler no tiene ese tacto indispensable para las negociaciones con la *Reichswehr.* Hizo, por tanto, volver a Roehm y le nombró jefe de la SA. En el lapso de un año, Roehm hizo de la SA un admirable ejército de 600.000 hombres. Mas Roehm no sólo dió al partido esa formidable organización, obra importantísima desde el punto de vista político, sino que también logró dar un paso decisivo y de incomparablemente mayor alcance político: hizo un pacto con la *Reichswehr,* a la que sedujo ofreciéndole su ejército de 600.000 hombres.

La SA de Berlín, bajo su jefe Stennes, volvió a sublevarse contra los homosexuales. Fingiendo dirigirse contra Roehm y los amigos de éste, se rebeló contra la "diva" misma (mote que Goebbels había puesto a Hitler). Stennes creía haber sido abandonado por Hitler. Goebbels tomó el partido de Roehm, y éste siguió ocupando su cargo. Hitler no abandonó a Roehm, sofocó el escándalo y sustituyó a Stennes por el conde Helldorf. Hitler sabía que Roehm y sus amigos infestaban toda la SA. ¿Y qué hizo? Prohibió, una vez para siempre, elevar protesta alguna por la vida privada de aquella gente; la SA no sería un "liceo de señoritas"; a él le gustaban los "rudos combatientes".

Stennes fué expulsado del partido. Hitler le dió a Roehm plena libertad para las negociaciones con la *Reichswehr.*

La *Reichswehr* guardaba un profundo respeto hacia las muchedumbres; éstas la habían herido en lo más íntimo, le habían dado un susto mortal, cuando se habían levantado allá por el año de 1918, dejando aturdidos a los generales. Se opinaba, desde entonces, que los generales tenían que ser psicólogos, que en una milicia obraban, fuera de la subordinación, otras fuerzas vivas y sumamente eficaces, y que la *Reichswehr* nunca debía

marchar contra el pueblo. Esta fué la razón por la que la *Reichswehr* era la que menos arremetía contra los comunistas; ella consiguió que la República Alemana se ligara con la Unión Soviética, ella envió instructores a Rusia, y ella hizo fabricar granadas en Rusia. El general von Hammerstein, jefe del estado mayor, tuvo conceptos muy elogiosos para con la organización militar del "Roter Frontkaempferbund" ("Frente Rojo de Combatientes", organización de los comunistas alemanes), y Roehm escribió: *¡Querido cursi, no te desmayes! Te digo que entre los comunistas, especialmente entre los miembros del "Roter Frontkaempferbund", hay muchos y excelentísimos soldados.* Así piensa un militar, y no uno de los dirigentes del NSDAP. Pero ese militar es, ante los generales de la *Reichswehr*, el representante del movimiento "popular" nacionalsocialista; ese militar, que en los puntos esenciales es de la misma opinión que los generales, les trae a éstos las muchedumbres.

Así, Roehm llegó a desempeñar un papel decisivo en la lucha que el partido sostenía por granjearse las simpatías del presidente del Reich. Y el dinero siguió al ejército.

El doctor Hjalmar Schacht, presidente del Banco del Reich, se había colocado en oposición al gobierno, a consecuencia de lo cual fué destituído. Asustado por el plebiscito, y previendo cierta impopularidad, Schacht desconoció su obra, el "Plan Young", y se puso a tiempo de parte de los batallones fuertes. No se pasó a Hugenberg, sino directamente a Hitler, y declaró, en diciembre de 1930, que sería imposible negar la entrada en el gobierno a un partido tan poderoso como lo era el NSDAP. El programa económico del partido no daba, a su juicio, lugar a preocupaciones, ya que nadie lo tomaba en serio. Schacht proporcionó a Hitler nuevas fuentes de recursos: los grandes bancos.

Hitler, en cambio, rompió definitivamente con Gottfried Feder, y tácitamente canceló del programa la "abolición de la servidumbre impuesta por el interés". Feder había persuadido a su fracción a presentar un proyecto de ley para que se decretase "la confiscación sin compensación de los bienes de todos los banqueros y agiotistas, así como la de todas las fortunas acumuladas de 1914 a esta parte". Los grandes bancos habían de ser fiscalizados inmediatamente, y el interés legal había de ser fijado en un cuatro por ciento. Hitler se enfureció y obligó a los diputados a retirar el proyecto; no le importaba que el Reichstag retumbara con las risas de todos los demás diputados.

La dirección de la estación radiodifusora de Berlín estaba dispuesta a propalar una discusión que Feder sostendría con un adversario político, y precisamente sobre el programa político del NSDAP. Al saberlo Hitler, se lo prohibió a Feder. Hitler mismo tomaba entonces lecciones de economía política; su profesor era el doctor Walther Funk, uno de los hombres de la industria pesada, recomendado por el doctor Schacht. En compañía de sus amigos, Funk contaba, sonriendo, que Adolfo Hitler era muy inteligente y tenía muy buena voluntad y mucha comprensión, aun para conceptos nuevos.

Pero la mayoría de los industriales seguían estando de parte de Hugenberg; esta fué la razón por la que Hitler tenía que contemporizar con Hugenberg. Un año después de su triunfo electoral, no pudo menos de contraer un nuevo compromiso. En octubre de 1931 consintió, a regañadientes, en formar un frente único junto con Hugenberg y Franz Seldte. El pacto correspondiente se hizo en Harzburg. Los hombres de la SA desfilaron lado a lado con los del "Casco de Acero". Exigieron la dimisión de Bruening. Hitler estuvo tan rabioso y tan desconcertado, que apenas podía proferir palabra alguna. Se negó a firmar una proclama del "Frente Unico", y atascándose varias veces, hizo una declaración individual; la SA organizó un desfile particular, e Hitler no asistió al almuerzo de los "prominentes". Les escribió a éstos una carta, en que decía que los hombres de la SA no congeniaban, por lo visto, con los del "Casco de Acero", y que no había podido concurrir al almuerzo, sabiendo que a muchos de sus adictos les runruneaba el estómago vacío.

EL "CABO BOHEMIO"

Roehm, mientras tanto, no había desperdiciado el tiempo. Había reanudado las relaciones con la *Reichswehr;* había encontrado a un camarada de tiempos pasados, el que se llamaba von Schleicher. Este había sido ascendido a general y era, a la sazón, el brazo derecho del ministro de la Defensa Nacional. Schleicher conseguía todo de Hindenburg, y Roehm conseguía mucho de Schleicher. Este dijo al presidente del Reich que sería recomendable recibir al señor Hitler, en cualquier oportunidad, y sin que ello llamase la atención, y al poco tiempo, en efecto, Hitler recibió una invitación.

Se lo comunicó a Goering, con quien se consultaba, desde

hacía algunos años, sobre todos los asuntos políticos, especialmente sobre el aspecto diplomático de aquéllos. Goering estaba entonces en Estocolmo, donde se había reunido con su esposa Karin, que estaba moribunda. Le atormentaba el solo pensar que su rival, Roehm, acompañaría a Hitler en la visita que iban a hacer al feldmariscal. Partió para Berlín. El día anterior a la manifestación que tendría lugar en Harzburg, Hitler y Goering hicieron su visita a Hindenburg. Los historiadores nacionalsocialistas pasan en silencio esta entrevista, que evidenció la escasa habilidad diplomática de Hitler. Había olvidado que un soldado no debe contestar sino a las preguntas de su feldmariscal; hablaba y hablaba como de costumbre, y ello molestó al anciano. Después de la entrevista, el presidente dijo a Schleicher que, a su modo de ver, Hitler era un tipo muy raro. ¿Aquel cabo bohemio aspiraba al cargo de canciller? ¡Nunca! *Ministro de Comunicaciones... tal vez.*

¡POBRE SISTEMA!

Roehm reparó el fracaso. Hitler hizo dos visitas al general von Schleicher. El general le expuso al jefe de partido la situación política: tenían que apoyar a Bruening, hasta que éste hubiera logrado la cancelación de las reparaciones por vía diplomática; pero entonces se tomarían nuevas resoluciones, y se abrirían grandes perspectivas para nuevos hombres. Estas conversaciones satisfacieron a Hitler. Bruening, mientras tanto, preparaba el terreno, allanando las dificultades con que su enemigo habría podido tropezar: la política de deflación agravaba la crisis económica y acrecentaba, por consiguiente, el descontento general; la cancelación de las reparaciones habría sido la primera tarea peligrosa del canciller Hitler. Y, por último, destruía poco a poco la democracia, sin erigirse él mismo en dictador enérgico.

La frase favorita de Hitler es "dejar que las cosas sigan su desarrollo natural". En esas circunstancias, ello quería decir: hacer propaganda, votar y ganar votos. A partir del verano de 1931, se entrevistaba en todas partes con fabricantes, presidentes de organizaciones, eclesiásticos, profesores y oficiales.

Otto Dietrich dice al respecto: *En el verano de 1931, el Führer, que a la sazón estaba en Munich, resolvió tratar de persuadir a los personajes conspicuos del comercio y la industria, así como a los jefes de los partidos burgueses mantenidos*

por aquéllos. Entrevistándose con quienes más se oponían, el Führer creía poder preparar, sistemáticamente, la caída del gobierno. Durante los meses siguientes, el Führer realizó en su automóvil una jira por Alemania. En todas partes se entrevistó con personajes de relieve. No le faltó éxito. Goebbels dice, en su llamado "Diario íntimo": *A Wilhelmshafen. En el puerto están fondeados algunos cruceros y torpederos. Nos detenemos largo rato en el crucero "Koeln". Guiados por algunos oficiales, paseamos por todo el navío. La marina está en excelentes condiciones. Todos leen el* Voelkischer Beobachter *y el* Angriff. *Llega un oficial del "Schlesien" para invitarnos a cenar con la plana mayor. Durante la cena se entabla una animada discusión. Los tenientes son hombres estupendos, esbeltos, verdaderos militares. Y todos ellos están de nuestra parte. Algunos oficiales, vestidos de civiles, van con nosotros a las asambleas. ¡Pobre sistema!*

ADVERSARIOS DISCORDES

Hitler exigía en este período la disolución del Partido Comunista y la exclusión de los socialistas del gobierno de Prusia. Esto le habría permitido sustituir a los altos jefes de la policía por simpatizantes suyos, amordazar la prensa republicana y conseguir a favor del NSDAP el monopolio de la propaganda política para todo el país. Y entonces, creía, habría elecciones tras elecciones, hasta que el "Reichstag tirara a pardo".

Por el momento, no deseaba participar directamente del poder.

Los subjefes opinaban distintamente; pero todos ellos estaban convencidos de que debían subir al poder antes de tener la mayoría en el Parlamento.

Roehm quería proceder junto con Schleicher y llegar a una inteligencia con todos cuantos les apoyaran.

Goering, el "diplomático de Hitler", y Goebbels, que sabe incitar a la gente —estando él mismo a cubierto—, deseaban aplicar métodos "revolucionarios". Ellos opinaban que unas luchas callejeras provocadas por la SA concluirían por confundir y desunir a los gobernantes, de por sí ya desmoralizados.

Los ministros del Reich y de Prusia se reunieron, en noviembre de 1931, para deliberar sobre el peligro del nacionalsocialismo. Los prusianos se habían propuesto llamar la atención de Groener y de Schleicher sobre el peligro pardo.

Schleicher habló acerca de sus conversaciones con Hitler: *Pero, es loco el hombre; es imposible conversar con él. Le quita a uno la palabra de la boca y rompe a hablar como un torrente. Ustedes me preguntan por mis conversaciones con él. No hubo tal. ¡Fueron monólogos!*

Severing, hojeando sus documentos: *Me avisan que en la milicia de Fraustadt un "nazi", que se llama X, ha llegado a desempeñar el cargo de jefe. ¡Esto es el colmo!*

Antes de que Groener pudiera contestar, Schleicher advirtió, en tono cordialísimo: *Pero, señor ministro, desde luego, vamos a echarlo. ¿Cómo se llama el puerco ese? Tenga usted la bondad de informarme sobre todos los casos que lleguen a su conocimiento.*

Abegg, subsecretario de Estado: *Es que nosotros nos hemos reunido con el propósito de sacar en claro el carácter peligroso de la SA. No puede ser que un particular mantenga un ejército. Esto conduce, inevitablemente, a la revolución; los obreros no lo tolerarán, y entonces habrá huelga general y guerra civil.*

Severing: *¿Huelga general? ¡Imposible!* Vuelve a hojear sus papeles: *Me avisan que también en el distrito de Tilsit, un "nazi" trata...*

Schleicher (como antes): *¡Pero claro, señor ministro! ¿Dónde está el tipo? Le echaremos en el acto. ¿Sabe usted de otros casos?*

Abegg: *Tengo que volver sobre la cuestión de la SA. Sería inútil discutir tal o cual caso particular; tenemos que encontrar una solución general del problema.*

Schleicher: *Señor subsecretario del Estado, ¿qué es lo que quiere usted? ¿Prohibir el partido? ¿Disolver la SA? Ya no somos tan fuertes como para aventurarlo. Y si lo hacemos, ¡nos barrerán!*

Se ve que el poder estaba repartido entre el gobierno del Reich y el de Prusia, la mayor de las provincias, que era respaldada por las demás, y especialmente por Baviera. Asimismo estaban divididas las fuerzas armadas; el gobierno del Reich se apoyaba en la *Reichswehr*, y las provincias en la policía.

Gregor Strasser, el más activo y más independiente de los subjefes nazis, abrigaba otro plan distinto, pero también legal: los éxitos de los nacionalsocialistas y de los comunistas obligarían, también, a los socialistas a orientarse cada vez más hacia el radicalismo, si no querían que sus electores votasen por los extremistas. Pero entonces los socialistas tendrían que

separarse de Bruening, y éste, para obtener la mayoría en el Reichstag, habría de acercarse a los nacionalsocialistas. A consecuencia de tal cambio radical, los partidos acabarían por disgregarse; muchos sindicalistas se pasarían, antes que a los comunistas, a los nacionalsocialistas, con tal que entre éstos preponderase la tendencia "socialista"; también las organizaciones obreras del Centro se adherirían al nuevo grupo. ¿Quién será el conductor de esa nueva comunidad del pueblo? ¿Hitler? ¡Strasser!

Hitler depositaba su confianza en Roehm y en la *Reichswehr*, y con razón.

El ministro de la Defensa Nacional, Groener, hizo venir, a fines de diciembre, a un alto funcionario de Prusia, y le dijo: *Me han dicho que usted apoya al capitán Stennes.* (Stennes, que se había separado de Hitler, era jefe de un grupo político particular).

El funcionario: *Lamento no poder apoyarle, porque carezco de medios. Pero haríamos bien en apoyarle.*

Groener: *Usted está en un grave error. Stennes contraría los planes de Hitler.*

El funcionario: ¿.....?

Groener: *Hitler procede legalmente; se comprometió a no violar la Constitución. Tenemos que apoyarle y defenderle contra los demás, que son unos salvajes.*

El funcionario: *¿Es que usted cree en la palabra de Hitler? ¿Cree usted que él no quebrantará el juramento?*

Groener: *No le creo un perjuro. No cometerá actos ilegales. Nosotros no debemos proceder contra él. ¡Tenemos que apoyarle!*

Y Groener dió a entender que el canciller Bruening era de la misma opinión.

LA FINGIDA LUCHA CONTRA HINDENBURG

Groener había dicho la verdad. A principios de enero de 1932, Bruening invitó a Hitler a conversar con él sobre la transmisión del poder al NSDAP.

El 6 de enero, Hitler recibió en Munich un telegrama firmado por Groener. Lo recorrió y, loco de alegría, se lo dió a Hess y a Rosenberg, que estaban con él. Clavada la mirada de fiera en los ojos de aquéllos, y metiendo el telegrama en un bolsillo, exclamó:

¡Ahora me los he metido en el bolsillo! Me reconocen por parte contratante.

Tenía fundadas razones para estar contento. A raíz de ese reconocimiento, el NSDAP, considerado como empresa comercial, consiguió el crédito que lo preservaba de la quiebra. La SA podía comprar uniformes y construir en todas partes del país "casas pardas". Contraían deudas enormes, lisonjeándose con la esperanza de que pronto serían dueños del Estado, vale decir: del erario.

A fines de 1931, Hitler había caído en la cuenta de que en el **lento avance** podían abandonarle las fuerzas; el partido había llegado a ser una organización gigantesca, que exigía imperiosamente el poder. Cuando Hitler, en aquel período, escribía un artículo o una "carta abierta" para el *Voelkischer Beobachter*, tardaba días enteros en entregarlos a la redacción. Luego el redactor y Hess lo repasaban y lo corregían todo. ¿Para qué? Pues, para suprimir hasta la última palabra que pudiera chocar al gobierno. Si aquel órgano central —bastante lucrativo— quedara suprimido durante algunas semanas, podría darse el caso de que el NSDAP quebrase. ¡Tal era la fuerza interior del partido ante el cual el general von Schleicher se había amedrentado!

Hitler se fué a Berlín. Se entrevistó con Bruening, quien le hizo esta pregunta: si Hitler consentía en que el Reichstag prolongase, casi unánimemente, la presidencia de Hindenburg, él, Bruening, estaba dispuesto a cederle su puesto, después de arreglada la cuestión de las reparaciones. Hitler contestó por escrito declarando su conformidad. La carta nunca fué publicada.

Goering y Goebbels reprendieron ásperamente a su Führer. ¿No había pensado en que eso no servía sino para cimentar la posición de Bruening, para asegurarle a éste la gratitud del "viejo", y para pacificar el país? ¿Había olvidado que sólo en medio de disturbios se desmayarían los enemigos, y que sólo una política desastrosa garantizaba la victoria del NSDAP?

Hitler ya no pudo rechazar la propuesta de Bruening, pero le exigió que presentase su renuncia, no ya más tarde, sino en seguida. Mas Bruening no estaba en condiciones de dimitir su cargo, hasta haber resuelto el problema de las reparaciones. Por otra parte, los señores del ambiente de Hindenburg le sugerían a éste que un feldmariscal prusiano no podía recibir órdenes de un cabo bohemio. Y, en efecto, Hindenburg prefirió

presentarse a la lucha electoral: el venerable "triunfador de Tannenberg" siempre derrotaría a Hitler. Goebbels, sin embargo —que ya había sido condenado a prisión por haber llamado a Hindenburg "una triste muñeca"—, estaba convencido de que Hitler triunfaría. Durante semanas enteras, no se cansaba de instar a su Führer para que se presentase como candidato a la presidencia. En el ya mencionado "Diario íntimo" se refleja la irresolución del Führer:

19 de enero. Discutí con el Führer el problema de la presidencia. Todavía no ha tomado ninguna resolución. Insisto en que él mismo se presente como candidato. Miradas bien las cosas, la candidatura es lo único que viene al caso.

21 de enero. En esta situación, ya no queda otro remedio que presentar nuestro candidato propio.

27 de enero. Ahora tenemos que presentar a nuestro candidato. La suerte está echada.

29 de enero. Tenemos que quitarnos la máscara.

31 de enero. El miércoles, el Führer lo decidirá.

2 de febrero. El Führer se decidió a presentar su candidatura. Pero primero han de declararse los adversarios.

3 de febrero. Los jefes de los distritos esperan la resolución relativa a la candidatura. Esperan en balde.

9 de febrero. El Führer ha vuelto a Berlín. En el hotel "Kaiserhof" discutimos nuevamente las elecciones presidenciales. Todo ***está aún pendiente.***

12 de febrero. El Führer y yo revisamos nuestros cálculos. El Führer se ha decidido... El Führer ha vuelto a Munich; la decisión ha sido aplazada para otro día.

13 de febrero. Esta semana presentaremos a nuestro candidato.

15 de febrero. Ahora ya no tenemos que disimular.

16 de febrero. Trabajo como si se hubiera iniciado ya la lucha electoral. Esto no es fácil, dado que el Führer aún no ha presentado su candidatura.

18 de febrero. Al "Kaiserhof". Ha llegado el Führer... ¡Debemos tener coraje y exponernos!

19 de febrero. Estuve con el Führer en el "Kaiserhof". Largo rato hablamos a solas. El está resuelto.

21 de febrero. Estuvimos en el "Kaiserhof", en compañía del Führer y de algunos fascistas italianos. Discutimos problemas de la plutocracia y del antisemitismo... Es desmoralizante la eterna espera.

22 de febrero. El Führer me permite que yo inicie la campaña esta noche, en el "Sportpalast". ¡Por fin!... Ya muy entrada la noche, el Führer me llama por teléfono. Le doy informaciones; él no tarda en venir a verme. Está contento de que su candidatura fuese acogida con entusiasmo. ¡El es y será nuestro Führer!

Hitler vacilaba, porque la candidatura significaba la abierta lucha contra el presidente, y él había procurado siempre granjearse las simpatías de aquél: preparaba la revolución con permiso, es más, con apoyo del "señor presidente". Hitler rogó a Hindenburg, públicamente, que luchasen como caballeros, quería decir: que no tomasen en serio su candidatura. Pero luego dijo: ¡Quítate de en medio, viejo! Nuestra lucha no va dirigida contra ti, sino contra quienes se escudan tras de ti.

En el primer escrutinio, Hitler reunió once millones de votos, e Hindenburg dieciocho. Los jefes del partido quedaron aterrados. Goebbels perdió la cabeza. Fué a la Cancillería para sondear al secretario de Estado, Puender, consejero de Bruening. Goebbels era el verdadero culpable de la derrota, y él lo sabía. Por la noche se comunicó por teléfono con Hitler, que estaba en Munich: ¿no harían mejor en desistir de la lucha contra Hindenburg, y ultimar los preparativos para las próximas elecciones de diputados al Reichstag? Pero entonces Hitler mostró de lo que era capaz. Otto Dietrich, que aquella noche estuvo con Hitler, caracterizó la situación con estas palabras: *Hubo quien decía que la lucha por la presidencia tenía que ser suspendida, por no ofrecer ya ninguna probabilidad de éxito. El Führer se dió cuenta cabal de lo crítica que era la situación. El tiempo urgía. Era cerca de medianoche; las redacciones estaban para lanzar sus ediciones especiales. Al mismo tiempo que el público y el movimiento se enteraban del resultado del escrutinio, tenían que enterarse de que Adolfo Hitler no había sido derrotado. El Führer dictó: "Tenemos que volver a atacar con más aspereza que antes. El nacionalsocialista que sabe dónde está el enemigo, no ceja, hasta que aquél se desmaye. Os llamo a que iniciéis inmediatamente la segunda campaña. La primera lucha electoral está terminada, la segunda empieza hoy mismo. La sostendré también personalmente".*

Hitler salió derrotado. Reunió trece millones de votos, pero Hindenburg siguió siendo el "señor presidente".

LOS LATIFUNDISTAS

¿Quiénes habían votado por Hindenburg? Los obreros, los socialistas, el Centro y los judíos. ¿Quiénes habían costeado las elecciones? Los bancos, los grandes industriales y el señor Duisberg. ¿Dónde se habían quedado los campesinos, los burgueses, todos aquellos que en 1925 habían votado por él? ¿Dónde estaban los latifundistas de la Pomerania y de la Prusia Oriental? Pues, todos ellos se habían pasado al partido del cabo bohemio.

En el lapso de año y medio, el cabo bohemio había llegado a ser el hombre más ilustre de Alemania, y todos esperaban mucho de él. Hitler es, en efecto, el que siempre acierta con el gesto, la palabra, la actitud que llaman la atención. Goebbels organizaba los viajes del Führer de modo que resultaban verdaderas jiras triunfales. Pero las mejores ideas las tenía Hitler mismo. Habiéndose decidido a presentarse por segunda vez como candidato a la presidencia, alquiló un avión y voló de asamblea en asamblea; ocurrió que hablaba tres veces al día, ante centenares de millares de hombres. *Hitler sobre Alemania*, dijeron los nacionalsocialistas. El año anterior, Bruening había hecho una jira por el Este; en una ciudad de Silesia, los nacionalsocialistas tiraron una piedra contra el canciller, y la agencia informativa de Hugenberg comunicó: "Bruening es acogido a pedradas por parte de la población"; se agregó que los ministros habían bajado las cortinas durante su viaje nocturno en el tren. Cuando Hitler visitó la Prusia Oriental, la gente se exaltó, al extremo de arrojarse, efectivamente, delante de su automóvil. Cuando ya no hay normas ni valores estables, cuando un emperador no es más que un hombre cualquiera, cuando un marco ya no es un marco, cuando uno, en vez de beneficiarse con la cosecha de su propio campo, tiene que invertir en él más y más dinero, se producen milagros y surgen profetas. Una vez, durante un vuelo a Stralsund, Hitler sufrió un contratiempo. Las masas que estaban reunidas en esa localidad para escuchar el discurso del Führer, no se fueron a casa. Le estaban esperando hasta las tres y media de la madrugada. Hitler peroró durante hora y media. Al amanecer, se pusieron de pie cuarenta mil hombres y entonaron el himno nacional: *"Deutschland über alles"*.

Lo que más dolorosamente impresionaba a Hindenburg era la deserción del partido agrario. En medio del proceso de des-

composición general, la única clase consciente de sí misma era la de los latifundistas prusianos, y el presidente era uno de ellos. Por iniciativa del señor Oldenburg-Januschau, los grandes industriales habían comprado en Neudeck, Prusia Oriental, el predio de los Hindenburg, el cual había cambiado de propietario, y el "Casco de Acero" había sido encargado de reintegrar en sus bienes al más venerable militar del Reich. Hindenburg, convertido en el primer terrateniente del Reich, defendía, claro está, los intereses de sus iguales, o sea del "Este afectado por la crisis". La agricultura, en efecto, sufría gravemente los efectos de la crisis y tenía que ser subvencionada; la agricultura costaba al Estado miles de millones, que eran distribuídos de una manera sumamente inicua: en 1932, por ejemplo, 12.000 granjeros recibieron 69 millones de marcos, mientras que a 722 latifundistas se les obsequió con 60 millones. En efecto, esas subvenciones constituían para los terratenientes verdaderos regalos; había quienes se compraban —con el dinero destinado para los "necesitados"— automóviles o una nueva estancia, como lo hizo el señor Oldenburg-Januschau, o despilfarraban las "subvenciones" en viajes a la Costa Azul. Hermine, esposa de Guillermo II, una de las mujeres más ricas de Alemania, no tuvo vergüenza de solicitar una subvención, gran parte de la cual entregó a Adolfo Hitler durante su estada en Berchtesgaden.

La agricultura atravesaba una grave crisis, que era tanto más funesta cuanto que los latifundistas, incapaces de afrontar la situación, obligaban al Estado a apoyarles y a dejar desamparados a los granjeros y campesinos. Los intereses de 13.000 latifundistas gobernaban el Estado. Bruening se había dado cuenta de ello. El y algunos ministros elaboraban un proyecto para el fraccionamiento de latifundios condenados a desaparecer. El proyecto llegó al conocimiento del público. Los terratenientes pusieron el grito en el cielo. ¡Valientes los ministros de Hindenburg! Hitler, al contrario, había escrito en su libro que era un absurdo y una cobardía asentar colonos en tierra alemana; lo que importaba era conquistar en el Este tierra para los campesinos alemanes. Hitler había cancelado en su programa la "confiscación sin compensación", y al príncipe Eulenburg, uno de esos latifundistas, le había prometido que respetaría los latifundios "nacionales". Estas fueron las razones por las que los latifundistas se pasaron de repente a Hitler, entregándole los enormes fondos de la Unión de Agricultores.

DE COMO ROEHM DERRIBO A BRUENING

Schleicher presiente que Hindenburg va a cambiar de parecer. Esta es —calcula Schleicher—, precisamente, la situación oportuna para entrar en negociaciones con Hitler. Ahora van a tomarle el pelo al cabo bohemio. Conferencia con Roehm.

Se está tramando una intriga cuyos comienzos son harto obscuros. Schleicher insinúa la disolución de la SA. Se han descubierto planes para el sitio de Berlín. Roehm dice, ingenuo, que ese proyecto no puede ir dirigido sino contra los comunistas. Es que se han descubierto, también, órdenes impartidas por jefes de la SA, en el sentido de que los destacamentos dejaran de vigilar la frontera oriental. Esto exaspera a Hindenburg. Groener y Bruening consiguen que la SA quede disuelta. Pero en este momento, Schleicher declara que la disolución es un grave error, y se retira bruscamente de la reunión del consejo de ministros. Encarga a una señora de llamar por teléfono a Goebbels, y decirle a éste que él, Schleicher, desaprueba la disolución, y presentaría, tal vez, su dimisión.

Schleicher continúa las negociaciones con Roehm. Está dispuesto a derribar a Groener y a Bruening; pero, entonces, ¿qué? Hindenburg nunca nombrará canciller al cabo bohemio. Roehm le asegura que Hitler no quiere más que tener plena libertad para hacer propaganda en favor de su partido; claro está que no puede prescindir de la colaboración de la SA, cuya aparición en público es uno de los factores más importantes de la propaganda de Hitler. Schleicher tiene ya un candidato a la Cancillería. El hombre que Schleicher propone para este cargo, es el señor Franz von Papen, miembro del Partido del Centro. Von Papen es un vividor, de rancio abolengo; está casado con una hija del gran industrial Boch; su ineptitud de diplomático la había evidenciado en los Estados Unidos, durante la guerra. Schleicher tiene la intención de tomar él mismo las riendas del gobierno, pero desea ejercer un gobierno invisible; cree a Papen bastante tonto y ve en él una hechura perfecta. Roehm se declara conforme. Papen disolverá el Reichstag, porque le resultará imposible obtener la mayoría; entonces habrá elecciones, los diputados nacionalsocialistas constituirán una mayoría aplastante y apoyarán a Papen. ¡Excelente! Pero Hitler mismo tiene que prometerlo. El 8 de mayo, Hitler, Oskar

von Hindenburg, hijo del presidente, el secretario de Estado, Meissner, y el general von Schleicher se reunen en la casa de este último. Hitler se compromete a apoyar a Papen.

Saltan las minas. Se hace creer al presidente que la "Bandera del Reich", organización constitucional, se ha armado lo mismo que la SA. ¿Sí? Entonces queda disuelta la "Bandera del Reich". Hindenburg cree que Groener no le informa bien. Hace ya algún tiempo que el ministro le da disgustos al anciano. Groener, hombre de 62 años, se ha casado poco ha; a los cinco meses del casamiento, su esposa dió a luz un hijo. Hindenburg y Schleicher conversan sobre el caso; Schleicher dice que los oficiales del ejército llaman a aquel hijo "Nurmi", con el nombre del célebre corredor finlandés. A Hindenburg le parece un verdadero escándalo: ¡un ministro de cuya familia la gente se chancea! En el antiguo ejército, ni un suboficial debió permitir tal cosa.

Groener, por su parte, deja que se publiquen fotografías en las que él aparece llevando en coche a su hijito. Pero los chismes acaban por enfermarle. Cuando, fatigado por una disputa con Goebbels y Goering, hubo tomado asiento en el banco azul, Schleicher se acerca a él y le dice en tono muy cordial que los jefes del ejército estiman conveniente que presente su dimisión. Groener, que se siente como herido por un rayo, no opone la menor resistencia. Schleicher le sucede en el cargo. Bruening no pierde el ánimo; al contrario, se burla de los invisibles intrigantes: ¡que no vayan a creer que podrían detenerle, ahora, a cien metros de la meta! Groener es ministro del Interior, Schleicher está satisfecho, y han llegado noticias de que el problema de las reparaciones está a punto de ser resuelto. ¡Qué podría tenerle preocupado!

Hindenburg se dirige a Neudeck. Pasa allí las vacaciones de Pentecostés, en compañía de los señores Oldenburg-Januschau y von der Osten-Warnitz. Conversan sobre el fraccionamiento de latifundios; llaman al proyecto respectivo, "bolchevismo agrario".

A Hindenburg le choca que se ataque a familias de apellidos ilustres; sobre todo, conoce el significado de la palabra "bolchevismo". Llega el secretario de Estado, Meissner; trae consigo la lista de ministros del nuevo gabinete. Todo está listo. Hitler ya firmó. Hindenburg está contentísimo. Papen es uno de esos apellidos que le suenan al anciano: noble, hombre de mundo, rico, católico, y precisamente uno de los prominentes

que podrá desvirtuar los rumores de que él, Hindenburg, sería enemigo del catolicismo — ¡excelente! Ministro del Interior: barón von Gayl, uno de esos latifundistas amigos suyos. Hitler ha firmado — ¡magnífico!

El 29 de mayo, Bruening va al palacio del presidente del Reich. Hindenburg le había llamado. De vez en cuando le falla la memoria a aquel anciano, y le cuesta concentrarse. Por eso tiene apuntado en algunos papelitos lo que va a decir al señor Bruening. *Me dicen que algunos de sus ministros tienen ideas bolcheviques; así no se puede seguir. ¡Le ruego que no me someta más decretos de emergencia!* Esta es la despedida. Bruening no puede ni quiere gobernar contra Hindenburg y la *Reichswehr*. Al día siguiente, el 30 de mayo, a las doce menos cinco, presenta su dimisión.

Hitler se había retirado a Mecklenburg, para que su presencia en Berlín no le diese mala espina a Bruening. Goebbels no tarda en llamar por teléfono a su Führer. Goebbels y Goering salen al encuentro de Hitler. Goering dice que Hindenburg le espera esa misma tarde. A las cuatro de la tarde, Hitler y Goering se presentan ante el presidente del Reich. Este les comunica que ha despedido a Bruening. Papen será nombrado canciller. Le han dicho que Hitler apoyará a Papen. Está bien, entonces. El Reichstag será disuelto. Será anulado el decreto de disolución de la SA. Apretón de manos. Hitler no contesta casi nada.

Algunos días después, Hitler y Schleicher se entrevistan en Fuerstenberg, Mecklenburg. Confirman las promesas mutuas. Hitler, creyéndose el futuro canciller, dice a Schleicher, en tono alegre: *Tendríamos que mandar colocar aquí una placa y grabar en ella las palabras siguientes: "Aquí tuvo lugar la memorable entrevista entre Adolfo Hitler y el general Kurt von Schleicher, a consecuencia de la cual..."*.

CAPITULO XVI

HACIA LA CATASTROFE

EL DERRUMBE DEL PARTIDO SOCIALISTA

En enero de 1932, un funcionario dijo al jefe de cierta sección de policía: *Tengo que comunicarle algo que me da pena. Yo enseño al presidente del consejo de ministros, Braun, a conducir su automóvil. El otro día me dijo: "Las próximas elecciones serán un fracaso. El pueblo alemán está haciendo lo que un perro que tiene una llaga: no dejará de rascarse, y la llaga nunca cicatrizará. Yo aprendo a conducir mi coche, me haré construir una casa cerca de Ascona, y entonces me voy".* El jefe no quiso creer que el primer mandatario de Prusia le hubiera dicho tales cosas a un simple policía, pero éste afirmó que había dicho la verdad.

Así pensaba, así hablaba y así obraba en realidad, el presidente del consejo de ministros de Prusia, que gobernaba como un príncipe y cuya aspereza los más tomaban por energía.

Este socialista y el gabinete entero tenían que caer después de la caída de Bruening. Otto Braun siempre había hecho alarde de las relaciones personales que mantenía con el presidente del Reich: ambos eran aficionados a la caza, ambos amaban a la Prusia Oriental (Braun era labrador, oriundo de la Prusia Oriental). Entre los dos había cierta cordialidad parecida a la que hay entre un coronel viejo y un sargento viejo que vuelven a verse en una fiesta de veteranos; el respeto que la clase inferior tiene a la superior, se encontraba con ese horror íntimo que la superior tiene siempre a las muchedumbres. La amistad de Hindenburg iba entibiándose a medida que disminuía su miedo a los socialistas. *Ya verá usted cuán desleal es el anciano,* solía decir Groener.

El 8 de mayo, cuando Hitler, nuevo conductor de las masas, prometió solemnemente que apoyaría a Papen, Hindenburg justificó las palabras de Groener.

ERRORES DE LOS COMUNISTAS

A fines de abril se realizan elecciones para la Dieta prusiana. Los nacionalsocialistas tienen 160 mandatos; pero no pueden derribar el gobierno, si los comunistas no quieren, si éstos se deciden a defender ellos mismos los restos de la libertad democrática, contra el embate del fascismo. Pero todavía no han caído en la cuenta. Junto con los nacionalsocialistas derriban el gobierno socialista. Los nacionalsocialistas se lo agradecen en el acto: se abalanzan, con superioridad numérica, sobre los comunistas y les apalean, obligándoles a huir de la sala. Goebbels llama por teléfono a Hitler, que está en Munich; el Führer da brincos de alegría, al oir la nueva.

El gobierno de Prusia ha caído, pero claro está que los nacionalsocialistas no pueden gobernar junto con los comunistas; el Centro, exasperado por la ignominiosa despedida de Bruening y la felonía de von Papen, se acerca todavía más a los socialistas. El gobierno socialista, si bien derribado, sigue "técnicamente" en el poder. Braun, por su parte, se ha retirado; está harto de todo, es muy pesimista respecto de la situación política, sueña con Ascona y cuida a su esposa enferma. En el momento decisivo de su carrera política, ese hombre robusto no piensa sino en su vida privada; no quiere luchar. Como el Partido Socialista no acepta la dimisión, Braun finge estar enfermo y se retira a su casita en Zehlendorf, donde pasa el tiempo leyendo diarios.

Aquel gobierno "técnico" tenía que ser apoyado. El subsecretario de Estado, Abegg, hizo llamar al diputado comunista Torgler; éste fué junto con su camarada Kasper. Abegg trató de abrirles los ojos: si los comunistas se empeñaban en derribar a Severing, Hitler subiría directamente al poder. Torgler escuchaba con interés. Pero el consejero ministerial Diehls, a quien Abegg había invitado a asistir a la conversación, no tardó en informar a Papen. ¡Severing pacta con los bolcheviques! Con este pretexto, Papen pudo intervenir.

SEVERING CEDE A LA FUERZA

Severing, obrero metalúrgico de oficio, había perdido la orientación en el campo de la política; su carrera personal había acabado por confundirlo. Se fiaba de los enemigos amables; no

podía creer que un hombre en cuya compañía tan a menudo había tomado el café, le haría arrestar. No podía sospechar del general von Schleicher, que le dijo: *Señor ministro, teniéndose en cuenta que usted, cuando mozo, caminaba por las carreteras, con la mochila a la espalda, un simple obrero metalúrgico —¿verdad que usted era obrero?—, y que usted es hoy en día uno de los primeros estadistas, ¿cuál de los generales prusianos puede compararse con usted?*

En cierta ocasión, el barón von Gaye y Severing estaban hablando de la situación de Prusia; Severing manifestó, entonces: *Pero, señor barón, ¡si usted mismo sabe que pronto nombrarán un interventor!*

A fines de junio, se reunieron en casa de Severing los presidentes de los consejos de ministros de Baviera, de Wurtenberg y de Hamburgo. Deliberaban sobre la posibilidad de prevenir el inminente golpe de Papen; los bávaros dijeron: *Si Papen nos envía un interventor, arrestamos a éste.* Severing opinaba que harían mejor en entenderse con Papen. No se tomó ninguna resolución. Terminada la reunión, algunos ministros expresaban su sospecha de que Papen induciría a Hindenburg a declarar el estado de sitio. El presidente del consejo de ministros de Wurtenberg, Bolz, dijo que, según las declaraciones de Schleicher, el estado de sitio no sería para tanto; pero... Bolz no terminó la frase. El ministro del Interior de Baviera, Stuetzel, le dijo: *Pero, hable usted francamente; usted quiere decir que Schleicher miente.* Abegg, a su vez, insinuó a Stuetzel: *Usted tiene que detener a Hitler en Munich; entonces nosotros declaramos en Berlín el estado de sitio, detenemos a Papen y otros dos ministros del Reich, y disolvemos el NSDAP. Dentro de cuatro semanas habrá desaparecido toda aquella fantasmagoría.*

Tres días después, un diario de una provincia del Sur de Alemania publicó estas conversaciones. Abegg visitó a Severing y le preguntó si esa indiscreción podía causarle inconvenientes. Severing repuso: *¡Eso ya no puede tenerme preocupado! ¡Ahora se juega el todo por el todo! Yo sé lo que voy a hacer en el momento decisivo, pero no se lo digo a nadie.* En realidad, no sabía nada.

El 20 de julio, a las 10 de la mañana, el canciller von Papen llamó a la Cancillería a los señores Hirtsiefer, vicepresidente del consejo de ministros, Severing y Klepper, ministro de Hacienda. Les comunicó que había declarado el estado de sitio; los señores podían considerarse destituídos; él, Papen, ejercería

el poder, en virtud de su cargo de interventor. Los tres no contestaron casi nada; sólo al salir, Severing sentenció: *A partir de este momento se hará historia.* No bien hubo regresado al ministerio, fué llamado al teléfono por el doctor Bracht, primer alcalde de Essen, a quien Papen había designado para el cargo de interventor. Bracht dijo que a las doce iría a ver al señor ministro. Llegó en motocicleta. Severing le recibió a solas. Le dijo que él, Severing, era ministro del Interior de Prusia, conforme a la ley; que él representaba la autoridad legal, y que no cedería sino a la fuerza. Bracht le preguntó qué intentaba hacer: ¿la guerra civil? Convinieron en que a las ocho de la noche Severing se enfrentaría con la "fuerza", que sería representada por dos agentes de policía.

Por la tarde se reunieron el Partido Socialista, los sindicatos obreros y la "Bandera del Reich". Deliberaban sobre si era conveniente oponer resistencia. Los comunistas abogaban por la huelga general. Pero, en atención a las elecciones fijadas para el 31 de julio, los socialistas resolvieron mostrarse transigentes. El señor Bracht, mientras tanto, había hecho venir al señor Melcher, jefe de policía de Essen. Melcher ocupó, con un destacamento de la *Reichswehr*, la Dirección General de Seguridad y arrestó a los jefes de la policía, Grzesinski, doctor Weiss y Heimannsberg. Existen declaraciones de testigos oculares que dicen: los hombres de la *Reichswehr* estuvieron muy pálidos por miedo a la lucha que, a su juicio, debía desencadenarse de un momento a otro. En el momento en que la *Reichswehr* llevaba presos a Grzesinski y a los colaboradores de éste, los policías alzaban los puños, diciendo: ¡libertad! Pero los detenidos firmaron, al día siguiente, una declaración por la cual reconocieron la destitución; luego fueron puestos en libertad.

En la noche del 20 de julio, Severing estaba en su despacho aguardando a que viniera la "fuerza". Llegó Bracht, junto con Melcher y dos oficiales de policía. Pasaron recado. Severing les recibió. Melcher se acercó a Severing, alargándole la mano; Severing, orgulloso, no la tomó. Bracht le comunicó luego que había sido destituído. Severing repitió que cedía a la fuerza. Se levantó y pasó por la puerta hacia sus contiguas habitaciones particulares.

Los jefes socialistas estuvieron reunidos hasta muy avanzada la noche. Otto Wels, presidente del Partido Socialista, dijo que dudaba de que habían hecho bien; uno de los correligionarios

le tranquilizó: tendrían que aguardar el efecto de "los volantes que se distribuirán mañana"; ahora tenían una magnífica consigna para la lucha electoral.

Hitler no tropezará ya con ningún obstáculo.

EL GOLPE CON LA MULETILLA

¡Las elecciones del 31 de julio! ¡Triunfo! Hitler obtiene 230 mandatos. Esto es: menos de la mitad de todos los mandatos, pero más de la tercera parte. El NSDAP ha llegado a ser el partido más poderoso de Alemania.

Pero precisamente en aquel trance, Hitler cometió toda una serie de errores imperdonables.

¡Lo de la legalidad! El NSDAP es el más poderoso de los partidos. Está bien. Según las reglas del juego parlamentario, Hindenburg debería nombrar canciller a Hitler. Claro que es así. Pero, ¿y si no lo hace? En este caso, el partido ya no tomará en serio esa táctica "legal" de su Führer, y el pueblo nunca jamás creerá en su "fuerza irresistible".

Hitler visitó a Schleicher para exponerle su deseo de ser nombrado canciller. Schleicher no le dió una negativa, y en seguida Hitler volvió a su residencia en Obersalzberg. El y Goebbels estaban forjando proyectos. Al día siguiente, el 9 de agosto, se les echó un jarro de agua fría. Habían llegado Strasser, Frick y Funk, quienes desilusionaron a Hitler. Parecía que éste se había dejado engañar; no debía fiarse tanto de Schleicher; Papen, por el cual "está loco aquel viejo", no pensaba en ceder su puesto. Entonces Hitler cometió el primer error.

Goebbels y Goering le persuadieron a que movilizara la SA. Grandes contingentes de SA se concentraron en torno a Berlín. Hitler amenazó con hacer estragos entre los marxistas. En la Prusia Oriental y en Silesia, los nacionalsocialistas empezaron a asesinar, sistemáticamente, a sus adversarios.

En Berlín se produjo un cambio brusco de la situación. Schleicher llamó al conde Helldorf, jefe de la SA de Berlín, y le amenazó con aspereza: si ellos no se dejaban de tonterías, la *Reichswehr* dispararía. Papen declaró el estado de sitio. Ya no se habló de Hitler.

Este asió al toro por las astas. Fué a Berlín. Antes de su partida, reunió a su gente en un merendero, junto al lago Chiem. Con la boca llena de tortilla, les prometió que nunca renunciaría a la carnicería de los marxistas: más bien renun-

ciaría al poder. A Gregor Strasser le pareció que Hitler estaba a punto de sufrir una depresión nerviosa.

El 12 de agosto, Hitler llegó a Berlín y no tardó en anunciar su visita al presidente para el día siguiente. En la mañana del 13, conferenció primero con Schleicher y Papen. Estos le dijeron que Hindenburg no estaba dispuesto a nombrarle canciller, sino, tal vez, vicecanciller. Esto era una ofensa. Hitler, que estaba sumamente excitado, trató de persuadir a Papen a que hiciese un ensayo: él, Hitler, no era tan fiero como le pintaban. No aspiraba a la dictadura, sino sólo a una posición absolutamente legal, como la de Mussolini cuando no era sino presidente del consejo de ministros. ¡Qué ingenuidad! Mussolini se había erigido en dictador precisamente de esa manera. Hitler se sentía incomprendido: es que su lucha iba dirigida contra los marxistas que pierden al pueblo; él iba a "ametrallarles", y por eso exigió que *la SA fuese por tres días dueña de la calle.* Se dice que hablaba, también, de *otra noche de San Bartolomé.* Schleicher recordó más tarde que, *clavada la mirada en el cielorraso, hablaba, hablaba, hablaba...* Al fin, Papen dijo, resignado: *¡Hable usted con el anciano mismo!*

Hitler fué, enfurecido, a casa de Goebbels, donde encontró también a Goering. Goebbels y Goering desconfiaban: los enemigos habían resuelto rechazar a Hitler; Papen le aconsejaba a éste visitar a Hindenburg, para que el "viejo" se lo echase en cara. Conque: ¡una trampa! En ese momento, alguien llamó por teléfono; Frick descolgó el tubo. Hablaba el secretario de Estado, Planck, para decir: *El señor presidente del Reich espera al señor Hitler a las cuatro y quince de la tarde, en el palacio de la presidencia.* Respuesta: *Pero, ¡si el asunto está resuelto! Es inútil.* El señor Planck: *Todavía no está resuelto; todo depende del resultado de la conversación con el señor presidente del Reich.* Planck era el confidente de Schleicher y sabía lo que decía. Hitler fué a entrevistarse con el anciano; Roehm y Frick le acompañaban.

Hindenburg abomina a Roehm. Está ofendido con esa visita. No les invita a tomar asiento. Además de Hindenburg y los tres dirigentes nazis, están presentes Oskar von Hindenburg, Meissner, Papen y Schleicher. Hitler tiene que escuchar un sermón. Hindenburg, apoyado en su muletilla, le lee a Hitler la lista de los señores que integrarán el nuevo consejo de ministros, cuyo presidente será el señor von Papen. Este es el pescozón. Es para perder el sentido. Hindenburg le pregunta

al jefe del Partido Nacionalsocialista si está dispuesto a colaborar. Estando entre sus paladines, Hitler murmura, agotado, que ya había dicho a los señores von Papen y von Schleicher cuáles eran sus condiciones. Hindenburg, casi contento de que todo sea así como él se lo imaginaba, pregunta: *¿Es decir que usted exige el poder absoluto?* Hitler se lo explica: quiere ser nombrado canciller, pero sólo como Mussolini... Hindenburg, triunfante: ¡pero eso significa el gobierno absoluto! No; de ello no puede hacerse responsable; ni ante su propia conciencia ni ante la patria podría él, Hindenburg, justificarse de haber confiado el poder a Hitler, puesto que lo ejercería con suma parcialidad. Parece que la lucha no va a ser terminada, lo que él lamenta mucho; ruega al señor Hitler que se esfuerce por luchar como caballero. Por lo demás, siente mucho que el señor Hitler no esté, al parecer, en condiciones de apoyar un gobierno en que él, Hindenburg, deposite su confianza. ¿No se lo había prometido el señor Hitler antes de las elecciones? Quiere decir: ¡faltaste a tu palabra!

La entrevista no duró más que siete u ocho minutos. ¡Qué despedida más ignominiosa! Papen procuró publicarla con todos los detalles, especialmente en lo referente a la falta de palabra.

Ante los ojos de todo el pueblo alemán, Hitler había subido la escalera del poder, y ante los ojos del pueblo tuvo que bajarla. ¡Pusilánime frente a la muletilla de aquel anciano de ochenta y cinco años! ¿El Führer? ¡Adolfo Hitler, hombre "fuerte", no es más que un juguete en manos de algunos favoritos! Merma su fama de hombre "irresistible". Está desprestigiado.

Del 9 de noviembre de 1923 a esa parte, no había llegado a estar tan cerca del "señor presidente". Otra vez fracasa. En 1923 había amenazado con la pistola al general von Lossow; esta vez amenazaba con cercar a Berlín. Es evidente que el cabo bohemio no sabe tratar a los generales y feldmariscales.

MOMENTOS CRITICOS

Se ha retirado a Obersalzberg. No piensa sino en la venganza, y comete otro error.

Papen había declarado el estado de sitio. Uno de los consejos de guerra había condenado a muerte a cinco nacionalsocialistas, por haber asesinado bestialmente a un obrero de Potempa, población de la Alta Silesia. Hitler envió a esos asesinos un telegrama, en el que les llamaba "camaradas míos" y les

prometía que su liberación sería una cuestión del pundonor nacionalsocialista.

La indignación general subió de punto. ¡Eso fué el colmo! Papen declaró que el hombre que llamaba "camaradas" a los asesinos había perdido el derecho al gobierno. En aquellos mismos días, el doctor Hjalmar Schacht le envió a Hitler un mensaje confidencial: no creía que Hitler necesitara consuelo, ya que algún día el poder iba a tocarle en suerte; él, Schacht, comprendía perfectamente la conducta de Hitler; de paso le advertía que no se comprometiese a fijar ningún programa económico detallado. Los programas económicos no despertaban el interés de las muchedumbres, sino que atraían solamente a los interesados. Este consejo de Schacht era muy importante, en cuanto que hizo desistir a Hitler de sus propios planes destinados a desbaratar el programa económico que estaba fijando Papen, y que éste, según Hitler, le había escamoteado. Schacht —como verdadero soplón y mediador que era— reflexionó: podría darse el caso de que, en un tiempo no muy lejano, Hitler le viera a él, Schacht, "dentro de la fortaleza". En buen romance: aspiraba a un cargo. De todos modos, Hitler podía contar con él; le apoyaría en la medida de lo posible.

Schacht no había recargado las tintas. Los asesinos de Potempa no fueron ajusticiados. Papen se mostró débil, y el error de Hitler resultó un éxito.

El teniente primero Schulz, brazo derecho de Gregor Strasser, llamó la atención sobre el hecho de que el NSDAP, junto con el Centro, representaba la mayoría en el Reichstag. Hitler, ciego de odio a Papen y a Hindenburg, se trasladó a Berlín para negociar con Bruening. Pero, ebrio de rabia, hacía propuestas absurdas.

¿Destituir a Papen? Eso no era nada. ¡El Reichstag debía votar una resolución por la que Hindenburg quedara destituído! No, Hitler no es diplomático. Bruening no se aventuró en esa empresa arriesgada, pero procuraba hacer llegar el proyecto al conocimiento del público. Entonces Hitler declaró públicamente que estaba bien de salud y podía aguardar, y que Hindenburg, en cambio, era muy viejo... Esta alusión a la inminente muerte de Hindenburg chocó nuevamente a la opinión pública, y mucha gente ya dudaba de si Hitler estaba en sus cabales. Esa declaración fué el tercer error.

Gregor Strasser, que, mejor que Hitler y Goering, había captado el significado del 13 de agosto, les advertía que no votasen la disolución del Reichstag: las nuevas elecciones serían otra derrota gravísima. Pero Hitler estaba obcecado y cometió el cuarto error.

Los diputados al Reichstag se reunieron en sesión el 12 de septiembre. Hitler estuvo en el palacio del presidente del Reichstag, edificio situado al lado del Reichstag; de allí dirigió a su gente, dándoles, en cierto momento, orden de derribar a Papen a todo trance. Se produjo una escena dramática. Mientras que Goering, presidente del Reichstag, hecho el recuento de los votos de los nacionalsocialistas y de los diputados del Centro, comunicó la derrota del canciller von Papen, éste colocó sobre la mesa, delante de Goering, un papelito en el que Hindenburg decretaba la disolución del Reichstag. Hacía algunos días que Meissner había ido en avión a Neudeck para recoger aquel papelito precioso. Las elecciones consiguientes tuvieron lugar el 6 de noviembre, a la entrada de un invierno siniestro: siete millones de desocupados, huelga tras huelga, fraternidad entre nacionalsocialistas y comunistas. Ese pueblo había de llamar a voces a Hitler. Pero, desde el 13 de agosto, muchos ya no le tenían más confianza; decían: no lo conseguirá; no es más que un fanático testarudo; abarca mucho, aprieta poco. El 6 de noviembre, Hitler perdió dos millones de votos. El partido quedó aturdido. Suspendió los pagos. Los acreedores apremiaron. El tesorero del partido no sabía cómo saldar las deudas, que ascendían a doce millones de marcos. Jefes de la SA fueron en tropel a las direcciones de las "gacetas judías" y vendieron por unos marcos los secretos del partido, síntomas del incipiente proceso de descomposición.

A principios de 1932, Hitler había hecho grandes esfuerzos por buscar nuevas fuentes de recursos. Pero mientras que Hitler trataba de persuadir a los grandes industriales, Gregor Strasser pronunciaba discursos "socialistas". Así, por ejemplo, dijo en el Reichstag que un 95 por ciento del pueblo alemán estaba dominado de un "vehemente deseo anticapitalista". A eso contestó la industria pesada con la suspensión de los subsidios. En otoño de 1932, la lucha por el poder ofreció el aspecto de una lucha, a vida o muerte, por la posesión del Tesoro público.

ENTRE LAS TENAZAS DE SCHLEICHER

Schleicher creía a Hitler bastante humillado como para aceptar un pequeño soborno.

Dijo, además, a uno de sus colegas que había también otro medio para arrinconar a Hitler. En efecto, Roehm le había revelado secretos personales de Hitler, que podrían poner a éste en un conflicto. Hitler mismo se dedicaba al chantage; hacía algunos años que había comprado la colección de un tal Rehse, hombre algo raro, que juntaba documentos, carteles, artículos, cartas y otros objetos de interés político. Figuraban en dicha colección documentos que arrojaban nueva luz sobre el pasado político de muchos partidarios, y que, por tanto, servían para ejercer cierta presión, cuando fuera necesario. La colección de Rehse fué convertida en el archivo particular de Hitler. Los propios secretos del partido eran guardados —claro que no en la "Casa Parda" de Munich— en cinco poblaciones, cerca de Schongau, al Sudoeste de Munich.

Schleicher le tiende un lazo a Hitler. Obliga a Papen a presentar su dimisión, y le dice a Hitler, por mediación de Hindenburg, que tome posesión de la Cancillería. Pero sería indispensable que se asegurase la mayoría en el Reichstag. Hindenburg le recibió con mucha más amabilidad que en agosto, le habló a solas y escuchó su discurso, que duró hora y media. Pero insistió en su condición de que el nuevo gobierno tenga el apoyo de una mayoría parlamentaria. ¡Le tienden un lazo! ¡Llegaría a ser la hechura, es más, la víctima de Bruening y Hugenberg, cuando a uno de los dos le gustara derribarle en cualquier ocasión!

Hitler se retiró al "Hotel Kaiserhof", que está situado frente al palacio del presidente del Reich; le escribió a Hindenburg carta tras carta, tratando de ablandarle. Pero Hindenburg siguió intransigente. ¡Otra derrota! Sí; pero esta vez va a ser cohonestada. El doctor Dietrich reunió a los periodistas de la capital y les comunicó el texto de las cartas de Hitler e Hindenburg: sólo en aquel momento llegó la negativa de Hitler a manos de Hindenburg. Se adelantó a sus enemigos. Esta vez es Hitler el que suspende las negociaciones y el que da a conocer a los periodistas el comunicado decisivo.

No cayó en el lazo de Schleicher, pero sí rompió con éste y, por consiguiente, con la *Reichswehr*.

Schleicher, que juzga a Hitler blando como la cera, se hace nombrar canciller. Llama luego a Gregor Strasser y le dice que tiene la intención de constituir un gabinete "imparcial", incluyendo a los nacionalsocialistas "sensatos" y a los socialistas "sensatos". Pregunta a Strasser si estaba dispuesto a aceptar la cartera de vicecanciller. Strasser consulta a Hitler. Este vacila, como de costumbre. Teniéndose presente que Hindenburg se niega rotundamente a nombrar a Hitler, el nombramiento de Strasser contribuiría, por lo menos, a subsanar la crisis interna por la que atraviesa el partido.

Pero en aquel partido, cuyos miembros se retorcían de envidia cuando uno de ellos había conseguido un cargo más o menos elevado, y donde todos estaban contra todos, se tramaron nuevas intrigas, con nuevas denuncias, afrentas, engaños. Por encima de todo eso estaba el jefe supremo, el Führer, que siempre vacilaba en los momentos críticos y decisivos. En este trance tampoco resolvió nada.

LA ULTIMA LUCHA DE GREGOR STRASSER

El 3 de diciembre se produjo una catástrofe. En las elecciones que tuvieron lugar en Turingia, el NSDAP perdió casi la mitad de sus votos.

Strasser dirigió entonces un ultimátum a Hitler, instándole a que resolviera si debía aceptar o rechazar la oferta de Schleicher.

Eso fué para el partido un acontecimiento histórico. Strasser era el creador del NSDAP en su forma actual, había ganado millones de hombres para el movimiento de Adolfo Hitler, y estaba coronando su obra con la separación de los sindicatos libres del conjunto de la socialdemocracia. Si lo lograra, eclipsaría a Hitler. El vicecanciller, tal vez canciller Gregor Strasser, conductor de la comunidad del pueblo alemán, era el nuevo astro que salía, como de buen agüero, en el horizonte político donde iba cayendo el siniestro bólido Hitler.

Por eso, Hitler no pudo aceptar el ultimátum de Strasser.

Strasser se dejó llevar por la ira. En una habitación del hotel Excelsior, donde se alojaba, Strasser escribió una carta a Hitler: enumeraba todos los errores que el partido había cometido, censuró expresamente la conducta de Goebbels y de Goering, afirmó que Hitler guiaba al pueblo alemán hacia el caos y renunció a todos sus cargos. Luego pagó la habitación,

dejó su valija en el depósito del "Anhalter Bahnhof" (estación de ferrocarril) y desapareció. Esto ocurrió en la mañana del 8 de diciembre.

Hacia las doce, la carta llegó al "Kaiserhof". Hitler quedó pasmado. La renuncia de Strasser podía ser el principio del fin. El partido, los inspectores, los jefes de la SA y los diputados veían en Strasser al único hombre que podía sacarles a todos de aprietos. El partido había suspendido los pagos. Los miembros de la SA organizaban una colecta; iban por las calles de la ciudad alargando sus alcancías con las irónicas palabras de autocrítica: *¡Para los traviesos "nazis"!*

Adolf Mueller amenaza con suspender la impresión del *Voelkischer Beobachter*, si no van a pagarle; Mueller es editor de algunos diarios de provincia, pero se niega a hacer propaganda a favor de Hitler, ya que el "cardenal" podría mandar imprimir en otra parte la lista de las predicaciones de la semana. ¡El propietario de la rotativa apostaba por el cardenal y abandonaba a Hitler! Fritz Thyssen declaraba que no podía ayudar más; pedía aún un vagón completo de impresos para las elecciones, pero advirtió que luego el partido ya no podría contar con él.

Si Schleicher volvía a disolver el Reichstag, la tercera parte o hasta la mitad de los diputados nacionalsocialistas perdería, acaso, sus mandatos; esto significaría el hambre. Sólo Strasser podía conjurar la catástrofe entendiéndose con Schleicher.

Frick hizo a Hitler representaciones, hablándole en tono muy enérgico: la carta era un mal, pero éste podía repararse; miradas las cosas con imparcialidad, Strasser tenía razón en más de un punto. Hitler, apocado, dijo que se entrevistaría otra vez con Strasser para resolver el conflicto.

¿Dónde se encontraba Strasser? En el hotel Excelsior nadie sabía decirlo. Alguien encontró la valija de Strasser en el depósito de equipajes. Strasser debía encontrarse, pues, en algún rincón de Berlín. Se produjeron entonces complicaciones tragicómicas. Gregor Strasser es, en el fondo, un hombre que busca su comodidad; quería vivir en paz, lejos de todos los negocios, tomando de vez en cuando una copa de vino, en compañía de gente sencilla. Mientras que Frick le buscaba por todas partes, Strasser estaba con su amigo Moritz, echando pestes y desahogándose en el pecho del amigo. Hitler le esperaba en balde. Pero, ¿no debía saberlo Strasser? Se podría pensar que Strasser se escondía intencionalmente. Había escrito la carta, había acabado con Hitler para siempre: ya no quería saber nada de todo eso, sólo le interesaba que le dejasen en paz. Es curioso que en aquel turbulento año de 1932 el cansancio acometiera y rindiera precisamente a los hombres que ocupaban las posiciones decisivas. Siguiendo el ejemplo de Otto Braun y de Severing, Strasser pasó la tarde charlando con Moritz, tomó a la noche el tren de Munich, y fué luego a Bolzano, acompañado por su mujer y sus hijos.

Si Strasser hubiera sabido que todo el partido le estaba aguardando, que Hitler, allí, en su habitación del "Kaiserhof", estaba esperando que se produjese un milagro, tal vez habría permanecido en Berlín. Mientras que Strasser viajaba hacia el Sur, Hitler decía, desesperado, a Goebbels:

¡Si el partido deja de existir, yo me remato con la pistola, dentro de tres minutos!

A la mañana siguiente llegó una noticia que les alivió a todos: Strasser se había ido, renunciando a todo. Hitler respiró. Los partidarios de Strasser se habían quedado sin jefe. Se les obligó a firmar una declaración en la que se increpaba a Strasser. Hitler no tardó en destruir la organización creada por Strasser, y nombró jefe de lo que de ella quedaba, al doctor Ley, jefe del distrito de Colonia, que se había distinguido por su lealtad. Rudolf Hess ejercería en adelante el control político, propiamente dicho, sobre todo el partido.

Gottfried Feder fué uno de los que no quisieron firmar el juicio por el cual se condenaba a Strasser. Hitler le dijo, furibundo: *¡O firmas o te expulso del partido!* Y Feder firmó.

Esta acción depuradora culminó en una reunión de todos los jefes nacionalsocialistas en el palacio de Goering. Hitler pronunció un discurso emocionante: siempre había sido leal para con Strasser, y éste acababa de hacer traición a la causa común; ahora, que el partido estaba atravesando el último período crítico antes del triunfo final, Strasser había cometido un terrible atentado contra el partido. *¡Nunca hubiera creído a Strasser capaz de ello!*, dijo, prorrumpiendo en llanto y bajando la cabeza sobre la mesa. A muchos se les saltaron las lágrimas al ver que su Führer lloraba tan amargamente. Julius Streicher, que siempre tenía que humillarse ante Strasser, dijo: *¡Es un escándalo que Strasser hiciera eso a nuestro Führer!*

Pero todas esas lágrimas no pudieron conjurar la crisis. Goebbels apuntó en su "Diario íntimo":

5 de diciembre. Muchos insisten en que transijamos.

6 de diciembre. La situación es funesta.

8 de diciembre. En la organización se siente una grave depresión. La escasez de dinero impide el trabajo metódico. Todos estamos tan hondamente heridos en el alma, que no deseamos más que huir de este bullicio, siquiera por unas semanas.

10 de diciembre. (Después del discurso lloroso de Hitler). *La situación financiera del distrito es desesperante. Las opiniones están todavía divididas.*

15 de diciembre. Nos cuesta mucho tener a raya a la SA y a los funcionarios. Ya no podemos tardar en subir al poder. Si logramos salvar el movimiento, salvaremos también la situación.

20 de diciembre. Tenemos que hacer un supremo esfuerzo para salvar el movimiento.

21 de diciembre. Hay que depurar el partido de todas esas intrigas y pendencias. Continúa la escasez de dinero.

22 de diciembre. Tenemos que reducir los sueldos.

23 de diciembre. Una terrible soledad me invade y me hace desesperar.

El partido parece estar agonizando.

PROLETARIADO CANSADO

Pero Alemania no quiere que ese partido desaparezca. Alemania quiere, precisamente, ese partido.

Vivimos en la época de la irresponsabilidad, en la época de Otto Braun, Karl Severing y Gregor Strasser. Alemania busca un individuo que cargue con todos sus pecados. Hitler no debe fracasar.

Todas las clases, aun sin saberlo, lo anhelan.

Los obreros le anhelan con todo el fervor que hay en sus desesperanzas. Saben, en el fondo de su corazón, que desechan el socialismo, puesto que no quieren cargar con la responsabilidad. La voluntad de un grupo seleccionado no es, ni con mucho, la voluntad de las masas; pero aun en la voluntad del grupo seleccionado se refleja la desorientación de los secuaces. Los dos partidos obreros, que se combaten uno a otro, expresan el anhelo de quedar exentos de toda responsabilidad, por dos tácticas aparentemente opuestas. Pero en ambos casos, el resultado fué el mismo. Los socialistas se empeñaban en modificar el sistema existente del capitalismo; no pretendían destruir este sistema, sino que iban a agenciar al obrero un puesto conveniente dentro del mundo capitalista. El comunismo parecía resuelto a acabar con ese sistema, pero se contentaba con parecerlo. Los comunistas empleaban todas sus fuerzas en la lucha contra los socialistas, a quienes calificaban de "enemigo principal"; derribaron, junto con los nacionalsocialistas, el gobierno socialista, que, algunos meses después, iban a defender mediante la huelga general. Aun después del advenimiento de Hitler, uno de los jefes comunistas recomendó esa táctica. Ante la nación, los comunistas cargaron sobre sus hermanos socialistas la responsabilidad por la realización del socialismo; batallaron escudándose con aquéllos, en vez de arremeter abiertamente contra el sistema. Pero, claro está que entonces habrían tenido que asumir ellos mismos la responsabilidad. Habrían podido aprender de Hitler la manera de desembarazarse de un rival: Hitler nunca llamó la atención del público sobre sus rivales, sino que los suplantó tácitamente por el mayor arrojo con que atacaba al común enemigo principal. El hecho de que los dos partidos hermanos se enemistaran por problemas de segunda categoría, evidencia que los obreros, a los cincuenta años de estar luchando, no han llegado a tener ninguna experiencia política. Un partido que cuenta con tres millones de electores, pero de los cuales sólo cincuenta mil toman las armas en el momento decisivo (Viena, febrero de 1934), será derrotado con toda seguridad por otro que no cuenta más que con un millón de electores, pero de los cuales quinientos mil están sobre las armas.

Hasta el último momento, los obreros alemanes dieron a los dos partidos doce millones de votos. Pero estos doce millones de hombres no estaban dispuestos a presentarse al combate, porque ya no tenían confianza en sus partidos ni tampoco en sí mismos.

La sociedad sin clases se formará por obra de un movimiento creador, en cuyo seno se haya producido ya un "Estado sin clases". Vienen a plantearse nuevos problemas trascendentales; ya se puede entrever —desde el hombre, y no desde el "aparato"— la futura sociedad que las muchedumbres vislumbran y que se manifiesta por un cambio de criterio respecto de la cultura tradicional, por un nuevo modo de ver la naturaleza, y por el espíritu deportivo. Aquella sociedad asumirá la responsabilidad ante la historia. En 1932, el proletario alemán quedó aplastado bajo el embate de los acontecimientos históricos, pero de entre las clases quebradas surgirán nuevos hombres, nuevos luchadores inspirados en la idea de la libertad.

Los obreros estaban esperando algo nuevo: su propia reorganización; pero la búsqueda de lo nuevo que había en la antigua ideología socialista, era una tarea que, además de requerir mucho tiempo, no podía ser realizada sino con libertad de espíritu, atrevimiento y mediante un acto volitivo. Los antiguos partidos ya no eran capaces ni tenían tiempo para ello. Así que en aquel trance Hitler era el único que ofrecía ciertas esperanzas. Los obreros que ya no tenían confianza en sí mismos, lo estaban ansiando.

CAPITALISMO CANSADO

Decían que los grandes industriales Krupp, Thyssen y Voegler, junto con los latifundistas, habían convertido al cabo Hitler en gerente de la "Casa Alemania", para que gobernase siguiendo sus instrucciones. Pero no hay tal.

Los grandes industriales alemanes de la época actual forman una generación nada imponente. Hugo Stinnes, que murió en 1924, fué el último gran industrial dotado de una verdadera fuerza creadora. Puede decirse que casi todos los demás son hijos o nietos que administran lo que heredaron de sus grandes padres. El "Trust del Acero", el mayor sindicato de la industria pesada, era uno de los más tristes ejemplos del poco talento organizador y de la codicia de los señores Voegler y Thyssen. Es ridículo creer que Hitler o Goebbels, sumamente astutos en perseguir su fin, se dejaran embaucar por Voegler o Thyssen. Pactan con ellos, y es seguro que una de las partes contratantes será engañada, pero los que se quedan con las ganas no son Hitler y Goebbels. Se trata de problemas políticos, de la influencia sobre la opinión pública, de valerse de las masas para fines de chantage, y en todo ello Hitler y Goebbels son muy superiores a aquellos poseedores de lotes de acciones. Por lo demás, Carl Duisberg, Carl Bosch y Carl Friedrich von Siemens, directores de las empresas más sólidas de la época de la postguerra, no ayudaban a Hitler, sino que le combatían. Hitler era subsidiado por los "necesitados", ese grupo de industriales que esperaban del futuro gobierno nacionalsocialista grandes pedidos, o que acariciaban la idea de vender al Estado sus empresas improductivas. Ese capitalismo cansado que estaba dispuesto a vender caro su patrimonio, no tenía la intención de gobernar el Estado; esa gente se conformaría con cualquier forma de gobierno, con tal que éste procurara aumentar las

ganancias. Los personajes dirigentes de la vida económica no deseaban asumir ninguna responsabilidad. Poco antes de su advenimiento al poder, Hitler dijo a los grandes industriales, en tono casi exhortatorio: *Nosotros haremos la política, pero la economía va por cuenta de ustedes.*

Una lasitud general ha invadido a los alemanes que ya no tienen más que un solo ideal: el despertar de la conciencia nacional.

¿Qué quiere decir esto? Desde el principio del siglo XIX, el nacionalsocialismo es la forma política de existencia de los pueblos; el apego a una nación determinada comprende el deseo de conservar lo realizado, lo existente, lo actual; cuanto más exclusivista es el nacionalismo, tanto más reprime la voluntad hacia lo que se está desarrollando, lo futuro, nuevos ideales y nuevas formas de la sociedad. Un pueblo que empeña todas sus fuerzas en formar su carácter nacional, expresa por ello una honda aversión hacia el progreso y la evolución. *¡Queremos volver a ser alemanes!*, equivale a: ¡Que me dejen en paz!; *¡Alemán, vuelve a ser lo que fuiste!*, quiere decir: ¡Deja que yo, tu Führer, resuelva por ti los problemas difíciles!

El pueblo alemán no deseaba otra cosa. Adolfo Hitler, sensible como un sismógrafo, percibía esas sacudidas del alma del pueblo. Y esto fué su fuerte.

EL PACTO DE COLONIA

Schleicher había derribado a Papen, y éste iba a derribar a aquél.

Ambos estaban convencidos de que el NSDAP se encontraba en plena disolución, y procuraban atraer los restos de ese partido. Schleicher deseaba ganar a Strasser; Papen, a Hitler. Papen se tragó la rabia de muchos meses, y lo mismo hizo Hitler. Estos dos enemigos se reconciliaron e hicieron un pacto dirigido contra Schleicher. Papen luchó por Hitler, le salvó y le hizo triunfar.

Gregor Strasser, reposado y dispuesto a reiniciar la lucha, volvió a Berlín en la noche del 3 de enero de 1933. La misma noche, Hitler partió, escoltado como de costumbre, para Lippe-Detmold, donde iba a pronunciar un discurso en un mitin electoral. Pero, ya en la estación de Munich, todos quedaron sorprendidos por el hecho de que Hitler no tomara el tren de Hannover, sino el de Colonia. Hitler guardó un misterioso silencio.

El doctor Otto Dietrich relata lo sucedido entonces, con estas palabras:

A la madrugada llegamos a Bonn. Delante de la estación, Schreck nos está esperando con el automóvil del Führer. Nos desayunamos. Un sedan espera delante de la puerta. El Führer sube. No sabemos adónde va el Führer. Antes de partir, nos había dicho que continuásemos el viaje en su coche, en dirección a Colonia, y que, pasada Colonia, paráramos a tres kilómetros de esta ciudad, en el camino de Dusseldorf.

A eso del mediodía llegamos al lugar de la cita. Era un día húmedo y frío. Estamos esperando. Nos paseamos por la carretera. Pasamos el tiempo haciendo conjeturas sobre el paradero del Führer. Pero nadie sabe nada, y todos ignoramos el significado de esta separación.

Dos horas después, llega el sedan. El Führer baja y se reúne con nosotros. El sedan vuelve atrás y desaparece en dirección a Colonia.

Durante el viaje a Dusseldorf, el Führer da a entender que se entrevistó con un personaje político. Me pareció que el Führer estaba contentísimo con el resultado de su excursión.

La entrevista de Colonia tuvo lugar en casa del banquero von Schroeder. Fué un acto de solemne reconciliación. Papen ya no recuerda el telegrama de Potempa. Hitler reconoce que sólo Papen puede apoyarle ante Hindenburg. Papen está dispuesto a convencer a Hindenburg de que el *cabo bohemio* es menos antipático de lo que parece. Hitler, en cambio, renuncia expresamente a la "noche de San Bartolomé" y a la pretensión de "¡la calle para la SA!".

Por lo pronto, tienen que proporcionarle dinero a Hitler. Por iniciativa de Voegler y de Springorum, se constituye un comité que salda las deudas que ya no admiten espera.

Se inicia una campaña periodística: el movimiento nacionalsocialista debe ser apoyado; las grandes masas ponen todas sus esperanzas en el NSDAP; de disgregarse éste, el Partido Comunista aumentará en diez millones de hombres.

La burguesía llega a creer que la desaparición del nacionalsocialismo traerá como consecuencia su propia ruina. Alemania está sobrecogida por el temor al comunismo. Hitler finge que va a suicidarse, y todos claman acongojados: ¡salvad al salvador!

MINAS Y CONTRAMINAS

Así piensa también Schleicher. Por eso, insiste que se nombre vicecanciller a Strasser, que salvará lo mejor del partido.

Hindenburg, o mejor dicho: Oskar von Hindenburg y el señor Meissner tienen que optar o por la fórmula de Schleicher o por la de Papen. La fórmula de Schleicher era: gran parte de los nacionalsocialistas apoyarán el gobierno; lo mismo puede esperarse de muchos socialistas. Strasser será nombrado vicecanciller. Luego se disolverá el Reichstag, y después de las elecciones Hitler ya no existirá.

La fórmula de Papen: El NSDAP en su totalidad apoya al gobierno. Se renuncia a la colaboración de los socialistas. El Reichstag no será disuelto. Hitler tiene que ser nombrado canciller.

¿Quién tendrá más ascendiente sobre Hindenburg?

Papen, aún habiendo dejado de ser canciller, vive todavía en la Cancillería, donde tenía su domicilio de servicio. Hindenburg, cuyo palacio tiene que ser reconstruído, se muda también a la Cancillería, de modo que Papen, Meissner, Oskar von Hindenburg y el anciano viven bajo el mismo techo.

Los cuatro examinan detenidamente las fórmulas de Papen y de Schleicher. Este último se encuentra en una situación un tanto delicada: como canciller, depende directamente de Hindenburg, que, como la mayoría de los ancianos, se pone cada vez más terco. Hay que andar con muchos rodeos hasta que se consiga algo de él. El mejor método para persuadirle a que firme un decreto, consiste en convencerle de que las medidas en cuestión están destinadas a beneficiar a los mutilados de la guerra o a la agricultura.

Se traman nuevas intrigas. Algo de la vida escandalosa de los latifundistas trasciende al conocimiento del público. Los partidos de izquierda arremeten contra los terratenientes; en el Reichstag se constituye una comisión investigadora, se habla de las estancias del señor von Oldenburg-Januschau, de las manos acaparadoras de Hermine, y de los automóviles de lujo comprados con el dinero de los contribuyentes. Son minas de tamaño chico. Schleicher las hace saltar para intimidar a los enemigos.

Pero lo que consigue es todo lo contrario. El anciano está hondamente herido. ¿Acaso fisgarán también en Neudeck? El

no recibió ningún "socorro"; Neudeck le ha sido regalado. ¿Quieren que él se justifique ante el público? Pero este "escándalo" no es más que un episodio de la lucha entre la industria y la agricultura.

En 1930, la industria había aprobado las subvenciones para el Este, porque se prometía un aumento de la fuerza adquisitiva y, por lo tanto, nuevas posibilidades de venta. Pero en 1931, al darse cuenta de que todos esos miles de millones habían sido invertidos en algo que estaba condenado a desaparecer, cambió de parecer: exigía el fraccionamiento de los latifundios, el asentamiento de campesinos en el Este, la reducción de los aranceles. ¡El interés de la economía nacional prevalece sobre el de 13.000 latifundistas!

Esta lucha no fué interrumpida por ningún cambio de gobierno, puesto que siempre era un industrial el encargado de la cartera de Comercio, y un latifundista el de la de Agricultura. Schleicher, no entendido en la materia, confiaba en su sentido común y se declaraba partidario de los industriales, en cuanto que éstos exigían el fraccionamiento de latifundios. Para su desgracia, los terratenientes acababan de captarse la voluntad de Hindenburg. Además, Schleicher llamó, desconsideradamente, la atención del público sobre un hecho en el cual hasta entonces no se había reparado mucho: hizo constar que la *Reichswehr* no estaba inseparablemente vinculada al capitalismo. Sus adversarios pusieron el grito en el cielo: ¡un general bolchevique era canciller!...

LA CAIDA DE SCHLEICHER

Aun no había que desesperar. Pero los gobernantes se dejaron engañar por Hitler.

Iban a realizarse las elecciones para la Dieta de Lippe. Hitler empeñaba todas las fuerzas del partido en esa lucha electoral. Aquel éxito regional sería la prueba de que el NSDAP todavía no había desaparecido. Hitler iba de aldea en aldea. La visita de aquel hombre ilustre conmovió hondamente a los humildes aldeanos. De todo corazón dieron sus votos a Hitler, porque éste era tan amable y porque hallaba tanto placer en reunir los votos de sus queridos campesinos. La Unión de Agricultores, que precisamente en aquel momento había iniciado una campaña contra la industria, contribuyó mucho al éxito de Hitler. Aumentó en un veinte por ciento el número de quienes

votaron por él. Schleicher se dejó impresionar por el éxito aparente. Desistió, desalentado, de sus proyectos y abandonó a Strasser, que no había dejado de minar el partido, y el cual podía contar con la adhesión de muchos dirigentes a un nuevo partido nacionalsocialista. Strasser se sintió engañado y trató de reacercarse a Hitler. Al llegar éste, a fines de enero, a Berlín, Strasser lo esperaba en el andén de la estación. Hitler pasó junto a él sin hacerle caso.

Al abandonar a Strasser, Schleicher se abandonó a sí mismo. Sus adversarios aceptaron la fórmula de Papen. Hitler pudo dictar sus condiciones. Hindenburg prefería a Papen para el cargo de canciller, pero el mismo Papen le aconsejó que nombrase a Hitler canciller y a él, Papen, vicecanciller: creía que el efecto sería el mismo. Esos ilusos le permitieron a Hitler disolver el Reichstag; acaso creían que Hitler, siendo canciller, sufriría una derrota electoral, ya que —según la conocida frase de los demócratas— los gobernantes siempre pierden las simpatías del pueblo. Le confiaron el poder policíaco, creyéndose seguros porque le habían negado las "fuerzas armadas" — esa *Reichswehr*, que siempre había sido algo así como un espantajo, gobernando a distancia, no atreviéndose a intervenir, y que estaba para ser humillada en la persona de Schleicher.

El 28 de enero, Schleicher tuvo que presentar su dimisión. Había rogado a Hindenburg que le autorizase para disolver el Reichstag. Parece que Schleicher no quiso más que intimidar a Hitler. Pero llegó tarde. El día anterior, Papen le había dicho a Hindenburg que ahora tenía a Hitler en sus manos. Eso era mucho más conveniente y más seguro: ¿por qué luchar, si Hitler iba a morder el anzuelo? Por eso, Hindenburg se negó a firmar el decreto de disolución, y Schleicher se vió obligado a presentar su dimisión.

Papen tuvo que completar la lista de ministros dentro de las veinticuatro horas.

HITLER VE CUMPLIDOS SUS DESEOS

Mientras que Hitler vacila aún, Papen comete un error. Una persona allegada al ministro de la Defensa Nacional había hablado del estado de sitio. En la tarde del 29 de enero, el señor Werner von Alvensleben, confidente de Papen y de Hitler, se presentó de improviso en casa de Goebbels y le comunicó que las tropas de Potsdam habían sido movilizadas; Hitler, Papen

y el mismo Hindenburg serían arrestados. Alvensleben se fué luego a la Cancillería, donde hizo circular esa misma noticia sensacional. Oskar von Hindenburg y Meissner quedaron estupefactos. No hubo que perder ni un minuto.

Recordemos al cura castrense de Koenigsberg, el cual, con motivo de una bendición nupcial, había hecho ejecutar en el órgano el himno de asalto del NSDAP. Por mediación de aquel cura, Hitler se entrevistó, en el verano de 1932, con el general von Blomberg, comandante del distrito militar de Koenigsberg. Blomberg pasaba por el más republicano de los comandantes de la *Reichswehr;* era el hombre con quien los republicanos contaban en caso de necesidad. Este hombre resultó ser partidario, es más, admirador de Hitler. Blomberg llegó en avión a Berlín. Hacía ya mucho tiempo que estaba designado para el cargo de ministro de la Defensa Nacional. La lista de ministros estaba completa.

¿Completa? Hugenberg, el viejo "zorro argentado", se opone: el presidente del Reich desea un Gabinete de "concentración nacional", quiere decir que en la lista de ministros deben figurar también representantes de otros partidos. Hugenberg se opone a la disolución del Reichstag. Aquel "zorro" ve más claro que Papen y Meissner. Los jefes del "Casco de Acero", Seldte y Duesterberg, comparten la opinión de Hugenberg. Entonces Hitler declara: *Les prometo a ustedes que, sea cual fuere el resultado de las elecciones, todos los miembros del gabinete actual seguirán en sus cargos, aun después del 5 de marzo. ¡Les doy mi palabra de honor!*

Seldte está conmovido. Hugenberg transige a regañadientes.

El 30 de enero, a las doce en punto, Papen e Hitler se presentan ante Hindenburg. Papen dice que se ha logrado la "concentración nacional". Los dos se entienden sin decir nada. Papen es vicecanciller; sí, pero Hitler no podrá tomar las riendas del gobierno. ¡Qué sueño más hermoso! Hitler toma la mano de Hindenburg y jura su cargo.

Roehm está asomado a una ventana del "Kaiserhof" y observa, a través de un catalejo, la puerta de la Cancillería. Cuando Hitler salga, se le conocerá en la cara si ha tenido buen éxito.

Hitler sale. Muestra una cara seria. Va en coche al "Kaiserhof", que dista cien metros de la Cancillería. Al entrar en la habitación donde le esperan Roehm, Goebbels y Goering, tiene los ojos llenos de lágrimas.

Un poco más tarde, se entrevista con el general von Blomberg.

Por la noche se realiza un grandioso desfile de antorchas ante la Cancillería. Hindenburg, asomado a la ventana, marca con la muletilla el compás de las marchas militares. Hitler ríe, da brincos de alegría, saluda y hace señas a las masas. Después, estando ya cerradas las ventanas, pone sus manos sobre los hombros de Goebbels, le mira de hito en hito, y no dice palabra.

Al día siguiente, Goebbels apunta en su "Diario íntimo":

Nos reunimos con el Führer y fijamos las normas para la lucha contra los terroristas rojos.

Por el momento, no tomaremos medidas directas contra ese terrorismo.

Ante todo, los bolcheviques tienen que provocar *disturbios. Nosotros intervendremos en el momento oportuno.*

Cuatro semanas después, las llamas se elevaron del Reichstag, tal como Goebbels lo había previsto.

Empiezan a obrar los demonios.

Hitler está sobre Alemania.

TERCERA PARTE

El Complejo del Führer

CAPITULO XVII

LOS DOS HITLER

¿EGOISTA O ALTRUISTA?

Algunos días después del advenimiento de Hitler al poder, el pueblo alemán se enteró de que el "Canciller del pueblo" había renunciando a su sueldo. Muchos se conmovieron al leer la noticia. No fuma, no toma bebidas alcohólicas, no come carne y vive en una modesta casita, allí arriba, en las montañas; viste casi siempre la sencilla camisa parda, no asiste a banquetes, y sigue siendo lo que era: un hombre del pueblo. Para el pueblo alemán y, tal vez, para sí mismo, Hitler se transforma en un mito.

En 1923 dijo a un amigo: *Es para mí un motivo de íntima satisfacción el pasar por entre una muchedumbre que me aclama. En tales momentos, uno se siente otro hombre...*

Otro hombre...

Durante catorce años marchaba entre muros humanos que le aclamaban. ¿Qué habrá quedado de aquel "Ohm Paul Krueger", vestido de levitón, allá en el asilo de Viena?

Todo. Aquel hombre no se ha hecho sino lo que era por su naturaleza: un dominador con instintos de mendigo. No podía ser sino absoluto, sea como príncipe, o sea como vagabundo. No puede vivir, si no se le permite hacer lo que le gusta; pero tiene que estar convencido de que todos se lo permiten. No es un "señor", sino sólo un Führer. No se aventura sino cuando sabe que otros le siguen. Estando a solas, es un hombre aburrido y soñador; pero ante las muchedumbres, es muy ambicioso. En el lapso de seis décadas, los emperadores hicieron de los alemanes un pueblo obediente, pero no nació un verdadero "señor". Este es el destino trágico del pueblo alemán. Y de ahí que haya podido llegar la época de los bufones endemoniados.

El miedo a la soledad mueve a muchos a hacer de la política una carrera. Huyendo de la soledad, Adolfo Hitler fué a

la guerra; y por lo mismo que se hallaba solo aun en medio de camaradas, huyó a la tribuna. Hondamente le deprimía su incapacidad para tratar a la gente. Fué para él como un alivio cuando por primera vez notó que la gente le prestaba oídos. El conoció al hombre, no como individuo, sino como masa.

Hitler dice: *Las masas, al igual que las mujeres, aman más al hombre dominador que a otro que viene a implorar su favor.* Está bien; pero el orador Hitler no domina a las masas; antes bien, las lisonjea y las divierte.

Todos los pueblos dirigen a sus conductores siempre la misma muda pregunta: ¿Qué es lo que quieres? ¿Quieres dominarnos o hacernos felices? ¿Luchas por tu ambición o por tu pueblo?

Es una de esas preguntas que surgen del alma del pueblo; el pueblo no sutiliza, sino que distingue simplemente entre lo bueno y lo malo, el egoísmo y el altruísmo. Por eso, tal pregunta no penetra hasta la realidad intrínseca del conductor de un pueblo. El reprobado colegial de Linz no anhela más que ser reconocido. No está poseído de la fría ambición del poder; en él no hay esa sensación de vigor que tienen los verdaderos "señores" cuando cabalgan o se empeñan en domar al animal. Hitler no quiere más que salir aprobado con nota de sobresaliente, y toda su lucha es una continua repetición del examen en que había sido reprobado. No tiene certificado ni diploma, y esto vuelve a herirlo en el alma todos los días.

¡Qué habría sido de él, si no hubiera seguido la carrera de político, única profesión para la cual no se precisan certificados ni diplomas!

El hombre Hitler es un gandul de tipo corriente, que siempre tiene planes de alto vuelo, pero que nunca posee cincuenta centavos, puesto que él tiene por principio no hacer negocios sino cuando puede ganar millones. El político Hitler, en cambio, es un verdadero héroe de novela: el gandul que gana, en efecto, aquellos millones.

Ni Mahoma, ni Gengis Kan, ni Pedro de Amiens reunieron tantos hombres como los que Hitler moviliza para la celebración del 1º de mayo. Su ambición lo exige así. Hitler es ambicioso, no porque trate de proporcionarse una sensación agradable, sino por una necesidad vital. Para que esa alma trastornada en la juventud pueda mantenerse en equilibrio, los sentimientos de inferioridad han de ser compensados continuamente con el reconocimiento y la confirmación por parte de las muchedumbres.

Por eso, no debemos preguntar: ¿lucha por su ambición o por su pueblo? Lucha por ganar a su pueblo para su ambición. Dotado de una extraordinaria fuerza sugestiva, Hitler forma a su pueblo a imagen y semejanza de sí mismo: inculca al pueblo sus propios conceptos —exagerados por su histerismo— de honor, de poder y de superioridad; inculca a "su" pueblo todos esos errores y prejuicios de hombre herido en su vanidad e insatisfecho. La reprobación en el colegio de Linz —la derrota en la guerra mundial; los años de miseria que pasó en Viena — la miseria del pueblo durante la época de la postguerra; la infructuosidad de su empeño en ser reconocido por los camaradas — los esfuerzos, no apreciados, del pueblo por el reconocimiento de parte de los demás pueblos europeos: estos son paralelos, aunque en la proporción de 1 por 60.000.000. El pueblo alemán derrotado en la guerra mundial, y el hombre Hitler que naufragó muy de mozo, van acordes en el deseo de crearse una ideología justificativa. Hitler dice: *Hubiera llegado a ser un buen arquitecto, pero por despecho no me presenté al examen;* y dice, también: *Nunca fuimos derrotados por la fuerza de nuestros adversarios, sino siempre por nuestros propios vicios y por los enemigos internos* ("Mi lucha", pág. 775). Pues bien, así habla quien, habiendo perdido el juego, tiene remordimientos de conciencia. Un hombre derrotado se une con un pueblo derrotado. La ambición de Hitler es la ambición del pueblo alemán.

LO PATOLOGICO

¿Es que Hitler padece de una enfermedad? Los dictámenes facultativos son escasos, ya que pocos médicos tenían la posibilidad de hacer un examen detenido del Führer.

Durante su arresto en Landsberg, Hitler fué examinado por el doctor Brinsteiner, que emitió el dictamen siguiente:

El examen del estado mental de Adolfo Hitler demuestra que éste no padece ninguna tara hereditaria, y que tampoco su educación ni su vida anterior han ejercido sobre él ninguna influencia nociva.

El "putsch" del 8 de noviembre de 1923, el cual muchos consideran una locura o desvarío, despertó la sospecha que Hitler, al prepararlo y realizarlo, hubiera obrado en un estado de trastorno mental. Pero conociendo los móviles y las explicaciones así como él mismo las da, uno llega a la conclusión de que Hitler era siempre dueño de sí mismo, obrando según su propia voluntad, y que no existe ningún síntoma de desequilibrio mental...

Extasiándose, Hitler está dominado por la idea de una gran Alemania unida...

Tiene el don de la palabra y profundos conocimientos en materia de política y, sobre todo, de historia... Debido a su personalidad fascinadora y a su talento oratorio sugestivo, Hitler ganó tanto a los individuos como a las masas y pudo hacer los preparativos para el "putsch" del 8 de noviembre. Tales procesos, que se producen a menudo con motivo de grandes acontecimientos (excitación de los espíritus en pro de una guerra), se originan normalmente en los ánimos de los individuos y de las masas. Sin embargo, ocurre con frecuencia que esas ideas y acciones, provocadas en parte por la sugestión y la autosugestión, no resisten el análisis crítico; lo que no quiere decir que siempre sean anormales...

El doctor Brinsteiner niega la predisposición, pero no la existencia de síntomas. Es evidente que Hitler fascinaba al doctor Brinsteiner. Aún siendo así, este médico encuentra en Hitler "ideas y acciones, provocadas en parte por la sugestión y la autosugestión", quiere decir: ideas y acciones contrarias a la lógica.

El profesor Max von Gruber, catedrático de la Universidad de Munich, depuso ante el tribunal (1923): *Fué la primera vez que observé de cerca a Hitler. La cara y la cabeza son de raza inferior, tipo mixto. Tiene la frente baja, la nariz fea, las quijadas abultadas, los ojos pequeños, y el cabello de color oscuro; no tiene la fisonomía de un hombre dominador, dueño de sí mismo, sino la de un individuo locamente excitado. En fin, la expresión de la vanidad satisfecha...*

Otros afirman que no se puede hablar de una enfermedad aguda. El señor Leybold, director de la prisión militar de Landsberg, dice en un informe:

Hitler se muestra amante del orden y de la disciplina... Es contentadizo, modesto y complaciente. No tiene pretensiones, es tranquilo y sensato, serio y absolutamente inagresivo; se esfuerza por conformarse con las restricciones que le son impuestas en aplicación de la pena. No fuma ni toma bebidas alcohólicas... Durante los diez meses, ha llegado a ser mucho más maduro y más tranquilo de lo que era... No cabe duda que Hitler es un hombre de vasto saber, y que tiene conceptos políticos propios, una energía extraordinaria y nobles pensamientos.

Para que se comprenda bien este dictamen, no tenemos

más que agregar que Hitler tenía el único deseo de ser puesto en libertad, y por eso se comportaba bien. Los que creen que Hitler es un histérico, no verán en esa estudiada conducta más que una confirmación de su parecer. Todos cuantos le observaban con criterio, notaban la falta de equilibrio: la transición, poco natural, de un estado de absoluto dominio sobre sí mismo a ataques de rabia, y viceversa; la estudiada postura de emperador ante las tropas — el estar medio dormido en las grandes fiestas; el paso convulsivo durante el desfile — el andar arrastrando los pies por el jardín de su casa. Y siempre esa transición, ese paso brusco de lo natural a lo artificial. Hitler puede llorar y reir cuando le guste; puede fingir conmoción, y "producir" accesos de rabia; puede acalorarse, y ponerse rígido. Aunque no le cuesta llorar en cualquier ocasión, dice, sonriendo, que durante años enteros no lloraba.

Ya hablamos de su comportamiento ante los tribunales.

Recordamos, también, que en Leipzig dejó plantado a Gregor Strasser.

En el curso de un pleito, el doctor Frank, defensor de Hitler, pidió al presidente del tribunal que suspendiese la vista por algunos minutos. Después de la pausa, Hitler no reapareció.

En la primavera de 1932, Hitler dictó una conferencia ante la Unión de los Industriales de Baviera. El ambiente no le era favorable. Al notar la hostilidad, Hitler se atascó, perdió el hilo y se calló, con la mirada clavada en la mesa. De pronto dió media vuelta y salió. Los industriales quedaron estupefactos. Pero volvió Rudolf Hess y se disculpó, muy confundido, con los señores: el señor Hitler no podía continuar la conferencia, ya que le esperaban para deliberar sobre un asunto muy urgente.

Un año más tarde, Hitler, ya canciller, tuvo que pronunciar un discurso ante la Federación Nacional de la Prensa Alemana. En el auditorio se encontraban algunos adversarios. Parece que la presencia de opositores confunde a Hitler. Empezó su discurso, perdió el hilo, se calló y salió sin decir palabra. Walther Frank se disculpó con los colegas: el señor canciller tenía que irse.

¡Amante del orden y de la disciplina!

Esto son más que contrastes: son mutaciones de la personalidad.

HITLER Y FÜHRER

El hombre Hitler —comparable a un médium en que obran los fenómenos magnéticos— ha creado a otro Hitler que se halla siempre latente en él, y al cual, en momentos de éxtasis, es capaz de despertar mediante un supremo acto volitivo. Este desdoblamiento de la personalidad es lo que hace tan difícil formarse un juicio sobre Hitler. Se podría distinguir entre "Hitler" y "Führer".

"Hitler" es el colegial de Linz, el "hijo mimado", el dibujante de tarjetas, el orador que alza un jarro de cerveza o que lleva una mesa por la tribuna; "Hitler" es el hombre que frecuenta los "cafés", que come de una vez media docena de merengues, que va al "Deutsches Theater" para ver al malabarista Rastelli, que va al cine dos veces al día, que se entusiasma por las películas hermosas, al tiempo que abraza a la señora que está a su lado — todo eso es "Hitler". Cuando, durante la campaña electoral contra Hindenburg, los subjefes estuvieron reunidos para tomar resoluciones decisivas, Hitler pasó las noches de la manera siguiente ("Diario íntimo", de Goebbels):

2 de febrero. Por la noche fuimos al cine; "Muchachas uniformadas" es una obra de arte. Discutimos hasta altas horas.

3 de febrero. Cuando uno ha trabajado de firme durante el día, le hace bien ir por la noche a un teatro o a un cine. Fuimos al cine: la Garbo nos conmovió... Durante sus horas de descanso, el Führer se ocupa de proyectos para la construcción de una nueva "Casa del Partido"; tiene, también, la intención de dar otro aspecto a la capital del Reich. Lo tiene todo proyectado.

4 de febrero. Fuimos al estudio de un conocido escultor. Luego hicimos una visita al profesor Troost; examinamos los modelos para la "Casa Parda". Es estupendo ver cómo el Führer se prepara, certero e imperturbable, para llegar al poder... Por la noche concurrimos a una representación de "El murciélago" en el "National - Theater".

Este aficionado al cine, a la música ligera y a las construcciones monumentales, es "Hitler".

Pero el joven que, con los ojos ardientes, contempla las manifestaciones de los obreros vieneses; que mira, desde la tribuna del Parlamento, cómo los diputados se dan de palos; el "tribuno" que en el "Buergerbraeukeller" dispara un tiro contra el techo; que, ante el Tribunal Supremo, dice: *Rodarán cabezas;* que sabe formular frases como ésta: *La tierra no ha sido creada para pueblos cobardes;* el canciller que es capaz de tener el brazo elevado durante cuatro horas, para pasar revista a la SA; que en 1933 dice a los socialistas: *No deseo la aprobación de ustedes; ¡Alemania será libre, pero no por ustedes!* — esto es el "Führer".

No se trata de un milagro, sino de un caso de escisión de la personalidad, síndrome conocido por los psiquiatras. Lo peculiar de nuestro caso consiste en que dicha escisión se obra por un acto volitivo: esto hace pensar en ciertos estados de histerismo.

"Hitler" es el hombre sensible, el "artista", el incomparable "barómetro que indica la atmósfera reinante en las masas", el husmeador de la situación política. "Hitler" es el pasivo "corcho de la revolución", el cual siempre marca la altura de la corriente; el hombre que casi nunca se resuelve por nada, sino que vacila hasta producirse una catástrofe; el que percibe el habla de las masas mudas, sin que éstas mismas lo sepan, y que se convierte en portavoz de las palabras que le susurra el alma del pueblo; el espantajo de las oficinas, el que abofetea al redactor; el canciller que, habiéndosele sometido para la firma una carpeta llena de documentos, saca el primero de éstos y habla acerca de él, hasta que el edecán viene a anunciar que el automóvil le está esperando a la puerta, a consecuencia de lo cual la carpeta queda relegada al olvido — todo esto es "Hitler".

Pero el hombre que, a las dos de la madrugada, sube de improviso a un avión y hace matar, inmediatamente después, a centenares de hombres, entre ellos su mejor amigo; el que, en la convención partidaria de Nuremberg, dice a una niña: *¡Nunca olvidarás este día!,* mirándola fijamente, hasta que a ella se le sueltan las lágrimas — esto es el "Führer".

Fué también el "Führer" el que, delante del mausoleo de los generales. dijo a los policías: *¡Rendíos!* Pero el que, después de las primeras descargas, subió al automóvil — este fué "Hitler".

El "Führer" es un hombre activo, enérgico, que no vacila en tomar una resolución; insensible a dolores propios y ajenos, perseverante hasta el fin, moderado en los placeres. Pero este "Führer" es un fenómeno pasajero, que desaparece al poco tiempo de haberse manifestado, y queda el hombre Adolfo Hitler. El

"Führer" es un perfecto producto de la fantasía del pueblo en la que vive "Adolfo Hitler" y para la cual él ha creado su imagen de tamaño sobrenatural. No se puede decir que la propaganda hermosee esa imagen; aquel hombre es, por algunas horas, un verdadero "héroe de crestomatía": cínico como Federico el Grande, brutal como Napoleón y benévolo como el emperador Francisco José.

Las cualidades del "Führer" no serían suficientes para asegurarle un gran éxito, ya que ellas son demasiado efímeras. Entonces empiezan a obrar las cualidades de "Hitler". Este sabe, gracias a su sensibilidad, mucho de las cosas humanas relativas a la política, pero a pesar de que sabe de ellas mucho más que muchos espíritus muy sutiles, no sabe sino lo que le es adecuado. Recordamos su método de leer libros: no lucha por el saber, sino que se deleita en él; él sabe, no las cosas necesarias, sino las agradables. Así que su visión del mundo es la de un cursi tertuliano, que tiene un concepto ingenuo, personalista, sobre las fuerzas vivas de la historia. "Hitler" conoce el mundo del hombre político, pero no el de las cosas. De vez en cuando obtiene éxitos asombrosos. Cuando, en la primavera de 1935, sus diplomáticos le suplicaron que dejara de provocar a Inglaterra, él pidió todavía más unidades navales, y tuvo razón. Los ingleses se dejaron embaucar y dieron su consentimiento.

A su facultad de percibir intuitivamente el mundo —la que es diferente del instinto (intuición es la percepción de una totalidad; instinto, la de una particularidad)— viene a agregarse otra concerniente al intelecto. "Hitler" es capaz de pensar según las reglas de la lógica, y de una premisa sabe sacar la conclusión. Cuando no parte de premisas equivocadas, logra hacer pronósticos asombrosos. Pero todas sus premisas, salvo las relativas a la política, son erróneas; además, no sabe atribuir su justo valor a los conceptos y a los juicios. Sabe deducir, pero no repara en las posibles contradicciones. Y si lo hace, se trata casi siempre de un razonamiento falso. "Hitler" tiene el don de la profecía, pero no los recursos mentales necesarios para la comprobación de sus visiones intuitivas.

Un gran profeta iluso.

¿Es que miente sin saberlo?

MISTERIOSA DUALIDAD

Se trata, en efecto, de dos personalidades distintas, que no responden una de otra; en términos claros: el señor Hitler es irresponsable de sus acciones. Pero Hitler es, no un hombre con quien otro, sensato, pueda llegar a una inteligencia, sino un fenómeno: o la gente lo aplasta, o es aplastada por él.

Todo eso no tiene nada de fantástico. Es un caso extraordinario de ese conocido "elevarse sobre sí mismo": una escisión de la conciencia de sí mismo, por la cual se rompen todas las relaciones intelectuales y éticas, y caen en olvido los deberes, las promesas y hasta las amistades. Es entonces cuando nuestro hombre hace un "putsch", olvidándose de la palabra de honor, rompe un pacto jurado ante el feldmariscal, y mata a su mejor amigo.

Este desdoblamiento de la personalidad tiene por efecto una tensión magnética: escuchando un buen discurso de Hitler, uno presencia la transformación de un hombre sin importancia en otro importante, de la materia prima "Hitler" en el "Führer", Las palabras le distienden, la capa exterior —el hombre "Hitler"— revienta, y asoma el "Führer". Un señor de bigote caricaturesco se transforma en arcángel, y frases triviales tienen los efectos de revelaciones sublimes. Esta "elevación" electriza al auditorio. Pero todo ello no es más que una ilusión óptica: el arcángel desaparece, e "Hitler" se deja caer en una silla, bañado en sudor, y con los ojos vidriosos. Le echan en cara su falta de palabra. Pero el "Führer" no es más que una promesa falaz, ya que sólo "Hitler" puede cumplir con ella.

Por este análisis crítico, no disminuímos el mérito de "Hitler". La creación del movimiento, esa amalgama de cursilería y heroísmo, es la obra personalísima de "Hitler"; "él" ha fascinado a la gente, y "él" ha llegado a ejercer el más poderoso (por mágico) gobierno que haya existido en Alemania. ¡Que no se crea que algunas personas inteligentes puedan gobernar a ese títere y terminen por coronarlo! ¿Es que todas las grandes obras no pueden ser realizadas sino mediante el intelecto? La facultad intelectiva no es la única potencia motriz. Ello no quiere decir que "Hitler" no sea inteligente; pero esa "materia prima" que es "Hitler", no entraña aún todas las características de aquella personalidad de la cual se desprende el "Führer". La suma de esa personalidad oscila entre sus dos

polos, y lo que caracteriza a "Hitler" es precisamente la escisión de su personalidad, la que hace de él un proteo que parece, ora muy inferior, ora muy superior a lo que es.

"Hitler" es hijo de la soledad, el "Führer" es hijo de las muchedumbres. Estas sienten que aquel hombre es un pedazo de sus entrañas, una concentración y personificación de sus propias fuerzas, y esta es la razón por la que le tienen tanto apego. Esas masas son el pueblo alemán, empobrecido, derrotado, y que no tiene para vivir ni para morir; ese pueblo, que al principio del siglo actual había sido casi el más alegre de todos los pueblos del mundo, estaba desconcertado, sin conciencia de sí mismo, abatido por sentimientos de inferioridad. Ese pueblo agobiado ve cómo de un igual suyo, cómo de sus propias entrañas nace el "Führer"; el pueblo observa ese proceso consolador en todas las reuniones, observa durante catorce años la subida del "Führer". Este hombre, hijo del pueblo mismo, llega a ser hijo mimado y ejemplo luminoso; las muchedumbres desesperadas adoran a su Führer tan fervorosamente como nunca adorarían a ningún príncipe o general. Un pueblo equilibrado, satisfecho y consciente de su valor, hubiera preferido una figura normal, menos brillante. En otras épocas, Hitler habría sido, tal vez, fundador de sectas, o hipnotizador, o alquimista; sólo la desmoralización general le permitió erigirse en dominador. Si la desmoralización continúa, ese dominio desaparecerá en medio del caos; pero si el pueblo se recobra, aquel dominio se desprenderá como la costra de una llaga.

De todos modos, será de poca duración.

LA MASCARA

No existen retratos de Hitler. Ninguna fotografía reproduce ese doble ser, que siempre oscila entre sus dos polos. Lo que existe son instantáneas de la "materia prima Hitler". Este no es nunca él mismo, sino que a cada momento es otra mentira de sí mismo; por eso, todos los retratos son falsos. La película no es sensible sino a la apariencia, y ésta es una envoltura de poco valor. El rostro es un fondo inexpresivo que está cubierto con una máscara hecha sin arte. No se puede negar que las partes más expresivas de la máscara son el mechón y el bigote cerdoso. La mirada fascinadora, tan ensalzada por los admiradores, es descrita por observadores críticos como punzante, falta de ese no sé qué de encanto que hace fascinadora una mirada; esos ojos no cautivan, antes bien, ahuyentan. Tiene los labios

finos, la frente baja y la nariz fea. Aquel rostro falto de expresión parece como a propósito para el continuo cambio de expresión de Hitler. Las partes peludas limitan las posibilidades de expresión, y extienden como un velo de severidad sobre el fondo siempre agitado. Puede decirse que el bigote es el Führer.

Es probable que los retratos de los grandes hombres de la historia no estén hechos con mucha propiedad. Napoleón no se pareció a Napoleón; ni Goethe, a Goethe; sólo los pintores conceptuaron su deber pintar en los rostros a "Fausto" o "la batalla de Austerlitz". Pero lo que les hace falta a esas cabezas pintadas y lo que los "modelos" poseían (según consta en documentos y otros dibujos de la época), es lo personal, lo singular, que tal vez no sea hermoso, pero es original. Hitler carece precisamente de originalidad. El rostro no es un sello que la naturaleza le impusiera al hombre imborrablemente, una vez para siempre; cada individuo da a su rostro cierta expresión, tanto desde dentro —por medio de las fuerzas antagónicas del alma y del intelecto—, como por fuera, mediante la disposición del cabello, la barba y ejercicios ejecutados delante del espejo. Pues bien; ¿de qué tipo de cara hizo Adolfo Hitler qué otro tipo de cara? Transformó una cara de calmuco —con las quijadas grandes y abultadas, y los ojos oblicuos— en modelo de "hombre hermoso". Se podría disputar el éxito o fracaso de su empeño. En un principio, partía los cabellos casi en el medio y los peinaba hacia atrás; más tarde, "inventó" el afectado mechón. En todo ello se nota su afán por tener una cara "normal", como la tiene el hombre adocenado; nada de "bohemio", nada de "individual". Hitler es un hombre que no gusta de su apariencia natural, sino que desea disimularla. La "normalidad" de Hitler es una máscara.

En cuanto al vestir, sigue el mismo principio. En los comienzos de su carrera vestía como un señor recortado de una revista de modas; primero modesto, luego elegante, pero siempre muy "normal". No habla en favor de un hombre el que su traje prevalezca sobre la figura y el rostro. Lo que, sobre todo durante los primeros años, llamaba la atención en Hitler eran el cuello blando correcto, la corbata correcta, el saco correcto con dos hileras de botones, el sobretodo correcto de color pardo, y los pantalones correctos; la primera impresión que se tenía de él era siempre la de un señor correcto, sin importancia alguna. La única "nota" era un bastón, que, más tarde, cambió por un látigo de piel de hipopótamo; este látigo

le servía de arma. Durante cierto período, los señores de su ambiente se escandalizaron de que él usara el chaqué con zapatos marrones. Más tarde, vestía con mucha frecuencia el uniforme nazi, pero siempre vestía el uniforme del hombre "desconocido", lo mismo que el traje del burgués "desconocido". La propaganda llama a eso sencillez; en realidad, Hitler tiene miedo de ponerse en ridículo al vestir según su gusto personal.

LE STYLE C'EST L'HOMME

La falta de originalidad se manifiesta también en su relación con el arte. Existen algunos productos suyos que son conocidísimos. Los dibujos y las pinturas a la acuarela de la época de Viena y de la guerra, no merecen más que quedar relegados al olvido. Pero una de las obras de arte de mayor difusión en el mundo, es el distintivo del NSDAP, esbozado por Hitler. Este distintivo, destinado a destacar la cruz gamada, es una mala combinación de colores; no es un símbolo, sino un pedazo de lata. La bandera del partido está hecha sin las debidas proporciones, y la más absurda ocurrencia de Hitler fué la de poner de punta la cruz gamada, de modo que ésta da la impresión de estar bailoteando. En cuanto al estandarte de la SA, el que también es una obra del artista Hitler, puede decirse que una hilera de tales estandartes no deja de causar cierta impresión. Pero no podría decirse la razón por la que ese estandarte lleva por encima un embutido dorado de forma circular, dentro del cual figura otra cruz gamada, y que está coronado por un ave con las alas abiertas. Esto es un secreto del artista Hitler, que parece que no sabe imaginar sino los ornamentos más corrientes, en las combinaciones más usadas, y eso que nunca acierta a ponerlos en su debido lugar. Es evidente que pensaba en insignias romanas y napoleónicas. Parece que tiene cierta afición al estilo romano, como lo demuestra tambien la cabecera del *Voelkischer Beobachter*.

Todos sus planes arquitectónicos y todas sus construcciones ejecutadas denotan cierta megalomanía. El "embellecimiento" de la plaza Koenig, en Munich, mediante la construcción de palacios del partido de estilo clasicista —idea sugerida por Ernst Hanfstaengl—, amenaza estropear los más hermosos monumentos de la época de los helenófilos; el "Palacio del Arte", cerca del "Jardín Inglés", ahuyenta, por su suntuosidad, el encanto de los siglos. "El" terminará lo que los reyes de la Casa

Wittelsbach no terminaron, y lo que, durante un siglo entero, nadie quiso retocar, por respeto, por economía y por no destruir cosas que no se repiten en el curso de la historia. Las construcciones en Nuremberg, destinadas para la celebración del congreso anual del partido, son una revelación política: ahí se ve con toda claridad que las muchedumbres no son más que figurantes; el punto dominante, en el sentido estricto de la palabra, es la tribuna del Führer. Parece que la arquitectura "dominante" es el fuerte de Hitler. En este campo, brindó a Alemania una novedad: las autovías para aficionados militares y civiles, las que, teniendo veintitrés metros de ancho, dominan el paisaje por sus terraplenes y puentes. Estas autovías, desacertadas desde el punto de vista económico, son cuadros impresionantes; esto es lo mejor que de ellas puede decirse.

El más triste ejemplo de su "sentido artístico" es su estilo: se esfuerza por escribir un estilo lapidario, y cae, precisamente, en la mediocridad. El alemán que él escribe, no es simplemente malo, sino que es malo en un doble sentido. No debemos escribir así como hablamos, porque en tal caso resulta en el papel una combinación de despropósitos; antes bien, debemos escribir así como hablamos cuando ponemos atención en lo que decimos. Pues bien: nadie, ni el mismo Adolfo Hitler, habló jamás así como escribe. Léase en alta voz: *Si a uno le parece que sería posible capacitar —mediante amplios poderes constitucionales concedidos con arreglo a resoluciones democráticas— a unos hombres, para que labrasen nuevamente los destinos de los pueblos, aquél evidencia que él mismo, aún sin saberlo, ya está corroído por la ponzoña de la democracia, y, asimismo, por miedo a la fuerza de la personalidad, fomenta, antes bien, el significado del cargo.*

Es muy parlanchín, pero siempre teme sacar un despropósito. Expresiones como "ánsares parlamentarios", "caballeros del tintero" o "Sigfridos descornados", no suenan mal; pero en esos "¡por Dios!" o "¿si, al fin, no...?", se manifiesta ya un hombre que, si bien sincero, duda él mismo de lo que dice. Y de pronto, sin motivo alguno, recurre a arcaísmos para aparentar un estilo lapidario. En resumen: el lenguaje de Hitler es a menudo incomprensible, disimula los verdaderos pensamientos (aun a pesar del autor), aparenta una profundidad que no tiene, y surte un efecto que el autor a veces no quería producir.

Hitler tiene poca confianza en los modismos corrientes; no

le gusta llamar a las cosas por sus nombres. Prefiere repetir las palabras, expresar un mismo pensamiento por dos palabras que tienen una misma acepción. En las primeras páginas de "Mi lucha" leemos una frase que habría de empezar por la palabra "no"; Hitler, aunque nadie le contradice, escribe: ¡no, no...! Otro ejemplo: *Asimismo, las tropas habían de estar compenetradas de pensamientos y sentimientos nacionalistas y patrióticos... Cada pensamiento y cada idea, cada doctrina y cada enseñanza han de contribuir a ese fin... Tenemos que estar convencidos del valor y de la sincera lealtad de la comunidad del pueblo.* Hitler no atribuye gran valor a las palabras, y por eso las derrocha. Parece darse cuenta de que no acierta siempre con la palabra justa; por ello, ofrece algunas expresiones a elección del lector. En el fondo, Hitler no cree en sus propias palabras.

SUS INTERESES ESPIRITUALES

Conviene tener siempre muy presente que su gravedad no es más que una máscara, y que, en realidad, es un hombre desenfrenado. Por la mañana le cuesta mucho levantarse, y nunca tiene ganas de acostarse por la noche.

El secretario de Estado, Funk, intentó hacer creer al público que, *día por día, casi hora por hora, Adolfo Hitler hacía supremos esfuerzos para consagrar a la revolución alemana lo mejor de sus fuerzas anímicas e intelectuales.* Sin embargo, mencionó que *el más gentil de los coetáneos* no comenzaba a trabajar hasta las diez de la mañana. Su primer trabajo consiste en escuchar los informes de los secretarios de Estado, Lammers y Funk. Estos anuncian las visitas, leen la correspondencia que pueda interesar al Führer, e informan sobre las noticias publicadas en los diarios. *Si el tiempo lo permite, se discute sobre las conferencias fijadas para el día o sobre problemas políticos y económicos.* ¡Los famosos monólogos de Adolfo Hitler, y las correcciones que, con mucha delicadeza, hace el maestro Funk! Luego empiezan las visitas. A las dos se sirve el almuerzo. Cuando Hitler está en Berlín, el doctor Goebbels y Rudolf Hess concurren casi todos los días a almorzar con él, y, desde luego, no faltan los señores que siempre rodean al Führer: Otto Dietrich y Ernst Hanfstaengl, llamados "Hugin" y "Munin", con los nombres de los dos cuervos que, posando en los hombros de Wotan, le susurran a éste la sabiduría; vienen a agregarse el edecán Brueckner y el "guardia de corps" Schaub. Ocurre que en el almuerzo se reúnen unas veinte personas. Goering no asiste casi nunca.

Cuando Hitler no está de viaje, tiene conferencias también durante las tardes. Muy raras veces se reúne el consejo de ministros con la presidencia del canciller; éste no asiste a las reuniones de los distintos comités ejecutivos. Hitler prefiere las llamadas "conferencias con el jefe", es decir: la formación de grupos dentro del gabinete; con tal propósito, conferencia particularmente, ora con éste, ora con aquél de sus colaboradores. Pasado uno de esos días, Goebbels apunta, por ejemplo: *Era ya muy tarde, cuando el Führer vino a vernos. Hicimos música; después discutimos hasta altas horas. Uno casi no llega a comprender de dónde el Führer tiene aquellos profundos conocimientos especiales en casi todas las materias.* Funk, en cambio, encuentra a su Führer leyendo casi siempre escritos y libros de historia y de política.

¿Qué clase de libros? Había quien intentaba poner en ridículo a Hitler, porque éste leía novelas de Karl May. Cierto que Hitler tiene una seudoerudición. Pero, ¡si también los grandes trabajadores espirituales se divierten con novelas policíacas! Otros libros favoritos de Hitler son los escritos políticos de Ricardo Wágner, los que, por su estilo ampuloso, son muy difíciles de digerir.

Puede decirse que Hitler es como un esclavo espiritual de Ricardo Wágner, y esto es muy interesante. Considerado como hombre, Ricardo Wágner era un camaleón: primero, revolucionario; luego, rastrero; emigró a Francia, cuya hospitalidad y protección disfrutaba, y después se burló, ostentando una increíble falta de delicadeza, de la República Francesa, que se defendió con valor; lisonjeó a Meyerbeer, y escribió luego libelos en que difamaba a los judíos. Todo eso no sería censurable, si se tratara de un cambio de opinión fundado en nuevos, profundos conocimientos. Pero, ¡léanse sus libros de crítica y de política! Por encima de todo está siempre el "yo"; toda la vida intelectual, las artes y la política no se consideran sino con relación a la propia personalidad; en todo ello se manifiesta el egoísmo, la manía de criticar y la capacidad comercial de Ricardo Wágner. Es también un fanático, convencido de que sería una verdadera suerte para el pueblo alemán que él, Wágner, lo hiciera su esclavo espiritual; no cuida sino de sus intereses, y se cree un misionero. En general, la gente ensalza aquello que no son ni tienen. Ese hombre, en quien el ingenio está ín-

timamente ligado con la astucia, creó un mundo ficticio donde —con obvia alusión a problemas políticos— siempre vuelve a contraponer lo noble a lo innoble, la luz a las tinieblas, la raza dominadora a la dominada, pero intrigante. Este es el mundo de Hitler: el maldito oro representa la servidumbre impuesta por el interés; el enano Alberich, la fuerza de las razas inferiores, esto es: a los judíos; Sigfrido y Hagen, la discordia de la nación; y Wotan, el genio trágico de la raza germana. En todo ello habla un gran artista, pero habla con mucha falsía. El *leit-motiv* de la obra artística de Ricardo Wágner es la lucha del individuo codicioso del poder. Esas esferas atraen a Hitler, irresistiblemente. Goebbels dice que el Führer ha asistido a más de cien representaciones de "Los maestros cantores de Nuremberg", que es —dicho sea de paso— la más ligera de las óperas de Wágner.

En una tertulia, Hitler preguntó: *¿Leísteis las memorias de Trotski?* Se le contestó: *Sí, es un libro horrible, algo como las memorias de Satanás.* A eso Hitler repuso: *¿Horrible? ¡Excelentísimo! ¡Qué espíritu! Aprendí mucho de él.*

Hitler leyó con sumo interés "La decadencia de Occidente", de Oswald Spengler, y concluyó por negar el valor de la obra. El no pretende ser un "César" como lo pinta Spengler. Spengler desdeña a las muchedumbres; Hitler se burla de la "mayoría de estupidez, cobardía y pedantería". El Führer, hijo de las masas, nunca permitirá que desprecie a las masas quien no sepa dominarlas. Durante muchos años, Oswald Spengler estaba en relaciones con Gregor Strasser, y puede ser que alentara en la mente de éste la idea de una misión cesárea. En el verano de 1933, después del advenimiento al poder, Hitler se entrevistó con Spengler en Bayreuth; los dos conversaron dos horas, cara a cara.

Spengler quedó sumamente desilusionado. El resultado de esa entrevista fueron ciertas frases que Spengler incluyó en la introducción a su libro "Años decisivos":

Se observa con frecuencia que el que actúa no ve sino lo cercano. El que actúa es empujado sin conocer el verdadero objetivo. Tal vez se resistiría, si lo vislumbrara; porque la lógica del destino nunca accedió a los deseos del hombre. Pero con más frecuencia va descaminado, ya que se ha formado un concepto equivocado de las cosas, en torno y dentro de sí mismo... Esa subida al poder se realizó en medio de un torbellino de fuerza y de debilidad. Me parece inoportuno celebrar aquel acontecimiento todos los días, y de manera tan ruidosa. Haríamos mejor en aplazar las fiestas para un día en que obtengamos éxitos reales y decisivos, esto es: los relativos a la política exterior. No hay otros. Cuando se obtengan tales éxitos, los hombres que en el respectivo momento dieron el primer paso, tal vez ya habrán muerto, olvidados y difamados, hasta que la posteridad se acuerde de su obra importante. La historia no es sentimental: ¡ay de quien se juzgue a sí mismo de una manera sentimental!

Parece que "el más genial de todos los alemanes" tiene poca suerte con los observadores perspicaces.

INCLINACIONES Y COSTUMBRES

Spengler llama a Hitler un hombre "que actúa", pero parece haber notado que Hitler es más bien un soñador, que es empujado y que entonces se precipita. El Führer es un hombre que toma sus resoluciones, no a la luz del día, sino a altas horas de la noche, cuando —según Goebbels— dicta sus memorias hasta el amanecer, acostándose —según Funk— al rayar el alba. Durante semanas y meses enteros reflexiona, inquieto, sobre algún proyecto, sin decir nada a nadie; algún día, el mundo queda sorprendido por una "rápida decisión". El doctor Robert Ley, uno de los más incondicionales admiradores de Hitler, contó en cierta ocasión:

Voy a darles a ustedes un ejemplo de la sobresaliente genialidad de nuestro Führer. En mayo de 1933, habíamos pasado un día entero deliberando, junto con los dirigentes del Frente del Trabajo, sobre la proyectada introducción del sistema corporativo. Al declinar la tarde, vino el Führer y nos preguntó si habíamos adelantado con el trabajo. Yo le contesté: —¡Mi Führer, tengo que decirle que el problema es muy difícil! El Führer dijo, sonriendo: —Me lo imaginaba; pues bien, ahora os explicaré el asunto así cómo yo me lo figuro. El Führer nos dictó una conferencia que duró una hora, y resolvió todos los problemas de una manera genial. Cuando hubo terminado, dije: —Mi Führer, aquí estamos reunidos muchos hombres que durante años enteros nos dedicábamos al estudio de todos aquellos problemas; es asombroso que usted, no siendo experto, supiera resolver un problema cuya solución nosotros no hallamos. Otra vez sonrió el Führer, y nos contestó: —Durante los años de lucha, pasé muchas noches en vela, reflexionando sobre aquel problema: yo sabía que tendríamos que resolverlo sin tardar.

He aquí el resultado de esas reflexiones: no tardaron en prescindir de la introducción del sistema corporativo, destruyeron los sindicatos y nombraron "fideicomisarios del trabajo".

Sin embargo, aquel hombre soñador que siempre vacila, no carece de viveza. Al contrario; ver, ver nuevas cosas y divertirse, es para él una necesidad. Es muy aficionado al automovilismo y al cinematógrafo: los ojos tienen que ser satisfechos. No se dedica a ninguna clase de deporte. Su estado físico le impone ciertas restricciones. No fuma; se lo prohibe la afección del aparato respiratorio (afección pulmonar en la juventud, intoxicación por los gases durante la guerra). El hambre que sufrió en Viena, y la intoxicación por los gases debilitaron el estómago; en 1928, tuvo una enfermedad del estómago; no come carne poco digerible, pero no es vegetariano. Le gustan los dulces, en especial los platos de dulces vieneses que sabe hacer su hermanastra Angela. Hasta el año 1923, tomó bebidas alcohólicas. Aunque, a partir de aquel año, él mismo no las toma, combatió en 1928 un proyecto de ley relativo a la supresión del abuso de bebidas alcohólicas; dijo que "con la prohibición no se beneficiarían sino los judíos"; pero el verdadero motivo fué el de que si hubiera abogado por la ley seca, habría perdido las simpatías del pueblo. Sin cerveza, no pudo triunfar en las asambleas de Munich.

Esa sed de ver siempre nuevas cosas, y ese afán por divertirse son casi patológicos. Antes del advenimiento al poder, ocurría con frecuencia que iba al cine dos o tres veces al día; después, las películas fueron exhibidas en la cancillería. De fuente fidedigna se sabe que no se trata de películas pornográficas; y puede agregarse que ello sería poco probable. Durante cierto período, Hitler tuvo en mucho al actor cómico Félix Bressart; dijo: *¡Lástima que Bressart sea judío!*

Leyendo atentamente los diarios, los alemanes podían enterarse del ingenio con que el canciller sabía huir del trabajo. Día tras día iba a inspeccionar las obras de construcción de las autovías, inauguraba "escuelas para jefes", visitaba campamentos de la Juventud Hitlerista, y casi siempre concluía por volar a Berchtesgaden. Para que todo ello no llegara al conocimiento del público, el representante del Führer, Rudolf Hess, prohibió la publicación de informes sobre el paradero del Führer; a partir de entonces, no se publicaron sino los informes oficiales de la cancillería. Esta fué trasladada a Bad Reichenhall, donde se construyó una nueva cancillería; el aeródromo privado

del Führer se encuentra en Ainring, población vecina. No le gusta estar en Berlín; él obliga al gobierno a reunirse junto al monte Obersalz.

Su modo de vivir y de trabajar desvirtúa la leyenda de la sencillez y de la modestía del Führer. ¿No asiste a los grandes banquetes? El se dispensa a sí mismo de esas obligaciones molestas, que exasperaban a Stresemann y que contribuyeron a su muerte prematura. ¿Renuncia a su sueldo? Hasta la subida al poder, Hitler estuvo interesado en todos los periódicos nacionalsocialistas; desde que él ejerce el gobierno, dos millones de ejemplares del libro "Mi lucha" han sido difundidos entre el pueblo, a 7.20 marcos el ejemplar. ¿No vive en un castillo? Porque está más a su gusto en una casa de campo de dimensiones reducidas. ¿No toma bebidas alcohólicas?; ¿no come carne poco digerible?; ¿no fuma? Porque todo ello es perjudicial a su salud. El día que cumplió los cuarenta y cinco años de edad, huyó de todos los agasajos ruidosos e hizo una excursión, seguido de "sólo" cinco automóviles; el *Observador Ilustrado* publicó dos páginas enteras de fotografías tomadas durante esa excursión. No se puede llamar "hombre sin pretensiones" al que siempre piensa en satisfacer sus deseos. Ocurre que el Führer suspende de improviso una sesión para ir al teatro, donde, desde un palco escondido, y arrellanado en una butaca, se divierte con alguna opereta. Está bien; pero es ridícula la afirmación de que su modestia le impida ponerse el frac y presentarse al público desde el palco oficial.

El mozo a quien *causaba náuseas la idea de tener que permanecer sentado todo el día en una oficina, y de no poder disponer libremente de mi tiempo*, aquel mozo ha llegado a donde raras veces llegó alma viviente. "Cuando sea adulto, haré todo el día lo que se me antoje": Adolfo Hitler ha realizado el deseo que tenía desde joven.

LA SUBIDA

Sin embargo, ese hombre trastornado, desconfiado de sí mismo, y que no sabe sobreponerse a sí mismo, ha realizado una obra titánica. Adolfo Hitler subyugó al pueblo alemán y está ejerciendo el poder: esto es el medio más eficaz para disipar todas las dudas. Oswald Spengler dijo que ello no constituye un éxito real; pero midiendo con tal medida, Spengler se equivoca en la apreciación del hombre Hitler. Este persigue un solo fin: no quiere más que elevarse a sí mismo. Ya en la trin-

chera se dió cuenta de que sabía algo que los demás no sabían. En aquel entonces tuvo la vaga idea de que un hombre como él estaría destinado a ofrecer el pueblo alemán al "emperador de Alemania". Esta idea ya abarca las más altas aspiraciones. En 1921 conoció a Ludendorff. Entró en contacto con la *Reichswehr;* sabía, desde un principio, que ella tenía la fuerza "real"; él no tenía más que inducirla a que se valiese de su fuerza. Inmediatamente después de la revolución, nació en la burguesía la idea de la dictadura; Ludendorff, dictador durante la guerra, pareció llamado a erigirse en dictador de Alemania. Al mismo tiempo, surgió la idea de una dictadura ejercida por un partido: Lenin y Trotski habían dado el ejemplo. Hitler dijo a Ludendorff que no deseaba gobernar él mismo: no quería más que ser el "tambor"; tenía para sí que un tambor puede ser mucho más fuerte que un general. Una vez, cuando había sido condenado a prisión por haber intervenido en una riña, Hitler dijo que hacía dos mil años que el populacho de Jerusalén condujo a otro al lugar del suplicio, lo mismo que ahora le conducían a él. Pero dijo al biógrafo Schott: *Todos nos parecemos lejanamente a San Juan. Yo estoy esperando a Cristo.*

En noviembre de 1922 dió el paso decisivo. En octubre de aquel año, Mussolini, redactor y jefe de un cuerpo franco, se erigió en dictador de Italia. El acontecimiento causó sensación en la burguesía alemana. Mussolini dió el ejemplo. Ya en noviembre, Hermann Esser dijo en el circo Krone: *No tenemos que buscar a un Mussolini alemán; le conocemos: se llama Adolfo Hitler.*

LA VOZ INTERIOR

Si fuera posible apelar a la conciencia de Adolfo Hitler y preguntarle quién le mandó subir esa ardua senda, él contestaría, sin vacilar: el Todopoderoso. Hitler cree en lo divino, pero, por supuesto, no en el Dios de la Iglesia. No asiste a oficios divinos. Al contrario; fomenta el neopaganismo, apoya la doctrina de Rosenberg, y permite que se ataque a la Iglesia. Condenó la conducta de los hombres que suscitaron dentro del partido disputas sobre problemas relativos a la religión; declaró francamente que no tenía vocación para reformas religiosas. Pero él mismo no puede conformarse con la fe en la Iglesia Católica. Durante la guerra comulgó, pero cuando canciller, no asistió a los oficios divinos que se celebraron con

motivo de la sesión inaugural del Reichstag. Puede ser que el neopaganismo no esté en perfecta armonía con las máximas políticas de Hitler, pero sí responde a su sentir. Tiene una opinión muy personal sobre las cosas del más allá; cree que sus pasos son dirigidos por el destino. Pidió a algunos de sus mejores amigos que calculasen su horóscopo; cuando, en septiembre de 1932, polemizó contra Hindenburg, dijo en público: *Mi gran adversario, el presidente del Reich, von Hindenburg, tiene ochenta y cinco años. Yo tengo cuarenta y dos, y estoy bien de salud. No me pasará ninguna desgracia, porque siento que la Providencia me predestinó para grandes tareas. Cuando yo tenga ochenta y cinco años, el señor von Hindenburg habrá muerto hará ya mucho tiempo.*

Estando en compañía de algunos amigos íntimos, Hitler contó dos episodios que le parecían demostrar que él está protegido por fuerzas sobrenaturales:

En una ciudad de la Alemania central, donde iba a pronunciar un discurso, sus enemigos políticos se habían reunido con el propósito de atentar contra su vida. Hitler llegó en coche y fué conducido, debido a una equivocación, a un barrio ocupado por la muchedumbre enemiga. El coche se acercó a un puente delante del cual se agolpaban sus contrarios. Ya no pudo volver atrás, ante los ojos de todos. En este último trance, Hitler vió que la muchedumbre se abalanzó sobre un individuo que se parecía un poco a él. La gente tomó a aquél por Hitler, le arrastraron hacia el pretil y le tiraron al agua. En la confusión, Hitler logró escapar.

Relatamos el episodio, así como un testigo fidedigno lo oyó de los propios labios de Hitler. Este le contó al mismo testigo: *Estaba comiendo junto con algunos camaradas. De repente, la voz interior me dijo: "¡Levántate y ve a sentarte allí!". Obedecí; el sitio indicado distaba unos veinte metros. No bien hube llegado allá, cuando una granada estalló en medio de mis camaradas; nadie escapó.*

* * *

Un hombre dominado por sus instintos cree en la Providencia y en voces misteriosas. Un hombre inconsecuente se ufana de una lógica formal. Un hombre poco formal se engaña a sí mismo y a todo el mundo, aparentando una lealtad sobrehumana.

Hitler se parece a un rey negro que se hizo retratar por un europeo: esperaba que lo pintase de hombre blanco.

CAPITULO XVIII

HITLER Y LAS MUJERES

LA MISTERIOSA VIDA SEXUAL

El hecho de que los amigos íntimos de Adolfo Hitler fuesen homosexuales, despertó la sospecha que lo fuese él también. Había quienes sabían de relaciones muy amistosas que Hitler mantenía con un tal Schiller, joven que vivía en Berlín; Schiller habría depositado en Suiza cartas escritas por Hitler. Podemos afirmar que la supuesta inversión sexual de Hitler no es más que una combinación que contrasta con los hechos más evidentes. Hasta hace pocos años, a nadie se le habría ocurrido tener a Hitler por homosexual; sólo al trascender al público la vida escandalosa de Roehm, se sospechó de Hitler, que mantenía ciertas relaciones con aquél. La sospecha se fundaba en el hecho de que los dos se tuteaban; pero parece que para este hecho hay una explicación mucho más sencilla: los dos eran amigos desde los primeros comienzos del movimiento, y en aquel entonces Adolfo Hitler se tuteaba con todos los compañeros.

Recordemos que, en los comienzos del nazismo, la oposición en el partido le reprochaba a Hitler el "trato harto frecuente con mujeres". Recordemos, también, la carta de Gottfried Feder, en la que se le concedía a Hitler el derecho a descansar "rodeado de mujeres hermosas".

Leybold, director de la prisión de Landsberg, escribe en uno de sus informes: *Las mujeres le dejan muy frío.* Se relata que, de mozo, tuvo una vez un acceso de rabia al ver que un compañero pellizcó en la pantorrilla a la moza que les servía la cerveza.

Hitler le contó a Hanisch un episodio de su juventud. Cuando vivía aún en Spital, se interesaba por una criada joven que se mostraba muy complaciente para con él. Una vez la sorprendió en el establo, donde ella estaba ordeñando. Por poco

no sucedió algo. Pero, en el último momento, tuvo escrúpulos y se desprendió de los brazos de ella, volcando el ordeñadero. La moza quedó muy afligida. Hanisch dice que hay que reconocer que Hitler se portó bien.

Cuando la gente joven habla de mujeres, Hitler les echa sermones llenos de sabiduría y de autodisciplina. Si uno es atrevido, puede conquistar a cualquier mujer: el sombrero echado atrás, para que la cara quede descubierta, y ¡adelante! Da a entender que esas conquistas fáciles no tienen para él ningún atractivo, y que por lo que se conoce al hombre es por el dominio sobre sí mismo; el hombre espiritual, perfecto, debe renunciar al amor sexual. A Hanisch le parece que aquel "dominio sobre sí mismo" es debido a la situación precaria de Hitler: no tiene medios para vestir bien, sufre hambre y está muy debilitado.

Debemos cuidarnos de ver en todo ello síntomas de un estado psicopatológico. Porque es un hecho, si bien denegado oficialmente, que Hitler es padre.

HITLER NO ES SINCERO

Un capítulo poco conocido de "Mi lucha" trata del problema sexual. Es curioso que Hitler hable primero de la sífilis; pasa luego a lamentar la "prostitución del alma del pueblo", y termina exigiendo la esterilización de los individuos afectados de enfermedades incurables. El capítulo contiene muchas y buenas ideas. Pero lo que llama la atención son la sobreexcitación y la unilateralidad con que el autor pone el dedo en las llagas y estigmatiza la inmoralidad.

Hitler llama la prostitución "la vergüenza de la humanidad", y exige que la gente joven se case cuando haya llegado a la edad en que es apta para contraer matrimonio. ¡Perfectamente! ¿Por qué no se casa él? Exige que los jóvenes "se esfuercen por hacerse resistentes" mediante el deporte y los ejercicios físicos, puesto que un joven fortalecido de esa manera está menos sujeto a la necesidad de procurarse goces sensuales que otro muy casero a quien no dan sino una enseñanza espiritual. ¡Perfectamente! ¿Por qué no cultiva él ninguna clase de deporte? Arremete contra los programas "de nuestros cinematógrafos, cabarets y teatros"; en ellos reina "un ambiente de sensualidad" como en un "invernáculo de imágenes y estímulos sexuales". ¡Perfectamente! ¿Por qué frecuenta él

tanto los cinematógrafos y los cabarets? En aquel capítulo, Hitler demuestra su poca sinceridad.

Es extraña la rabia con que declara que la lucha antisifilítica es "la" tarea de la nación. *Debían emplear todos los medios de la propaganda para demostrar al pueblo que la lucha antisifilítica es, no "una" tarea, sino "la" tarea. Con tal fin, debían inculcar a la gente los horribles estragos causados por aquélla, debían repetírselo valiéndose de todos los medios, hasta que la nación entera estuviera convencida de que todo, el porvenir o la ruina, depende de la solución del problema.*

La nación entera convertida en un hospital espiritual para sifilíticos: es evidente que estas son fantasías de un hombre sobreexcitado. No puede ni quiere imaginarse el daño moral que causaría aquel tratamiento.

Un poco más adelante, se refiere, según parece, a hechos positivos. Se compadece del individuo que *con harta frecuencia, y precisamente después de haber tomado gran cantidad de bebidas alcohólicas, cae víctima de esa peste, porque su estado no le permite apreciar las "cualidades" de su amiga, y porque la prostituta, casi siempre enferma, conoce el estado de su víctima... Al fin, el hombre experimenta una sorpresa desagradable; en balde trata de acordarse de su bienhechora compasiva; nunca jamás la recordará, lo cual es muy natural en una ciudad como Berlín o aún en Munich. Por lo demás, se trata muy a menudo de provincianos...*

AMORES DESGRACIADOS

Todos sus amores tienen un final muy singular.

En 1923 todo el partido creía que Jenny Haug era la novia de Hitler. El hermano de ella conducía el coche de Hitler. Cuando éste empezó a divertirse en compañía de Hermann Esser y de Ernst Hanfstaengl, Jenny se tuvo por abandonada; tenía celos a la esposa de Esser. Hitler le dijo que eran quimeras, y nada más. Parece que también el hermano se ofendió. Después del "putsch" de 1923, Roehm le escribió al hermano desde la prisión, advirtiéndole que siguiese leal para con Hitler, ocurriese lo que ocurriera.

Sin embargo, a partir de la reconstitución del partido, Haug ya no condujo el coche de Hitler, y desapareció junto con su hermana Jenny.

Más o menos al mismo tiempo, Hitler se enamoró de Erna

Hanfstaengl, hermana de Ernst Hanfstaengl. Erna Hanfstaengl, niña de la sociedad de Munich, es de alta estatura, orgullosa, reservada, y tenía a la sazón muchos pretendientes. Parece que el amor de Hitler no fué correspondido. Erna Hanfstaengl se decidió por el cirujano Sauerbruch. Con ello asestó a Hitler una puñalada en el corazón. Empezó a correr la voz de que el Führer de los nacionalsocialistas se había comprometido con una señorita entre cuyos antepasados figuraban judíos; no se mencionó el nombre, pero se aludía a que la abuela de la línea americana llevaba el apellido Heine. El *Voelkischer Beobachter* publicó entonces una declaración en letras gruesas: corre el rumor de que Adolfo Hitler se habría comprometido con una señorita judía. Tales rumores no son más que mentiras. Adolfo Hitler no está comprometido. Por lo demás, *la señorita Hanfstaengl no desciende de judíos.* La verdad, Hitler llevó calabazas. Al cabo de poco tiempo, Erna Hanfstaengl dió su mano al profesor Sauerbruch, quien se trasladó a Berlín para evitar encuentros ulteriores con el novio desairado.

En los años 1931 y 1932, Hitler frecuentó la casa "Wahnfried", en Bayreuth. La dueña de esa casa es la señora Winnifred de Wágner, viuda de Siegfried Wágner y nuera de Ricardo. Otra vez corrió el rumor de que Hitler iba a comprometerse. En otoño de 1932, Hitler, huésped en casa "Wahnfried", se fué de repente de Bayreuth y se alojó en Berneck, pueblo vecino. Parece que volvió a llevar calabazas. Su interés por Bayreuth no disminuyó luego, pero no repitió las visitas.

En la primavera de 1933, Hitler sintió una inclinación hacia una de las hijas de un hombre de ciencia, residente en Berlín, y cuya casa Hitler y Goebbels, frecuentaron aún antes del advenimiento al poder. La señora trataba a Hitler de "señor Adolfo", le reprochaba el boycot a los judíos, para el cual no tenía comprensión aquella gente culta; entonces Goebbels, lleno de unción, afirmó: *¡Señora, yo tengo la culpa!* Una de las hijas, moza alegre, se divertía con tomarle el pelo al más ilustre de los alemanes de nuestro siglo. Con paciencia angelical, Hitler la acompañaba en sus excursiones en coche, y nada más.

Sus relaciones con la actriz cinematográfica Leni Riefenstahl dieron lugar a muchos comentarios. Tres años seguidos, Hitler la encargó la filmación del congreso anual del partido; dos de esas películas no valieron gran cosa. No obstante, Leni Riefenstahl sigue siendo la directora de las películas oficiales de la convención del partido. Ella es una gran admiradora de

Hitler, y dice que "Mi lucha" es una verdadera "revelación"; durante su estada en Groenlandia, donde rodaba una película, tenía el interior de su carpa adornado con el retrato de Hitler. Leni Riefenstahl es amiga íntima de Hitler, tutea tanto a éste como a Goering, pero sostiene que Hitler está por encima de todas las relaciones personales.

Durante cierto período, Hitler sintió una inclinación hacia la cantante Margarete Slezak. Es notable el hecho que el Führer de los nacionalsocialistas no se escandalice del ambiente judaizante en que viven las mujeres adoradas por él.

Otro hecho digno de reparo es su inconstancia, por no decir infidelidad. Parece que Hitler, además de ser un gran admirador de mujeres cultas, se complace en tratar con otras de gusto menos refinado. A algunos de los amigos de Hitler les chocaba que apareciese en cualquier reunión, y muy inoportunamente, acompañado de "mujeres imposibles".

Hace algunos años que Hitler estuvo enamorado de Henny Hoffmann, hija de su amigo y fotógrafo Heinrich Hoffmann. Amigos de Hitler observaban que éste se desconcertaba en presencia de la joven, y hasta perdía el dominio sobre sí mismo. Henny Hoffmann se casó más tarde con Baldur von Schirach.

ALF Y GELI

Un desenlace más trágico aún tuvieron las relaciones que Hitler mantenía con su sobrina Angela Raubal, hija de su hermanastra Angela.

Angela Raubal era una aldeana joven, lozana, de cabellos rubios y rizados. Ella vivía, junto con la madre, en casa del tío; tomaba lecciones de canto, deseosa de hacerse cantante. Hitler sentía una profunda inclinación por la moza, quien, a su vez, admiraba y hasta adoraba al "ilustre" tío. Para él —que apenas si había sido amado con verdadero amor— habrá sido motivo de íntima satisfacción ser el objeto de aquel amor desinteresado y, al principio, casi infantil. Ella le llamaba tío Alf, y él la llamaba Geli.

Las relaciones amistosas entre Alf y Geli dieron lugar a muy variados comentarios. Ocurría con frecuencia que Alf llevaba a Geli a las asambleas y reuniones del partido. En 1928, los chismes contribuyeron a la destitución del jefe del distrito de Wurtenberg, señor Munder. Hitler, furioso, les recordó a los funcionarios de aquel distrito que él era el fundador y jefe

del partido; y, ¿quién se atrevería a impartirle órdenes a él?; ¿quién le impediría ir en coche con su sobrina y llevarla adonde quisiera?

Con el andar del tiempo, Alf, incapaz de dominarse, llegó a inspirarle antipatía a Geli, quien dijo, en presencia de testigos, que Alf era un "hombre terrible". Este, a su vez, se expresó en tono sumamente vulgar y la encerró, para que no pudiera darse cita con nadie. Alf tenía celos de Emil Maurice, y parece que sin motivo. Geli llegó a enterarse de ciertas cualidades de Alf que la determinaron a aborrecerle. Cuando algunas amigas la invitaron a reunirse con ellas en su patria austríaca, se decidió a partir de Munich. Hitler se opuso. Se produjo una escena dramática delante de la "Casa Parda", en Munich: Geli estaba asomada a una de las ventanas; Alf, de pie delante de su coche, le prohibió ausentarse de Munich. Luego subió al coche y se fué a Hamburgo. La joven empezó a escribir una carta, en la que no hay ningún indicio de lo que iba a ocurrir después; parece que Geli estuvo serena y de buen humor. Como la madre se había ausentado para Berchtesgaden, la joven vivía casi sola en el departamento del tío. A la mañana siguiente la hallaron muerta. Nadie oyó la detonación. El 18 de septiembre de 1931 el público se enteró del desenlace trágico del gran amor de Adolfo Hitler.

Según el resultado del examen realizado por el médico forense, era de suponerse que Geli Raubal se había suicidado. Dos días después, los restos de la joven fueron enterrados en el cementerio central de Viena, y precisamente en tierra bendita; al entierro asistió un sacerdote. Según el derecho canónico, tal entierro no es concedido sino en el caso de suicidio por trastorno mental. En 1936, en el quinto aniversario de la muerte, en el túmulo no se vió más que un cartel con la siguiente inscripción:

Aquí yace nuestra querida Geli. Con ella se fué nuestra alegría. N. el 4 de junio de 1908, m. el 18 de septiembre de 1931. — Familia Raubal.

Durante los dos días siguientes a la muerte de Angela Raubal, Gregor Strasser no dejó sólo en ningún momento a su Führer; temía que éste se suicidase.

El gobierno de Austria dió a Hitler permiso para visitar la tumba, poniendo por condición que se abstuviera de cualquier actividad política. Los nazis residentes en Austria recibieron orden de no darse por enterados de la visita del Führer. A los

ocho días, aproximadamente, del entierro, Hitler llegó a Viena al declinar la tarde; fué a la tumba y regresó en coche aquella misma noche.

Algún tiempo después, el pintor Ziegler hizo un retrato de Geli Raubal, ante el cual Hitler prorrumpió en llanto. Más tarde, Hitler nombró a Ziegler —por decreto escrito de su propio puño y letra— profesor de la Academia de Artes Plásticas de Munich, y le revistió de amplios poderes.

Muchos amigos y, sobre todo, los parientes de Geli Raubal no creen que ésta se suicidara. Intervino el fiscal; las indagaciones practicadas no arrojaron —oficialmente— ninguna nueva luz sobre el caso. Un alto funcionario bávaro, que sabía la verdad, dijo, pocos años después, que se trataba de un asunto repugnante. Cuando algún día se publiquen los documentos, y cuando puedan declarar libremente los que están en el secreto, el mundo quedará sorprendido de este caso horripilante.

En los círculos del partido prevalece la opinión de que Hitler mismo habría muerto a la sobrina; pero no hay tal: Hitler no estuvo en Munich en el momento del fatal desenlace. Más bien parece implicado en el asunto otro individuo, íntimo amigo del Führer, y que más tarde desempeñó un alto cargo. Nada se sabe acerca del por qué ni del cómo.

Una de las personas que mejor conocen los detalles de aquel caso, es el señor Wilhelm Guertner, que a la sazón era ministro de Justicia de Baviera.

EL SECRETO DE ADOLFO HITLER

Existe un documento en el cual consta que Adolfo Hitler ha de considerarse el esclavo de la mujer amada. Esta singular esclavitud sexual es la causa del misterio del cual están rodeadas todas las relaciones amorosas de Hitler.

Razones imperiosas nos impiden entrar en detalles. Sólo mencionamos que intervino en el asunto el tesorero del partido, Franz Schwarz, quien ayudó a salvar a Hitler de manos de chantagistas.

La esclavitud sexual es como el último matiz que le hacía falta al retrato moral de Adolfo Hitler. Esta esclavitud es todo lo contrario de la brutalidad exagerada y afectada en la política y en los negocios, frente a amigos y colaboradores. Es un contraste familiar a los sexuólogos.

Sus amores desgraciados se explican por aquella misma es-

clavitud. Ante las mujeres, Hitler aparenta ser un "hombre sin vida privada". De pronto se rompen las relaciones amorosas, y es evidente que, en no pocos casos, Hitler es el abandonado, no el que abandona. Cierta vez se interrogó a una de las mujeres arriba mencionadas, por sus relaciones con Hitler; ella dió a entender que sufrió una decepción que la hizo cambiar de opinión acerca de la respetabilidad de ese hombre.

Consta que la vida sexual de Adolfo Hitler no es la de un individuo normal; pero no es homosexual ni bisexual, sino esclavo sexual. Algunos psicólogos atribuyen a los individuos afectados de esta aberración, cierta fuerza sugestiva: un modo de mirar y una mímica singulares que fascinarían a la gente.

CAPITULO XIX

LAS FIGURAS ACOMPAÑANTES

LOS FUNDADORES DESAPARECIDOS

Es así: escasísimas luces están encendidas en Alemania. Todo el resto no hace más que reflejar los rayos de aquéllas.

Este es el juicio que Goebbels formula sobre las cualidades de los dirigentes nacionalsocialistas. Es evidente que él no leyó el pasaje de "Mi lucha" donde Hitler exige de los secuaces un nivel de intelectualidad inferior.

Los cuatro hombres que fundaron y organizaron el Partido Nacionalsocialista ya no toman parte activa en la vida política. ¿Adónde se fueron Anton Drexler, Dietrich Eckart, Hermann Esser y Ernst Roehm?

No se puede negar que Anton Drexler es el auténtico fundador del partido, y es también el primero que asentó por escrito los ideales y los fines del mismo.

Hitler lo humilló, lo ultrajó y concluyó por expulsarlo del partido. En 1924, los diputados del movimiento racista eligieron a Drexler vicepresidente de la Dieta bávara. Drexler desempeñó el cargo hasta el año 1928. La Dieta fué disuelta, y Drexler se retiró de la vida política. En 1930 se reconcilió con Hitler, pero nunca jamás se habló de él. Anton Drexler se gana la vida trabajando como agente comercial.

Drexler fundó el partido, y Dietrich Eckart fundó, como quien dice, a Hitler. Eckart fué el primero en ver claramente que el jefe del nuevo movimiento derechista tenía que ser un hombre del pueblo. Aconsejaba, dirigía y sustentaba a Hitler; se atrevía también a echar a Hitler de la redacción del *Voelkischer Beobachter*. Lo que no transmitió al adepto era su pasión por el vino, que contribuyó a su muerte prematura.

El joven Hermann Esser es el prototipo del nacionalsocialista. Durante los primeros años, Esser era el mejor orador después de Hitler. Antes de adherirse al NSDAP, había sido redactor de un diario izquierdista, en Kempten. Esser, hombre sin escrúpulos y muy rencoroso, era de una versatilidad asom-

brosa: ora intrigaba contra Hitler, ora era el más leal de los leales. Un individuo inculto, pero redomado. El día del "putsch" lo pasó en cama. Mucho antes que Rosenberg, Frick o Strasser, Esser rompió con Ludendorff e insistió en que Hitler fuera reconocido como el único dirigente del movimiento. El mismo Esser, a quien Hitler había calificado de "sujeto vil", volvió a ser amigo personal del Führer. Pero no tardaron en enemistarse nuevamente.

Esser tenía una amante en Nuremberg; también Julius Streicher se interesaba por aquella mujer, que estaba casada con un miembro del partido. Hitler exigió a Esser que dejara de ir a Nuremberg. Esser empeñó su palabra, pero no dejó de ir a Nuremberg. Hitler se puso furioso y quiso destituir a Esser de todos los cargos que desempeñaba en el partido. Intervino Max Amann. ¿Expulsar a Esser? ¡Imposible! Esser revelará cosas que pondrán al partido en una situación muy embarazosa, por cuanto comprometerían al Führer mismo. Esser dejó entrever de lo que se trataba: era con conocimiento de Hitler que él mantenía relaciones con aquella mujer en Nuremberg; para complacer a Esser, la mujer había inducido a su marido a dar dinero al partido; Hitler no había pagado aún lo que debía al marido. Esser siguió en todos sus cargos. Pero Hitler rompió con él. Durante largo tiempo, los dos no se saludaron. Esser trabó amistad con el general von Epp. En 1933, von Epp, gobernador-interventor del Reich, ofreció una cartera a Esser. El ministro Esser tuvo que sostener una lucha desesperada contra el encargado de la cartea del Interior, Adolfo Wágner. En 1935, Adolfo Wágner consiguió que su rival fuera destituído y arrestado. Pero Esser, conocedor de muchos secretos, fué nombrado director del Patronato Nacional del Turismo.

EL SECRETARIO PRIVADO DEL FÜHRER

Rudolf Hess es un rendido admirador, mejor dicho, un esclavo de Hitler. Está equivocado quien le crea el "Führer del Führer". Hess es uno de los contadísimos hombres honestos en lo que se refiere a la vida privada. No es un genio, pero sí un trabajador correcto. Conoció a Hitler en 1920; asistió a una arenga partidista de Hitler, y escuchándole, cayó víctima de él. En 1921, cuando la crisis del partido, dirigió una carta abierta al *Voelkischer Beobachter*, rompiendo una lanza por Hitler; sabemos que Hitler escribió "Mi lucha" valiéndose de la colaboración de Hess. Durante los primeros años, Hess era jefe de la "oficina de informaciones" del partido, mantenía buenas relaciones con la Dirección General de Seguridad de Munich, podía mandar arrestar a las personas molestas, y tenía tanta autoridad como para hacer que la policía ignorara el paradero de tal o cual individuo. La noche del "putsch", Hess arrestó personalmente a algunos ministros de Baviera, entre ellos al presidente del consejo de ministros, von Knilling, y al ministro del Interior, doctor Schweyer. Hess se portó como un caballero, vejando a los señores con mucho refinamiento. Los arrestados no fueron golpeados, e incluso se les dió de comer. Pero al día siguiente, Hess hizo subir a un automóvil a Schweyer y a otro ministro, y fué con ellos en dirección a las altas montañas. De pronto hizo parar el coche, y condujo a los dos a un claro; los ministros tuvieron la impresión de que había llegado su hora suprema. Volvieron a subir al coche, prosiguieron el viaje; al poco rato, Hess repitió la maniobra. En Munich estaban en marcha miles de hombres; en Munich estaban tendidos en el suelo dieciséis nazis muertos; en Munich, Hitler huía el primero... y al mismo tiempo iba Hess por las altas montañas de Baviera, no pensando sino en el medio más eficaz para hacer sudar sangre y agua a los dos hombres que llevaba consigo. Después de haberles hecho pasar angustias mortales, Hess se alejó, dejándolos al arbitrio de los policías. Estos recibieron noticias de la sofocación del "putsch", y temiendo un severo castigo, volvieron a llevar a los ministros a Munich. Hess fué condenado a prisión militar. En general, Hess no tiene ninguna propensión a tales actos. Hasta el año 1932, no desempeñó un papel importante: era el secretario del Führer y jefe de la "secretaría privada"; acompañaba a Hitler en todos los viajes. Después de la caída de Gregor Strasser, Hitler confió a Hess la dirección del partido, nombrándole presidente del "comité central para asuntos políticos". A los altos funcionarios les costó mucho subordinarse al nuevo jefe. En una reunión, Hess exhibió de improviso un papel por el cual Adolfo Hitler le autorizaba para intervenir en todos los asuntos internos del partido. Más tarde, Hitler le nombró ministro del Reich y "representante del Führer". Hess goza de las simpatías de sus empleados. En la primavera de 1935 abrió bruscamente la puerta de su gabinete de trabajo y se desató en improperios contra los empleados. Al poco rato volvió y les pidió perdón por su nerviosidad: la situación general le hacía perder a uno la cabeza.

DOS COMPLICES

Max Amann es quien hizo ganar a Hitler mucho dinero. Por ello, ocupa una posición tan cimentada. Amann es uno de los pocos hombres que el Führer tutea aún hoy día. Durante la guerra servían en el mismo regimiento. Dió la casualidad que los dos camaradas se encontraran en la plaza Odeon, allá por el año 1919. Hitler ya estaba forjando proyectos; quería "desinfectar la pocilga". Amann tenía mucho gusto en ayudarle en aquella tarea. Los dos se separaron. Pasaron dos años, sin que volvieran a verse. Otra vez se encontraron casualmente en la calle. Hitler acababa de ser elegido presidente de su partido; buscaba una persona apta para el cargo de administrador, y se lo ofreció a Amann. Este, a la sazón, era secretario de un banco, y objetó que el tal cargo no podía considerarse una posición asegurada. Tenía que consultarlo con su mujer. Hitler estaba dispuesto a convencer personalmente a la señora de Amann. Les hizo una visita y les reveló el secreto que hasta entonces confiara a contadísimas personas: su partido era el gran partido del porvenir de Alemania, y el gestor de este partido era, por tanto, uno de los hombres que tendrían un gran porvenir en la nueva Alemania. Hitler los convenció a los dos. Amann fué, desde el primer día, íntimo colaborador de Hitler; no recibía órdenes de nadie, y declaraba que él no tenía nada que ver con los demás dirigentes. Esta estrecha colaboración entre Amann e Hitler fué la base del régimen autoritario que Hitler iba a ejercer. Amann no vacilaba en conseguir a favor de Hitler el ascendiente sobre el partido, puesto que ascendía junto con él. Amann hizo de la "Editorial Eher" una de las mejores fuentes de recursos del partido; Amann aseguró a la editorial el monopolio de todas las publicaciones importantes del partido; Amann insistió en que ellos se apropiasen de la editorial de los hermanos Strasser; Amann logró quitarle el *Angriff* a Goebbels. Para satisfacer su propia ambición de poder, Amann hizo rico a Hitler. Amann es un organizador tenaz; Hitler es demasiado impaciente como para llevar a cabo un negocio, y a veces no tiene ganas ni de iniciar una empresa comercial, pero Amann está siempre dispuesto. Amann es el hombre que sabe darse maña para que los talentos del Führer rindan utilidad. Amann lanzó "Mi lucha", dió impulso al *Voelkischer Beobachter* y estableció —después del advenimiento al

poder— que "el interés general" habría de prevalecer sobre el particular de cada uno de los propietarios de un diario, es decir: a partir de entonces, los nacionalsocialistas participaron en las ganancias de todos los diarios alemanes. Aquel hombre, de baja estatura, cuyo exterior recuerda un enano alevoso, es, aunque guarda una actitud reservada, uno de los personajes más influyentes en Alemania. Ha conseguido mucho; pero no logró hacer del *Voelkischer Beobachter* un diario de categoría. Desde hace diez años, Amann no se cansa de repetir que Alfred Rosenberg tiene que ser separado del cargo de redactor en jefe; pero, hasta el día de hoy, no se le ha escuchado.

Un "trust" parecido al que organizó Max Amann, es el del fotógrafo Heinrich Hoffmann. Este ejerce el monopolio de todos los reportajes fotográficos relativos a asuntos políticos. Si se tiene en cuenta que Hoffmann vendió muchos millones de tarjetas postales con el retrato de Hitler, no es exagerado afirmar que los dos ganan millones de marcos en su empresa común. Tanto Heinrich Hoffmann como Max Amann son más que colaboradores del Führer. Ambos son camaradas de Hitler, desde los comienzos, pero más que camaradas son socios y cómplices.

ROSENBERG, EL PADRE ESPIRITUAL

Alfred Rosenberg no es uno de los amigos íntimos del Führer. Sus tendencias políticas suscitaron y suscitan animadas discusiones dentro y fuera del partido. Como hombre, es superior a los demás. De todos los dirigentes del partido, Rosenberg es el más intransigente, el más consecuente y el más parcial. Sólo Hitler y Streicher son antisemitas tan fanáticos como él; pero ellos no tienen los conocimientos ni la visión del mundo que él ha adquirido a fuerza de estudiar. Rosenberg es oriundo del "Báltikum", de tipo estonio-letón, con la inyección correspondiente en la sangre. Ostenta ese resentimiento de quienes dicen pertenecer a una casta de hombres dominadores. La atmósfera viciada que reinaba en su patria, hizo de él un maniático pregonero de la "raza superior". Rosenberg sueña con una casta —a la que él nunca perteneció— de hombres dominadores, degenerados y barridos por la historia; esta es la clave que nos hace comprender al hombre Rosenberg y su filosofía política. En su libro "El Mito del Siglo XX", dice, en una nota al pie de una página: *El apartamiento del Estado o la lucha contra el Estado como tal, puede revestir, durante algún tiempo, el carácter de una lucha "antinacional", con tal que sus*

prohombres sean hombres dominadores conscientes de su raza, y no individuos serviles. Bismarck dijo que el Estado que le desposeyera de su propiedad, habría dejado de ser su patria. Fué éste el cartel de desafío de un "señor".

Rosenberg nació en 1893, en Reval, Estonia. Durante la guerra mundial permaneció en Rusia. Estudió la carrera de arquitecto en las Universidades de Riga y de Moscú. Los rusos de origen alemán se encontraban en una situación ambigua: muchos se incorporaban a los ejércitos rusos, apoyando conscientemente al zarismo; otros estaban, en el fondo de su corazón, de parte de Alemania. Entre estos últimos se contaban los miembros de la asociación de estudiantes "Rubonia". Durante los años 1917 y 1918, Rosenberg fué presidente del comité directivo de la "Rubonia". Esta asociación de estudiantes tuvo que trasladarse a Moscú, debido a que en 1918 los alemanes ocuparon Riga. Los documentos de la "Rubonia" fueron llevados a Alemania, y los enemigos personales de Rosenberg tuvieron la oportunidad de enterarse del contenido de dichos documentos. Consta en ellos que también "no arios" fueron admitidos en la asociación, y que los miembros concurrieron a celebraciones de victorias y otras manifestaciones de carácter patriótico organizadas por los rusos. En 1918, numerosos miembros de la "Rubonia" lograron regresar a Riga. ¿Cómo llegaron a la zona de retaguardia de los alemanes? Rosenberg también entró en la zona ocupada por el ejército alemán; él dice que se presentó como voluntario ante las autoridades militares, pero éstas se negaron a incorporarle, porque era habitante de un país ocupado. Los enemigos de Rosenberg llegaron a la conclusión de que él, para llegar a Riga, había pasado por Francia, y que había estado en París. Se ignora el motivo; pero Goering dijo, en el Reichstag, a algunos camaradas, que quisiera saber de qué se había ocupado el tipo en París, allá por el año 1918.

Alfred Rosenberg es el típico intelectual nazi: sabe miles de cosas de menor importancia, arremete con valor contra los doctrinarios, pero no sabe dónde termina el valor y empieza la ridiculez; es asombrosa su falta de crítica, que se revela tanto en sus propios pensamientos como en su manera de desestimar los pensamientos ajenos. Rosenberg es el propagador principal de los necios "Protocolos de los Sabios de Sión". El cielo se los mandó; podemos creerlo, porque Rosenberg mismo contó una vez el siguiente suceso: fué en Moscú, durante la guerra mundial. Cierto día, estaba trabajando en su cuarto; de improviso

se abrió la puerta, entró un desconocido, puso sobre la mesa un ejemplar de los "Protocolos", y desapareció. Pero en las últimas ediciones de su libro "El Mito del Siglo XX", Rosenberg ya no habla de los "Protocolos".

Rosenberg ejerció y ejerce temporariamente una enorme influencia sobre los dirigentes del partido. Hitler declaró que "El Mito del Siglo XX" había de considerarse como la mejor obra filosófica de los tiempos actuales. Rosenberg polemiza contra el cristianismo y exige una religión "propia de la raza".

La idea fundamental de Rosenberg viene a satisfacer los deseos de vastos sectores del pueblo alemán. Los intelectuales que estaban empeñados en la lucha por la conservación de su clase, sentían la necesidad de una nueva fe. Y he aquí que todos los habitantes de un pueblo de la provincia de Westfalia se separaron de la Iglesia: esos campesinos se convirtieron al paganismo y celebraron el culto en el cementerio pagano.

Rosenberg era el dirigente de un grupo "ruso" que se había reunido a la sombra del nacionalsocialismo. En aquellos círculos se podía encontrar al duque von Leuchtenberg, en cuya casa había vivido Anastasia, presunta hija del Zar; al escritor Waldemar Hartmann; al barón von Manteuffel-Katzdangen, y a Max Erwin von Scheubner-Richter, consejero político de Hitler. Bajo el nombre de "Asociación Ruso-Alemana *Puente*", esos emigrados rusos hacían propaganda en contra de la Unión Soviética. Entre los miembros de la asociación había no sólo alemanes de las antiguas provincias rusas del Báltico, sino también nacionalistas rusos, como, por ejemplo, el general von Biskupski; el ataán Skoropadski, que de vez en cuando simpatizaba con los franceses; el doctor von Nemirowitsch-Dantschenko, y el capitán von Poltawetz-Ostranitza, que abogaba en el *Voelkischer Beobachter* por una "República Ucraniana". Aquellos prófugos no pensaban sino en la venganza; esta política era también la política de Rosenberg, y, por tanto, la del Partido Nacionalsocialista. El gran industrial Arnold Rechberg y el general Hoffmann trataban de interesar a los aliados por una campaña antibolchevista. Rosenberg se esforzaba por convencer a Hitler de que el bolchevismo no tardaría en desaparecer, y que la restauración del zarismo daría nuevo impulso al fascismo alemán.

Rosenberg desprecia íntimamente a Polonia; la parangonó una vez con una mujer histérica, a la que había que dar de latigazos para que volviera a la razón. En un artículo de fondo,

publicado el 10 de octubre de 1928, Rosenberg exigió que se ofreciese a los "círculos ucranianos" las "zonas de la Ucrania que en la actualidad forman parte de Polonia". Con más claridad se expresa en otro artículo publicado el 22 de septiembre de 1926: *El pueblo alemán precisa espacio en el Este. Lo obtendrá a costa del Estado polaco, incapaz de suyo. Esta necesidad no impide en manera alguna mantener relaciones amistosas con Rusia, la que tampoco puede tener interés en que Polonia sea fuerte. Pero esta necesidad tiene que ser reconocida por una Rusia nacionalista.* Desde 1920 hasta 1933, la política exterior de Alemania estaba determinada por el pacto de los dos adversarios de Versalles, Alemania y la Unión Soviética.

Dentro del Partido Nacionalsocialista, las opiniones estaban divididas: Strasser, el conde Reventlow y Goebbels (este último según las circunstancias), defendían el pacto; Rosenberg y, por tanto, Hitler le condenaban. Después del advenimiento al poder, los nacionalsocialistas abandonaron esa política, que había sido iniciada por el conde Brockdorff-Rantzau, por razones de política partidista: el NSDAP era un partido que combatía contra el bolchevismo. No tienen en mucho la máxima política que dice: ¡la política exterior antes que la interior! No cabe duda que el culpable de aquel viraje es Rosenberg, que logró imponer al nacionalsocialismo su política personal de emigrado: el nacionalsocialismo lucha por la venganza de aquel expulsado.

Como Alfred Rosenberg es un doctrinario, ejerce una enorme influencia sobre Hitler, que es incapaz de trabajar con método. El NSDAP cuenta con una propia oficina para asuntos de política exterior; Rosenberg es el jefe de esta oficina, y tiene una gran influencia, temporariamente indirecta, sobre la política exterior de Alemania. Por otra parte, su lucha contra el cristianismo es la política oficial del partido. Rosenberg es el que con más ahinco insiste en las pretensiones totalitarias del movimiento. Mientras que Hitler se niega, teóricamente, a hacer la religión objeto de la política, Rosenberg lo hace en la práctica. Rosenberg es el inquisidor general del partido, e Hitler nunca dejará de confesarse con él.

GOERING, LA ALHAJA DEL MOVIMIENTO

"Un militar rígido, con un corazón de niño". ¿Quién imaginaría que estas palabras se refieren a Hermann Goering? Sin embargo, Goebbels le llama así en su "Diario íntimo". Tal vez Goebbels quiere dar a entender que habla de un individuo re-

trasado, el cual no está en sus cabales. Los biógrafos, empeñados en ensalzar a ese militar, no pueden menos de mencionar que el "niño" comete muchas tonterías. Su actividad política es, en efecto, la de un "corazón de niño" (podemos suponer que Goebbels quiso decir "cerebro de niño"). Recordemos la escena en el "Buergerbraeukeller"; su confusión, cuando Papen puso aquel papelito sobre la mesa del presidente del Reichstag; su torpeza, cuando se confrontó con Dimitroff ante el Tribunal Supremo: todo ello no denota un gran talento político. A un visitante extranjero le dijo, muy ingenuamente: *No ha de extrañarle a usted que el primado del Reich, Mueller, defienda su posición tan obstinadamente. El primado del Reich cobra un buen sueldo, y nadie renunciaría de buen grado a tal situación.*

Su biógrafo, Martin H. Sommerfeldt, dice de él: *Goering no sutiliza.* No, por cierto. Sin embargo, sabe calcular. En 1920 se casó con la hija de un barón, Karin Fock, quien aportaba una pequeña dote. Pero, ya en 1924, se quedaron sin nada. Goering, que había sido herido delante del mausoleo de los generales de Munich, huyó y gastó su último dinero en un hotel de primer orden, en Innsbruck. Reducido a la miseria, vivió primero en Roma, luego en Estocolmo. Según él mismo relata, ocurría con frecuencia que tenía que empeñar su reloj. En 1928 regresó a Alemania; había obtenido un mandato al Reichstag, y ganaba entonces seiscientos marcos mensuales. Había dejado a la esposa en Suecia; él vivía una vida de soltero, muy elegante y disipada. Estaba empeñado hasta los ojos; los autos de embargo le dejaban indiferente. Un político que hacía pocas semanas no poseía ni un centavo, y que no abusaba de su mandato, ¿cómo podría conseguir dinero si no lo tomara prestado?

Después del advenimiento al poder, Hitler fijó el sueldo máximo de un funcionario público en doce mil marcos anuales. Goering desempeñaba muchos cargos: era presidente del consejo de ministros de Prusia, ministro del Interior de Prusia, ministro de Aviación y presidente del Reichstag. Pero en tiempos de la República de Weimar, se había prohibido que un mismo funcionario que desempeñara simultáneamente varios cargos, cobrase todos los sueldos correspondientes a los distintos cargos. Este decreto no había sido anulado por los nacionalsocialistas. ¿De dónde consiguió Hermann Goering los medios para poder vivir en tren de lujo? Ocupa simultáneamente varios departa-

mentos, posee un sinnúmero de uniformes de gala, y su casamiento público —después de la muerte de su primera esposa— con la actriz Emmy Sonnemann —Hitler insistió en el casamiento, porque no quiere que se prolonguen las relaciones amorosas de sus colaboradores—, fué una de esas fiestas fastuosas como el pueblo alemán no las había visto desde los tiempos del Kaiser; según informaciones de fuente autorizada, Goering regaló a su esposa una diadema cuyo valor se calculaba en treinta y seis mil marcos.

Es asombrosa su falta de comprensión para los asuntos relativos a la economía nacional. Bajo el régimen antisemita de Adolfo Hitler, Goering logró ascender a general de aviación al director de la "Lufthansa", Erhard Milch, descendiente de judíos. Milch no es el único amigo judío de Goering; mencionamos a Jakob Wolff, hamburgués, comerciante de cigarros al por mayor; Wolff, que durante la guerra había sido aviador de caza, era amigo de Goering y de Bruno Loerzer, quien también ha llegado a desempeñar un alto cargo. Erhard Milch era director de la "Lufthansa", cuando Goering no era más que diputado al Reichstag; en aquel entonces, Milch pedía, a veces, a Goering dictámenes para la "Lufthansa". Goering fabricaba y vendía también paracaídas; trabajaba junto con un tal Koerner, que hoy es subsecretario de Estado, en el Ministerio de Aviación.

Goering, presidente del consejo de ministros de Prusia, ese gran militar con el corazón de niño, abogaba públicamente por la defraudación de impuestos, y hasta dirigió una carta al ministro de Justicia, Kerrl, pidiéndole que se aboliesen los juicios por defraudación de impuestos. En el Estado nacionalsocialista, los altos dignatarios suelen aceptar todos los obsequios de cualquier parte que vengan. Goering obsequió al presidente del Reich, von Hindenburg, con un dominio público; simultáneamente, Hindenburg ascendió a Goering a general. Goering hizo obsequio de otro dominio público al mariscal general von Mackensen; poco después, el mariscal general se retiró del "Casco de Acero", contra el cual el gobierno había iniciado una campaña. El Ayuntamiento de Berchtesgaden obsequió al presidente del consejo de ministros, señor Goering, con un terreno cuya extensión era de 10.000 metros cuadrados. En una tertulia, uno de los más conocidos grandes industriales dijo de uno de los más conocidos dirigentes políticos: *¡El toma!*

Hermann Goering nació en 1893, en Rosenheim, Baviera. Recibió su educación en los colegios militares de Karlsruhe y

de Lichterfelde; siguiendo la carrera militar, fué ascendido a oficial activo. Durante la guerra mundial, se hizo aviador, tomando lecciones con su camarada Bruno Loerzer. Debía ser un excelente piloto de combate, puesto que fué jefe de la famosa escuadrilla de caza "Richthofen". Fué condecorado con la "orden del mérito".

Las autoridades militares solían consultar a los aviadores sobre el tipo de máquina y de motor que habían de usarse. El doctor Fritz Gerlich, asesinado el 30 de junio de 1934, publicó documentos en que consta que Goering estaba en relaciones comerciales con la "Bayrische Motorenwerke"; un perito, compañero de armas de Goering, le dirigió a éste una carta abierta en la que mencionaba las petacas de oro que, en los grandes banquetes, se encontraban escondidas debajo de sus servilletas.

Durante la guerra, Goering estuvo algún tiempo en Stenay, en el Norte de Francia. En Charleville, población vecina, se encontraba el cuartel general del Kronprinz (príncipe heredero). Fué allí donde Goering entró en contacto personal con Federico Guillermo. Casi simultáneamente trabó amistad con el príncipe Felipe de Hesse, al cual más tarde nombró gobernador de la provincia de Prusia. El príncipe es yerno del rey de Italia. Esta relación con la admirada y cortejada Italia ha contribuído a afianzar la posición que Goering ocupa en el Estado de Adolfo Hitler; confiando en este sostén, Goering cometió muchos pecados y se permitió insolencias que Hitler no habría perdonado a nadie.

Después de la guerra, trabajó de aviador en Dinamarca y Suecia; allí conoció a su primera esposa. En 1921 vió a Hitler por primera vez en una manifestación; Goering dice que Hitler le fascinó desde el primer momento. Adhirióse al NSDAP, y a fines de 1922 fué ascendido a jefe supremo de la SA. Resultó herido en el "putsch" del 9 de noviembre de 1923.

Los aviadores eran los "ases" del ejército; se les mimaba concediéndoles largas temporadas de descanso, y dándoles de comer y beber lo que se les antojara. En ese estado de excitación permanente del sistema nervioso —ora la muerte, ora el champán—, muchos aviadores recurrían a la droga. Goering es morfinómano. Consta en un certificado, llegado al conocimiento del público, que Goering se sometió en Suecia a una cura de desmorfinización, y poco antes del advenimiento de Hitler al poder, repitió la cura. Precisamente en Goering, la morfinomanía es la expresión del desenfreno que le caracte-

riza. Cómo él goza de su poder, luciendo miles de uniformes y condecoraciones; cómo manda fotografiar y reproducir en revistas todos los aposentos de sus villas suntuosas; cómo hizo de las exequias de su esposa Karin una grandiosa manifestación de luto nacional, y al cabo de un año, de su casamiento un día de júbilo para la nación: todo eso es tan desmesurado que casi parece ingenuo. Goering suele trabajar en una habitación iluminada por unas velas de tamaño enorme; en la pared, detrás de él, está colgada una antigua espada de verdugo. Muchos verán en ello algo patológico y horrible, pero esas cosas podrían también mover a risa.

Los ojos de Goering parecen abismos; esta profundidad no es más que una falsa apariencia. Goering es un hombre muy superficial, un "calibán", un animal falto del correctivo de la razón. En general, la gente tiene un concepto exagerado de Goering, debido a que éste llevaba, durante los años de lucha, el título de "diplomático del movimiento"; pero en este caso, "diplomático" no significaba más que ser el único de toda esa pandilla que tenía práctica en los manejos de los "agregados diplomáticos": banquetes..., bailar..., emborracharse..., dormitorios. Era hombre de casino militar, y precisamente uno de los que solían estar sentados en la cabecera de la mesa. Gracias a estas cualidades, Goering era el hombre más indicado para fomentar las "relaciones exteriores" del partido. De todos los dirigentes nazis, Goering es el menos nacionalsocialista; un sibarita, dado a todos los placeres, un caballero de fortuna, quien, poco antes del advenimiento al poder, dijo en tono cínico: *Los "sozis"* (socialistas) *han gobernado doce años, más o menos; yo quisiera saber si nuestro gobierno durará más de diez.*

Cuando Goering entra, uno tiene la impresión de que entra una mujer gorda. En tales momentos, el "corazón de niño" se parece mucho a un eunuco. Se le toma por sadista, porque dijo: *A no tirar, prefiero disparar varias veces sin dar en el blanco;* porque prometió *aniquilar y exterminar;* porque, ya en 1923, estuvo dispuesto a hacer fusilar a los rehenes; y porque, a partir de 1933, hace ejecutar a los enemigos políticos con un hacha de mano. Pero es probable que Goering sea demasiado rudo como para ser cruel por sadismo. El militar con el corazón de niño es simplemente un animal, sin alma y sin escrúpulos. Cientos de millares de nacionalsocialistas están convencidos de que los adversarios políticos no son seres humanos, sino sólo "blancos" a los cuales uno tira sin más ni más. El aviador

Goering ve, desde lo alto, objetos en que tiene que hacer blanco, no ve imágenes de Dios. Para él y para los demás habría sido mejor que no le hubiesen dejado salir de la celda de morfinómano.

El persigue a los hombres por sentimientos primitivos de odio, no por crueldad refinada. El odio le indujo a perseguir a Roehm, a Gregor Strasser y a Papen; puede ser que este mismo odio se desencadene contra Goebbels, en un futuro no muy lejano. En 1933, Hitler estuvo dispuesto a nombrar a Papen presidente del consejo de ministros de Prusia. Papen había dictado sus apuntes secretos a su secretaria, que era una condesa de pura cepa; esta condesa entregó los apuntes a una amiga, que, ¡qué cosa más rara!, los escondió en una "Laubenkolonie" comunista (jardines obreros). Quiso la casualidad que la "Gestapo" hallara esos apuntes. Goering, jefe supremo de la "Gestapo", se presentó con los apuntes ante Hitler, y logró ser nombrado él mismo presidente del consejo de ministros de Prusia. Pero Goering no hizo las paces con Papen. Un año más tarde, el 30 de junio de 1934, faltó poco para que los esbirros de Goering no matasen a Papen, quien se salvó refugiándose en el ministerio de la Defensa Nacional.

GOEBBELS O LA INTELIGENCIA IMPOTENTE

De todos los nacionalsocialistas, el doctor Paul Joseph Goebbels es el que lisonjea a su Führer de la manera más rastrera y con más falsía. Imita a Hitler hasta donde se lo permite su constitución.

Mucho antes del advenimiento al poder, Goebbels ocupaba, en la secretaría del distrito de Berlín, un cuarto donde estaba estrictamente prohibido entrar. Ninguno de los colaboradores sabía lo que Goebbels estaba haciendo en aquel cuarto. Cierto día, un jefe de la SA se atrevió a llamar a la puerta de dicha habitación, y a abrirla para entrar. Goebbels, detrás del escritorio, se levantó de golpe, se abalanzó contra el hombre, le abofeteó y le dió un fuerte empellón, echándole afuera. ¡Justamente como el "gran Manitu"!

Goebbels es un hombre de segunda mano, un talento pulposo y sin hueso, falto de la brújula interior; no es una antorcha —como dice Hitler—, sino una llama de gas. Entre los altos jefes del NSDAP, Goebbels es el espíritu más sutil, pero el menos apto para conductor. El no hace más que recibir ór-

denes; los otros se valen de él, y él lo permite: esto es su fuerte.

Paul Joseph Goebbels nació en 1897, en Rheydt, provincias renanas. Sus padres eran católicos y estaban faltos de recursos. Goebbels tiene un pie equino congénito. Sus compañeros de clase lo llamaban "el cabezudo"; también solían llamarlo "el rabino". Una beca que le fué otorgada por la asociación católica "Alberto Magnus", le permitió estudiar filosofía e historia literaria, en ocho Universidades. El judío Gundolf, catedrático de historia literaria de la Universidad de Heidelberg, hizo de Goebbels un gran admirador del poeta Stefan George. Goebbels ha leído mucho y también ha reflexionado mucho. Sus pensamientos son absolutamente normales. Es, en el fondo, un hombre falto de gracia; tiene muchos conocimientos, pero es un espíritu árido. Un enano que bucea en las bibliotecas.

¿Cómo se pasó Goebbels a los antisemitas? Goebbels es la única figura del nazismo que suscita tal pregunta. Muchos de sus camaradas le creen descendiente de judíos. Max Amann ha dicho que aquel cojo lleva un estigma; sus defectos físicos serían el resultado de la mezcla de razas. Erich Koch, que más tarde fué nombrado gobernador de la Prusia Oriental, publicó en 1927, en uno de los diarios de los hermanos Strasser, un artículo titulado "Resultados de la mezcla de razas"; haciendo un análisis crítico de varias figuras de la historia, demostró que muchos individuos con los pies deshechos habían sido traidores. Sus camaradas llamaban a Goebbels, "Talleyrand". Este estadista francés tenía un pie equino y era, según Koch, un hombre sin carácter: *Sabía deslumbrar y exagerar, hacer circular patrañas y aprovecharse de la confianza de la gente: la exprimía como un limón y luego la tiraba a un lado, haciendo pasar por suyos los méritos de otros. Era, además, muy versado en el noble arte de la difamación, de las intrigas y de la falsía.*

Esta descripción del carácter es muy acertada. Goebbels es, con todas sus dotes espirituales, el hombre que siempre depende de los demás dirigentes del movimiento, y precisamente porque es el menos sincero de todos. No cree lo que él mismo dice.

Este admirador de Stefan George habla, en su calidad de jefe del distrito de Berlín, la jerga de los rufianes y alcahuetes tan perfectamente, que ni el mismo asilado de Viena puede rivalizar con él. Goebbels lisonjea también a la muchedumbre con más servilismo que Hitler. No obliga a sus berlineses a

devanarse los sesos por problemas de la política internacional, sino que les divierte con los chismes de la metrópoli; sus ataques van dirigidos, no contra las autoridades supremas, sino contra los personajes políticos que actúan en segundo plano. El doctor Bernhard Weiss, judío, era a la sazón segundo jefe de la Dirección General de Seguridad de Berlín; Weiss era un funcionario excelente, hombre enérgico, de valor personal, y que en la guerra había sido condecorado con la "Cruz de Hierro" de 1ª (condecoración relativamente escasa entre los judíos alemanes). Goebbels le puso al doctor Weiss el nombre de Isidor y empezó a concentrar toda su propaganda en "Isidor" Weiss: no había ruindad que "Isidor" Weiss no hubiera cometido, y todas las semanas publicaba el *Angriff* poesías satíricas y caricaturas de "Isidor" Weiss. Cuando los tribunales obligaron a Goebbels a llamar al doctor Weiss por su nombre verdadero, Goebbels empezó a polemizar contra el "sistema Isidor".

Un amigo le dijo a Goebbels: *Pero deje usted de atacar a Weiss, que usted está arremetiendo contra quien no se lo merece. Weiss es un hombre de bien, un oficial valiente.*

Goebbels contestó: *¡Qué me importa Weiss! El hombre mismo no me interesa en absoluto. Pero volveremos a hablar sobre el caso dentro de tres meses: quedará usted sorprendido de lo que yo habré hecho de Weiss.*

¡Esto es hacer propaganda!

Un ex miembro del NSDAP, que se llamaba Mossakowsky, publicó en un diario artículos en que repetía catorce veces la afirmación de que Goebbels "mentía con descaro". Goebbels había dicho que le habían encarcelado y golpeado con látigos, durante la ocupación de las provincias renanas por las tropas belgas; había sufrido ese tratamiento ignominioso por haber hecho propaganda a favor de Hindenburg. Goebbels contó esta historia en momentos en que el presidente del Reich, von Hindenburg, había resuelto demandar a Goebbels por desacato. Goebbels nunca volvió sobre el particular, ni entabló demanda contra Mossakowsky.

Cuando Goebbels fué a Ginebra para representar a Alemania ante la Sociedad de las Naciones, un diario de Ginebra publicó una caricatura: un hombrecillo contrahecho, de cabellos negros; por debajo se leía: *¿Quién es éste? ¡Vaya, si es el representante de la raza nórdica, tan sana, de alta estatura, de cabellos rubios y de ojos celestes!* Fué un chiste; pero si en lugar de "representante" hubieran puesto "propagandista",

ello habría sido una profunda verdad. Es un caso bastante frecuente que hombres con algún defecto hagan propaganda en favor de quienes son lo que ellos mismos quisieran ser.

Entre los individuos que tienen algún defecto físico se encuentran caracteres particularmente reconcentrados, profundos y muy sensibles, resignados hacia fuera, y atentos y severos para consigo mismos, compensando el defecto exterior con la intensificación de la vida interior. Todo lo contrario es el enano camorrista, superegoísta, malicioso, tiránico, y que tendría un gran placer en castigar a quienes pasan incólumes por la vida. Goebbels no carece de cierta sensibilidad, pero en el curso de los años esa fuente se ha secado.

Goebbels es el hombre de una sola pierna que en la piscina sube al trampolín para ejecutar los saltos más peligrosos, y que se mantiene debajo del agua más tiempo que todos los demás; el hombre de la pierna postiza que en la tribuna grita más que todos al ganar "su" equipo. Hará ver a todo el mundo que, aún siendo de poca apariencia, es uno de los más atrevidos, y que él, tan arrojado como los más fuertes, va a conseguir mucho más que la aburrida gente sana. El pie, este..., ¡pero la cabeza!... Si uno no es capaz de atraer la atención, tiene que ser escuchado. El sentimiento de su inferioridad empujó a Goebbels hacia la propaganda. Goebbels imita a Hitler, quien también lucha por su reconocimiento; Hitler es el maestro de Goebbels, pero éste le es superior en cuanto a la ejecución minuciosa. Se dice que los judíos exageran los rasgos característicos de los pueblos a quienes se van asimilando: en ese sentido se podría llamar a Goebbels el judío de Hitler. Pero no pasa de ser una sombra del Führer; porque mientras que "Hitler" se transforma en el "Führer", Goebbels no es más que un actor astuto, pero indiferente.

El 13 de agosto de 1932, cuando Hindenburg echó a Hitler, y el partido se vió en una situación gravísima, Goebbels gritó: ¡Los judíos tienen la culpa! Era un absurdo decir que los judíos tuvieran a la sazón alguna influencia sobre el gobierno; ni los antisemitas más fanáticos del partido pensaban en semejante disparate. Sólo a Goebbels se le ocurrió esa idea. Goebbels no toma en serio el antisemitismo; éste no es para él sino un medio de propaganda. Se ha dicho que Goebbels, cuando joven, ofreció folletines al *Berliner Tageblatt* (diario democrático). Sea como fuere: Goebbels es, lo mismo que Hitler, hijo de aquella misma democracia que está destruyendo. Hitler se formaba en

el trato con los ropavejeros de Viena; Goebbels, que acababa de asistir a los cursos del judío Gundolf, rondaba los estudios cinematográficos y las redacciones de los diarios. Hitler defendía a los socialistas bávaros contra el radicalismo de sus amigos militares; Feder ofreció al socialista Eisner su folleto sobre la bancarrota de la economía nacional; pero Goebbels es el novio más desairado. Es, antes que antisemita, un semitófilo desgraciado.

En largos artículos publicados en las *Cartas Nacional-Socialistas* y en el *Voelkischer Beobachter,* Goebbels defendió la Unión Soviética, dió a Lenin el dictado de "libertador nacional", y distinguió entre los judíos del Oeste, que son capitalistas, y los del Este, que están adheridos al bolchevismo. Esto le valió reproches de parte de Rosenberg, y en la primavera de 1926 Hitler mismo lo puso a Goebbels como chupa de dómine. Desde entonces, Goebbels ya no habló más sobre la Unión Soviética. ¿Habrá cambiado de parecer? En 1928 dictó una conferencia con motivo de una reunión organizada por el grupo nazi de Munich, en cuyo transcurso dijo: *Nos reprochan los métodos marxistas que aplicamos en Berlín. ¡Claro que combatimos con métodos marxistas! Estos métodos son los mejores y los más indicados para la conquista de las muchedumbres; sólo que nosotros los modificaremos. Pero nosotros no tratamos de ganar tal o cual clase, sino el pueblo alemán en su totalidad.*

Pero una cosa es la opinión personal, y otra la impuesta por el partido. El que desea ser admitido en el "partido del porvenir", tiene que ser antisemita. Y si uno es antisemita, ¡que lo sea como es debido! En la primavera de 1933, Goebbels dijo en un discurso público: *Han dicho de nuestros hombres de la SA que abusan de mujeres judías.* Protestas. Entonces Goebbels, recalcando las palabras, y con infinito desprecio: *¡Quisiera saber cuál de los miembros de la SA tendría ganas para eso!* Ni Streicher logra tales efectos.

Goebbels se casó con la hija adoptiva de un judío que se llamaba Friedlaender; la señora de Friedlaender se encontraba una vez en un café frecuentado por judíos, y al ser molestada por miembros de la SA, ella dijo que se quejaría de ello a su yerno, el doctor Goebbels. Nadie puso reparos en el árbol genealógico de doña Magda Goebbels. Sin embargo, parece que el doctor Goebbels se siente atraído por el ambiente judío.

La esposa de Goebbels estuvo casada en primeras nupcias con el gran industrial Guenther Quandt. Goebbels, que es ca-

tólico, deseaba la bendición nupcial; según el derecho canónico, las personas divorciadas tienen que pedir una dispensa que es muy difícil de obtener. Goebbels, que todavía no era ministro, escribió al obispo de Berlín una carta redactada en términos muy concisos: tenía la intención de casarse con doña Magda Quandt, divorciada de su marido, y rogaba que se le hiciera saber dentro de los tres días si el obispo estaba dispuesto a bendecir la unión. El obispo no pudo corresponder inmediatamente al deseo del doctor Goebbels; pero, para no ofender al dirigente de un partido que ya entonces tenía mucha influencia, el obispo, muy diplomático, no contestó sino cuando el plazo hubo vencido, y eso para pedir algunas aclaraciones. Pero al mismo tiempo recibió el obispo otra carta del doctor Goebbels: como el doctor Schreiber no había contestado dentro del plazo de tres días, él, Goebbels, renunciaba a la asistencia del obispo. Empleó, pues, el mismo tono grosero en que su Führer habla de la Iglesia.

Lo imita en cuanto le sea posible. Goebbels no fuma, ni toma bebidas alcohólicas. Recibe, lo mismo que el Führer, órdenes de su voz interior. Cuando principiante, solía enviar al *Voelkischer Beobachter* artículos en los que contaba sus hazañas hablando de sí mismo en tercera persona: *De pronto, el doctor Goebbels se levanta. —¡Pare, camarada chófer, pare! El coche para. —¿Qué pasa, doctor? —No sé; pero, ¡hay algún peligro por ahí! Bajamos con las manos metidas en los bolsillos. No vemos ni oímos nada. Damos una vuelta al coche; los neumáticos están henchidos. Pero, ¿qué es eso? ¡Caramba! ¡En una de las ruedas traseras faltan cuatro tornillos! ¡Cuatro de los cinco! ¡Qué infamia más diabólica! Vestigios de manipulaciones alevosas nos lo explican todo. ¡Así obran los judíos y sus siervos!*

Parece que el doctor Goebbels no confía solamente en su voz interior, sino que también toma sus propias medidas de precaución: *Estando de viaje, no me pongo el distintivo partidario; sólo raras veces me parece conveniente o necesario entrometerme en conversaciones políticas,* dice en su libro "Caminos hacia el Tercer Reich". En tales héroes pensaba Adolfo Hitler al esbozar la escarapela, por la cual otros socios, más humildes, cobran palizas en las calles.

Pero sentado al escritorio, Goebbels es una bestia feroz: *Tiene uno que estar en acecho y apuntar bien para clavar la lanza en el flanco del enemigo, diciéndole luego a éste, con una sonrisa afable: "¡Perdone usted, señor, no pude hacer menos!". Este es el plato de venganza que hay que comer a sangre fría.*

El "enano alevoso" —así le llamaba Gregor Strasser— es el espíritu más sutil, el mejor calculador del nazismo. En cuanto a su talento oratorio, los intelectuales, sólo éstos, le prefieren a Hitler. Goebbels es, en contraste con su Führer, un hombre impasible, que nunca pierde el dominio sobre sí mismo. Hitler le enseñó todas sus tretas, y el discípulo le copia fielmente. Es más: Goebbels sistematizó los principios de propaganda inventados por Hitler, y extendió su aplicación a la organización del partido en su totalidad.

En el llamado "Diario íntimo", donde uno descubre miles de mentiras, Goebbels dice, en tono humilde, que va a revelar al lector "el idealismo, la conciencia de sí mismo y la fuerza inquebrantable" que él tenía en aquel tiempo durante el cual "hacían los preparativos prácticos para el advenimiento al poder". Claro está que todo el libro es un "cuadro pintado con colores fuertes y chillones", un himno a la labor realizada por el doctor Goebbels. Pero el elogio de sí mismo casi viene a ser eclipsado por la apoteosis rastrera de Hitler: *El es el único que nunca se equivocó. El siempre tenía razón.* Es *como un milagro ver la grandeza del Führer, siendo él tan sencillo, y esa sencillez, con ser él tan grande.* Claro que cada uno de sus escritos es *un documento clásico de la precisión de sus pensamientos* o *una obra maestra de la estrategia política;* en todo caso, *una obra maestra jamás igualada, desde el punto de vista estilístico,* o *de una lucidez en la argumentación y de un estilo tan brillante como sería imposible imaginarlo mejor. Es admirable la resistencia de sus nervios;* esto ya es algo. Pero el Führer es, también, *la fuente, nunca agotada, de una fuerza que se renueva eternamente.* ¿Quién negaría que *es grandioso en sus argumentos,* y que, *como siempre, tuvo razón también esta vez?* Cuesta creer que *lo grande que hay en el Führer* no sea sino *su tenacidad constante;* ¿no parecen demasiado modestas las palabras *original e ingenioso como siempre?* ¿Quién va a dudar de que *todos son de la misma opinión que el Führer? ¿Quién podría hacer menos, ante la lógica convincente de sus deducciones?* Por ello, los negociadores del Centro *se desconciertan, hondamente impresionados por la personalidad del Führer.* Afortunadamente, fué sólo la primera impresión; pero *quien tiene la suerte de frecuentar la amistad del Führer, llega a estimarle de más en más: no sólo es acertado en su juicio sobre*

cualquier problema, sino que también de una bondad personal indescriptible, y está compenetrado de un espíritu de camaradería tan cordial que cautiva a cuantos se encaran una vez con él. Porque —¡quién lo hubiera imaginado!— *nadie es menos apto para tirano que él.* ¿A quién, pues, extraña que el viejo Hindenburg *no pueda retener las lágrimas* al escuchar un discurso de Hitler? Hasta en la noche del incendio del Reichstag, *causa asombro ver al Führer dar órdenes, aquel mismo hombre que hace media hora que estuvo cenando junto con nosotros, charlando sin la menor preocupación.* ¡Y luego aquella sorpresa tan tremenda! Hitler es, por eso, *efectivamente, el Grande por encima de todos nosotros,* es más: *El Führer está siempre como una estrella por encima de nosotros.* Por eso mismo, *da náuseas...*, esto dice Goebbels de una conferencia con los dirigentes del Centro.

Todas estas citas caracterizan no sólo al que las escribió, sino también a aquel a quien fueron dedicadas. Goebbels dedicó el libro "Al Führer", y el Führer aceptó la dedicatoria. Así habla a su soberano uno de los primeros ministros de un gran Estado moderno, y el soberano admite que la gente le hable así.

Dijimos que el doctor Goebbels no cree lo que él mismo dice. ¿Está comprobado esto?

Paul Joseph Goebbels es un hombre de altas prendas. Su carrera es una de las más brillantes. Su fama se basa en sus grandes facultades.

Y es, con todo, un pobre hombre.

UN CESAR SIN AMBICION

De todos, es el único que recuerda a Mussolini, dijo Oswald Spengler refiriéndose a Gregor Strasser.

Puede ser que Spengler se dejara engañar por ciertas circunstancias exteriores. Strasser tenía la frente de dictador, era de alta estatura y ancho de espaldas. Era un hombre fuerte, y hasta brutal; durante años enteros, Hitler le tuvo miedo. Strasser tenía la visión certera, y los problemas eran para él algo más que una cuestión de sentimientos.

Hitler nunca llegó a definir los problemas actuales tan claramente como lo hizo Gregor Strasser en su famoso discurso pronunciado en el Reichstag:

El progreso del movimiento nacionalsocialista es la protesta del pueblo contra un Estado que niega el derecho a trabajar y rehusa proporcionar medios naturales de subsistencia. Si el actual sistema económico mundial impide la distribución equitativa de los productos naturales de la tierra, el sistema no es bueno y ha de ser modificado... Lo esencial del desarrollo actual es el vehemente deseo anticapitalista de nuestro pueblo, deseo de que está dominado, consciente o inconscientemente, quizás un noventa y cinco por ciento de la población. Este deseo anticapitalista no niega, ni con mucho, la propiedad justificada desde el punto de vista ético, la que es el resultado del trabajo y de la economía. Sobre todo, no tiene nada que ver con las tendencias inconducentes y destructivas de la Internacional. Es la protesta del pueblo contra un sistema económico que ya no sirve; se exige al Estado que, con el objeto de asegurar el derecho a la propia vida, rompa con los demonios oro, economía mundial y materialismo, que acabe con ese modo de considerarlo todo desde el punto de vista de la estadística de exportaciones o del tipo de descuento fijado por el Banco del Reich, y que esté en condiciones de garantizar al trabajador honrado el sueldo correspondiente y necesario para poder vivir decentemente. Este deseo anticapitalista evidencia que vivimos en una época de transición caracterizada por la agonía del liberalismo, la reorientación de la economía y el cambio de actitud frente al Estado.

Lo que le hacía falta a Strasser era la voluntad de cargar con la responsabilidad, o tal vez la ambición del poder. Deseoso de vivir en paz, renunció a ser dictador y volvió a sus amigos de tertulia. Lo que en él había de cursi le impidió elevarse a mayor altura.

Strasser no era nacionalsocialista de primera hora, no frecuentaba la amistad de Hitler, ni pertenecía a ningún grupo particular. No sabía rodearse de gente ciegamente adicta; detestaba las intrigas y el chantage político. Strasser era un individuo que "actuaba", el único que se atrevía a tomar la iniciativa. Pero no se atrevió a rebelarse contra Hitler. No fué desleal para con Hitler: él había creado, por iniciativa propia, aquella poderosa organización, él había hecho del movimiento nazi un instrumento tan formidable que podía creerse autorizado para actuar libremente. Es probable que, aun sin Hitler, Strasser hubiera llegado a ser un gran político.

Strasser era, al principio, jefe de la SA de la Baja Baviera. El día del "putsch" estuvo en un puesto perdido, junto al Isar. El "putsch" fracasó, los dirigentes huyeron, y nadie avisó a Strasser. Nunca se lo perdonó a los responsables. Seis meses más tarde, pudo considerarse el verdadero jefe del movimiento.

Strasser confeccionó la lista de diputados al Reichstag, y la hizo de modo que ni Roehm ni Goering obtuvieron mandatos. De aquel entonces data una enemistad mortal.

JUVENTUD ESCLAVIZADA

Baldur von Schirach, que nació en 1907, es el jefe supremo de la Juventud Hitlerista. Von Schirach está perdidamente enamorado de la persona de Adolfo Hitler, y cree lo que Goebbels dice. Cuando colegial, escuchó en Weimar —donde su padre era director artístico de un teatro— un discurso de Hitler que le electrizó. Tenía dieciocho años, cuando se adhirió al partido. En Munich estudió filología germánica e historia del arte; en 1929 interrumpió los estudios para asumir, a la edad de veintidós años, un alto cargo en el partido. Fué, primero, presidente de la Asociación de Estudiantes Nacionalsocialistas, y luego fué nombrado jefe supremo de la Juventud Hitlerista. Después del advenimiento al poder, Schirach creó una organización gigantesca; toda la juventud alemana fué obligada a adherirse a la Juventud Hitlerista. Aquellos jóvenes "dirigentes" no sólo sabían conseguir puestos bien retribuídos, sino que también se dedicaban con entusiasmo y con fe a la labor que realizaban, convencidos —y con razón— de que el porvenir del nacionalsocialismo dependía de ellos. La juventud alemana es educada en un espíritu que los habitantes de otros países no pueden imaginar. Ante todo, se inocula a esa juventud un extremado orgullo de su sangre "mejor". De ahí el nuevo concepto del amor sexual. Antes de unirse, la muchacha y el muchacho han de examinarse con mucho criterio, teniendo presente que su deber es procrear hijos superiores desde el punto de vista racial. La vida sexual debe regirse por el principio de selección. Ello no quiere decir que esa juventud sea educada en el sentido del llamado "amor libre"; pero el pecado que la sangre "pura" comete con otra sangre "pura", es remisible, mientras no lo es el crimen de "lesa raza", vale decir, la unión legal de una persona de raza aria con otra de raza judía. Se procura dar un nuevo sentido a la unión de los sexos: lo principal no es la vida conyugal y la educación de los hijos como hasta ahora, sino la procreación de individuos superiores desde el punto de vista racial.

Los antinazis llaman a eso "acaballaderos" o "circos de animales", pero la Juventud Hitlerista y sus dirigentes espirituales dicen que se trata de una nueva "religión de la sangre". Parece que ello es la expresión del deseo de una metafísica nacionalsocialista. Baldur von Schirach ha hecho suyo el ideario de Alfred Rosenberg. Von Schirach y la mayoría de sus colaboradores batallan no sólo contra las asociaciones de la juventud católica y la institución de la Iglesia, sino que sus ataques van dirigidos también contra el cristianismo en el sentido más amplio de la palabra.

Schirach ha compuesto versos como este:

No encontrarás a Dios
Por los caminos trillados.
Puedes presentirle
Donde ondean las banderas
De la fe: en el cadalso;
Donde los diablos te gritan:
¡Abjura, perro, o morirás!
Han construído muchas catedrales:
Para nosotros son altares las gradas
De la Feldherrnhalle. (Mausoleo de los generales).

Pero esa juventud no se contentará con la metafísica. Schirach dijo: *La orientación socialista y anticapitalista es el rasgo más característico de la juventud alemana nacionalista.*

En esa época de decadencia, no era difícil señalar a la juventud más altos ideales. Pero la verdadera tarea consiste en crearle un mundo que responda a esos ideales. Ahí está la dificultad. Toda la política actual de Hitler se funda en la juventud. Para él, es una cuestión de tiempo no más: tendrá que luchar y vencer todas las dificultades hasta que aquellos jóvenes hayan llegado a la edad adulta. Hitler dijo a sus adversarios: *¡Vosotros pereceréis, pero la generación futura ya no sabe nada de otras cosas distintas!* Y el doctor Ley añadió: *Damos una banderita a los niños y les enseñamos a gritar ¡Heil Hitler!: esta es la generación futura.*

Y precisamente en este punto, Hitler se llevará un chasco. Se puede cloroformar a las masas por un lapso relativamente breve, pero no se puede hipnotizar a las generaciones manteniéndolas apartadas de la vida real. Es muy peligroso el reponer siempre la misma "leyenda dramática". Aquellos jóvenes ven en Hitler algo muy distinto de lo que es. No será tarea fácil la de definir lo que un hombre como Baldur von Schirach quiere expresar por las palabras "socialismo" y "anticapita-

lismo". Lo cierto es que las exigencias, aún no formuladas, de la generación futura no coincidirán con lo que se proponen los actuales gobernantes. Algún día, el "sistema" tendrá que confrontarse con la realidad. Entonces se verá con toda claridad que aquellos jóvenes no son los garantes del Estado nacionalsocialista, sino que serán los primeros en destruirlo.

JULIUS STREICHER, EL VERDADERO HITLER

Julius Streicher es el único nacionalsocialista que ha conservado su originalidad. Todos los demás —hasta Goering y, naturalmente, Goebbels— han perdido su individualidad al someterse a Hitler, resignándose ante su afán de poder. Sólo Julius Streicher sigue ejerciendo algo así como una política individual.

Streicher, maestro normal de Nuremberg, soñaba con erigirse en jefe del movimiento nacionalsocialista. Hablamos ya del papel que desempeñó cuando en 1921 se produjo la escisión dentro del NSDAP. Sólo en 1923 se sometió definitivamente a Hitler; Streicher tuvo que defenderse contra una revuelta palaciega y triunfó con el apoyo de Hitler. Los enemigos de Streicher, los Kellerbauer, Buerger, Pressel y Schlieben, quedaron propietarios del *Deutscher Volkswille* ("La Voluntad del Pueblo Alemán"), órgano del grupo de Nuremberg.

Streicher fundó un nuevo periódico: *Der Stuermer*, que llevaba el subtítulo de "Periódico dedicado a la lucha por la verdad y contra los traidores". Los adversarios fueron a Munich y se quejaron de Streicher a los jefes del partido. Dietrich Eckart les recibió. No tomaba en serio a Streicher, y les dijo: *Pero, ¡si es un loco!*

Lo que la gente reprochó y reprocha a Streicher es su codicia de riquezas y su vida licenciosa. Streicher asediaba a las esposas de los socios del partido, y con desenfreno iniguala-do. Se le encontraba a menudo en cueros, sentado al escritorio. Un periódico, cuyos fundadores no perseguían otro fin sino el de acabar con Streicher, publicó un dibujo en el que Streicher aparecía desnudo, y el respectivo epígrafe decía: *¿Llevaba el señor Julius Streicher el mismo traje cuando, en tal y tal fecha, a las once de la noche, dió una tablilla de chocolate a la señora del doctor Fulano, que estaba alojada en el hotel X?".*

Hitler envió al mayor Buch a Nuremberg; Buch, que actuaba oficialmente de jefe de la SA, había de examinar la verdad de aquellas incriminaciones, y vigilar a Streicher. Streicher se quejaba a algunos amigos de que Hitler se obstinaba en intervenir en Nuremberg; podría vivir en paz, si Hitler se limitara al Sur de Baviera y le dejara a él el Norte. Pero resultaba imposible hablar de ello con Hitler; cada vez que él, Streicher, iba a Munich, Hitler evitaba el encuentro con él.

En 1923 se produjo el cambio. Hitler hizo el "putsch". Streicher estuvo tendido en el suelo, al lado de Hitler, delante del mausoleo de los generales. ¿No fué Streicher el que descerrajó el primer tiro? Hermann Esser, Arthur Dinter y Julius Streicher eran los únicos con quienes Hitler podía contar mientras estaba preso en Landsberg. Streicher dijo que Hitler era el verdadero y único Führer; escribió una carta al general Ludendorff, en la que le negaba el derecho al cargo de jefe, puesto que cuando el general aun no tenía la menor idea de lo que significaba la palabra "racismo", él, Streicher, ya batallaba por la "causa racista". Cuando Hitler fué puesto en libertad, Julius Streicher no tardó en darle muestras de su adhesión. Nuremberg se convirtió en el centro del movimiento nacionalsocialista, dejando atrás a Munich. En Nuremberg se celebraban las más grandes manifestaciones, en Nuremberg existían las mejores fuentes de recursos. Estas constituían para Hitler una ayuda tan valiosa, que nunca vacilaba en complacer a Streicher, haciéndole concesiones en la medida de lo posible. Le permitió atribuirse los títulos de "fundador del distrito de Franconia del NSDAP" y "Führer de los francos". Es este un caso único en la historia del partido.

Poehner llamó a Streicher un "montón de inmundicias", y Strasser insistió en que se le expulsara del partido. Pero el 2 de marzo de 1925 Hitler confirmó, con gran sorpresa de todos, a Streicher en el cargo de jefe de Nuremberg y de Franconia; Streicher se había hecho merecedor del cargo tanto por su labor de propaganda como por sus valores personales. Refiriéndose a los reproches, Hitler dijo: *Puede que su carácter y su cara no les gusten a todos, pero no por eso renunciaré a la colaboración de Streicher. Por lo demás, todos tenemos nuestros defectos.* Parece que los sobres que Streicher solía entregar a Hitler eran cada vez más voluminosos. Lo cierto es que ya en diciembre de aquel mismo año, Hitler elogió a Streicher en términos exagerados. En un pleito que Streicher había entablado, Hitler compareció ante el tribunal y declaró que Streicher era el más fanático amigo de la verdad del mundo. Algunos días des-

pués dijo, en una reunión, que apoyaría a Streicher no sólo como político, sino también como hombre; cuanto más un jefe era perseguido por la "democracia judía de noviembre", tanto más tenía que ser reverenciado por los nacionalsocialistas.

Aun cuando se ignorara la vida privada de Streicher, no sería difícil ver de qué clase de hombre se trata. En el curso de los años, el *Stuermer* ha llegado a ser un "periódico" que no se puede calificar sino de pornográfico. Era, en un principio, un periodicucho, algo como una crónica escandalosa de Nuremberg, que publicaba hoy un artículo sobre la actuación del primer alcalde de Nuremberg, y mañana otro sobre los secretos de una fábrica de embutidos. Pero, con el andar del tiempo, Streicher hizo del periodicucho un órgano "central" para la "libre" discusión de problemas relativos al llamado "crimen de lesa raza", entendiéndose por "crimen de lesa raza" las relaciones sexuales entre personas judías y no-judías. Streicher lo describía todo, su dibujante lo dibujaba todo y los lectores se enteraban de todo. Gran parte de sus lectores eran estudiantes de ambos sexos de Nuremberg.

Uno de los enemigos de Streicher le calificó de alienado; Streicher repetía durante años enteros lo que aquél había dicho, y por el hecho de que se refería a ello en casi todos los discursos, quedó demostrado que su adversario tenía razón. He aquí un trozo de uno de aquellos discursos de Streicher: *Queridos compatriotas, cuando en la Dieta, donde están reunidos, ciertos señores doctores y presidentes y qué sé yo, cuando allá donde están reunidos en sus cuartos, y nadie puede entrar porque los lindos cuartos están reservados para la gente "bien", no para un hombre sencillo, cuando allá uno se levanta y dice una palabra, no quiero repetirla, pero vosotros, queridos compatriotas, la habréis leído, porque la repiten en sus diarios, se llama eso alta política; pero cuando otro dice una palabra acerca del escándalo que clama al cielo, esa palabra es el producto de un cerebro patológico, queridos compatriotas, entonces yo digo una sola palabra: ¡Judas!...*

Streicher no ha cambiado de tono. En agosto de 1935 dijo en un discurso que pronunciara en Berlín:

Es tan fácil decir, cuando el enemigo ya no tiene ocupado el país: todos los hombres son iguales. Pero cuando está en el país, uno no lo hace de buen grado. Y todavía tenemos los restos, y todavía tenemos los hijos de ellos. Hay gente culta que dice: todos los que tienen el rostro humano son iguales.

Dijo en el mismo discurso: *En un jardín zoológico vi niños alemanes. Los niños, los maestros alemanes sonreían, eran caracteres alegres, y al observarles uno podía ver cómo ellos se interesaban por los movimientos de los animales, por los juegos de los animales. La alegría se pintaba en las caras de los niños alemanes. Y luego vi niños judíos y maestros judíos. Vagaban, pasaban sin el menor interés, y se detenían solamente delante de la casa de fieras. Lo llevan en la sangre. La sangre llama a la sangre. Es un pueblo que hace mil años que vive de lo que roba a los otros. Los hijos de ese pueblo siempre reincidirán en ello.*

Esto es patológico. Julius Streicher se encontraba, una vez, en compañía de amigos, y hojeando una revista ilustrada, dijo de improviso: *¡He aquí una cabeza que tiene todas las características de la raza superior!* Un amigo miró el retrato, y dijo: *Pero, ¡si es Gundolf! —Claro que es Gundolf; aquí puede usted leerlo: catedrático de literatura, en Heidelberg. —¿No sabe usted que su nombre verdadero es Gundelfinger, y que es judío?* Streicher se calló, miró atentamente el retrato y dijo, meneando la cabeza: *Lo lamento mucho, pero así como aparece en la fotografía, es una cabeza que tiene todas las características de la raza superior.*

La mayoría de los miembros del partido le consideraban siempre como una mácula. Uno de los mejores amigos de Streicher era un tal Steinberger, que —Streicher no lo ignoraba— había cumplido una pena de cuatro años y medio de presidio.

En 1933, Streicher tuvo la intención de nombrarse a sí mismo primer alcalde de Nuremberg o jefe de la Dirección General de Seguridad de la misma ciudad; el interventor von Epp se lo impidió. Después del advenimiento de Hitler al poder, Streicher no era más que uno entre los dieciocho jefes de distrito; Hitler agenció altos cargos a casi todos los jefes, pero pasó por alto a Streicher, hiriéndole hondamente.

Sin embargo, Streicher sabía imponerse y ha llegado a ser una de las más conocidas figuras del régimen. En junio de 1933 mandó detener cierto número de judíos nurembergueses, que en seguida fueron conducidos a una pradera, obligándoselos a limpiarla de matas. Mandó arrestar a una moza de diecinueve años, que había sido encontrada en compañía de un judío. Después de cortársele el cabello al rape, se la condenó a llevar un cartel en el que se leía: "Me entregué a un judío". La moza y su acompañante fueron llevados a varios "cabarets"; tuvieron que subir al tablado, y los miembros de la SA comentaron el

caso en tono obsceno. Quiso la casualidad que presenciasen una de aquellas escenas el hijo y la hija del señor Dodd, embajador de los Estados Unidos en Berlín. Un año después, varios miembros de la SA invadieron las casas de judíos en el pueblo de Gunzenhausen, Franconia Central, y mataron a algunos judíos. Los culpables fueron Julius Streicher y von Obernitz, subjefe de la SA de Franconia. El gobernador civil de la Franconia Central, señor Hoffmann, coronel en retiro, renunció a su cargo en señal de protesta, y el interventor von Epp lo nombró, también en señal de protesta, subsecretario de Estado. No pudieron, sin embargo, impedir el hecho ni castigar a los responsables.

Pero si Streicher no hubiese hecho más que cometer tales atrocidades, no habría adquirido fama en el Estado nacionalsocialista, puesto que cualquier nazi podía hacer alarde de semejantes hazañas. Sólo la propaganda pornográfica sensacional del *Stuermer* hizo de Streicher un personaje de fama mundial. Streicher es el apóstol del antisemitismo en Alemania. Esto ya es algo, si se tiene en cuenta que Alemania es un Estado oficialmente antisemita, donde los judíos no son reconocidos como ciudadanos.

La autoridad de Streicher no se funda en su popularidad, porque no goza de las simpatías del pueblo; ni en un grupo particular dentro del partido, porque no se ha creado un círculo de amigos como lo hicieron casi todos los demás jefes; ni en la amistad personal de Hitler, puesto que tal amistad no existe. El secreto de su éxito consiste en que él es el único que expresa los pensamientos verdaderos de Hitler; de todos los dirigentes del partido, Streicher es el que toma al pie de la letra lo que Hitler dice en "Mi lucha".

Cuando los franceses enviaron tropas negras a las provincias renanas, Hitler lo interpretó de la manera siguiente: *El judío quiere prostituir; por eso entrega la mujer alemana al negro, allá en las zonas renanas.* En "Mi lucha" dijo que tenía por comprobada la autenticidad de los llamados "Protocolos de los Sabios de Sión", que son una falsificación evidente y notoria. En la primavera de 1933, Hitler mismo concibió la idea de boycotear a los judíos; Goebbels lo atestigua en su "Diario íntimo": *El Führer me llamó. Tomo el tren de noche para Berchtesgaden. En la soledad de las montañas, el Führer ha hecho un examen detenido de la situación, y ha adoptado una resolución. Tenemos que organizar el boycot contra todos los negocios judíos en Alemania. El camarada Streicher dirigirá la acción.* Hitler

declaró que "El Capital", de Carlos Marx, había sido escrito expresamente *para los dirigentes intelectuales de la maquinaria judía para la conquista del mundo;* descubrió que cada judío, en su posición respectiva, trabaja, conscientemente, para asegurar a los judíos el dominio del mundo. Después de su advenimiento al poder, el canciller Hitler tuvo que moderarse en sus expresiones, teniendo en cuenta la opinión pública en el extranjero. Entonces Streicher se convirtió en vocero de Hitler. Fué él quien dijo a algunos periodistas extranjeros: *El único periódico que el Führer lee desde el primero hasta el último renglón, es mi* Stuermer.

En sus horas de ocio, esta fiera humana pinta paisajes idílicos a la acuarela.

EL SISTEMA PETTENKOFER

Estos son los dirigentes nacionalsocialistas de quienes Rudolf Hess dijo que forman una "comunidad en sí". Entre ellos descuellan Goebbels y Rosenberg. Pero no ofenderemos a Goebbels diciendo que es astuto, pero sí propenso a las ramplonerías y de mala índole; Rosenberg, por su parte, cree muy ligeramente y es demasiado superficial como para ser tomado por teórico serio.

El nivel de intelectualidad inferior de esos gobernantes es una cosa muy natural, si se tiene presente que ellos fueron seleccionados conforme a dos criterios: el uno era el de la ciega fe en el Führer, y el otro el de la actividad. La llamada lealtad para con el Führer estaba por encima de todas las demás exigencias. Por ello mismo, tuvieron que retirarse del partido muchos hombres, entre ellos algunos de grandes prendas o por lo menos independientes, tales como Anton Drexler, Ludendorff, Arthur Dinter, el general von Heinemann, el teniente de navío von Muecke, los hermanos Strasser, el capitán Stennes y Ernst Roehm. Y pasaron a primer plano los "hombres activos" que, siendo tal vez valientes, eran en cierto modo nerviosos, irresponsables, gente poco seria. Entre ellos hay muchos descendientes de alemanes residentes en el extranjero. El mismo Hitler obtuvo la ciudadanía alemana cuando, poco antes de las elecciones presidenciales de 1932, fué nombrado consejero gubernamental de Brunswick. Hess nació en Alejandría, donde su padre era propietario de un hotel; es por eso que en el partido le llaman "el egipcio". Darré nació en Belgrano, barrio de Buenos Aires. Rosenberg es oriundo de Rusia. El padre de Goering fué

funcionario en el Africa alemana del Sudoeste, y Ernst Hanfstaengl desciende de una familia norteamericana de origen alemán.

No intentamos dar las señas personales de todas esas nobles figuras; prescindimos de describir la vida heroica del señor Wágner, ministro del Interior de Baviera, a quien Hitler mismo sorprendió en una orgía; o la de Sprenger, lugarteniente de Hesse, el que en cierta ocasión no pudo pronunciar un discurso por estar beodo; o la del doctor Ley, jefe del "Frente del Trabajo", el cual, ebrio como una cuba, tuvo que ser llevado fuera del restaurante "Schottenhamel", en Munich; o la de los colaboradores de Ley, Grohé y los hermanos Winkelnkemper, que desde hace años son el escándalo de Colonia. Tendríamos que agregar docenas, es más, centenares de ejemplos de todas partes de Alemania. De todos modos, los dirigentes nacionalsocialistas han correspondido a las esperanzas que, con respecto a la moral, Hitler alentó en un artículo publicado en el *Voelkischer Beobachter* el 20 de febrero de 1925: *No creo que la tarea de un dirigente político consista en enmendar o, tal vez, standardizar el material humano que tiene delante de él. El dirigente político no ha de empeñarse en corregir los defectos mediante una educación uniformista. No puede contar con incorporar en su movimiento ideales hombres universales, sino seres humanos de temperamentos muy distintos. Por lo mismo, creo que mi tarea consiste en asignar su campo de acción a todos los temperamentos, capacidades y caracteres que están reunidos en el movimiento.*

Uno de los seres humanos arriba mencionados, un alto jefe de la SA de Baviera, hurtó un candelabro de plata durante una recepción en la casa del gobernador von Epp. Habiendo recibido varias intimaciones, aquel jefe de la SA se inclinó a devolver el candelabro. Desarmólo y envió cada día una pieza. Agregó una carta, en la que decía que habiéndose dado cuenta de que el gobierno de Baviera tenía que ser iluminado, y él no lo impediría; pero para que la iluminación no se produjera en forma demasiado brusca, enviaba el artefacto por partes.

Alguien dijo a Hitler: *Veo que entre sus dirigentes hay individuos muy sospechosos.* A lo que Hitler contestó: *Yo creo, con Pettenkofer, que los ríos se clarifican por sí solos.*

CAPITULO XX

EN EL PODER

EL INCENDIO DEL REICHSTAG

El comunismo tuvo la mala suerte histórica de haber podido intimidar a sus enemigos en casi todos los países del mundo, y de no haber sido tan fuerte como para triunfar sobre ellos. El comunismo debió atenerse a Maquiavelo, quien dijo: el que provoca al enemigo, debe estar en condiciones de triunfar sobre él; de lo contrario, haría mejor en reconciliarse con él. El comunismo sirvió de fermento al fascismo, puesto que fué causante de la solidaridad de la burguesía; por doquiera que se produjeran choques entre el comunismo y el fascismo, este último salió triunfante, ya que disponía de todos los recursos de la sociedad existente. Eso —dicho sea de paso— no fué algo ineludible; sólo los errores tácticos condujeron a esa situación fatal.

El 23 de febrero de 1923 se reunieron en sesión los consejeros de Estado de Prusia. El líder comunista Ernst Torgler asistió a las deliberaciones. El primer alcalde de Altona, señor Brauer, socialdemócrata, se acercó a Torgler y le dijo:

—*Torgler, el tiempo urge. Usted no ignora lo que se está jugando. ¿No quieren ustedes entrar en razón y formar una coalición con nosotros?*

Torgler repuso: *¡Ni en sueños! Los "nazis" tienen que subir al poder. A las cuatro semanas de entonces, todos los obreros estarán reunidos en el KPD.* (Partido Comunista Alemán).

Pocos días después, Brauer se entrevistó en Hamburgo con un alto funcionario de la Unión Soviética. Este funcionario había ido a Hamburgo para arreglar un asunto con el representante comercial de la Unión Soviética en ésa. Brauer dirigió a aquel diplomático la misma pregunta que a Torgler, y recibió la misma contestación:

—*No; ellos* (los nacionalsocialistas) *tienen que subir al poder, para que termine la lucha que ya dura tantos años. Cuatro semanas después de su advenimiento, los comunistas serán los conductores de los obreros unidos.*

Mientras el fascismo procuraba reunir a todo el pueblo para la batalla decisiva contra el marxismo, el comunismo reunía sólo parte del proletariado (creyendo que tenía de su lado la mayoría del pueblo) y atacaba en realidad a esta misma mayoría.

El canciller Hitler se presentó al pueblo alemán como quien había preservado a la nación de la carnicería con la cual —decía— amenazaban los comunistas. Si los comunistas hubieran provocado disturbios, cualquier gobierno los habría sofocado con la intervención de la policía. El incendio del Reichstag que se produjo el 27 de febrero de 1933, habría sido la prueba evidente de que los comunistas estaban preparando la revolución.

El incendio del Reichstag fué de suma importancia para la instauración de la dictadura. Al mismo tiempo dispuso Goering que la SA y la SS reforzasen a la policía. Mediante esta "policía auxiliar", los nacionalsocialistas ejercieron el poder aún antes del incendio del Reichstag. Pero sólo el incendio del Reichstag convenció —por de pronto— a las masas, de la necesidad de la subida de Hitler al poder.

En el correspondiente proceso ante el Tribunal Supremo quedó comprobado que los comunistas no habían incendiado el Reichstag. Los verdaderos incendiarios no fueron mencionados en el juicio. No cabe duda que fueron los nacionalsocialistas quienes pegaron fuego al Reichstag.

En el libro "Historia del nazismo" (1), el autor ha tratado de hacer un análisis del incendio del Reichstag.

Sólo añadimos algunas pruebas.

Al día siguiente del incendio del Reichstag, un alto funcionario entró en la sede del Club Nacional, situada enfrente del Reichstag. Unas doce personas estaban hablando del incendio. El funcionario dijo, en tono despectivo:

—*¡Mal trabajo! Mis hombres lo habrían hecho mejor. Cuando el jefe del cuerpo de bomberos, señor Gempp, llegó al lugar del incendio, vió a la gente de la SA peleando con van der Lubbe. ¿No es el colmo?*

(1) Editorial Claridad, 1938.

Luego contó:

La sección Nº 17 de la SA de Berlín, llamada "Sección Horst Wessel", fué la que pegó fuego al Reichstag. Pagaron al ex comunista van der Lubbe; le dijeron que sería arrestado y encarcelado por dos años, más o menos; eso sería todo, puesto que tomarían precauciones para que no hubiese víctimas. Después de puesto en libertad, recibiría 50.000 marcos. Van der Lubbe y los miembros de la sección Nº 17 incendiaron el Reichstag. Cuando, al toque a fuego, los de la SA se dispusieron a huir —como estaba convenido— por el pasillo subterráneo que une el Parlamento con el palacio del presidente del Reichstag, van der Lubbe se atemorizó y quiso huir con ellos. Pero, según lo establecido en el plan, van der Lubbe tuvo que permanecer en el lugar del incendio. Los hombres de la SA le detuvieron y se produjo una riña. Le desgarraron el saco y la camisa, y por eso se le encontró, después, desnudo hasta el cinturón. El jefe del cuerpo de bomberos, señor Gempp, vió esta pelea (pero no la mencionó en su deposición ante el Tribunal Supremo).

Los señores que estaban reunidos en el Club Nacional escucharon perplejos estas palabras. Pronto experimentaron otra sorpresa. Se les había invitado a participar de una inspección ocular del Reichstag, a las dos de la tarde; Goering mismo les guió. En la sala de sesiones, las butacas del fondo habían sido taladradas desde abajo, y en los agujeros estaban metidas antorchas de estopa, algunas a medio quemar. Goering examinó las antorchas, y con un aire que a muchos les pareció una sonrisa de triunfador satisfecho, dijo: —*Buen trabajo, ¿eh?*

Todavía no se sabe toda la verdad acerca del incendio del Reichstag. Una de las catástrofes morales que se produjeron a raíz del incendio del Reichstag, fué la de que el Tribunal Supremo, integrado por los primeros jueces de Alemania, se prestara a encubrir la verdad. El movimiento nacionalsocialista, consciente de su propósito, logró su fin, desembarazándose de todos los vínculos impuestos por la moral. El pueblo alemán fué embaucado, y van der Lubbe, hechura engañada, fué ejecutado. Pero a partir de aquel día, Adolfo Hitler y su pandilla fueron los gobernantes de Alemania.

ATROCIDADES

Todavía hay mucha gente que no sabe cómo los gobernantes de Alemania ejercen el poder.

Hasta mediados de agosto de 1935 fueron ejecutados 49 adversarios políticos, casi todos con el hacha. Se calcula en 23.000 el número de los adversarios políticos que están privados de la libertad. Cualquier actividad política susceptible de ser calificada de alta traición, puede tener por consecuencia la ejecución del "autor del crimen". El redactor Schwerdtfeger, del *Berliner Boersenzeitung*, fué sentenciado a muerte por haber comunicado a algunos periodistas extranjeros ciertas instrucciones internas que el Ministerio de Propaganda había dado a los diarios alemanes.

Adversarios políticos y otras personas que no gozan de las simpatías de los gobernantes, son llevados a los llamados campos de concentración. Se ignora el número exacto de los recluídos en estos campos; lo cierto es que oscila entre unas decenas de miles y cien mil. Muchos, hombres apolíticos, están en los campos desde hace años; desconocen absolutamente el motivo de su detención; se les lleva a los campos sin indicarles el por qué de tal procedimiento, y sin que ningún juez haya pronunciado sentencia alguna. No todos los detenidos sufren vejaciones interminables; pero muchos experimentan infinitas torturas inhumanas. En todos los campos, el castigo corporal se aplica oficialmente. Muchos presos están encerrados, durante meses enteros, en calabozos donde pueden estar derechos o acurrucarse, pero no acostarse; otros son apaleados a diario. En un gran número de casos, se declaró oficialmente que los detenidos se habían suicidado; de ello puede inferirse lo cruel que debe ser el tratamiento. Las informaciones suministradas por ex detenidos, convienen en que las atrocidades cometidas con presos que no pueden defenderse, no son casos aislados, sino que constituyen un sistema. En algunos casos, los guardianes pusieron una soga en el calabozo y hasta la sujetaron a la ventana, significándole al preso que se suicidara. El ex diputado comunista Beimler relata que, en el campo de Dachau, cerca de Munich, el inspector, miembro de la SA, le decía diariamente que se suicidase: sería la única manera de poner término a las torturas, puesto que nunca le soltarían. En Dachau, el castigo corporal se ejecuta mediante

un vergajo de toro, que se moja bien antes de la ejecución: la elasticidad de la cola aumenta el dolor. Por regla general, se dan veinticinco golpes en las asentaderas descubiertas; la piel revienta. Algunos individuos mantienen sujeta a la víctima, cubriéndole la cabeza con una manta, para que no se oigan los gemidos. En la mayoría de los casos, los presos resultan tan intimidados por la primera aplicación, que obedecen sin vacilar cuando se les dice: "¡Inclínate!". Si no lo hacen, algunos miembros de la SA les toman por el cuello y les bajan a la fuerza. El castigo corporal es ejecutado a menudo por los mismos comandantes de los campos. Además del castigo corporal oficial, que se aplica por delitos efectivos o tan sólo presuntos —y también para arrancar alguna confesión—, hay que mencionar los apaleamientos "a discreción", ejecutados por los inspectores. Es evidente que en varios campos se encarga de la "inspección" a los individuos más brutales. Tal vez sin tener órdenes expresas, pero seguramente con el conocimiento y consentimiento de la dirección, los 'inspectores" van, casi siempre de noche, de celda en celda, y apalean a los detenidos. Al ser puestos en libertad, éstos han de firmar un certificado en el que consta que se les trataba bien en el campo. Ocurre con alguna frecuencia que los malos tratos dejan huellas imborrables; en tal caso no es imposible que el desdichado sea "muerto a tiros al evadirse". Durante los primeros meses del régimen nacionalsocialista, la prensa alemana publicó todos los días informaciones relativas a tales hechos. Según los informes oficiales de la prensa alemana, entre el 31 de enero y el 23 de agosto de 1933, fueron asesinados 196 adversarios de los nazis. De comprobaciones hechas en algunos casos documentados, resulta que las cifras publicadas por los diarios alemanes no corresponden al número exacto de muertos.

Además del castigo corporal, hay otros métodos de atormentar a los infelices. Se obliga a los presos, con latigazos, a apalearse mutuamente, o se les fuerza a limpiar las letrinas con las manos. Un preso, hombre conocido, tuvo que entregarse a los homosexuales de la SA. El señor Heilmann, diputado socialista a la Dieta prusiana, fué constreñido a arrastrarse por el suelo, ladrando como un perro, y a husmear a un can por la parte posterior.

CAPITULO XXI

EL 30 DE JUNIO

DICTADURA SIN PLAN

Es difícil tomar resoluciones en una situación determinada, si no existe un plan a larga vista. Gigantesca e informe, la llamada "Revolución Nacional" aplastaba a Alemania. Nuevos organismos y organizaciones, coordinación, nivelación, esterilidad de pensamientos, torbellino de las pasiones sin verdadera ebriedad, marcha al acaso. Hitler recurre, febrilmente, ora a este tópico, ora a aquella frase trillada, y luego vuelve a desecharlo todo, comparable a un fumador nervioso que tira los cigarrillos a medio fumar. En marzo de 1933 proclamó la "Revolución Nacional", y en junio la dió por terminada. A principios de mayo anunció la introducción del sistema corporativo en la vida económica de Alemania, y a fines de mayo hizo suspender los trabajos respectivos. Otra consigna: ¡dejar que las cosas sigan su desarrollo natural! En otras palabras: dejar correr las cosas, y en especial las relativas a la vida económica; nada de intervenciones por parte del Estado, o sólo en el caso de extrema necesidad. Pero el Estado moderno de las masas obliga a los gobernantes a una economía orgánica; ha pasado la época del "laisser faire". Como Hitler mismo no tiene ningún plan, miles de pequeños hítleres tienen miles de planes. En las grandes y pequeñas satrapías del país empiezan a producirse estados anárquicos, e Hitler, como un dios por encima de las nubes, deja que el mundo siga su curso atropellado. El 7 de julio de 1933 dijo ante los lugartenientes: *Lo esencial no son los programas ni las ideas, sino el pan de todos los días.*

Es un oportunista que en la época de los primeros éxitos se provee de popularidad para eventuales tiempos penosos. No es un revolucionario, ni tampoco un reaccionario, sino un oportunista que endosa una letra al porvenir, esperando que alguien lo pagará todo.

Al promediar el año 1934, la situación ofreció el aspecto siguiente:

1º Algunos millones de hombres han vuelto a tener trabajo.

2º Este éxito tendrá como consecuencia una catástrofe económica que puede vislumbrarse. 3º En cuanto a la política exterior, el gobierno ha obtenido algunos éxitos: el pacto con Polonia y la violación del tratado de Versalles, quiere decir: el rearmamento sin oposición de parte de los aliados. 4º Ha aumentado el peligro de una guerra.

No se pueden desconocer los supremos esfuerzos del régimen; y vastos sectores de la población reconocen ese empeño. Pero poco a poco la gente empieza a notar los peligros inminentes. Se resienten de la privación de la libertad individual a medida que su situación económica se torna precaria. Sólo parte de la población cree en las atrocidades cometidas en los sótanos de la SA y en los campos de concentración. Casi nadie concibe la idea de un gobierno distinto del de Hitler, y son contadísimos los que anhelan la vuelta de los antiguos partidos. Pero el pueblo empezó a criticar el estado actual de las cosas; y esta crítica fué más franca y más severa que la del año 1933. Los gobernantes, que hasta entonces vivían en un ambiente de entusiasmo y de muda obediencia, se enfurecieron al oir esas voces críticas. Hitler dió orden de emprender una campaña metódica contra los "alarmistas y criticastros". Esto fué un desacierto, puesto que con ello el gobierno reconoció oficialmente la oposición de vastos sectores de la población.

EL FRACASO DE ROEHM

En mayo de 1934 todos vieron claramente que el presidente del Reich, von Hindenburg, moriría dentro de algunos meses. ¿Quién le sucederá? Fué la segunda vez que se planteó esta pregunta. Ya en 1933 la "casa Hohenzollern" había citado a Potsdam una especie de "consejo de la Corona", para discutir la conveniencia de proclamar regente al príncipe Oskar, uno de los hijos del ex Kaiser.

Pero ahora, ¿qué? Hitler depende de la *Reichswehr*. Si ésta se opone, nunca podrá suceder a Hindenburg.

¡Y precisamente en esas semanas fatales, Roehm se metió en bregas con Blomberg!

Roehm quiere, por fin, recoger el fruto de su labor. Roehm es militar. Había tratado de hacer del ejército un instrumento político, lo había incitado a la rebelión, pero sin éxito. Luego se convirtió en enemigo de esta misma *Reichswehr;* echó pestes contra ella y volvió a reconciliarse con ella. Organizó otro ejército más numeroso que la *Reichswehr*. Quería que los destacamentos pardos fuesen una organización militar, otro ejército: ¡qué le importaba lo que Hitler decía! Seleccionó a sus soldados de entre el pueblo: porteros de las grandes tiendas y aprendices cerrajeros fueron ascendidos a jefes de grupo. Ahora la *Reichswehr* tendrá que inclinarse ante aquella obra; el gobierno no tardará en declarar públicamente que Alemania tiene que rearmarse, y llamará a filas algunos centenares de miles de hombres. Entonces la SA se incorporará —en conjunto y de un golpe— a la *Reichswehr:* los destacamentos se transformarán en compañías, los "estandartes" en regimientos, y los porteros de las grandes tiendas y los aprendices cerrajeros serán ascendidos a coroneles y generales. Blomberg rechaza esto llanamente: la *Reichswehr* no permite la incorporación de organizaciones, ni tampoco reconoce el escalafón de la SA. Los que deseen enrolarse tienen que venir uno a uno, y han de pasar por todos los grados.

Es muy probable que en otro momento Hitler no hubiera intervenido en el conflicto entre Blomberg y Roehm; antes bien, habría dejado correr las cosas como de costumbre. La muerte inminente de Hindenburg le obligó a tomar cartas en el asunto. Roehm era ministro sin cartera, y en varias reuniones del gabinete se habían suscitado vehementes disputas entre Roehm y Blomberg. Aquél se encontraba en una situación trágica. No podía contar con su incorporación al ejército mientras viviera Hindenburg; el anciano le detestaba por su perversidad. Por eso, Roehm, jefe supremo de un "ejército" de tres millones de hombres, no era más que capitán en retiro y "teniente primero del ejército de Bolivia", mientras que Goering había sido ascendido directamente de capitán a general. Hitler, por su parte, opinaba que cuando muriera el viejo enemigo allá en Neudeck, podría exigir de Roehm que se resignase y mostrase paciencia... por la bella cara de los generales de la *Reichswehr*. Roehm, ministro del Reich, jefe del estado mayor de la SA, teniente primero y capitán en retiro, ha caído en la cuenta de que, siendo las cosas así, nunca podrá lograr su fin.

A comienzos de junio, Hitler lo llamó y apeló a su amistad, rogándole que, precisamente en ese momento, no provocara a la *Reichswehr* y que tuviese en cuenta la muerte inminente de Hindenburg y las graves decisiones ante las cuales se veía el gobierno. Roehm contestó que era muy triste que Hitler tuviera miedo a la *Reichswehr;* tres millones de hombres de la SA estaban listos para luchar por él. ¿Luchar? ¿Esa SA? ¿Bajo

esos jefes? Hitler le dijo a Roehm que no quería ser defendido por esa sucia pandilla.

Es extraño este cambio brusco de opinión. No habían pasado más que cuatro semanas desde que Hitler había dirigido a Roehm una carta concebida en términos casi cariñosos, y era a propósito que la había dado a publicidad; decía que consideraba de su deber *darte, querido Ernst Roehm, las gracias por los servicios inolvidables que prestaste al movimiento nacionalsocialista y al pueblo alemán, y expresarte lo mucho que estoy agradecido al destino por poder contar a hombres como tú entre mis amigos y compañeros de lucha. Con mis sentimientos de sincera amistad y en obsequio de tus méritos, tu Adolfo Hitler.* Estas son las palabras que escribió el 30 de enero de 1934. A principios de junio, le pareció que —así se expresó en el discurso pronunciado en el Reichstag el 13 de julio de 1934— *su vida se había tornado tan mala como la de aquellos a quienes vencimos en el año 1933, sucediéndoles en el gobierno. La conducta de esos hombres me impedía invitarles a mi casa o poner siquiera los pies en casa del jefe del estado mayor de la SA.* ¡La casa del hombre por cuya amistad estaba agradecido al destino! ¡El hombre a quien conocía desde hacía diez años y al cual había defendido cuando los otros censuraban su conducta!

Este cambio brusco de opinión se había producido bajo la presión de circunstancias exteriores. Hitler mismo declaró que Rudolf Hess trataba siempre de infundirle sospechas respecto de la lealtad de Roehm. Pero a ello se habían agregado razones más imperiosas.

En la primavera de 1934 se inició en Inglaterra una campaña contra el "imposible" ambiente de Adolfo Hitler. Los ataques se dirigían, ora contra Goering, ora contra Roehm. El ministro Eden fué a Berlín para conocer a Hitler; al embajador alemán en Londres se le dió a entender que a ojos de los ingleses ciertos personajes del gobierno nacionalsocialista perjudicaban la reputación de Adolfo Hitler. La prensa italiana también llamó la atención sobre aquel hecho. Roehm estaba todavía en buenas relaciones con Goebbels; le pidió a éste que le ayudara a rechazar el golpe. Goebbels invitó a los periodistas extranjeros y Roehm les dictó una conferencia. Se había propuesto convencerlos de que no había gente más amante de la paz que los nacionalsocialistas, y por eso dijo que el rearme de Alemania no conduciría a la guerra, puesto que nadie se atrevería a atacar a Alemania. Huelga decir que con tales palabras

tampoco logró granjearse las simpatías del extranjero. Y cuanto más vehemente se tornaba el tono de la crítica extranjera, tanto más molesto le resultaba a Hitler ser amigo de Roehm.

Es muy significativo cómo Hitler motivó su separación de Roehm:

Me resistía a la idea de que una amistad que creía fundada en la lealtad no era más que mentira. Todavía abrigaba la esperanza de poder evitar un escándalo público, deseoso de no avergonzar al movimiento ni a mi SA., y de suprimir el mal sin que se produjesen graves conflictos. Estaba convencido de su propia lealtad en momentos en que iba a faltar a ella, y tenía hasta el fin la esperanza de poder eludir las consecuencias de su propia indulgencia. Esta esperanza de que se produciría un milagro, fué la razón por la que *en estos últimos meses vacilaba en tomar una resolución definitiva.*

Y como Adolfo Hitler no pudo resolverse, le empujaron a la decisión.

EL DISCURSO DE MARBURGO

Franz von Papen, vicecanciller sin influencia, desmayado confidente de Hindenburg, engañado por Hitler y acorralado por Goering, preparaba la venganza. Había reunido un grupo de hombres aferrados a los ideales de los viejos partidos conservadores. Contaba con el apoyo del clero católico y se respaldaba en el Vaticano. Se reunían en aquel grupo el director ministerial Erich Klausener; el dirigente de la Acción Católica; los doctores Edgar Jung y Walther Schotte, y von Bose y von Detten, colaboradores de von Papen. Estos hombres estaban convencidos de que había pasado el tiempo de la defensiva; se daban perfecta cuenta de que Hitler ya no tenía autoridad sobre el Partido, de que en Alemania empezaba a reinar la anarquía, y de que media docena de grandes bajaes y quinientos pequeños gobernaban Alemania a su gusto y albedrío. Ocurrió que un colaborador de Goebbels fué arrestado, durante un viaje en misión oficial a Baviera, por orden del Ministro del Interior de Baviera, señor Wágner, y resultó muy difícil conseguir de los bávaros que pusiesen en libertad a aquel funcionario. Al mismo tiempo, los incultos y descomedidos jefes de la Juventud Hitlerista iniciaron, incitados por Rosenberg, una nueva campaña contra la Iglesia Católica. En todas las universidades, fueron fundados los llamados "SA - Hochschulaemter" que llamaron a algunos jóvenes absolutamente incompetentes para que dicta-

sen cursos de "Weltanschauung" (concepto del mundo). Estos cursos eran obligatorios para todos los estudiantes. Las puertas de las aulas quedaban cerradas durante las clases; esta medida había sido adoptada en vista de que muchos estudiantes se ausentaban a los quince minutos, luego de haber conseguido el certificado de asistencia. El joven profesor de "Weltanschauung" dictaba, entre otras cosas, "cantos provocadores", cuya música anotaba en la pizarra. Tanto la música como la letra tenían que ser copiadas con mucho esmero. En la Universidad de Munich fueron dictados los cantos siguientes:

Por fin se ha barrido a los judíos, que eran una vergüenza;
Pero no dejan de intrigar los bribones negros.
¡A ti, pueblo alemán, no puede ser
Que te escupa el puerco negro!
¡Hombres alemanes, mujeres alemanas, acabad con lo de Faul-
[haber!
¡Hombres alemanes, mujeres alemanas, machacad a la canalla
[negra!
Colgadla de la horca, que hace mucho que se la merece.
El pueblo y los cuervos ya le están esperando.
Sólo cuando se bambolee en el aire,
Estaremos a salvo del traidor negro.

Otro canto, todavía más armonioso:

Afilad en las aceras los cuchillos largos.
¡Clavad los cuchillos en las panzas de los clerozontes!
Y cuando llegue la hora de la venganza,
Estemos listos para cualquier carnicería.

He aquí una estrofa algo rara:

¡Colgad de los faroles a los Hohenzollern!
¡Que bamboleen esos perros hasta caerse!
¡Colgad un puerco negro en la sinagoga!
¡Arrojad granadas de mano en las iglesias!

Estos eran los puntos flacos.

El 17 de junio, Papen pronunció un discurso en la Universidad de Marburgo, ante los estudiantes y profesores. El discurso halló una fuerte repercusión en la burguesía. Papen dijo que la situación era grave, la legislación daba lugar a comentarios, el pueblo se resentía de la crisis económica, se cometían actos de violencia y de injusticia; ¡que acabasen con ese falso optimismo! Papen fustigó la tendencia a desviar el descontento público sobre "indefensas partes del pueblo". No se debía continuar teniendo al pueblo bajo tutela. Todo ello iba dirigido contra Goebbels. Los doctrinarios fanáticos tenían que callarse: esto iba por Rosenberg. Prosiguió en tono acerbo: el falso culto de la personalidad era contrario al genio del prusianismo. Los grandes hombres no eran productos de la propaganda. El servilismo no podía engañar a nadie. Y peroró, en tono cortante: Aquel que usara la palabra "prusianismo" tenía que entender por tal, en primer lugar, el servicio callado e impersonal y sólo en último lugar, o, mejor aún, nunca debía pensar en retribuciones ni recompensas. Un latigazo a Goering. Cada frase mereció salvas de aplausos. Papen expresó exactamente lo que pensaba el pueblo alemán.

Pocos días después, la "Gestapo" se presentó en casa del doctor Edgar Jung, amigo de Papen; Jung había redactado el discurso. Rogó que le permitieran lavarse las manos antes de salir. Escribió con un lápiz la palabra "Gestapo" en la pared del cuarto de baño. Le llevàron preso, y nadie le vió nunca más.

A los cuatro días de haber pronunciado su discurso Papen, Goebbels, exasperado, le contestó, también en un discurso público: *¡Ridículos arrancapinos! ¡Pigmeos! ¡Sujetos vagabundos! El pueblo todavía no ha olvidado cómo esos señores gobernaban desde sus butacas. Nosotros nos tomamos el derecho al poder, porque no había quien lo reivindicara: ¡ningún príncipe, ni consejero de comercio, ni gran banquero, ni cacique parlamentario!*

Hitler mismo habló a Papen, cara a cara. Mas Papen sacó del bolsillo una felicitación telegráfica de Hindenburg. Hitler tuvo que callarse.

Si Papen, apoyándose en la autoridad de Hindenburg y protegido por la *Reichswehr*, hubiera aprovechado las últimas semanas o meses que le quedaban al anciano, probablemente habría mermado la gloria del nacionalsocialismo. La situación económica y financiera era gravísima, y todavía se podía ganar al pueblo. El gobierno no podía vencer la crisis sino distrayendo la atención del pueblo.

SCHLEICHER CONTRA LOS "CRIMINALES"

Kurt von Schleicher, general en retiro, ex ministro y ex canciller del Reich, facilitó al gobierno lo que éste buscaba. Schleicher también preparaba la venganza; lo decía a quien quería oirlo. En una ciudad del sur de Alemania, Schleicher

entró en una gran sastrería y se mandó hacer un traje. Al cabo de algunos días volvió para probarse el nuevo traje. Estaba en calzoncillos, en una de las cabinas, donde no se le veía, pero sí se le oía gritar: *¡Esa chusma! ¡Esos criminales! ¡Esos sucios homosexuales! Pero conmigo no se atreven. No puedo aguantar más; ¡dentro de poco haremos desaparecer a esa pandilla!* Al sastre, que temblaba de miedo, le costó tranquilizar al furioso general. Pero lo que Schleicher pensaba y hablaba era un secreto a voces. En una reunión dijo: *Sé que los gobernantes de Alemania son vagabundos y criminales, pero dentro de seis meses ya no estarán en el poder.*

Schleicher también reflexionaba sobre el rumbo que las cosas podrían tomar después de la muerte de Hindenburg.

En los círculos que siempre lo saben todo y que se meten en todas partes, pasaba de mano en mano una lista de ministros para un nuevo gabinete: se suponía a Hindenburg muerto; Hitler era canciller como antes, pero su vicecanciller era Schleicher, no ya Papen; Gregor Strasser era el dirigente de la economía; el sucesor de Hindenburg era un regente, y precisamente el príncipe Augusto Guillermo de Prusia.

El príncipe Augusto Guillermo era el único miembro de la casa Hohenzollern que era miembro del partido nacionalsocialista. Se adhirió en la primavera de 1930, cuando Hugenberg y Seldte fueron derrotados en el plebiscito contra el "Plan Young", dejando a Hitler millones de votos. Hasta entonces, el príncipe estaba afiliado al "Casco de Acero"; escribió una carta al mayor Schmeidler, jefe del distrito de Berlín, para resumir la situación: habían sido derrotados; sólo Hitler había continuado la lucha resueltamente; abrigaba la esperanza de que el frente pardo se reuniera con el frente gris para la lucha final. El hijo del Kaiser —un simple secuaz del cabo bohemio— era "exhibido", desde entonces, en todas las grandes manifestaciones nacionalsocialistas. El príncipe dijo, en tono insinuante, que todos podían subordinarse a un Hitler. En cierta ocasión se produjo en la estación del ferrocarril de Koenigsberg una riña, que había sido provocada por los camisas pardas; intervino la policía, que apaleó al príncipe y al doctor Goebbels, que se encontraban entre los peleadores. El padre del príncipe escribió, entonces, desde Doorn: *Puedes estar orgulloso de ser un mártir de ese gran movimiento popular.* El príncipe se sentía orgulloso, y este papel era el único que él desempeñaba en el partido. Augusto Guillermo era amigo de Karl Ernst, jefe de

un grupo de la SA de Berlín, quien parece haber sido el verdadero autor del incendio del Reichstag, y, además, un individuo de mala reputación. En la noche del incendio, el príncipe Augusto Guillermo fué uno de los primeros en llegar al lugar del suceso; pero no se sospecha de él.

Es probable que el príncipe no supiera que figuraba como regente en la lista arriba mencionada. Sin embargo, Goering dió orden de vigilar sus pasos.

En la lista figuraba también el nombre de Roehm. Se le había designado para la cartera de la Defensa Nacional.

¿Qué le indujo a Schleicher a poner a Roehm en esa lista? ¿No sería posible que Scheleicher no tuviera nada que ver con la lista? ¿Acaso se trató de un documento "provocador"? Como Schleicher charlaba en todas partes, no era difícil juntar un número de exteriorizaciones más que suficientes. En su gran apología, el mismo Hitler no osó decir que Roehm discutiera con Schleicher aquellos planes, ni que hablara siquiera con él. No hacía más que ponerse en "contacto" con Schleicher, y precisamente por mediación de un "estafador sumamente corrupto". Este hombre "sumamente corrupto" fué el señor Werner von Alvensleben, quien, el 30 de enero, facilitó a Hitler la ascensión al poder. Según Hitler, Schleicher no hizo más que "expresar el íntimo deseo del jefe del estado mayor de la SA". Pero en verdad Roehm no había hablado siquiera de su deseo. ¡Y a eso llamaron los nazis un complot!

La verdad es que Schleicher y Roehm colaboraron una vez... para entronizar a Hitler. Según las declaraciones de Schleicher, Roehm le había revelado también algunos detalles de la vida privada de Hitler. Pero hacía ya tanto tiempo que aquellas relaciones habían quedado interrumpidas, y tanto para Schleicher como para Roehm habría sido muy arriesgado el reanudarlas, precisamente en aquel momento.

Nada se sabe acerca de la supuesta participación de Gregor Strasser en la pretendida conspiración. Hitler se refirió a Strasser con una sola frase: "Strasser fué invitado a participar". Hitler habló en su apología siempre, de un grupo integrado por Schleicher, Strasser y Roehm, pero lo cierto es que tal grupo no existió nunca.

ROEHM ACORRALADO

En realidad se trataba de un grave conflicto entre los poderes normales, tradicionales, y el gigantesco organismo espon-

joso del partido nacionalsocialista, el cual se proliferaba dentro del Estado, minándolo y destruyéndolo poco a poco. Este conflicto se había producido dentro y fuera del partido. El Estado estaba representado por Goering, presidente del consejo de ministros de Prusia, jefe supremo de la policía y de todos los funcionarios y empleados. El representante del partido era Roehm, jefe de cuadrillas que sumaban tres millones de hombres. Entre estos dos polos oscilaba, incoloro e indeciso, el Führer, materializado en el doble ser Hitler-Hess; Adolfo Hitler vacilaba como siempre, pero Rudolf Hess fué la ingenuidad en persona: no alcanzó a comprender lo que se estaba jugando, ni quiénes eran los jugadores. Y en medio de todos ellos, esa comadreja chica, negra, lista, que salta de un travesaño a otro y que, con un último esfuerzo, logró salvarse de todos los derrumbamientos: Goebbels.

Poco después de su vehemente disputa con Hitler, Roehm tomó sus vacaciones. Era, en efecto, una licencia por motivos de enfermedad. Roehm fué a Bad Wiessee, junto al lago Tegern, y se alojó en el sanatorio "Hanselbauer". Los médicos que atendían en el "Hanselbauer" eran especialistas en la yodoterapia. Heines se sometió al mismo tratamiento que Roehm.

El 1º de julio se inició la licencia anual de todos los miembros de la SA. Esta licencia no tenía el significado que frecuentemente se le atribuye: no se trataba en manera alguna de la licencia absoluta del ejército pardo. En un manifiesto en que se dirigía a la SA, Roehm se burló de tales rumores y dijo que "los enemigos de la SA recibirían la contestación que se merecían, a su tiempo y en la forma conveniente". Esto sí era una grave amenaza. *La SA es y será el destino de Alemania.* Estas fueron las palabras finales del manifiesto, que llevaba la fecha del 7 de junio. Nada de "¡Heil Hitler!", ni de "¡Sieg Heil!". Su viejo amigo acababa de darle tantos disgustos, que por el momento Roehm no pensaba en esas cosas.

Fué primero a Heidelberg, donde pasó algunos días en compañía de los señores de su séquito y otros amigos. Se entregaron desenfrenadamente a todos los vicios. Las compras de afeites y polvos llamaron la atención de los propietarios de los negocios. En el hotel donde estaban alojados, los señores rompieron espejos, después de haber consumido grandes cantidades de bebidas alcohólicas.

El escándalo adquirió tales proporciones, que las asociaciones de estudiantes que autorizan el duelo, mandaron decirle a Roehm que si no salía de Heidelberg le romperían los huesos. Entonces partió acompañado de sus amigos.

Hitler, mientras tanto, se rodeaba de cierta gente cuya tarea consistía en vigilar los pasos de Roehm, de Schleicher, de Strasser y de Papen. El jefe de estos espías era Heinrich Himmler, quien hacía doce años que había sido amigo y camarada de Ernst Roehm en los tiempos de la "Reichskriegsflagge"; más tarde era secretario de Gregor Strasser, a quien debía mucho. Pero en ese momento y como jefe supremo de la SS y jefe de la "Gestapo" de todas las provincias alemanas, vigilaba los pasos de aquellos dos. Su mejor colaborador era un hombre joven, que se llamaba Heydrich. Y vino a agregarse el jefe de la SA de Hannover, Wilhelm Lutze, cuya casa Hitler frecuentaba y que era también amigo íntimo de Goebbels.

¿Y Goebbels mismo? La deslealtad de este hombre puede causar miedo. Ya dos veces había incitado a camaradas bonachones a amotinarse, y en el último momento les había traicionado; en 1926 lo hizo con Gregor Strasser, en Bamberg; en 1931, con Stennes, en Berlín. El "Diario íntimo" de Goebbels apareció en la primavera de 1934; en este libro, Goebbels ensalza a Roehm con palabras de extrema admiración; sólo en las últimas páginas se inclina, inopinadamente, ante Goering. Parece que dicho pasaje fué agregado a última hora. Aún después de que Papen había pronunciado su discurso en Marburgo, Goebbels estaba de parte de los "revolucionarios" y arremetía contra la reacción. En junio todavía se entrevistó en Munich con Roehm. Parece que Goebbels cambió de opinión en el último momento, y es muy probable que él haya desempeñado el papel de denunciante.

Hitler se rodeaba de una banda de espías y soplones, como Himmler, Heydrich, Lutze y Goebbels. Esa gente le tenía siempre al corriente, pero le obligaba al mismo tiempo a seguir sus directivas. Hess, Goering y esos espías son los responsables de lo que iba a ocurrir. Lo decisivo fué el informe confidencial de que Schleicher y Roehm habían conferenciado con el embajador francés en Berlín, señor Francois-Poncet. En efecto, esa conferencia tuvo lugar en casa de un conocido banquero. A Schleicher le causó una sorpresa desagradable: no quería en modo alguno que se dirigieran falsas sospechas contra él. Hitler dijo que había tenido lugar una conferencia clandestina, y si le ocultaban el hecho de que iban a celebrar una conferencia de este carácter con un estadista extranjero, ... *yo hago fusilar a*

esos hombres, aun cuando en la conferencia no hubiesen hablado más que del tiempo, de numismática y otras cosas por el estilo.

Y, en efecto, los hizo fusilar sin haber probado su culpabilidad. No cabe duda que Hitler —este sería el mejor de los casos— se dejó engañar por una información falsa. La memoria de Schleicher fué rehabilitada en forma solemne. El 3 de enero de 1935 se celebró, en la Opera del Estado de Berlín, una reunión de los altos oficiales de la *Reichswehr* y de los altos jefes del partido nacionalsocialista; en uno de los discursos pronunciados en la reunión, se dejó constancia que la muerte de Schleicher se debió a un error fatal. En un discurso conmemorativo, el mariscal general von Mackensen mencionó expresamente a Schleicher entre los camaradas que habían muerto honrosamente. Los generales no olvidaron al general asesinado, pero nadie recordó a Roehm ni a Strasser. No obstante, ¿cabe preguntar si no sería posible que algún día ellos también fuesen declarados inocentes?

EL CABO Y LOS GENERALES

La muerte de Hindenburg era inminente. Hitler no podía subir al trono sino con el apoyo de la *Reichswehr*.

Dos grupos influyentes estaban dispuestos a impedírselo: Papen y Schleicher. Pero —esta fué la suerte de Hitler— trabajaban el uno en contra del otro.

Roehm tenía sus propios planes. No cabe duda que tenía la intención de poner en actividad a la SA, probablemente en otoño. El 7 de mayo de 1933, Hitler pronunció en Kiel un discurso ante los jefes de la SA, y en esta ocasión dijo:

Vosotros sois los garantes de la revolución nacional. Ha llegado la hora de arreglar cuentas; impasiblemente sacaremos las consecuencias, ojo por ojo, diente por diente. A los jefes de la SA les pareció que el Führer todavía no había cumplido con esa promesa, pese a los campos de concentración y a los sótanos donde se apaleaba a los inocentes. Algunos de esos jefes habían sido nombrados jefes de policía, y entre ellos hubo quienes al poco tiempo fueron destituídos; otros habían conseguido mandatos al Reichstag o habían sido nombrados consejeros de Estado: cobraban mil marcos mensuales, pero esto no les bastaba. Aspiraban a los cargos de ministros, deseaban ser nombrados directores de bancos o de trusts, alcaldes, concejales o directores generales de sindicatos industriales. Entre los miembros de la SA había muchos comerciantes tronados e ingenieros económicos que habían apostado por Roehm y que confiaban en su estrella; pero, ¿qué era Roehm? Ministro del Reich sin cartera y sin influencia, mientras que Goering obsequiaba a sus amigos con dominios públicos, distribuía sinecuras y daba a los famélicos caudillos de la SA algunos mandatos al consejo de Estado, con ese gesto de quien da una limosna.

El exterminio de los marxistas no era, al fin y al cabo, el objeto de la vida. ¡Si por lo menos hubieran conseguido los cargos y puestos de los marxistas exterminados! Pero los cargos bien retribuídos estaban ocupados por señores frente a los cuales Hitler no pensaba en sacar aquellas consecuencias "ojo por ojo, diente por diente". Al contrario, prohibió que se destituyera a los "buenos economistas" si los nacionalsocialistas designados para los cargos que desempeñaban aquéllos, no entendían nada de economía. Lo dijo ya en julio de 1933, ante los lugartenientes y jefes de la SA; ya en esa ocasión advirtió que sofocaría "sin miramientos una segunda revolución". Estas amenazas parecieron algo como una garantía dada a los "señores" que, desde luego, seguían arrellanados en sus butacas delante de las lujosas mesas-escritorios, esos señores que los camisas pardas —aspirantes a aquellas butacas, eternamente insatisfechos— llamaban "la reacción".

"¡Contra la reacción!", fué el santo y seña de quienes no habían sido satisfechos por la "revolución nacional". Esta gente se preparaba para "grandes días". Hitler afirmó que Roehm había juntado doce millones de marcos para sus fines subversivos. Por otra parte, se hablaba —en los mismos círculos de la SA— de una "cuenta Armin Huber" en un banco de Suiza. Roehm habrá pensado en una acción en la cual Hitler tomaría parte, aún contra su voluntad; sabía que Hitler se rendía siempre ante un hecho consumado. En su discurso apologético pronunciado en el Reichstag, Hitler dijo muchas cosas inverosímiles; pero he aquí un pasaje que encierra una profunda verdad: *Para motivar la necesidad de que la SA tomara la iniciativa, llamaron la atención sobre mi propia indecisión, diciendo que yo no tomaría ninguna resolución hasta verme ante un hecho consumado.* Roehm conocía a su Führer.

Durante una conversación con altos jefes de la SA, Roehm dijo: *Cuando Adolfo vuelva a importunarnos con los ojos llenos de lagrimones, ya no nos dejaremos ablandar.*

No es probable, ni tampoco quedó demostrado, que Roehm

tuviera la intención de hacer causa común con Schleicher. Porque lo que Roehm se proponía era todo lo contrario de lo que Schleicher tramaba o podía tramar, es decir: el exterminio de los "vagabundos y criminales".

Sin rodeos y sin incurrir en contradicciones, Hitler expuso los verdaderos motivos de su propia acción:

Desde hace catorce años, no he dejado de repetir que la SA no tiene nada que ver con el ejército. Habría sido como un puñetazo a mi política, si yo hubiera nombrado al jefe de la SA general en jefe del ejército alemán... Me comprometí ante el presidente del Reich a no permitir que el ejército fuese privado de su carácter de instrumento apolítico; me considero obligado a cumplir con esta promesa, no sólo por haber empeñado mi palabra, sino también por estar íntimamente convencido de que ello tiene que ser así. Además, semejante acto me habría sido humanamente imposible, por consideración al ministro de la Defensa Nacional... Yo y todos nos felicitamos de ver en él un perfecto caballero. El logró reconciliar sinceramente el ejército con los revolucionarios de antaño, y vincularlo al gobierno de hoy... Las únicas fuerzas armadas del Estado son el ejército, y el único exponente de la voluntad política es el partido nacionalsocialista... No puedo exigir que cada uno de los oficiales y soldados se oriente hacia nuestro movimiento, pero ninguno de ellos faltó a sus deberes para con el Estado nacionalsocialista.

El conflicto con Roehm, que duraba ya catorce años, entró en su fase final y sangrienta. Hitler dejaba correr las cosas, como siempre; dejaba hacer a Roehm, contra su conciencia; éste marchaba, rígido y orgulloso, al frente de las tropas pardas, sin volver la cabeza. Una columna de tres millones de hombres le seguía, y quién sabe a dónde le empujaban. Entre estos hombres había muchos comunistas y socialistas; algunas secciones se llamaban "bifes": pardas por fuera, rojas por dentro. La gente contaba chistes como este: Dos miembros de la SA estaban conversando: "En nuestro grupo tenemos tres nazis, pero ya les echamos indirectas para que se retiren".

Hitler tenía que decidirse o por la SA o por la *Reichswehr*, y ello, precisamente, en el momento en que se preparaba para la lucha por la presidencia. La SA era nacionalsocialista; pero, ¿qué quería decir esto? ¿Es que Hitler lo definió siquiera una sola vez en el curso de catorce años? La *Reichswehr* no

era nacionalsocialista; él mismo lo había dicho. Pero sabía que la *Reichswehr* le apoyaría, si él la apoyaba en ese trance.

Hitler nunca quería optar por una cosa o por otra; trataba siempre de resolverlo todo simultáneamente y de un solo golpe. De ahí que en el momento decisivo no pudiera hacer más que cometer un error u otro: tuvo que destruir la SA o romper con la *Reichswehr*.

Reflexionó que la *Reichswehr* y el "señor presidente" son una misma cosa, y se decidió en este sentido.

EN UN HILO

Una vez resuelto, tuvo que preparar bien el golpe. Roehm y sus amigos no eran gente que el Führer pudiera hacer encerrar tras los muros de una prisión. Romper con esa gente equivalía a romper con hombres que no pensarían sino en la venganza, y que no vacilarían en cometer asesinatos y cosas todavía más terribles: podían revelar secretos del pasado. Si Roehm lograba evadirse, Adolfo Hitler era un hombre perdido.

No. *Las insurrecciones son castigadas conforme a leyes eternamente invariables.* El Führer pensaba sentar un ejemplo ante la historia universal.

Y sucedieron cosas espeluznantes. El 20 de junio se celebraron en la "Schorfheide", cerca de Berlín, los funerales de la primera esposa de Goering, la que había muerto en Suecia, y para la cual Goering había hecho construir un mausoleo en dicho sitio, que, aún siendo un coto público, era considerado por Goering como su propiedad particular. Las exequias fueron una verdadera ceremonia nacional, a la que el Führer no pudo menos que asistir. Después de haber celebrado una entrevista con Himmler, fué, acompañado de éste, a la "Schorfheide". Ocupaban el fondo del coche; Himmler estaba sentado a la derecha de Hitler, contrariamente a la etiqueta. A la llegada del coche, una moza se acercó para entregar al Führer un ramillete de flores. Himmler se asomó fuera del coche, tomando el ramillete de manos de la moza. En el mismo instante se oyó un tiro. Himmler fué herido en el brazo. Evidentemente, la moza no tenía nada que ver con el atentado. Las pesquisas no dieron ningún resultado. Sólo se hizo constar que el tiro —el cual seguramente iba dirigido contra Hitler— había sido disparado de muy cerca y por uno de los nacional-

socialistas. La guardia de Goering, compuesta de miembros de la SA, fué disuelta y relevada por un destacamento de SS de la Baja Franconia. Puede uno imaginarse la disposición de ánimo de Hitler.

Parece que el 24 de junio Hitler tomó una resolución definitiva. La *Reichswehr* y la SS se encontraban en estado de alarma a partir del 25 de junio. Karl Ernst, jefe de la SA de Berlín, se enteró de ello y llamó por teléfono a Blomberg y a Goering para preguntar si se estaba preparando algo. Por dos veces se le contestó que no.

Hitler estuvo aquel mismo día en la Alta Baviera, donde inspeccionaba las construcciones para la nueva autovía nacional. Aparentemente, todo estaba sumido en una profunda tranquilidad.

Pero el mismo día se hizo un último esfuerzo para llegar a una reconciliación con Roehm. Rudolf Hess —el otro Hitler— pronunció un discurso algo raro ante el micrófono de la radioemisora de Colonia. Se dijo que un chaparrón había impedido a Hess pronunciar el discurso el día anterior, en Essen, como había sido anunciado. Es probable que a última hora el discurso tuviese que ser repasado, a causa de la nueva situación política. En esa oportunidad Hess dijo:

Quien tiene el honor de participar, desde hace mucho tiempo, en el movimiento del Führer, pasará por alto ciertas peculiaridades y flaquezas humanas de jefes del nacionalsocialismo, si se trata de hombres de muchos merecimientos. Perdonará las pequeñas flaquezas teniendo en cuenta los grandes servicios.

¿Cómo? ¿No dijo Hitler: *Su vida se había tornado tan mala...?* Sí; pero lo dijo después del 30 de junio. El 25 de junio no se trató sino de "pequeñas flaquezas". Roehm desechó los consejos de Hess: *En Estados con una vida económica moderna y complicada, no pueden producirse revoluciones parecidas a las pequeñas revoluciones anuales de pequeñas repúblicas exóticas.* ¿Oyes, teniente primero del ejército de Bolivia? ¡Desiste de tu propósito, sométete al general von Blomberg y quizá evitarás la humillación ante el general Goering! Tal vez vuelvas a ser amigo y viejo compañero de tu Führer.

Parece que Blomberg y Goering estaban resueltos a hacer matar a Roehm, y que Hitler hizo un último esfuerzo para salvarle la vida.

Hitler pasó los días 28 y 29 de junio en Westfalia y en las provincias renanas, respectivamente. En Essen le retrataron junto con el señor Krupp von Bohlen und Halbach. Por la noche, estuvo en el hotel de su amigo y camarada Dreesen, en Godesberg, sobre el Rhin. Gentes del Servicio de Trabajo le agasajaron con una manifestación de antorchas, formando una gigantesca cruz gamada.

Al día siguiente —el 30 de junio— debía tener lugar en "Bad Wiessee" una reunión de los altos jefes de la SA de todo el Reich. Hitler había hecho saber que asistiría a la reunión. Roehm le estaba esperando, y dijo a un colaborador que partió el 29 de junio: *Quédese usted hasta mañana, que viene el Führer.*

Para la tarde del 30 de junio había fijado una excursión en vapor, y para la noche había mandado preparar un banquete en el hotel "Cuatro Estaciones", en Munich; no había dejado de llamar la atención de la dirección del hotel, sobre el hecho de que el Führer era vegetariano. Había mandado hacer un ex libris artístico para el Führer, que tenía la intención de entregarle durante el banquete. En ese ex libris se veía el libro "Mi Lucha" cruzado por una espada, y por encima, dos manos entrelazadas.

Costaría trabajo querer demostrar que todo ello hubiera de considerarse como preparativos para un "putsch" o tan sólo para una acción violenta. Es que el aviador Udet recibió de Roehm una orden sellada, a abrirse el 2 de julio; pero Udet no la abrió, sino que la entregó a Hitler. Más tarde, Hitler hizo ver a Udet el contenido del sobre sellado: Udet había de estar listo con la escuadrilla de aviones de la SA. ¿Para qué? Si Roehm se había propuesto desencadenar una guerra civil, una escuadrilla de aviones era el arma menos apropiada.

Hitler mismo tenía —según dijo— la intención de arrestar a Roehm a su llegada a Wiessee, y nada más, por el momento.

A las dos de la madrugada recibió, en Godesberg, *dos informaciones urgentísimas y muy alarmantes, procedentes de Berlín y de Munich, respectivamente:* la SA de Berlín se encontraba en estado de alarma, Ernst estaba dispuesto a ocupar los edificios públicos a las cinco de la tarde; la SA de Munich había de estar preparada ya para el 29 de junio, a las nueve de la noche.

El que trajo las noticias a Hitler fué Goebbels, quien había llegado en avión. Lutze, sucesor de Roehm, fué llamado, y llegó en avión, procedente de Hannover.

HITLER SE CONTRADICE

Roehm había citado a sus subjefes para que se reunieran con él en Wiessee, en la mañana del 30 de junio. Acudieron los jefes de la SA de todo el Reich: Heines, Hayn, von Heydebreck, von Krausser, Schneidhuber y muchos más. Los enemigos de Roehm dijeron que éste había fijado el golpe de mano para ese mismo día. Mientras los hombres de la SA de Berlín, de Breslau, de Dresde y de todas las regiones de Alemania ocuparían los edificios públicos, sus jefes estaban en una aldea de la Alta Baviera. Esto ya es una prueba suficiente de que —por lo menos para el 30 de junio— Roehm no se había propuesto acción alguna.

Otra contradicción: Según los informes oficiales publicados el 1º de julio, se dió a la SA de Munich la consigna: ¡El Führer está contra nosotros; salid a la calle! En cambio, Hitler dijo en el Reichstag que la consigna dada a la SA de Berlín era la siguiente: ¡Tenemos que salvar al Führer; la acción es en pro de Hitler! De qué modo habría sido un "putsch" con dos consignas opuestas.

Tercera contradicción: Según los informes oficiales, Roehm había reunido a sus subjefes en Wiessee para dirigir con ellos la revolución desde aquella aldea. Hitler dijo en el Reichstag que por ello mismo Ernst no había ido a Wiessee, sino que se había quedado en Berlín para rebelarse él también. No importaba que en aquellos días un alto jefe de la SA fuese a Wiessee, o que se quedase en casa: un alto jefe de la SA de aquellos días no podía tener ninguna intención, sino la de rebelarse. Se habría tratado, pues, de dos acciones contrarias, pero con fines idénticos.

Cuarta contradicción: Toda la prensa alemana publicó el 1º de julio la noticia de que Ernst y su esposa habían sido arrestados en Bremen, en momentos de embarcarse con rumbo a Madeira. Consta que, efectivamente, Ernst había ido a Bremen. Pero no fué arrestado en la ciudad misma, sino en las afueras. Pero, aún suponiendo que Ernst se daba a la fuga al rendirse a la evidencia de que el "putsch" iba a fracasar, tenemos que decir que este viaje a Bremen parece muy inverosímil. Porque estando a bordo de un vapor alemán, Ernst se encontraba en suelo alemán, y en un espacio de pocos minutos se podía transmitir la orden de detención al capitán del buque.

Quinta contradicción: Según el comunicado oficial, Schleicher fué muerto por empleados de la policía criminal, porque se resistía a su detención, amenazando a los agentes con el arma. Hitler, en cambio, dijo en el Reichstag que él había dado orden de matar a Schleicher por haber conversado con Francois-Poncet sobre el tiempo y numismática.

Sexta contradicción: Hitler declaró en el Reichstag que hasta la una de la madrugada del 30 de junio, él tuvo la intención de arrestar a Roehm, pero no la de hacerle fusilar. Mas al mismo tiempo dice que Goering había recibido "anteriormente" orden de adoptar, "en el caso de una acción, medidas análogas" en Berlín y en Prusia. Las medidas análogas consistían en el fusilamiento inmediato. Goering mismo se expresó con más claridad que su Führer. Dijo en una conferencia que dictó ante los representantes de la prensa alemana el 1º de julio de 1934: *Hace días que me dió orden de intervenir luego de haberme transmitido la consigna; me confió, por tanto, el poder ejecutivo.* Queda demostrado que "hacía días" que habían resuelto fusilar a aquellos hombres, y que esta resolución no fué tomada el 30 de junio a la una de la madrugada.

Entre las noticias inquietantes que llegaron durante la noche del 29 de junio, figuraba una, de acuerdo a la cual, Roehm se había propuesto arrestar y asesinar a Hitler. Hitler no dijo de dónde procedía esa noticia, ni tampoco si él había procurado obtener la confirmación. En el Reichstag declaró: Uhl, jefe de un "estandarte", confesó —pocas horas antes de ser fusilado— haber estado dispuesto a cumplir tal orden". Hitler no dió a conocer el nombre de la persona a la que Uhl lo había "confesado". En todo el discurso, Hitler no presentó ni una sola prueba, ni certificado, ni documento; no describió ni una sola escena con todos sus detalles, tales como la hora en que se produjo la matanza o el número de las personas que asistían, etcétera.

Consta que informaciones falsas indujeron a Hitler a dar orden para una de las carnicerías más horribles. El sabía que eran falsas. Es probable que lo supiera al proceder a la ejecución; lo sabía, seguramente, cuando, más tarde, trataba de justificar la acción.

ADOLF WAGNER DICTA ORDENES DE DETENCION

El 30 de junio, a las dos de la madrugada, Hitler partió en avión de Hangelaar, cerca de Bonn. Fué acompañado de Goebbels, Lutze, Otto Dietrich, Brueckner, Schaub y Schreck. Al

mismo tiempo, los jefes de varios distritos recibieron orden telegráfica de partir inmediatamente para Munich. A las cuatro de la madrugada, Hitler aterrizó en el aeródromo de Oberwiesenfeld. En el primer comunicado oficial leíanse estos títulos: La SA llenaba las calles de Munich; pero Hitler dijo en el Reichstag: La SA estaba en sus cuarteles.

En aquella hora decisiva, no contaba sino con pocos hombres, dijo Hitler. Otra mentira más. Tenía a su disposición toda la *Reichswehr* y destacamentos escogidos de SS, bajo el mando de Himmler. Goering, por su parte, había hecho los preparativos tan minuciosamente, que capturó aún a enemigos personales que no tenían nada que ver con la acción propiamente dicha.

Durante los últimos días se habían formado dos grupos. En Munich, la acción era dirigida por el ministro del Interior, Adolf Wágner; el jefe de la SS y concejal, Christian Weber, y Josef Berchtold, amigo y compañero de Hitler.

Los dirigentes del grupo de Berlín eran Goering, Himmler y Josef Dietrich, jefe de un grupo de SS y comandante de la escolta de Hitler.

Ambos grupos procedían por propia iniciativa. Wágner "tomó la iniciativa" y Goering "amplió su tarea".

Wágner, Weber y Berchtold —a quienes vino a agregarse Emil Maurice— arreglaron cuentas con sus enemigos.

El jefe de la SA de Munich y de la Dirección General de Seguridad, coronel en retiro August Schneidhuber, concurrió la noche del 29 de junio a un teatro donde actuaba el cómico Karl Valentin. Al salir, dijo que el ministro Wágner había mandado decirle que fuese esa misma noche al Ministerio del Interior, pero él, Schneidhuber, no sabía de qué se trataba. Fué al ministerio, y al cabo de muy poco tiempo Wágner le puso al tanto. Le dió a Schneidhuber orden de arresto. Lo mismo pasó a Wilhelm Schmidt, jefe de la oficina de prensa de la SA. Schmidt no se desconcertó, creyendo que se trataba de una equivocación o de una mala pasada que alguien iba a jugarle; pidió que le trajesen cigarrillos, pero cuando, al abrir la petaca, vió que le quedaban cinco, dijo que con éstos le bastaba hasta recobrar la libertad.

Estaban convencidos de que era un día como muchos, ya que ellos mismos no sabían nada de ningún plan. No podían imaginarse lo que significaba la "propia iniciativa" de Wágner.

La "propia iniciativa" es el rasgo característico de la acción

del 30 de junio. Todos, en todo el Reich, tomaron la iniciativa: en Berlín, Goering e Himmler; en Sajonia, el lugarteniente Mutschmann; en otras partes, Lutze y von Jagow; en Munich, hasta Emil Maurice y Christian Weber, viejos cómplices del año 1923. En todas partes se dió permiso de tirar. En todas partes, las figuras lóbregas en altas y bajas posiciones arreglaron cuentas, vengándose de manera terrible. Quienquiera haya sido el primero en apuntar con el revólver en nombre del Führer, quedaba con vida y estaba absuelto de antemano: el que procedía mal era el asesinado. Quienquiera que tiraba era leal, el que tiraba el primero, más leal todavía.

En Alemania hubo una matanza por orden superior.

Rápidamente y casi sin ruido cayó la red al amanecer.

Hitler aterrizó a las cuatro de la madrugada en el aeropuerto de Oberwiesenfeld. Primero fué a casa de Berchtold y se desahogó en el pecho del viejo amigo; de allí se fué al Ministerio del Interior. Según el comunicado oficial, Hitler mismo les arrancó las charreteras a Schneidhuber y a Schmidt. Un testigo afirma que el coronel Schneidhuber le dijo a su Führer —levantando la voz— que podía matarle, pero que no le tocase con sus manos sucias.

La escena en el Ministerio del Interior duró una hora, más o menos. A las cuatro había llegado a Munich; a las seis y media ya iba camino de Wiessee. Una larga fila de automóviles: Hitler, Goebbels, Lutze, Otto Dietrich, el mayor Buch, Emil Maurice y Christian Weber.

Entre todos estos coches iba también un carro de asalto de la *Reichswehr*.

En larga fila iba la muerte.

Hitler permanecía callado.

Joseph Goebbels y Otto Dietrich iban a Wiessee para verlo todo, deseosos de seguirlo todo de muy cerca. Pensaban informar después al público, callar lo que no había de interesar a la opinión pública y publicar todo cuanto pueda justificar la acción inminente. Hitler es un hombre que causa miedo. Va a una matanza y no olvida llevar consigo al jefe de propaganda y al jefe de la oficina de prensa.

Era conveniente que Goebbels viera con sus propios ojos cómo perecen los traidores. Dentro de algunos años, ¿podremos leer en un verdadero "Diario íntimo" lo que Goebbels pensaba aquella mañana horrible?

Todos estaban durmiendo cuando Hitler entró con los es-

birros en el edificio colateral del sanatorio "Hanselbauer". El primero al que arrestaron fué el conde Spreti, jefe de un "estandarte". Confrontaron al joven conde con Hitler; Spreti llevó una mano al bolsillo, cual si tuviese la intención de sacar una pistola. Hitler alzó el látigo de piel de hipopótamo, y con el mango chapado le dió en la cabeza y en la cara, golpeando, ebrio de rabia, hasta que Spreti se desplomó.

Así lo describe un hombre a quien creemos digno de fe. Según las declaraciones de varias personas que no tenían nada que ver con el asunto, las detenciones se practicaron sin mucho ruido. En el comunicado oficial se dijo que Roehm no profirió palabra cuando Hitler mismo entró en su habitación para darle la orden de arresto. Huéspedes y otros habitantes del sanatorio declararon que no habían notado nada; que sólo más tarde habían oído algunos tiros en las cercanías del hotel. Según el comunicado oficial, la acción quedó terminada a las ocho de la mañana.

Ahí está Ernst Roehm, en piyama, delante de Adolfo Hitler, quien, calzado y armado del látigo, le anuncia la caída y la muerte. Ahí está el creador del arma poderosa que conquistó el poder para Adolfo Hitler. Ahí está el capitán de la *Reichswehr* de Munich, que organizó con sus soldados un partido para este amigo traidor. Ahí está el hombre terrible que —por sí mismo y por Adolfo Hitler— hizo matar a centenares de hombres. Ahí está el iluso que creía que la complicidad ligaba para siempre y que manos manchadas de sangre no se separaban nunca. Ahí está en el dormitorio, indefenso, engañado por su hechura: un pobre hombre, gordo, medio despierto. Ahora sabe que se equivocó y que todo ha terminado.

SE DISPARA CONTRA LOS HOMOSEXUALES

En el comunicado oficial se estableció: *Heines estaba en la cama con un joven invertido. Es indescriptible la escena repugnante que se produjo al practicarse la detención de Heines y de su compañero. Este es el aspecto sorprendente que ofrece el ambiente del ex jefe del estado mayor de la SA.*

¿Fué menester que este "reportero" sorprendiese a Heines en la cama para saber cómo vivían los amigos de Roehm? Por mediación del presidente del consejo de ministros de Prusia, el gobernador-interventor de Prusia había nombrado a Heines jefe de la Dirección General de Seguridad de Breslau. El gobernador de Prusia se llamaba Adolfo Hitler, y el presidente del consejo de ministros de Prusia era Hermann Goering. En su calidad de jefe de la Dirección General de Seguridad de Breslau, el asesino Heines hacía atormentar a sus enemigos políticos con más crueldad que Streicher, y mandaba matar más judíos que aquél. Su brazo derecho era un tal Schmidt, jefe de un "estandarte", a quien llamaban "señorita Heines". Schmidt obligó a colegiales de Breslau a entregárseles a él y a Heines. Hitler lo sabía.

Hitler sabía que Heines era un asesino y un perjuro; pero siempre se había negado a expulsarlo del partido, porque Heines se portaba bien con él.

Pero ahora, en el dormitorio de Heines, Hitler dió orden al mayor Buch de "extirpar radicalmente este tumor pestilente". Así se cambia de opinión cuando se produce un cambio en la política.

Lo que los propagandistas nacionalsocialistas saben hacer con maestría es dirigir el odio del pueblo contra una minoría, con el fin de distraer la atención de los hechos decisivos. Esta minoría eran, generalmente, los judíos. Por algunas semanas lo fueron los homosexuales. La propaganda justificativa inculcó al pueblo la "amoralidad" de las víctimas del 30 de junio. Se descubrió un lodazal lleno de cadáveres. Individuos culpables se constituyeron en jueces para sentenciar a otros culpables. Los vivientes arrojaron su lodo sobre los muertos. Joseph Goebbels y Otto Dietrich se pusieron a trabajar. El lodazal se desdijo del lodazal.

El 30 de junio es la fecha del suceso más sangriento de la historia moderna de Alemania, y a la vez el más repugnante, por la hipocresía con que se trató de justificarlo. Fué, en realidad, el asesinato de asesinos, por parte de sus cómplices.

Heines fué llevado hacia fuera. Parece que Maurice y Weber lo mataron en el coche. Roehm, Reiner y Spreti fueron conducidos a Munich. A eso de las ocho, llegó la escolta de Roehm. Algunas palabras de Hitler, y los camiones volvieron atrás. Hitler siguió en coche.

De cuando en cuando se encontraban con coches elegantes que procedían de Munich: eran los jefes de la SA que iban a Wiessee. A una voz, los coches se paraban y los jefes se presentaban ante Hitler. Los sospechosos fueron detenidos por Lutze, Buch, Weber y Maurice; los otros recibieron orden de dar un viraje y de enfilarse. Hitler permaneció inmóvil y callado, al

lado de Schreck, que no osaba hablarle. Silencioso, llevaba a los presos al suplicio.

LEYENDA Y REALIDAD

Consta que la reunión de Wiessee iba a celebrarse con conocimiento y consentimiento de Hitler. Los jefes de la SA fueron citados para ser capturados todos juntos. Los que Roehm no había invitado recibieron telegramas de parte de Hitler. ¡Ya a eso del mediodía del 30 de junio, Hitler pronunció en Munich un discurso sobre los recientes acontecimientos! Kube, jefe de distrito y gobernador civil, relató en un periódico lo siguiente: habiendo recibido un telegrama urgente, partió inmediatamente para Munich; en el tren se encontró con jefes de la SA, los que echaron miradas furiosas al representante de los "odiados" jefes de distritos.

Los desdichados jefes de la SA fueron arrestados al bajar del tren.

En el comunicado oficial se dijo, en cambio: *Otros jefes de la SA comprometidos en el motín, fueron arrestados al bajar del tren, en la estación central del ferrocarril de Munich.*

¿Es que sólo jefes "comprometidos" fueron arrestados en el andén de la estación? Entre los arrestados se encontró también Peter von Heydebreck, jefe de un grupo de Pomerania, quien había ido a Munich con el solo fin de arreglar un asunto de dinero con Roehm y Schwarz, tesorero del partido. Antes de poder comprobar la veracidad de su afirmación, Heydebreck fué fusilado.

Los jefes de la SA cayeron en el lazo que se les había tendido para matarles.

LOS FUSILAMIENTOS

La ejecución de los altos jefes del ejército pardo de Adolfo Hitler tuvo lugar en el patio de la prisión de Stadelheim.

El mayor Buch mandó los piquetes.

¡Fuego! Desplomóse August Schneidhuber.
¡Fuego! Desplomóse Fritz Ritter von Krausser.
¡Fuego! Desplomóse Hans Hayn.
¡Fuego! Desplomóse Hans Peter von Heydebreck.
¡Fuego! Desplomóse Wilhelm Schmidt.
¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego!
Murió... Murió... Murió...

A la voz de: *El Führer lo quiere. ¡Heil Hitler! ¡Fuego!*, destacamentos escogidos de SS mataron a los jefes de la SA.

Los fusilamientos duraron horas enteras.

Cada piquete estaba compuesto de ocho hombres. Cuatro de los ocho fusiles estaban cargados con cartuchos de fogueo, para que ninguno de los hombres supiera cuál era el que ocasionaba la muerte. Ninguno de los hombres de la SS resistió más que algunos minutos. Hasta los más robustos y los más brutales no eran capaces de tirar de continuo al blanco vivo.

En una de las celdas de la prisión de Stadelheim estaba Ernst Roehm. Hacía diez años y medio que había estado allí... por su amigo Adolfo.

En aquel entonces había sido condenado por jueces democráticos.

Pero hoy... Le dieron un revólver. Le permitieron que se suicidase. Pero él no quiso:

Si Adolfo quiere matarme, tiene que hacerlo él mismo.

Le concedieron un plazo de diez minutos. Luego se abrió la puerta, y desde fuera tiraron a la celda hasta haber expirado Ernst Roehm, creador de la SA, uno de los fundadores del Partido Obrero Nacional Socialista Alemán, amigo de Adolfo Hitler, prohombre del Estado nacionalsocialista. Le enterraron en el patio de la prisión. Su tumba es desconocida.

Según las informaciones de una gran agencia noticiosa norteamericana, fueron muertos 122 hombres en Munich solamente.

Goering e Himmler, mientras tanto, no habían permanecido con los brazos cruzados. A la mañana del 30 de junio, Goering dirigió una alocución a la nueva guardia que había venido de la Baja Franconia, asegurándoles que ese era un día memorable. Mencionó a Federico el Grande. Luego llamó a dos motociclistas y les dió orden de ir a toda prisa a Lichterfelde: habían de presentarse ante el coronel Wecke para darle la contraseña "Kolibri".

Llegaron a Lichterfelde y se presentaron ante el coronel Wecke. Uno de los motociclistas ya no recordó la palabra y dijo algo como "Kolumbus". Pero Wecke lo entendió: —Usted quiere decir "Kolibri". —Sí, señor. Cuando Goering llegó al cuartel general de la SA, en la calle Tiergarten, el edificio ya estaba ocupado por Wecke. Habían montado ametralladoras en los pasillos, y los jefes de la SA estaban en los cuartos con las manos alzadas. Goering pasó rápidamente por los cuartos, miró a cada uno de los hombres y no dijo más que: "¡Arrestar!...

¡Arrestar!..." Los arrestados fueron conducidos a Lichterfelde.

Los verdugos hicieron los preparativos para la carnicería.

Goering, mientras tanto, llamó al vicecanciller von Papen y le aconsejó no salir de casa, advirtiéndole que había peligro de ciertos disturbios; estaba en juego el destino del pueblo y del Reich. Papen entendió perfectamente. No salió de casa y no fué molestado.

Un testigo ocular de los fusilamientos, un hombre que durante veinticuatro horas se encontró entre los condenados a muerte, relata los sucesos en Lichterfelde de esta manera:

Unos ciento cincuenta arrestados, casi todos ellos altos jefes de la SA, fueron encerrados en un sótano donde se guardaba el carbón. Con breves intervalos se abrió la puerta y alguien llamó afuera a cuatro de los presos.

No sabían que iban a ser fusilados por orden de Hitler; creían que su jefe supremo también había sido arrestado por la "reacción", a la que, a su juicio, pertenecían Goering y Goebbels. Karl Ernst, jefe de un grupo de la SA de Berlín, murió gritando "¡Heil Hitler!".

En el sótano había una ventana que daba al patio. Los que estaban en el sótano siguieron con la vista a quienes habían sido llamados. Les vieron atravesar el patio. Como por consentimiento tácito, los de abajo miraron fijamente a los de arriba, para fortalecerles durante sus últimos momentos.

Alguien les abrió la camisa y trazó una línea negra en torno a la tetilla izquierda. El piquete estaba a una distancia de cinco a seis metros de las víctimas.

El Führer lo quiere. ¡Heil Hitler! ¡Fuego!

Al cabo de poco tiempo, el muro delante del cual las víctimas tenían que colocarse, estaba cubierto de sangre y carne humanas.

Goebbels dijo en un informe, destinado exclusivamente a la SA: los jefes de la SA estaban pálidos y temblaban al ser llevados a la ejecución. Esto es una mentira, según las declaraciones del mencionado testigo ocular.

Quienes empezaron a temblar fueron los hombres de la SS. Apuntaron mal, y ocurrió que la víctima cayó herida, pero no muerta. Entonces se acercó el que mandaba el piquete y remató a la víctima de un pistoletazo.

Ciento cincuenta hombres fueron muertos de esta manera. Pero esta no es la cifra total, puesto que se oyeron tiros aún durante los días siguientes.

De vez en cuando, los cadáveres fueron puestos en un carro plancheado, de propiedad de un carnicero, quien lo usaba para el transporte de carne. No se sabe a dónde se condujeron los cadáveres.

GEHRT

Entre los hombres que estaban presos en el sótano, se encontraba Gehrt, jefe de un "estandarte". Gehrt era ex capitán de aviación y había sido condecorado con la "Orden del mérito".

Alguien le dijo a Gehrt que saliera. No le llevaron por el patio. ¿Intervino el cielo? ¿Le salvó algún amigo íntimo?

Al cabo de dos horas, Gehrt volvió al sótano y contó:

El que le había llamado, le dijo: —Vaya usted a casa; lávese y aféitese, póngase uniforme de gala y todas las condecoraciones, y preséntese ante el presidente Goering.

Gehrt se creyó libre. Fué a casa, hizo lo que se le había mandado, y se presentó en el ministerio, deseoso de darle las gracias a Goering por haberle salvado.

Goering recibió al ex camarada, rodeado de los señores de su séquito. Se acercó a Gehrt, le puso la mano al cuello, le arrancó primero la "Orden del mérito" y luego todas las demás condecoraciones. Luego dijo a los señores:

Llamé a este puerco porque en la guerra sirvió en mi escuadrilla. ¡Llévenlo fuera!

Gehrt fué el único que sufrió un ataque nervioso y tuvo que ser auxiliado al ir al lugar del suplicio.

EL DISCURSO DE DESPEDIDA DE VON DETTEN

Von Detten, jefe de un grupo de la SA, pronunció un discurso de despedida ante los camaradas reunidos en el sótano:

Habían ido descaminados. Lo que tenía que realizarse, y se realizaría, no se limitaba a Alemania: una liga de los mil mejores hombres de todos los pueblos, de todas las clases y de todas las religiones; esta liga cuidaría del bienestar universal y de la paz en el mundo.

Detten dijo que Hitler era para él una "gran decepción", y habló de él en tono despectivo.

Las palabras de Detten impresionaron hondamente a los camaradas. Fué como una hora solemne, y muchos hallaron consuelo en estas perspectivas que se les abrieron en la hora de la muerte.

GOERING Y EL PRINCIPE

El príncipe Augusto Guillermo había sido llamado para presentarse ante Goering. Sintió cierta inquietud al ir al ministerio.

El príncipe conocía a los hombres que salieron del gabinete de trabajo de Goering. Unos fueron llevados a la izquierda, otros a la derecha. El príncipe cayó en la cuenta.

Goering le hizo entrar, y mirándole con desdén, le dijo: —Usted tiene la cara más boba que yo haya visto en mi vida.

El príncipe no contestó. Goering le mostró la lista de ministros en la que el príncipe figuraba como regente. Le preguntó: —¿No era usted amigo de Ernst? —Sí, señor. —¿Cuándo fué la última vez que usted habló con él? —En tal y tal fecha. —¿Dónde y cómo? —Por teléfono. —¿De qué? — El príncipe dijo que Ernst se despidió antes de partir para Bremen.

Goering: Usted puede estimarse feliz de haber dicho la verdad... — Puso un disco en el gramófono, y el príncipe escuchó la conversación telefónica que él había mantenido con Ernst.

Goering: No creo que usted tenga algo que ver con la lista. Pero usted tendrá el deseo de ir a Suiza por algunos días.

El príncipe contestó que, a decir verdad, no tenía ese deseo.

Goering: ¡Ya decía yo que usted tiene la cara más boba del mundo! ¡Claro que usted tiene el deseo de ir a Suiza por algunas semanas!

El príncipe comprendió y tomó el primer tren.

LA CARNICERIA

En la mañana del 30 de junio se paró un automóvil delante de la casa del general von Schleicher. Bajaron seis hombres, vestidos de civil. Llamaron, y al abrirse la puerta, entraron y mataron al general ante los ojos de su esposa. La señora Elisabeth de Schleicher también fué herida y murió media hora después.

A la noche del mismo día fué muerto el general von Bredow, colaborador de Schleicher.

Cinco agentes de la "Gestapo" se presentaron, a eso del mediodía del 30 de junio, en la casa de Gregor Strasser. Desde los primeros meses de 1933, Strasser vivía retirado de la vida política; era director de la fábrica "Schering-Kahlbaum". Los agentes llevaron a Strasser a su oficina, donde dijeron tener

que practicar un registro, por ser él sospechoso de maquinaciones rayanas en la alta traición. Al llegar a la oficina de Strasser, los agentes entregaron su preso a un destacamento de SS, que le llevaron en coche. El domingo siguiente, la señora Else de Strasser recibió una urna funeraria, en la que estaban grabados el Nº 16 y una inscripción: *Gregor Strasser, n. el 31 de mayo de 1892, en Geisenfeld; m. el 30 de junio de 1934. Policía Secreta del Estado. Berlín.*

Gregor Strasser tenía dos hijos, cuyo padrino es Adolfo Hitler. Ambos muchachos están afiliados a la Juventud Hitlerista. Un francés residente en Berlín, vecino de casa de la familia de Strasser, encontró un día a uno de los hijos de Strasser; le dió el pésame y le preguntó qué opinión tenía ahora de Hitler. El muchacho le contestó: *—Es, con todo, nuestro Führer.*

Tuvo que morir también el doctor Voss, abogado y colaborador de Strasser. El lunes la novia del doctor Voss llamó por teléfono a la "Gestapo"; se le contestó: *¿Cree usted, por ventura, que esté todavía con vida?*

El director ministerial Erich Klausener fué asesinado en su despacho del Ministerio de Comunicaciones. El ministro Eltz von Ruebenach oyó los tiros. Acudió y pidió a los hombres de la SS que le dejasen entrar en el cuarto que ellos acababan de sellar. Le contestaron que si él no salía en el acto, le ocurriría lo mismo que a Klausener. Más tarde, el cadáver de Klausener fué incinerado.

Todos los asesinados fueron reducidos a cenizas. Los parientes no habían de ver los cadáveres horrorosamente desfigurados.

Klausener murió por haber sido colaborador de Papen.

Muchos de los colaboradores de Papen fueron asesinados: él fué perdonado...; una triste figura.

Murió Edgar Jung por haber redactado el discurso de Marburgo.

Murió el consejero gubernamental von Bose, jefe de la oficina de Papen.

Murieron von Detten y Fritz Beck.

Von Detten era jefe de una nueva oficina, fundada por Papen, que hacía propaganda "en favor de la paz interconfesional".

Fritz Beck era el fundador y director de la "Casa del Estudiante" de Munich. Beck había cometido dos crímenes: estaba vinculado a la "Acción Católica" y socorría a estudiantes

judíos... ¡en la casa que él había fundado e instalado con el concurso de estudiantes judíos y con medios donados por judíos!

Todos murieron de una muerte horrible. Sólo Papen está con vida y sirve a Hitler.

Murió Gustav von Kahr, a la edad de setenta y tres años. No le mataron a tiros, sino a golpes de azada.

Asesinaron al doctor Fritz Gerlich por haber publicado algunos artículos que comprometían a Goering.

¿Por qué mataron al doctor Willy Schmidt, crítico musical del *Muenchner Neueste Nachrichten?* Porque se llamaba Willy Schmidt. Le confundieron con el jefe de la SA, Wilhelm Schmidt, y antes de que pudiera demostrar que se trataba de una equivocación, los dos fueron fusilados en la prisión de Stadelheim... "como medida de precaución".

Durante los días siguientes, centenares de parientes buscaron a tal o cual persona. La policía contestó a todas las preguntas: No podemos dar informaciones. Algunos días después, muchos recibieron un sobre que contenía un papelito en el que figuraba un número y donde se leían las palabras siguientes: *Contra entrega de este número, recibirá usted las cenizas del señor X. X.* Mujeres con los ojos llenos de lágrimas, hicieron cola delante de una taquilla donde se les entregó la urna con las cenizas de sus parientes.

Murió el doctor Alexander Glaser, abogado de Munich. En la primavera de 1934 había entablado una demanda criminal contra Max Amann y ganado el pleito. Glaser murió en un hospital; sus parientes le hicieron enterrar. Dos semanas después, la "Gestapo" llamó al hermano del doctor Glaser y le entregaron una urna con cenizas: serían las cenizas de su hermano. ¡Las cenizas del hombre que hacía dos semanas que estaba enterrado! Fueron, en realidad, las cenizas del alemán desconocido, víctima de la desenfrenada "aristocracia de la nación".

FINAL ESPELUZNANTE

Todos asesinaron: los particulares, la camarilla y los que tenían miedo.

La lealtad es mi honor, es el lema de la SS. Estos fieles exterminaron a los enemigos del Führer. Quien no mata, es muerto.

El hombre leal tiene que matar. Su tarea no consiste en

reflexionar sobre si la víctima es culpable o no. Al Führer no le interesa tampoco.

Hitler dijo: *No es de mi incumbencia averiguar si alguien ha sido tratado con rigor excesivo.*

No cabe decir que Hitler no expusiera las razones por las que mató a tantos hombres. Hitler lo dijo todo. Los hombres que hizo asesinar eran culpables, y él "no tenía que averiguar nada más".

Resulta imposible decir cuántos hombres murieron en aquellos días. Pero es lícito estimar su número, como mínimo, en trescientos.

¿Y por qué asesinaron los asesinos?

Unos, porque habían recibido orden de cometer un asesinato determinado; otros, porque temían caer en desgracia, si no mataban un número suficiente de hombres; y otros, porque estaba permitido matar a "discreción".

El 3 de julio, los ministros del Reich firmaron una ley por la que todos aquellos asesinatos fueron declarados "legales por haber sido cometidos en legítima defensa del Estado".

En aquella hora fuí responsable de los destinos de la nación alemana, y por tanto, señor de horca y cuchillo.

¿Con qué responsabilidad cargas tú, Adolfo Hitler? ¿Tal vez con aquella de la cual eximiste a tus secuaces? ¿De qué eres responsable? ¿Ante quién te justificas?

No respondes de nada. No das cuenta a nadie. Tu responsabilidad es una ilusión. A ti nadie puede pedirte cuenta. ¿Quién te castigará por el derramamiento de sangre inocente? ¿Dónde pasa el límite entre la responsabilidad y la irresponsabilidad?

¿Sabes por qué motivo dejaron que tú te erigieses en Führer? Ellos aspiran a los cargos y puestos, ellos se apropiarán de los fondos públicos y de las fortunas y bienes de sus víctimas, ellos matarán a palos a sus enemigos, ellos harán de vez en cuando una carnicería... y tú tienes que responder de todo ello. Es más: puedes darles orden de hacer todas esas cosas, pero que no se te ocurra darles orden de hacer algo que no responda a sus deseos. Tú eres su Führer en cuanto que satisfaces sus deseos, y dejas de serlo luego de prohibirles alguna cosa. Si parte de la pandilla que te rodea resulta muy pretenciosa y hasta peligrosa, puedes hacer matar a estos secuaces por otros, más obedientes. Esto es para ti como un alivio entre una catástrofe y otra. ¿Estás bien con tu régimen, que ya no existiría si tú no le dieras sangrías?

Puedes hacer fusilar a cuantos quieras. Los que sucederán a ellos harán también lo que les guste, mientras que uno responda de ello, uno a quien nadie puede pedir cuenta. Mientras...

LA MIRADA A LA BANDERA

En la noche del 30 de junio, Frick, Himmler y Joseph Dietrich estaban esperando a su Führer en el aeródromo de Tempelhof. Los tres informaron a Hitler sobre los sucesos sangrientos, mencionando la muerte de Klausener, de Bose y de la señora de Schleicher. Hitler, dándose cuenta cabal de los errores que habían sido cometidos, se puso furioso, riñó a los que le rodeaban, y les dijo a todos que fuesen inmediatamente a la Cancillería. Luego se fué. Se reunieron en la Cancillería. Hitler tuvo otro acceso de rabia: *¡No sabéis lo graves que serán las consecuencias!...* Dietrich, que podía permitirse ciertas libertades en el trato con Hitler, levantó también la voz:

—Señor Hitler, me cortarían la cabeza, si le sucediera una desgracia a usted. El que carga con esta responsabilidad, debe tener el derecho de pasarse una vez de la raya.

Hitler se calmó, y tras un momento de silencio, dijo: *—Usted tiene razón.*

Algunos días después, Dietrich, Lutze, Weber y Maurice fueron ascendidos. El presidente del Reich, von Hindenburg, le envió a Hitler un telegrama en el que le dió las gracias por la carnicería.

En uno de los días siguientes, Hitler entró, pasada la medianoche, en la Cancillería. Agotado y algo desconcertado, dijo: *—Tengo que trabajar hasta el mediodía; no dejen entrar a nadie.* Al cabo de un cuarto de hora salió de su gabinete de trabajo y anunció que partía en avión para Munich. Partió a la misma hora que en Bonn. Llegado a Oberwiesenfeld, subió al coche y fué a Munich. A largos pasos subió la escalera de la Casa Parda. Entró en la sala de honor. Permaneció largo rato delante de las banderas y estandartes, mirando fijamente la "bandera de sangre". Volvió a bajar la escalera y regresó al aeródromo.

FIN DE ADOLFO HITLER

PRIMERA PARTE

INCAPAZ DE VIVIR COMO HOMBRE

CAPÍTULO I. -- PATRIA Y ORIGEN

El odio nacional en Austria 7
Los antepasados 10
Alois Schiklgruber - Hitler 12
Una familia rara 14
Herencia onerosa 17

CAP. II. -- EL FRACASO DEL ADOLESCENTE

Los primeros datos 19
Adolescencia y escuela 20
El arte y la enfermedad 23
Reprobado 24
Primer encuentro con el obrero 26
La pseudoerudición es poder 27
El asilo de mendigos en Meidling 29
El asilo de hombres en Brigittenau 30
Entre los perdidos 32
Entre semitófilo y antisemita 34
La "masa indolente" 35
La escuela de la degeneración 37
Siguiendo las pisadas de Lueger 38
Rompe con R. Hanisch 40
Despedida de Viena 44

CAP. III. -- LA GUERRA COMO ALIVIO

El sofá en Munich 45
¡Gracias por la guerra mundial! 46
La cruz de hierro 48
El desconocido Führer 49
El frente, como hogar 50
Comprende mal la historia universal 51
Lo que no hizo en Pasewalk 53

SEGUNDA PARTE

LA FUGA AL MITO

Cap. IV. -- La salida del embarrancadero

Talento estéril 57
La escalera que conduce a la nada 58
La huelga del individuo 59
El desprestigio de los partidos 62
Ilusiones contra intereses 64
El fracaso de la revolución 65

Cap. V. -- Se ponen en marcha

Dietrich Eckart busca un Führer 69
El "puño de hierro" de Roehm 71
La "abolición de la servidumbre impuesta por el interés" .. 74

Cap. VI. -- Los intelectuales en la lucha de clases

La obscura profesión de Hitler 77
Los "burgueses que se hacen ilusiones" 78
El "marxismo judío" 81
Cómo el antisemitismo se transformó, de juego de sociedad, en psicosis colectiva 83
La "Unión Pangermanista" y el "Partido Nacionalista" 85
El privilegio de raza 86
El socio del carnet número siete 91
Karl Harrer 93
Los consejos de Dietrich Eckart 95
La "magna asamblea constituyente". 96

Cap. VII. -- Propaganda y organización

Ingenio, lógica y descaro 101
Los profesionales refutados 105
Los símbolos 106
El auditorio como colaborador 108
Su talento oratorio 109
Hitler dice siempre lo mismo 111
El principio autoritario 113

Cap. VIII. -- La entrada en sociedad

De qué vive 117
Rodeado de mujeres hermosas 119
La lucha por la admisión en la buena sociedad 120

Cap. IX. -- Hacia el poder

La oposición en Baviera 127
"Kapp - Putsch" 128
El incansable 131
El nacimiento del Führer 133
Los comienzos de la SA 136
Terrorismo 139
El ejército clandestino 141
Palabra de honor y bendición de las banderas 143
Hitler rompe con la Reichswehr 145

Cap. X. -- El "putsch"

El comisario general del Estado 147
Revuelta contra Berlín 148
El 51 por ciento de Lossow 150
Pánico a última hora 151
Toni, ¿puedes guardar un secreto? 152
El tiro en el "Bürgerbraü" 153
Mañana: triunfador o muerto 155
La marcha sobre Babel 156
El santo padre de su majestad 157
Sombría conjuración 158
La palabra de honor 160
Generales furiosos 161
Hitler y Ludendorff 161
La marcha hacia el mausoleo de los generales 163
Interviene Streicher 165
La derrota 166
La fuga de Hitler 166

Cap. XI. -- El retorno al "señor presidente"

Una tentativa de suicidio 169
La comedia de la justicia 170

Hitler y Dimitroff 172
Separación de Ludendorff 173
Guertner salva a Hitler 174
Detrás de murales confortables 175
Disgregación del movimiento 176
Empieza a escribir "Mi lucha" 178
La primera camisa parda 179
De nuevo en libertad 180
Paz con Roma 180
El látigo de piel de hipopótamo 182
Reconstitución 183
Adolf Müller, el más desconocido miembro de la SA 184
Aparece Hindenburg 187

CAP. XII. -- SIETE AÑOS EN LA MONTAÑA ENCANTADA

"Casa Wachenfeld" 189
La oposición de Strasser y Goebbels 190
Escándalos y procesos 192
Goebbels abandona a Strasser 193
"Bandera de sangre" y anuncios 195
Los invertidos 197
La expulsión de Heines 199
El espantajo de las oficinas 201
De cómo capituló la burguesía 203

CAP. XIII. -- LOS SIN CLASE

El derrumbe de las clases 205
La profanación de la propiedad 206
La revolución reaccionaria 207
Privilegio e irresponsabilidad 208
Los desechos de todas las clases 210
Hitler puede prometerse excelente cosecha 211

CAP. XIV. -- EL PERÍODO DIPLOMÁTICO

La misión de Dietrich 213
Capitalistas extranjeros ayudan a Hitler 214
La industria pesada 216
La incapacidad de los reaccionarios 217
El imán ante el montón de estiércol 218
El rompimiento con Otto Strasser 220
Destitución de Pfeffer 223
Hitler corteja a la Reichswehr 225
Ciento siete diputados 226

CAP. XV. -- LA INFILTRACIÓN DEL ESTADO

El regreso de Roehm 229
El "cabo bohemio" 231
¡Pobre sistema! 232
Adversarios discordes 233
La fingida lucha contra Hindenburg 235
Los latifundistas 239
De cómo Roehm derribó a Brüning 241

CAP. XVI. -- HACIA LA CATÁSTROFE

El derrumbe del Partido Socialista 245
Errores de los comunistas 246
Severing cede a la fuerza 246
El golpe con la muletilla 249
Momentos críticos 251
Entre las tenazas de Schleicher 254
La última lucha de Gregor Strasser 255
Proletariado cansado 258
Capitalismo cansado 260
El pacto de Colonia 261
Minas y contraminas 263
La caída de Schleicher 264
Hitler ve cumplidos sus deseos 265

TERCERA PARTE

EL COMPLEJO DEL FÜHRER

CAP. XVII. -- LOS DOS HITLER

¿Egoista o altruista? 271
Lo patológico 273
Hitler y Führer 276
Misteriosa dualidad 279

La máscara 280
Le style c'est l'homme 282
Sus intereses espirituales 284
Inclinaciones y costumbres 287
La subida 289
La voz interior 290

CAP. XVIII. -- HITLER Y LAS MUJERES

La misteriosa vida sexual 293
Hitler no es sincero 294
Amores desgraciados 295
Alf y Geli 297
El secreto de Adolfo Hitler 299

CAP. XIX. -- LAS FIGURAS ACOMPAÑANTES

Los fundadores desaparecidos 301
El secretario privado del Führer 302
Dos cómplices 304
Rosenberg, el padre espiritual 305
Goering, la alhaja del movimiento 308
Goebbels, o la inteligencia impotente 313
Un César sin ambición 320
Juventud esclavizada 322
Julius Streicher, el verdadero Hitler 324
El sistema Pettenkofer 329

CAP. XX. -- EN EL PODER

El incendio del Reichstag 331
Atrocidades 334

CAP. XXI. -- EL 30 DE JUNIO

Dictadura sin plan 337
El fracaso de Roehm 338
El discurso de Marburgo 341
Schleicher contra los "criminales" 343
Roehm acorralado 345
El cabo y los generales 348
En un hilo 351
Hitler se contradice 354
Adolfo Wágner dicta órdenes de detención 355
Se dispara contra los homosexuales 358
Los fusilamientos 360
El discurso de despedida de von Getten 363
La carnicería 364
Final espeluznante 366
La mirada a la bandera 368

Arbol Geneológico de Adolfo Hitler

RAMA PATERNA

Stephan Hiedler — Agnes, su esposa
n. 1672. Campesino, en Walterschlag.

Johann Hiedler — Maria Anna Neugschwandtn
n. 11 de mayo de 1725 en Walterschlag. en Walterschlag.

Martin Huettler — Anna Maria Goeschl
n. 17 de Nov. de 1762, en Walterschlag; m. 10 de enero de 1829, en Spital. n. 23 de agosto de 1760; m. 7 de Dic., en Spital.

Maria Anna Schicklgruber
n. 15 de abril de 1795; m. 7 de enero de 1847, en Strones.

— Johann George Hiedler
n. 28 Febr. de 1792, en Spital; m. pasado el año 1877.

Alois Schicklgruber, legit. Hitler — Klara Poelzl
n. 7 de junio de 1837, en Strones. m. 3 enero de 1903, en Leonding. n. 12 de agosto de 1860, en Spital; m. 21 de Dic. de 1908, en Linz - Urfahr.

RAMA MATERNA

Johann Poelzl — Therese Ledermueller
n. ca. d. a. 1752, en Spital; campesino; m. 8 junio de 1805, en Spital. n. ca. d. a. 1761, en Spital; m. 16 de agosto de 1825, en Spital.

Laurenz Poelzl — Juliane Wallj
n. ca. d. a. 1788, en Spital. n. ca. d. a. 1797, en Gross-Wolfgers.

Joh. v. Nepomuk — Eva Maria
Huetter Decker
n. 19 marzo de 1807, en Spital; m. 17 Sept. de 1888, en Spital. n. 15 Dic. 1792, en Thaures; m. 28 Dic. 1873, en Spital.

Johanna Huet(t)ler — Johann Poelzl
n. 19 de enero de 1830, en Spital; m. 8 de febrero de 1906, en Spital. n. 24 mayo 1828, en Spital; campesino; m. 9 de enero de 1902, en Spital.

Adolfo Hitler, n. 20 de abril de 1889, en Braunau

Biblioteca de Obras Famosas

MASARYK
(Volumen Nº 1)

Por EMIL LUDWIG

La vida y la obra del gran Patriarca de Checoeslovaquia, fundador de su nacionalidad y cincelador de la Democracia. Un tomo de 224 páginas, impreso en papel pluma ..... $ 1.50

BISMARCK
(Volumen Nº 2)

(Trilogía de un luchador)

Por EMIL LUDWIG

La vida íntima del famoso Canciller de Hierro y su obra política, desfilan a través de las páginas de este libro como los relatos históricos a través de la pantalla. Todos los personajes de la historia alemana, de más de medio siglo, aparecen retratados en forma magistral. Un tomo de 428 páginas impreso en papel pluma ..... $ 1.50

GENIO Y ARTISTA
(Volumen Nº 3)

(Veinte ensayos sobre la grandeza).

Por EMIL LUDWIG

Un análisis introspectivo sobre la vida de los hombres, cuyas dotes intelectuales han servido para inmortalizarlos. Un tomo de 250 páginas, impreso en papel pluma ..... $ 1.50

FILOSOFIA DEL DERECHO
(Volumen Nº 4)

Por GUILLERMO FEDERICO HEGEL

La obra fundamental del gran filósofo alemán, que constituye el punto de partida de las más corrientes nociones de derecho

y ciencias sociales y políticas modernas. Prólogo de Carlos Marx. Un volumen de 300 páginas ..... $ 2.—

PRINCIPIOS DE ECONOMIA POLITICA Y DE TRIBUTACION
(Volumen Nº 5)

Por DAVID RICARDO

La célebre obra del fundador de la ciencia de la Economía Política. Una obra de texto indispensable para los estudiantes y de consulta para los estudiosos de los problemas sociales, políticos y económicos. Un tomo de 300 páginas ..... $ 2.50

D I A N A
(Volumen Nº 6)

Por EMIL LUDWIG

El ilustre biógrafo de Masaryk y Bismarck, incursiona con esta su primera novela, en un campo literario en el que logra éxitos similares a los que cimentan su fama, ofreciéndonos una novela de trama singular y de ambiente sublime. 250 páginas.. $ 1.50

MAR TRANQUILO
(Volumen Nº 7)

Por EMIL LUDWIG

Con esta novela, que es continuación de DIANA, su autor amplía la trama de aquélla, ofreciéndonos con un estilo literario impecable, un ejemplo de novela psicológica en la que cada uno de los personajes vuelca su complejo moral, a través de la hábil pluma del escritor. 288 páginas ..... $ 1.50

EL DRAMA DE EUROPA
(Volumen Nº 8)

Por JOHN GUNTHER

Un libro de extraordinario valor documental en el que los personajes principales de la política internacional contemporánea aparecen expuestos con nítidos contornos y con cuya idiosincrasia el lector se identifica, aprendiendo a discernir los móviles visibles u ocultos de los principales acontecimientos que patentizan el hondo drama en que se debate la vieja Europa. La obra cumbre del año, no superada en méritos ni en éxito editorial, dentro de su género. 2ª edición, ampliada con nuevos capítulos, con 640 páginas ..... $ 3.—

M A G A L L A N E S
(Volumen 9)

(La aventura más audaz de la Humanidad)

Por STEFAN ZWEIG

Una gran biografía del ilustre navegante portugués, a través de la cual se perfila la personalidad atormentada de un hombre cuyo sacrificio trágico, que el autor expone con acopio documental, magnificó su empresa hasta la inmortalidad. 4ª edición ilustrada, con 256 páginas ..... $ 2.—

AGONIA Y DESPERTAR DE CHINA
(Volumen Nº 10)

Por EMANUEL SUDA

Una visión completa de la realidad política y social del mundo oriental moderno, con todos los problemas sociales, políticos y económicos que caracterizan el doloroso despertar de Oriente. 300 páginas con 20 ilustraciones y un mapa extensible, fuera de texto .. .. $ 2.—

LA REVOLUCION TRAICIONADA
(Volumen Nº 11)

Por LEÓN TROTSKY

Un documento realmente histórico por su contenido y por la aguda requisitoria de toda la perspectiva que ofrece el país de los Soviets, que realiza el autor, revelando aspectos poco conocidos del pasado y del presente de la U. R. S. S. 256 págs. $ 2.—

VIDA DE ROOSEVELT
(Volumen Nº 12)

Por EMIL LUDWIG

(Un estudio acerca de la suerte y el Poder). El gran demócrata del Norte, expuesto por un artífice de la pluma, cuyo trabajo no sólo precisa el perfil del hombre, sino también el escenario

en que fraguó su personalidad y en el que desempeña su obra. 2ª edición. 280 páginas ..... $ 2.—

ISABEL LA CATOLICA
(Volumen Nº 13)

(Fundadora del poderío mundial de España)

Por A. St. Wittlin

La literatura del género marca un nuevo jalón con esta obra magnífica por su concepción, por la forma y el asunto de que trata. 360 páginas, con ilustraciones fuera de texto .. $ 2.50

EL JAPON SOBRE EL MUNDO
(Volumen Nº 14)

Por Anton Zischka

Desde el fondo de los siglos surge una potencia vigorosa a la faz del mundo, alentando afanes de conquistas e intentando reiterar la hazaña del Gran Mogol. El sentido, el origen y la finalidad de esa lucha, que viene conmoviendo a la civilización occidental, están admirablemente descriptos en este libro. 400 páginas con numerosos grabados, encuadernado ..... $ 3.—

LA SABIDURIA DE GOETHE
(Volumen Nº 15)

(Antología de todas sus obras).

Por Emil Ludwig

Una nueva obra del artífice de la biografía, que estudia desde todos los ángulos de la observación literaria, científica y artística, la obra de ese genio de las letras del siglo pasado, que se llamó Goethe. 400 págs. en papel pluma 2, encuadernado $ 3.—

HISTORIA DEL NAZISMO
(Volumen Nº 16)

(Nacimiento del Tercer Reich)

Por Konrad Heiden

La obra del famoso historiador Konrad Heiden, encara la génesis, desarrollo y obra del nazismo en Alemania y analiza, exponiendo la vida privada de los hombres del Tercer Reich y descubriendo los entretelones de los acontecimientos que se desarrollaron desde la caída de Bruning, la inconsistencia del régimen instaurado a la luz del incendio del Reichstag. Objetiva y enjuiciadora, la obra de Heiden no oculta los motivos que determinarán el futuro catastrófico de Alemania, dada la esencia de la misión que desempeña el nazismo. 300 páginas ..... $ 2.—

LA NUEVA SANTA ALIANZA
(Volumen Nº 17)

(Proposiciones para un plan destinado a evitar la guerra que amenaza destruir la civilización).

Por Emil Ludwig

El gran biógrafo alemán se revela en las ardientes páginas de esta obra extraordinaria, un profundo analista de la idiosincracia de los pueblos en pugna de la Europa convulsionada y brega con vehemencia justificada por la creación de una Nueva Santa Alianza que ponga en resguardo los destinos humanos, evitando un nuevo Julio de 1914. La actualidad de esta obra puede deducirse de la fecha en que terminó de escribirse: octubre de 1938 y su importancia se revela por el sólo hecho de aparecer simultáneamente en ocho idiomas, correspondiendo a la Editorial Claridad el honor de ser su difusora, con carácter exclusivo, en idioma castellano. 160 páginas, con una amplia información gráfica de "Cómo vive y trabaja Emil Ludwig) El tomo .. .. $ 1.50

H I T L E R
(Volumen Nº 18)

(La vida de un dictador)

Por Konrad Heiden

Esta segunda obra de Heiden, aborda la compleja personalidad del dictador de Alemania, desnudándola con mano implacable y exhibiendo a la faz del mundo, hechos y revelaciones llamados a provocar sensación. La vida de Alemania, en este amargo período de sojuzgamiento, se presenta así como una resultante de la psicología desequilibrada de sus principales dirigentes, que

no escapan al juicio del austero e inteligente creador de la "Historia del Nazismo". Un volumen de 400 páginas ... $ 2.50

EL ANTIDÜHRING
(Volumen Nº 19)

Por Federico Engels

El texto clásico de la biografía socialista, una de las fuentes más cras de la filosofía moderna con la que Engels opuso la doctrina del materialismo histórico a las teorías neo-socialistas del doctor Dühring que produjeran, en los comienzos de la social-democracia alemana, la confusión y anarquía que culminaron en el Congreso de Gotha. Con un enjundioso estudio del profesor Riazanov, los prefacios a las tres primeras ediciones y un prólogo inédito de Engels, descubierto por Riazanof. Un tomo de 450 páginas ..... $ 2.50

GOLIATH
(Volumen Nº 20)

(La marcha del Fascismo)

Por G. A. Borgese

Una revisión histórica y minuciosa del alma italiana, a través de sus figuras más notables del pasado y del presente, como elementos constitutivos de la ideología que dió formas al fascismo. D'Annunzio y Mussolini, son expuestos en cuerpo y alma, en las páginas documentales de este libro. La obra más completa que se ha escrito sobre el fascismo. 450 páginas .. $ 2.50

Editorial Claridad
1641 SAN JOSE 1645 BUENOS AIRES